



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985)*. México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XXV, Vol. CXLIX, Núm. 6 (noviembre-diciembre de 1966).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Cuyacán No. 1085
Apartado Postal 905
Teléfono 22-34-08

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL CULTVRA, T. G., S. A.
Av. Rep. de Guatemala 96

AÑO XXV

6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE
1966

INDICE

Pág. 3



Nacional Financiera, S. A.

**crece por
la confianza de usted**

y se pone a sus órdenes

en su nuevo edificio en

ISABEL LA CATOLICA No. 51

entre Uruguay y Venustiano Carrasco,

donde usted puede adquirir los

TITULOS FINANCIEROS DE NACIONAL FINANCIERA

en denominaciones desde \$ 100.00

que producen el 9% de interés anual.

Y ofrece a usted el servicio de administración

sin costo, que hace más productiva su inversión.

Nacional Financiera, S. A.

**el banco de desarrollo más importante
en América Latina.**



DICCIONARIO LITERARIO

González Porto-Bompiani

LA OBRA MAS AMBICIOSA Y ORIGINAL DEL SIGLO XX

Doce volúmenes de 14.5 x 24 cm., encuadrados en tela, estampada en oro. Impresos en fino papel, con caracteres perfectamente legibles. Once mil páginas de texto... 276 láminas a todo color... más de 10,000 ilustraciones.



FRUTO
DEL ESFUERZO
DE SEISCIENTOS CO-
LABORADORES, SELEC-
CIONADOS ENTRE LOS
MAS EMINENTES ES-
PECIALISTAS, INVESTI-
GADORES Y CRITICOS
DEL MUNDO.

Esta monumental obra constituye el más completo y rico repertorio bibliográfico realizado hasta ahora con orientación unitaria y criterio moderno de gusto y de crítica. Representa un insustituible instrumento de información, de estudio, y de trabajo.

Editada por
MONTANER Y SIMON, S. A.
Barcelona

LA **UNESCO** ASUMIO BAJO SU PATROCINIO EL DICCIONARIO LITERARIO DE LAS OBRAS Y DE LOS PERSONAJES COMO "OBRA DE IMPORTANCIA Y DE INTERES MUNDIAL".

De venta en las principales librerías o en:

EDITORIAL GONZALEZ PORTO, S. A.

MEXICO, D. F.: Av. Independencia No. 10 Tels. 12-55-88 y 13-26-30

GUADALAJARA, JAL.: Madero 229-A Tel. 4-63-27

MONTERREY, N. L.: Matamoros Ote. 514 Tel. 2-41-66

MERIDA, YUC. - CALLE 61 No. 483-A

PIDA CATALOGO ILUSTRADO A COLORES ¡COMPLETAMENTE GRATIS!

SUR

COLECCION
T E R C E R M U N D O

En un universo ya interdependiente por sus intercambios y sus conflictos, el Tercer Mundo pasa a ocupar todo su lugar, que es grande. Ayer ignoradas, descuidadas o sometidas, inmensas poblaciones alteran el orden internacional y nuestros hábitos mentales, al plantear sus problemas, al manifestar su voluntad, al gritar sus necesidades. Al proyectar esta colección Sur ha querido que la opinión latinoamericana sea informada por los mejores especialistas de las diversas disciplinas. Acaba de aparecer:

HOANG VAN CHIN
VIETNAM NORTE

Del Colonialismo al Comunismo

Un extenso estudio sobre la posible causa de una nueva guerra mundial realizado por un conocedor profundo.

Otros títulos publicados

Georges Balandier: AFRICA AMBIGUA

Robert Guillain: 600 MILLONES DE CHINOS (agotado)

Morroë Berger: EL MUNDO ARABE ACTUAL



S U R

Viamonte 494, 8o. piso

Buenos Aires

BANCO NACIONAL
DE
COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA
FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•
CAPITAL Y RESERVAS: \$ 530.963,985.47

•
ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHO PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•
VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

ÚLTIMAS NOVEDADES

	Pesos	Dls.
<i>El pueblo y su tierra. Mito y realidad de la reforma agraria en México</i> , por Moisés T. de la Peña. Es un libro apasionado y apasionante; libro polémico, sincero, valiente y honrado, es una aportación valiosa para el estudio de nuestro problema fundamental independientemente de que se esté o no de acuerdo con el autor	60.00	5.50
<i>El drama de la América Latina. El caso de México</i> , por Fernando Carmona. El autor analiza los aspectos negativos de las inversiones extranjeras y el gravísimo problema del deterioro resultante de las relaciones de intercambio entre nuestros países y los altamente desarrollados especialmente con los Estados Unidos de Norteamérica. El análisis sobre México impresiona por la acumulación de datos y la objetividad y el realismo descarnado y sin eufemismos que predomina en las páginas de esta obra fundamental	25.00	2.30
<i>El Problema Fundamental de la Agricultura Mexicana</i> , por el ingeniero Jorge L. Tamsyo, autor de la Geografía General de México. Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Diálogos con América</i> , por Mauricio de la Selva. El autor entrevistó a diez escritores destacados de diez naciones americanas	15.00	1.50
<i>Guatemala prólogo y epílogo de una revolución</i> , por Fedro Guillén. El autor fue testigo de los sucesos que relata desde la llegada al poder de Arévalo hasta la caída de Arbenz, la gloriosa victoria de Mr. Foster Dulles	8.00	0.80
<i>La economía haitiana y su vía de desarrollo</i> , por Gerard Pierre-Charles. Una certera visión económica de ese país, por un verdadero especialista. Los problemas de Haití interesan a todas las personas ilustradas de América y del mundo	25.00	2.50
<i>Inquietud sin tregua, ensayos y artículos escogidos 1937-1965</i> , por Jesús Silva Herzog. El autor recoge en este libro una parte de sus escritos durante más de un cuarto de siglo, dados a la estampa en distintas publicaciones periódicas. Empastado en tela con cubierta de papel couché	40.00	4.00
<i>El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson</i> , por Alonso Aguilar Monteverde. Es un libro sincero y valeroso, el autor relata paso a paso en forma sintética los acontecimientos derivados de las relaciones entre los Estados Unidos y los países de la América Latina. desde la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson	10.00	1.00
<i>Instituto Mexicano del Seguro Social 1944-1963</i> , por Lucila Leal de Araujo	25.00	2.50

De venta en las principales librerías

o

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado 965

Tel.: 23-34-68

México 12, D. F.

DIALOGOS

Revista de Letras y Arte

Ofrece en su sexto número:

Epígrafe

Poemas de: Octavio Paz, Carlos Barral.

Ensayos de: Manuel Durán, José Luis Cano y Luis Villoro.

Fragmentos del diario íntimo de Emilio Prados.

Un cuento de Severo Sarduy.

Lecturas, artes.

El eterno retorno: Séneca, Tácito.

Redacción:

ENRIQUE P. LÓPEZ — RAMÓN XIRAU — HOMERO ARIDJIS

Suscripción Anual:

México \$ 25.00

Otros Países Dls. 3.00

Precio del Ejemplar del Año Corriente:

México \$ 5.00

Otros Países Dls. 0.50

Correspondencia, Suscripciones y Canje:

AV. INSURGENTES SUR N° 504-302

MEXICO 12, D. F.

(Registro en trámite)

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	<i>Pesos</i>	<i>Dls.</i>
●		
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOC. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917. Los próximos volúmenes se referirán a la Cuestión Obrera y a la Cuestión Política	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por Alvaro de Albornoz ..	60.00	6.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por Eloísa Alemán	20.00	2.00

●

De venta en las principales librerías

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

YA SON

21

LOS LIBROS DE



*siglo
veintiuno
editores
sa*

A APARECER EN DICIEMBRE:

- 1.—Poesía en movimiento (Poetas mexicanos 1915-1966), preparado por Octavio Paz, Ali Chumacero, José Emilio Pacheco, Homero Aridjis. Prólogo de Octavio Paz.
- 2.—Aquí, allá, en esos lugares (Novela), Raúl Navarrete.
- 3.—El nacimiento de la clínica, Michel Foucault.
- 4.—El concepto de información en la ciencia contemporánea, Gueroult, Hypolite, Greniewski, Goldman y otros.
- 5.—Neocolonialismo, última etapa del imperialismo, Kwame Nkrumah.
- 6.—El tercer mundo, Peter Worsley.
- 7.—Arquitectura y pintura en Teotihuacán, Laurette Séjourné.
- 8.—Educación y desarrollo físico, J. M. Tanner.
- 9.—Técnicas psicoterapéuticas en medicina, M. y E. Balint.
- 10.—Planificación del desarrollo industrial, Héctor Soza Valderrama (texto preparado por el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social).
- 11.—Discusiones sobre planificación, varios autores (Idem).

LOS PRIMEROS DIEZ TITULOS PUBLICADOS EN OCTUBRE

- 12.—Heráclito: Textos y problemas de su interpretación, Rodolfo Mondolfo.
- 13.—Historia natural de la agresión, J. D. Carthy y F. J. Ebling.
- 14.—Países pobres, países ricos, L. J. Zimmerman.
- 15.—Bases para la planeación económica y social de México, varios autores.
- 16.—Psicología y Psicopatología de la vida amorosa, Josef Rattner.
- 17.—Pediatría accesible: Guía para el cuidado del niño, Joaquín de la Torre.
- 18.—La casa del mañana, E. Besnard-Bernadac.
- 19.—No es fácil el camino de la libertad, Nelson Mandela.
- 20.—Martí: El héroe y su acción revolucionaria, Ezequiel Martínez Estrada.
- 21.—José Trigo (Novela), Fernando del Paso (Premio Villaurrutia 1966).

Pídalos en todas las buenas librerías de América o al
Apartado Postal 27-506. México, D. F.

MANEJE

AUTO
NUEVO EN
EUROPA

ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TEL. 35-56-74

ó consulte a su Agente de Viajes

SA. S.A.

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS



GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

por

JORGE L. TAMAYO

Cuatro volúmenes encuadernados en percalina, de más de
2,500 páginas en total, lujosamente editados, y un
Atlas con cartas físicas, biológicas, demográficas,
sociales, económicas y cartogramas.

De venta en las principales librerías.

Precio:

	Pesos	Dlls.
México .	500.00	
Extranjero		50.00

Del mismo autor:

"El problema fundamental de la agricultura mexicana"	20.00	2.00
---	-------	------



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

Tel. 23-34-68

México 1, D. F.

C E R V E Z A

bebida elaborada con materias
alimenticias



LA CERVEZA está elaborada con malta, arroz, lúpulo y levadura, elementos que contienen sustancias de alto valor alimenticio. Es una bebida de sabor agradable, sana y pura. Además la cerveza mexicana es reconocida como la mejor del mundo. Por todo esto, es bajo todos conceptos recomendable el consumo de esta bebida en forma adecuada, tal y como lo hacen los pueblos más sanos y fuertes del mundo; sola, como complemento de las comidas o para mitigar la sed.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

BIBLIOTECA JOSE PORRUA ESTRADA
DE HISTORIA MEXICANA
DIRIGIDA POR JORGE GURRIA LACROIX

PRIMERA SERIE
LA CONQUISTA

- V. *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan México, hecha por un gentilhombre del señor Fernando Cortés* [El Conquistador Anónimo]. Traducción del italiano por el doctor Francisco de la Maza. México, 1961. 135 páginas, 3 grabados. Edición de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel Córscian, portada a dos tintas. Rústica \$ 150.00

Contenido del volumen: Noticias bibliográficas por Jorge Gurria Lacroix; estudio de don Federico Gómez de Orozco; texto de *El Conquistador Anónimo* en español, notas a pie de plana de H. Ternaux Compans, Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, León Díaz Cárdenas y Francisco de la Maza. Como Apéndices se publican estudios de don Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, doctor Edmundo O'Gorman, profesor León Díaz Cárdenas, don Alfredo Chavero, la reproducción facsimilar de la primera edición en italiano de la *Relación* e índices Onomástico y General.

- VI. *Décadas del Nuevo Mundo, por Pedro Mártir de Angleria, Primer Cronista de Indias*. Traducción del latín por Agustín Millares Carlo. México, 1964-1965. 794 páginas, 2 volúmenes. Rústica.

Tirada de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel RLCH de 106 gramos \$ 300.00

Tirada de 1,750 ejemplares, impresa sobre papel RLCH de 75 gramos \$ 150.00

Contenido del volumen: Pedro Mártir y el Proceso de América por Edmundo O'Gorman; Datos Biográficos de Pedro Mártir por Edmundo O'Gorman; Cronología de Composición de las Ocho Décadas por Edmundo O'Gorman; Bibliografía de Pedro Mártir de Angleria por Joseph H. Sinclair, puesta al día por Agustín Millares Carlo; texto de las *Décadas* en español; índices de Nombres y General.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

BSQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8868
TELEFONOS: 12-12-86 y 22-30-86
MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	Número 6	60.00	5.00	5.30
1943	Números 2, 5 y 6	60.00	5.00	5.30
1944	" 2 al 6	60.00	5.00	5.30
1945	" 1, 4 y 6	60.00	5.00	5.30
1946	(Agotados)			
1947	Números 1 y 6	60.00	5.00	5.30
1948	(Agotados)			
1949	"			
1950	"			
1951	Números 4 y 5	50.00	4.20	4.50
1952	" 1 al 5	50.00	4.20	4.50
1953	" 3 al 6	50.00	4.20	4.50
1954	Número 6	50.00	4.20	4.50
1955	" 6	50.00	4.20	4.50
1956	Números 2 y 6	40.00	3.40	3.70
1957	Los seis números	40.00	3.40	3.70
1958	" " "	40.00	3.40	3.70
1959	" " "	40.00	3.40	3.70
1960	Números 1 y 6	40.00	3.40	3.70
1961	" 2, 4 y 5	30.00	2.60	2.90
1962	" 2 al 6	30.00	2.60	2.90
1963	" 2 al 6	30.00	2.60	2.90
1964	Los seis números	30.00	2.60	2.90
1965	Números 4 al 6	30.00	2.60	2.90

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 100.00	
Otros países de América y España		Dls. 9.00
Europa y otros continentes		" 11.00

PRECIO DEL EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE:

México	\$ 20.00	
Otros países de América y España		Dls. 1.80
Europa y otros continentes		" 2.20

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68
México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones
extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

AV. JUAREZ No. 92-94

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

NOVEDAD

ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO
MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL

por
LUCILA LEAL DE ARAUJO

Un libro escrito por una distinguida economista que conoce a fondo el asunto de que trata.

La autora estudió la institución desde 1944 en que inició sus labores hasta 1963.

Un libro informativo y de actualidad, de interés no sólo para México sino para todos los países de América y muchos más de otros continentes.



PRECIOS:

	Pesos	Dólares
México	\$ 25.00	
Exterior		2.50

De venta en las mejores librerías.



Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Tel.: 23-34-68

CUADERNOS
AMERICANOS
AÑO XXV VOL. CXLIX

6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE
1966

MÉXICO, D. F., 1º DE NOVIEMBRE DE 1966

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Pablo GONZÁLEZ CASANOVA
Manuel MARTÍNEZ BÁEZ
José MIRANDA
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YÁÑEZ

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre-Diciembre de 1966 VoI. CXLIX

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
LEWIS HANKE. Brasil: el gigante inseguro	7
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR. Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba	36
ALONSO AGUILAR MONTEVERDE. La revolución mexicana 50 años después	55

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

JOSÉ GAOS. Meditación de la Universidad	79
ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ. La praxis creadora	114

PRESENCIA DEL PASADO

LAURETTE SÉJOURNÉ. El templo prehispánico	129
JOSÉ MIRANDA. La propiedad comunal de la tierra y la cohesión social de los pueblos indígenas mexicanos	168
JESÚS SILVA HERZOG. Francisco Zarco, el gran periodista de la Reforma	182

DIMENSIÓN IMAGINARIA

JUAN REJANO. Anversos	201
DELFOR ISMAEL. El hombre y el poeta	203
OCTAVIO PAZ. Los manuscritos de Tagore	207
MARLENE GOTTLIEB. Pablo Neruda, poeta del amor	211

	<i>Pág.</i>
FAUSTO CASTILLO. El cine mexicano: una ilusión frustrada	222
AGUSTÍN YÁÑEZ. La fortuna de los Ibarra Diéguez . . .	232

OPINIONES

De diferentes colaboradores de varios países: España, Italia, Estados Unidos y América Latina, con motivo de los 25 años de vida de la revista	245
--	-----

ÍNDICE GENERAL DEL AÑO DE 1966

Nuestro Tiempo

BRASIL: EL GIGANTE INSEGURO

Por Lewis HANKE

El Brasil es un gigante

SE le ha llamado al Brasil "el país de la América Latina que tiene más de todo". Tiene más gente, la inflación más persistente, más electores, más trabajadores, más consumidores, más analfabetos y el mayor potencial económico. Su población aumenta en más de 2 millones al año; cinco países latinoamericanos tienen menos población que su crecimiento anual. Otro hecho fundamental en relación con este país gigante —gigante inseguro y complicado, pero gigante, a pesar de todo— es que se diferencia mucho de la América española. Los brasileños hablan portugués, no español; en un continente de tensiones raciales agudamente decisivas, sólo ellos crearon una cultura que se distingue por la fusión relativamente pacífica de europeos, indios y negros; y, situados entre países donde es frecuente la violencia política, estos más de 80 millones de individuos rara vez emplean la fuerza para zanjar sus disputas.

El tamaño inmenso y la diversidad del Brasil son los hechos dominantes en este mundo en gran parte tropical. Sus 8.511,962 kilómetros cuadrados son suficientemente grandes para contener los Estados Unidos continentales, con sitio para un Estado de Texas más; tiene el río más grande del mundo, el Amazonas; dos de sus cataratas, Iguazú y Paulo Afonso, son más altas que las del Niágara; la isla de Marajó, en la desembocadura del Amazonas, es tan grande como Nueva Inglaterra. El Brasil produce gran parte del café del mundo, no obstante la creciente competencia de África, produce más plátanos que cualquiera otro país, posee en Itabira yacimientos de hierro calculados en más de mil millones de toneladas, y es tan rico en plantas, que en su suelo se encuentran unas 50,000 especies, o sea una cuarta parte de todas las especies conocidas.

El Brasil tiene tres regiones geográficas diferentes, cada una de ellas de gran variedad. El Amazonas domina la inmensa región del norte al correr desde sus fuentes en los Andes a través de densas selvas ecuatoriales de arbolado bajo y maleza espesamente enmarañada, y, después de fluir hacia el este durante unos 6,500 kilóme-

tros —más de 3,700 de ellos navegables para barcos de gran calado—, desemboca en el océano Atlántico con un caudal tan enorme, que desala el agua salada del mar hasta unos 320 kilómetros de distancia. En 1963 un equipo científico mixto brasileño-norteamericano determinó que descarga en el océano 1.276,100.000.000 de litros por minuto, o sea 12 veces más que el Mississippi. La mayor parte de la región amazónica se eleva sobre el nivel del mar sólo unos cien metros aproximadamente, y su clima es uniformemente cálido y húmedo.

El nordeste brasileño comprende partes del gran Estado de Bahía y otros Estados pequeños, y consiste, en gran parte, en *caatinga*, o monte bajo de carácter semidesértico. Esta región estuvo durante mucho tiempo sometida a sequías devastadoras, pero en las zonas irrigadas o húmedas se cosechan algodón, cacao, caña de azúcar, tabaco y café. Ese yermo del nordeste adquirió una importancia mítica. El brasileño de otra región que va a aquélla lo considera como una aventura de toda la vida, según un científico político de los Estados Unidos, y "no habría que concederle mayores honores a Marco Polo después de haber terminado sus viajes". Y para el brasileño corriente del sur la Amazonia es casi tan desconocida como Africa.

La tercera región, las tierras altas del centro y el sur, contiene las tierras más fértiles, las grandes *fazendas* de café, la mayor parte de las minas, de los ferrocarriles, de los centros manufactureros y de la población. La mayor parte de Brasil está dentro de la zona tropical, pero las regiones de la gran meseta de 180 a 900 metros de altitud, de esta tercera región, gozan de un clima moderado. El puro tamaño y la diversidad de la tierra causan una impresión indeleble en el viajero, y se necesitaría un extenso libro para describirla adecuadamente.

Esas tres regiones son tan abigarradas en su desarrollo histórico y en sus situaciones actuales, y están tan aisladas entre sí, que el Brasil sigue siendo un país difícil de conocer y sobre el cual es casi imposible hacer generalizaciones sólidas. El triángulo limitado por las zonas metropolitana de Rio de Janeiro, São Paulo y Belo Horizonte contiene el corazón industrial de la nación, rico en producción manufacturera, minera y agrícola, y relativamente bien dotado de transportes y servicios de energía. São Paulo solo produce casi la tercera parte del ingreso nacional. Los brasileños de regiones menos favorecidas hablan del "imperialismo paulista".

También existe una gran diversidad cultural en cada región. "El viajero que sale del aeropuerto internacional de jets, de São

Paulo, puede ver, a los pocos minutos, una pequeña construcción dedicada al culto de Xango, un San Jerónimo asimilado por Africa, y tomar parte allí en una ceremonia de *candomble*".

El espíritu del Brasil

Los brasileños, más que ningún otro pueblo de la América Latina, excepto los mexicanos, han analizado franca y diversamente sus características nacionales. Un geógrafo confeccionó una lista de "27 realidades desfavorables del Brasil"; Paulo Prado comienza su interpretación, *Retrato do Brasil*, con esta declaración: "En una tierra radiante vive un pueblo triste". Un historiador, Sergio Buárque de Holanda, cree que la aportación especial de los brasileños a la civilización es el "hombre cordial" que establece fácilmente un sentimiento de intimidad con otras personas. Otro escritor brasileño famoso, Alceu Amoroso Lima, dice: "Somos pesimistas por naturaleza. Siempre vemos el lado negro de las cosas. Exageramos nuestros defectos. No creemos en nuestras victorias. Sólo defendemos lo nuestro delante de extranjeros. Y entonces nos lanzamos a un orgullo fácil que es simplemente otro tipo de pesimismo...".

"Al mismo tiempo, nuestro pesimismo nos deja una herencia de inconstancia. Somos mucho más activos como creadores que como conservadores. Tenemos más valor para los comienzos que para los finales, o, como dijo José Bonifacio, 'emprendemos mucho y acabamos poco'. Gozamos con la innovación, la renovación, la reforma, pero no con la repetición, la conservación, la continuación. Construimos carreteras, pero no las conservamos. Levantamos edificios, pero permitimos de buen talante que se salgan del orden los servicios".

Pero un pueblo complicado no puede ser caracterizado exactamente con algunas citas, y el impresionante escenario humano del Brasil es aún más impresionante que su diversidad geográfica.

Un aspecto de la sociedad que todo el mundo advierte, y sobre el que hacen generalizaciones muchos escritores, es la democracia racial. Gilberto Freyre presentó una visión lírica del "crisol brasileño"; el antropólogo Charles Wagley da una estimación más cauta. Aún existen prejuicios de raza; la discriminación en centros como São Paulo y Rio de Janeiro movió al Congreso Nacional, hace algunos años, a aprobar una ley que la convertía en delito criminal, pero no hay barreras raciales impasables para el progreso social y económico. Los brasileños están orgullosos de haber acomodado tantas razas y combinaciones de razas en su país, pero no quieren que no se considere blanco al Brasil. Cierta sentimiento ambiguo hace que

les guste que la película francesa "Orfeo negro" gane premios internacionales, pero les disgusta que presente al mundo un Brasil negro en un ambiente de carnaval. Alfredo Dias Gomes dio una visión más significativa de un aspecto de la vida brasileña en "Keeper of Vows", que ganó la Palma de Oro para la mejor película en el Festival Cinematográfico de Cannes, en 1962.

Afortunadamente, los científicos sociales brasileños están produciendo análisis sólidos y refinados de la composición de la sociedad brasileña, en especial de los resultados del encuentro de indios, negros y portugueses. La creencia de que la mezcla de razas podía producir una "nueva y maravillosa nación organizada" la expresó ya en 1845 Karl Frederick Philip von Martius en su famoso ensayo *Cómo debiera escribirse la historia del Brasil*, y Silvio Romero llegó más lejos cuando escribió a fines del siglo XIX: "Tal como ahora la entendemos, la historia del Brasil no es, como antes pensaban y repetían los lusófilos, exclusivamente la historia de los portugueses en América. Ni es, como trató de sostener el romanticismo durante algún tiempo, la historia de los tupis, ni, según los ensueños de algunos de nuestros africanistas, la de los negros en el Nuevo Mundo.

"Más bien es la historia de la formación de un tipo nuevo por la acción de cinco factores, formación semiconsciente en que la mezcla de razas jugó un papel predominante. Todo brasileño es un mestizo, si no biológicamente por lo menos culturalmente. Los agentes que produjeron esta situación básica son los portugueses, los negros, los indios, el ambiente físico y la imitación de la cultura extranjera". Mantener un equilibrio adecuado en el estudio de las diferentes corrientes culturales que produjeron el Brasil moderno, es tarea difícil. Los antropólogos han publicado tanto material interesante y valioso sobre los elementos indio, negro y mestizo de la sociedad brasileña, que corre peligro de ser olvidado el elemento portugués.

Un hecho importante relativo a los brasileños actualmente es su optimismo, en frente de los problemas urgentes de su país. El Brasil palpita de planes y de predicciones exuberantes de un desarrollo futuro. Ese estado de espíritu ya es antiguo. Un viajero inglés escribió en 1869: "Encuentro en el Brasil otro síntoma de fuerte y sana vitalidad nacional. Los hombres hacen una guerra inexorable al presente; no tienen idea del estado de "descansado y agradecido". Compensan el principio de que "todo lo que es, es bueno", con la ecuación "todo lo que es, es malo"; pero no son optimistas ni pesimistas. Tienen tan poca idea de "finalidad" como los neoyorkinos. Moverán y removerán las cosas quietas y no las dejarán tranquilas ni bien ni mal". Su confianza, como dice Preston James, "es exac-

tamente un factor tan real del ambiente brasileño como lo son las montañas, los ríos y las selvas'.

Un ejemplo de ese deseo de mejorar las cosas, cualesquiera que sea el costo y lo inconveniente, fue la decisión del Presidente Juscelino Kubitschek de construir una capital federal nueva, Brasilia, durante su presidencia, cumpliendo así una ambiciosa disposición de la Constitución de 1891. Ninguna otra nación de América ni de otra parte habría tenido la audacia, o la energía, para trasladar su vieja capital a una región hasta ahora abandonada y a unos 800 kilómetros hacia el interior. Brasilia, la "ciudad sueño", erigida cerca del centro geográfico del país, aunque forzó los recursos naturales y muchos brasileños se opusieron a ella vocingleramente, simboliza para todos los elementos de la sociedad brasileña una espectacular hazaña nacional.

Los brasileños no dudan de su capacidad para desempeñar un gran papel en el hemisferio. La defensa hecha por Kubitschek de la "Operación Pan América" antes de que naciese la Alianza para el Progreso, reflejó bien la generalizada petición latinoamericana de la ayuda en masa de los Estados Unidos para el desarrollo económico. El Brasil pensaba en escala de miles de millones de dólares durante un período de años, y su objetivo era lanzar el ataque "contra la enconada llaga del subdesarrollo". Ningún otro país latinoamericano tuvo autoridad ni visión para proponer dicho programa.

El espíritu exultante y confiado que movió a muchos brasileños en toda su historia, y que todavía existe a pesar de las presentes zozobras económicas y políticas del país, lo expresa bien el poema de Ronald de Carvalho, "Canto del Brasil". Según un dicho popular en el país, "Dios es brasileño".

Unidad de la historia brasileña

DESDE el descubrimiento del Brasil por Pedro Alvares Cabral en 1500 hasta el establecimiento de la república en 1889, la historia brasileña siguió un curso relativamente plácido. Las experiencias coloniales del Brasil de más de 300 años bajo Portugal, fue señaladamente distinta de la de las colonias españolas. Los colonizadores portugueses se movieron mucho más lentamente que los españoles, y durante mucho tiempo permanecieron cerca de la costa. En los primeros años no hicieron incursiones grandes hacia el interior, y los indios que encontraron eran relativamente pocos en número y de cultura primitiva, comparados con los aztecas, los incas y los mayas de la América española. En consecuencia, se importaron en gran

número negros de África para que hiciesen el trabajo duro en las plantaciones de azúcar del nordeste.

La cultura aristocrática patriarcal que desarrollaron los propietarios de esclavos en las grandes plantaciones, es vívidamente reanimada por Gilberto Freyre en su estudio sociológico *Casa Grande e Senzala*. Las familias constituían un grupo estable cuyos intereses económicos y políticos no tardaron en ser más brasileños que portugueses. Existían diferencias regionales en arquitectura doméstica, vestido y vida de familia en general; pero las familias brasileñas importantes tenían un sistema común, particularmente respecto de la herencia de la propiedad, en el que las decisiones de la familia predominaban sobre los deseos individuales. Los intereses de grupo eran defendidos por el consejo de familia, institución todavía poderosa en el Brasil.

En los siglos XVII y XVIII una dura raza de *bandeirantes* (hombres de frontera) salió del empobrecido São Paulo, en el sur, para explorar y hacer correrías hasta los Andes, el Amazonas y la región del Río de la Plata. Esos exploradores mestizos crearon una tradición, que aún vive, de aventurarse en tierras lejanas y de acometer acciones audaces en tierras hasta entonces inexploradas y no colonizadas. Iban en busca de oro, de piedras preciosas y de esclavos indios. Las regiones por las cuales pasaron se convirtieron en baluartes de vaqueros y proscritos, de indios y mestizos, de bandidos y cabecillas, de individualismo y fanatismo. Fueron, y en cierta medida todavía lo son, el Oeste Salvaje del Brasil.

La minería se desarrolló más tarde, pero de 1710 a 1760 el Distrito Minero General (Minas Gerais) produjo unas 500 toneladas métricas de oro, cantidad equivalente a la mitad de toda la producción mundial en los siglos anteriores. El oro volaba a Londres vía Lisboa en volumen suficiente para permitir a la libra inglesa ser la primera unidad monetaria sobre un patrón oro y dar al capitalismo europeo un poderoso impulso hacia adelante.

En general, se produjo en el Brasil colonial una sociedad tranquila, casi vegetativa. La Iglesia era mucho más débil y pobre que en la América española, no fue establecido nunca formalmente el santo oficio de la inquisición y los judíos desempeñaron un papel importante en la vida comercial. No se establecieron imprentas ni se fundaron universidades; las familias ricas enviaban a sus hijos a Coimbra, la antigua universidad de Portugal.

El Brasil era una sociedad provinciana de unos tres millones de individuos cuando Napoleón invadió Portugal y, para su seguridad, envió a través del Atlántico a la familia real. Las mujeres de Río de Janeiro eran tan ignorantes de las maneras del mundo, que

cuando vieron desembarcar a las señoras de la corte portuguesa con las cabezas afeitadas corrieron a sus casas y se cortaron el pelo en apresurada emulación, sin saber que no la moda portuguesa, sino la necesidad de luchar contra los piojos a bordo de las naves, había dictado aquella radical medida.

La llegada de don Juan en 1808 confirió al Brasil una situación nueva y vigorizante, al convertirlo en corazón de su imperio. Llevó una imprenta, creó un banco, una biblioteca pública, una facultad de medicina y una fábrica de pólvora, y abrió los puertos brasileños al comercio de todas las naciones amigas. No podemos describir aquí las complicaciones del período 1808-1840. Se proclamó la independencia respecto de Portugal en 1822, con Pedro I, sin derramamiento de sangre ni alteración del carácter patriarcal, esclavista y latifundista de la clase gobernante brasileña. Tras un período de turbulencia y una regencia, fue coronado emperador en 1841 Pedro II, hijo de Pedro I, y durante casi medio siglo el Brasil vivió en paz y muy apartado de las numerosas naciones hispanoamericanas que luchaban con las caóticas situaciones que las violentas guerras de independencia habían dejado en su estela.

Pedro II mantuvo un dominio benévolo; quizás su mérito mayor fue conservar unido a Brasil, tan grande y tan flojamente organizado como estaba. No intentó modificar su carácter esencial, "porque lo reconocía como la base de su régimen. En política, aunque conservador y celoso de las prerrogativas imperiales, fomentó el desarrollo de formas parlamentarias e insistió en la ordenada aplicación de las leyes por encima de los individuos. Pero se contentó con dejar al país con una economía de monocultivo, dependiente . . . de las fluctuaciones de los mercados mundiales, mientras el poder pasaba de los decadentes cultivadores de azúcar del nordeste a los florecientes plantadores de café de São Paulo. Permitted la industrialización en cuanto era útil para ese cambio, pero en esto, como en su final abolición de la esclavitud, insistió siempre en una evolución muy gradual".

"Ordem e Progresso", 1889-1930

LA causa inmediata de la caída del imperio fue la abolición de la esclavitud de los negros en 1888 sin compensación adecuada, pero hubo también otras razones.

En el momento de la abdicación impuesta al emperador en 1889, el Brasil tenía 14 millones de habitantes, 9,400 kilómetros de ferrocarriles, y estaba empezando la inmigración procedente de Euro-

pa. Pero el Brasil no estaba preparado para la vida republicana, y cuando se suprimió el austero control personal del emperador sobre el gobierno, empezaron a luchar por el poder elementos nuevos de la sociedad. El ejército se convirtió en una fuerza política, comenzó a existir una clase obrera nueva, fuera de la vieja estructura paternalista, y los poderosos Estados de Minas Gerais y São Paulo cayeron bajo el dominio de caudillos y oligarquías regionales que asumieron plenos poderes políticos y alejaron al pueblo de la participación activa en la política. Los Estados, y combinaciones de Estados, controlaban lo que existía de poder nacional. En los Estados, individualmente, prevalecía frecuentemente casi la anarquía; los políticos y los terratenientes poderosos empleaban bandos privados en su lucha por el poder. La película "Canagaceiro", que tiene por escenario el nordeste seco, y la novela *Gabriela*, de Jorge Amado, cuya acción transcurre en Bahía, comunican el sabor de la vida en esas regiones. Muchos brasileños portaban fusil (y en algunos Estados del nordeste todavía lo portan), circunstancia que empaña algo el artículo de fe brasileño de que su civilización se caracteriza por la comprensión pacífica e intercultural.

Rui Barbosa, uno de los grandes estadistas brasileños, luchó sin éxito por el control civil del gobierno, pero, cosa importante, contribuyó a desarrollar una conciencia civil en la nación durante los difíciles días de la república. La Constitución de 1891 estableció el sufragio limitado a los varones alfabetistas, y estableció grandes poderes presidenciales. A pesar del gobierno centralizado, se concedieron a los Estados algunos privilegios desacostumbrados: podían poner impuestos a las exportaciones, tenían otros amplios poderes fiscales y mantenían sus propias fuerzas armadas.

El lema de la bandera republicana es "Ordem e Progresso", frase tomada del positivista francés Augusto Comte, pero hubo poco orden y progreso en aquellos días. Una rebelión naval fue vencida fácilmente en 1893, pero en 1896-1897 un fanático religioso llamado Antonio Conselheiro desafió al gobierno, que sólo pudo reprimir la rebelión enviando un gran ejército federal al baluarte rebelde de Canudos, en el seco e inhóspito nordeste. La violencia del conflicto llevó a la nación a reconocer que las provincias olvidadas (los *sertões*) tenían que formar parte integrante del país. Conselheiro y casi todos sus analfabetos y feroces secuaces murieron, pero la historia de la épica lucha, que Euclides da Cunha conservó en sus *Os Sertões*, llegó a ser un clásico brasileño.

En los años 1908-1910 una campaña para proteger a los indios contra la amenaza de exterminio por el avance de los colonos y de los ferrocarriles, produjo un debate nacional sobre el lugar de las

diferentes razas en la sociedad brasileña. Esto dio por resultado la creación en 1910 del primer Servicio Indio en la América Latina, que fue colocado bajo la dirección del famoso oficial del ejército Cândido Rondon, que tenía fe en el trato pacífico con los indios. Hoy esa espléndida iniciativa del Brasil está pasando días difíciles. El personal del Servicio Indio ha disminuido, recibe poco apoyo del gobierno y no puede proteger a los indios contra la explotación por otros brasileños. Los historiadores reconocen las antiguas aportaciones que los indios, hombres y mujeres, hicieron al desarrollo del Brasil colonial, y los antropólogos destacan el origen indio de la hamaca, de la costumbre de incendiar la tierra antes de plantar cultivos nuevos, de asar los peces sobre ascuas de carbón, el uso de la nuez de coco como recipiente para beber, de la harina de mandioca y del maíz indio. Pero ningún monumento conmemora aún en el Brasil las aportaciones indias, como recuerdan las aportaciones de los negros la Madre Negra en São Paulo y el Padre Negro en Rio de Janeiro.

Durante los primeros años de la república, el Brasil empezó a orientar su acción política hacia una amistad más estrecha con los Estados Unidos. La cultura francesa y el comercio inglés siguieron ejerciendo una influencia poderosa, pero el Brasil se acercó más políticamente a los Estados Unidos bajo la jefatura diplomática del barón Rio Branco y de Joaquín Nabuco.

También hubo cambios económicos. La caída de la monarquía fue seguida del reinado del "Rey Café". A partir de 1890 el Brasil suministró más del 50 por ciento de la producción mundial; hoy sigue siendo el mayor productor del mundo. El predominio del café en el comercio exterior brasileño puede advertirse por el hecho de que desde 1900 representa aproximadamente un promedio del 60 por ciento del valor total del comercio de exportación del país. Desde 1906 la industria del café ha procurado perfeccionar algún sistema para defenderse en el mercado mundial. En 1924 se creó un Instituto Permanente del Café, pero no se ha encontrado ningún sistema útil para elevar o estabilizar permanentemente los precios mundiales del café, porque ahora son muchos los países que lo producen.

La producción de caucho tuvo su auge de 1900 a 1910, cuando la creciente popularidad de las bicicletas y los automóviles en los Estados Unidos creó gran demanda de él. Durante unos años los precios del caucho se elevaron a alturas vertiginosas. El auge terminó de repente, después del descubrimiento de que el caucho de plantación podía producirse en Malasia mucho más barato que el caucho silvestre recogido en el Brasil. Todo lo que queda para testimoniar este brillante período de la historia brasileña es el imponente

teatro de ópera, de Manaos, unos 3,200 kilómetros Amazonas arriba, a donde los magnates del caucho llevaban compañías europeas de ópera durante el apogeo de la industria brasileña del caucho. Ese monumento de 10 millones de dólares a la riqueza de la selva fue construido en mármol blanco, rematado por una cúpula de azulejos verdes, azules y dorados, y decorado con pinturas europeas encargadas a gran costo. Allí se montaron en escena óperas con los cantantes italianos más famosos para los magnates del caucho, y allí trabajaron artistas mundialmente famosos, entre ellos la danzarina Pavlova. Nada les parecía demasiado dispendioso a los millonarios del caucho y sus esposas, que importaban ropa blanca de Londres y París y se dice que la mandaban a lavar a Europa.

Los elevados precios de los productos brasileños durante la Primera Guerra Mundial llevaron algún alivio a las inseguridades económicas, pero los años de la posguerra volvieron a ser difíciles. El ejército dejó de imponer sus candidatos presidenciales y aumentó considerablemente la confusión y el desorden del período. El descontento de las clases media y trabajadora con el gobierno y con las condiciones generales tuvieron una respuesta de simpatía en algunos de los oficiales jóvenes del ejército (*tenentes*), la mayor parte de los cuales eran de la clase media. En 1924 dichos oficiales se rebelaron en São Paulo; dominaron la ciudad casi durante un mes, hasta que los obligaron a huir hacia el Oeste las fuerzas gubernamentales. Durante tres años, bajo el mando de Luis Carlos Prestes, aquellas fuerzas de combate, que a veces se reducían a unos pocos centenares de hombres, vagaron de un lado para otro en el vasto interior del país.

La columna Prestes no realizó nunca su objetivo: levantar a la población civil para obligar al gobierno a satisfacer sus demandas de reforma. Pero aquel grupo indígena, nacionalista y reformista, al formular sus razones para la rebelión y sus ideales, formuló una acusación contra la situación de aquel tiempo: "Razones: desorden financiero y económico; impuestos exorbitantes; corrupción administrativa; falta de justicia; corrupción del sufragio; subordinación de la prensa; persecuciones políticas; falta de respeto a la autonomía de los Estados; falta de legislación social... Ideas: establecer un régimen leal a la Constitución republicana; establecer la instrucción primaria, profesional y técnica gratuitas en todo el país; garantizar la libertad de pensamiento; unificar la justicia, poniéndola bajo la égida del Tribunal Supremo; unificar la hacienda pública; garantizar la libertad municipal para castigar a los defraudadores del patrimonio del pueblo; abolir las anomalías mediante las cuales los políticos profesionales prosperan a expensas de los fondos públicos;

rigurosa economía de fondos públicos en la ayuda eficaz a las fuerzas económicas del país'.

La revolución de 1930 fue obra de los *tenentes*, unidos a otros elementos descontentos en varios Estados. Aunque Prestes se separó personalmente de ella y poco después empezó su espectacular carrera con el partido comunista, aquellos jóvenes oficiales del ejército contribuyeron a la victoria de Getulio Vargas, que inició la edad moderna en el Brasil.

La época de Vargas, 1930-1954

AÚN está por escribir la historia del fervoroso período en que Vargas dominó un país caído pero que se desarrollaba rápidamente. Político magistral que conocía bien a su pueblo, Vargas liquidó sagazmente al ejército, a los grandes negocios y a la clase obrera, así como las numerosas rivalidades regionales del Brasil entre sí. Sus declaraciones tenían siempre un tono fuertemente nacionalista que apelaba a todo el país, aun cuando el programa de su "Marcha hacia el oeste" quizás se desarrolló en parte para distraer la atención de los problemas del litoral.

Vargas trató crisis como el levantamiento de São Paulo en 1932 a la manera de un estadista. Los plantadores de café y los industriales de aquel poderoso Estado pedían más autonomía y más ayuda federal. La guerra civil que siguió contó con unos 50 ó 60,000 hombres en armas por cada parte. Las 15,000 bajas que se calcularon, entre muertos y heridos, horrorizaron a una nación acostumbrada a considerarse una sociedad pacífica. Alberto Santos-Dumont, el precursor brasileño de la navegación aérea que se anticipó a la obra de los hermanos Wright en dos años, fue tan afectado por el uso destructor a que se dedicaron los aeroplanos durante la rebelión, que se suicidó. La reacción a aquella muerte fue muy brasileña: se suspendieron las hostilidades durante un día, mientras las dos partes rendían solemne tributo a una gran figura nacional. Cuando fueron vencidos los paulistas rebeldes, Vargas volvió a actuar de acuerdo con la mejor tradición nacional tratándolos generosamente, hasta el punto de suscribir los gastos de la rebelión garantizando los bonos emitidos por el gobierno del Estado.

Una consecuencia de la revolución fue la Constitución de 1934, que estableció un gobierno federal fuerte y la protección a los trabajadores. Para corregir los abusos que habían florecido durante el régimen individualista de la república, Vargas ya había creado un ministerio de trabajo, industria y comercio después de haber lle-

gado al poder en 1930. La masa obrera había estado "bajo los pies de los feudales plantadores de café y los industriales en ascenso", y en la nueva Constitución Vargas empezó a restablecer el equilibrio.

En medio de los años de la depresión mundial en que empezó a gobernar—el precio del café cayó de 29 centavos la libra a 7 centavos, en 1931—, Vargas inició la reforma universitaria y aumentó la responsabilidad del gobierno federal hacia la educación en general.

Los casi 4 millones de inmigrantes que entraron en el Brasil entre 1890 y 1937 representaban una población sólo parcialmente asimilada sobre la que soplaron los vientos del fascismo, el nazismo y otras teorías. En 1937 la quinta parte de la población total de 40 millones de habitantes era de estirpes inmigrantes. Vargas hizo frente a aquella crisis, o quizás se aprovechó de la confusa situación económica y social, para aumentar su poder mediante la creación de un "Estado Nuevo" en 1937, que en realidad fue una dictadura apoyada por los militares. Duró hasta 1945, en que el ejército lo obligó a dimitir. Pero fue un tipo muy brasileño de dictadura, con muy poco del rigor que suele encontrarse en esos regímenes.

Durante aquellos años, Vargas—y su oficina de propaganda—trabajaron denodadamente para paliar los defectos de su gobierno y, con ayuda de la Segunda Guerra Mundial, aún duró ocho años más. Durante la guerra, el Brasil desempeñó un papel internacional más importante que en ningún momento anterior. En contraste con su más próxima rival en la América del Sur—la Argentina—, que se mantuvo apartada, el Brasil no sólo declaró la guerra a Alemania, Italia y el Japón, sino que envió tropas a Italia y, en el interior, puso a disposición de los Estados Unidos bases navales y aéreas de gran valor estratégico.

Vargas impulsó el desarrollo del Amazonas, viejo sueño—o espejismo—brasileño; apoyó un programa del tipo del de Tennessee Valley Authority para el río São Francisco, nacionalizó recursos como la electricidad y las líneas marítimas, diversificó la agricultura y la industria, y en 1940 inició un plan de industrialización de cinco años, que comprendía una planta siderúrgica en Volta Redonda. Este gran establecimiento empezó a funcionar en 1946 y ahora produce más de un millón de toneladas de acero al año, y están en marcha nuevas ampliaciones.

Durante un período de fermentación social y económica sin precedentes, Vargas mantuvo unido al Brasil como un emperador Pedro II del siglo xx. Fue astuto y brasileño hasta el punto de entregar el poder pacíficamente; cuando el ejército le dijo que se fuera en 1945, se retiró. El presidente que le sucedió, el general Eurico Gaspar

Dutra, fue, no obstante, elegido por el dictador y en general siguió la política que se venía practicando. Vargas ni se encolerizó ni huyó del país con millones de dólares, según la tradición de los dictadores hispanoamericanos. Fue candidato para el Senado, y salió elegido.

Como prueba resonante de su destreza política y de su popularidad entre los trabajadores, y también entre los industriales, Vargas ganó las elecciones presidenciales de 1950, a la edad de 67 años, a pesar de la oposición de los liberales, los intelectuales y los magnates del café. Se suicidó en agosto de 1954, a causa, manifiestamente, de sucios escándalos en círculos oficiales que el ejército y la fuerza aérea empezaban a descubrir. Estudiosos de la época formativa de Vargas empiezan a creer que no sólo era un político magistral que logró crear una máquina federal burocrática, sino también un continuador de Castilhos, que había establecido en el Estado meridional de Rio Grande Do Sul un régimen positivista y dictatorial: "Las ideas y los hábitos políticos que el gaucho Vargas trajo de su Estado natal cuando tomó el poder en 1930, y el "Estado Nuevo" de 1937, no eran más que la "Dictadura Republicana" de Rio Grande Do Sul vestida con ropas más modernas y más ornamentales". Este puede resultar un diagnóstico demasiado simple. Cuando su régimen reciba el análisis histórico que merece, Vargas podrá ser juzgado como un político singularmente flexible y hábil que conoció bien las necesidades y las aspiraciones de su país.

*El ejército, el nacionalismo económico
y los partidos políticos*

DESDE 1945 el ejército había sido la fuerza decisiva en la política brasileña. Tradicionalmente, está dispuesto a sostener al gobierno establecido y a garantizar un gobierno constitucional y civil. Pero también está decidido a actuar aun contra el gobierno existente cuando considera amenazadas desde cualquier lado las instituciones brasileñas. Los oficiales del ejército suelen ser de convicciones políticas moderadas o conservadoras, y temían la influencia creciente de los trabajadores. Un observador está convencido de que el ejército seguirá determinando el curso de los acontecimientos políticos en el futuro previsible. Indudablemente, el gobierno de Kubitschek hizo un claro esfuerzo para tener contentos a los oficiales con sueldos elevados y otros emolumentos.

El ejército, los comunistas y los brasileños en general apoyaron fuertemente las políticas desarrolladas después de la Segunda Guerra Mundial para librar al país de la influencia económica extranjera.

Petrobras (Compañía Petrolera Brasileña) se convirtió en un símbolo nacional de independencia económica que pocos se atrevían a criticar. Sociedad anónima creada en 1953 por el gobierno, Petrobras monopolizó la extracción, refinado y transporte de petróleo nacional, y también controló en gran parte el manejo del petróleo importado. "O Petroleo e Nosso" (el petróleo es nuestro) se convirtió en la consigna de la nación, que, en efecto, envasó sobre el terreno gran parte de las reservas conocidas de petróleo del Brasil, puestas fuera del alcance de las llamadas empresas capitalistas norteamericanas. El petróleo estaba también fuera del alcance de la economía brasileña, que lo necesitaba desesperadamente. Sólo ciudadanos brasileños por nacimiento podían llegar a formar parte del consejo de Petrobras. La participación extranjera en el desarrollo petrolero brasileño quedó limitada a la concesión de empréstitos para exploración y equipo. En 1963 una misión soviética hizo un estudio de las perspectivas, tras haber sido discutidos los resultados negativos de técnicos de los Estados Unidos; pero Petrobras hizo lentos progresos hasta ahora en la producción de petróleo crudo, en parte porque el Brasil carece de geólogos y de equipo suficientes.

Pero Petrobras hizo adelantos importantes en el refinado y en la producción de gas natural. Ahora tiene unos 30,000 empleados en sus diferentes operaciones, que comprenden una flota de tanques, y un volumen anual de negocios de unos 2,000 millones de dólares.

Otros ejemplos del nacionalismo económico que ejerció una influencia tan poderosa y penetrante en la vida brasileña, fueron la ley de 1962, que limitó los giros de ganancias anuales al extranjero al 10 por ciento del capital registrado, y los planes para nacionalizar al fin todas las compañías extranjeras de servicios públicos. En aquel tiempo existía un apoyo público muy difundido para las medidas protectoras de la economía nacional y hacer más rigurosos los controles sobre inversiones y ganancias extranjeras.

Los partidos políticos del Brasil reflejan el estado de su sociedad, que está en rápida transición. Hasta tiempos muy recientes el poder político descansaba sobre una estrecha base de la minoría terrateniente, y la mayoría del pueblo estaba excluida de la vida política. El emperador, y después el presidente y los jefes de los mecanismos estatales en Estados como Minas Gerais, São Paulo y Rio Grande Do Sul, tomaban la decisiones políticas. En el plano local, los caciques llamados *coroneis* (coroneles) emitían el voto que mantenía en el poder a los regímenes tradicionales. El sistema del coronelismo ha venido decayendo, pero en grandes partes del norte y del nordeste aún está casi intacto. Allí la política sigue siendo monopolio de las grandes familias terratenientes y de los *coroneis*,

que conservan su posición dominante mediante favores, compra de votos y, cuando se hace necesario, por la violencia.

Los partidos políticos son débiles, han tenido una historia corta y todavía no recibieron por parte de los políticos científicos la atención analítica necesaria para comprender su papel en la vida nacional. El actual sistema de partidos se montó rápidamente para cubrir las necesidades de la libertad del voto al terminar la Segunda Guerra Mundial. El Partido Social Demócrata (PSD) heredó la mayor parte de la maquinaria política de Vargas, mientras que la Unión Democrática Nacional (UDN) agrupó a la mayor parte de la oposición a Vargas, quien organizó el Partido Obrero Brasileño (POB) para teher su inmensa popularidad entre los trabajadores organizados. El Partido Comunista (PCB) data de 1922, y desde 1935 fue dirigido por Luis Carlos Prestes. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial probablemente era el partido político mejor organizado. Como todas las cosas del Brasil, el PCB fue grande, por lo menos durante el período de su mayor popularidad, 1945-1947. Aunque ilegal desde 1948, conserva su organización bajo la guía de Prestes, a pesar de algunas divisiones en sus filas.

Los partidos brasileños cortan de través las clases y las líneas raciales, y la personalidad representa un papel importante en todos ellos. El sistema de partidos es inestable, con muchos grupos minoritarios, pero esto permite que entren elementos nuevos en la escena política. Pero sería difícil comprender el pensamiento político brasileño sólo por el estudio de sus partidos políticos, y las etiquetas habituales de "derecha", "izquierda" y "centro" tienen un sentido limitado. Roberto Campos, que tiene mucha experiencia, lo expresa en estos términos: "Sería mejor hablar de *conservadores*, que desean mantener el *statu quo*; de *reformistas*, que abarcan un amplio margen político, que va desde la derecha del centro hasta un gran sector de la izquierda, que pueden no estar de acuerdo sobre el tipo e intensidad de las reformas, pero que lo están sobre el postulado básico de que deben hacerse mediante el mecanismo democrático; y finalmente de *revolucionarios*, que propugnan el cambio violento por métodos totalitarios, y que abarcan a los comunistas, a la izquierda nacionalista ultramontana y un pequeño residuo de revolucionarios derechistas".

Después de Vargas

CON el suicidio de Vargas en 1954, el Brasil entró en un período de inestabilidad económica y política casi constante. La presidencia

de Kubitschek (1955-1960) conoció una inflación rápidamente ascendente, que muchos atribuyeron a la construcción de Brasilia y a su falta de responsabilidad financiera. Su defensa del desarrollo económico mediante la industrialización, el mejoramiento de las carreteras, y más energía eléctrica, así como el plan de una "Operación Pan América", lo hicieron popular, a pesar de frecuentes acusaciones de que había adquirido una fortuna personal mientras fue Presidente, y durante su administración los brasileños fueron adquiriendo cada vez más conciencia de la grandeza potencial de su país. Desde que el Brasil fue descubierto en 1500, fue influido por Portugal o la Gran Bretaña, y más recientemente por los Estados Unidos. Vargas particularmente había dado al pueblo brasileño un sentimiento de destino nacional, y Kubitschek dio viva expresión a ese sentimiento con Brasilia.

Las ideas empiezan ahora a influir en la vida brasileña más que nunca anteriormente. Los principales momentos decisivos de su historia—el establecimiento de una monarquía independiente de Portugal en 1822, el paso a la república en 1889, y la revolución de Vargas de 1930—, todo ello tuvo lugar sin planearlo mucho ni gran movilización de la opinión de masas. Gilberto Freyre y otros consideran la ausencia en el Brasil de agudos conflictos doctrinales y su genio natural para la transacción entre los grandes bienes de la nación. Pero durante los años de Kubitschek se produjo una floración, casi de invernadero, de pensamiento nacionalista; dio un tono especial a las ideas políticas brasileñas. Los nacionalistas que escriben en la *Revista Brasiliense* y en la Editora Fulgor, piden la "acción planeada hacia una economía altamente productiva de crecimiento autosostenido controlada por brasileños, niveles más altos de vida para todos, una política exterior independiente y acabar con la enajenación y el descontento nacidos de una prolongada situación inferior".

El grupo ISEB comprendía nacionalistas de "derecha" y nacionalistas de "izquierda", que se dividieron en 1958 con motivo de cuestiones relativas a si la burguesía brasileña puede aún tomar la dirección del desarrollo nacional y si habría que tomar una actitud más conciliadora hacia la participación extranjera en la explotación de los recursos petroleros del país. Este grupo heterodoxo produjo un notable conjunto de investigadores y de escritos, y en pocos años "creó una norma intelectual para la literatura nacionalista brasileña de cualquier inspiración política".

Jânio Quadros fue elegido presidente en 1960, por la mayor votación popular de la historia, de un Brasil cuya economía estaba desesperadamente excedida por la construcción de Brasilia y recar-

gada con un enorme crecimiento de la población. Este enigmático e imprevisible líder, después de iniciar muchas reformas significativas e importantes, dimitió súbitamente en agosto de 1961, sólo después de 7 meses de gobierno, y sumió al Brasil en una crisis política de la que todavía no ha salido. Afortunadamente no hubo efusión de sangre, aunque habían empezado a reunirse grandes ejércitos para entrar en acción. Quadros había prometido acabar con la corrupción administrativa, e inició una reforma prometedora; había impulsado una ley de reforma agraria contra una gran oposición, y había emprendido una política exterior, muy popular en muchos sectores, que subrayaba la independencia del Brasil respecto de los Estados Unidos. Especie de lobo solitario político, era dado a actos tan espectaculares como condecorar a Ernesto Che Guevara, comunista argentino, durante su visita al Brasil como Ministro de Economía de Cuba, acto que escandalizó a los conservadores brasileños tanto como las condecoraciones concedidas anteriormente por los Estados Unidos a dictadores latinoamericanos habían disgustado a los liberales de todas las américas. Se han dado muchas razones de la dramática dimisión de Quadros; es demasiado pronto para saber si se debió a sus insuficiencias personales, a sus errores políticos o a las "fuerzas reaccionarias", según la explicación del propio Quadros. Un analista cree que fue víctima de un golpe de Estado dirigido por Carlos Lacerda, vigoroso y espectacular gobernador del Estado de Guanabara; otro factor puede haber sido el conflicto no resuelto entre los nacionalistas de "izquierda" y los nacionalistas de "derecha". Parece claro que el enigmático Presidente fue particularmente disgustado y desilusionado por la oposición en el Congreso a sus medidas reformadoras.

Las fuerzas armadas consideraban demasiado radical al vicepresidente Goulart, y sólo le permitieron ocupar la presidencia después de haber sido reducidos los poderes presidenciales instituyendo apresuradamente una forma parlamentaria de gobierno. Pero en enero de 1963 un plebiscito restableció la forma presidencialista. La inseguridad política y la angustia económica perduraban, muchos empezaron a temer que Goulart estuviera evolucionando hacia un régimen autoritario, y el 1º de abril de 1964 lo destituyó un grupo militar-civil en la que se llamó "la revolución democrática". Al principio se informó ampliamente, en especial en los Estados Unidos, que el Brasil había estado al borde del abismo comunista, pero son pocos hoy en el país los que sostienen esa opinión. Goulart no era un administrador hábil, su posición sobre los problemas nacionales no era clara ni consecuente, y no se había granjeado la confianza del país. Su gobierno orientado hacia la izquierda fue reemplazado por un gobierno apo-

yado por la clase media y dominado por los militares, presidido por el general Humberto Castelo Branco.

Antes de que el Congreso eligiera Presidente al general, los jefes militares promulgaron una "Ley Institucional". Esta enmienda a la Constitución de 1946 disponía que los generales en jefe de los tres servicios armados podían destituir a todo funcionario federal, estatal o municipal, incluidos los diputados elegidos de las legislaturas, cuando lo considerasen un "extremista"; suspender durante diez años los derechos políticos, incluido el de votar, o el de ser elegido para cualquier cargo un ciudadano "extremista"; y suspender la inmunidad de un juez, un profesor o cualquier otro funcionario durante seis meses para que también pudiera ser *purgado*. Se le concedió al Presidente la facultad de enviar la legislación que deseara al Congreso nacional, que debía discutirla en el término de treinta días; si el Congreso no la discutía en ese plazo, la legislación se consideraría aprobada. El resto de la Constitución de 1946 iba a quedar en vigor.

El nuevo gobierno anhelaba suprimir la "corrupción" que había denunciado; retiró para un período de diez años los derechos políticos a muchos brasileños prominentes —el ex presidente Kubitschek, gobernadores de Estados, profesores famosos, muchos legisladores y hombres de negocios. Aunque son peligrosas las generalizaciones sobre la confusa escena política del Brasil, parece que, desde los febriles días de abril de 1964, el gobierno del general Castelo Branco no logró ganar muchos partidarios en ningún sitio; la clase media ya no lo apoya tan decididamente como antes, y se manifiestan diversidad de opiniones sobre este incoloro y honrado oficial del ejército. La inflación se ha hecho más lenta, pero la nación no tiene la sensación de un movimiento de avance, y los problemas fundamentales que acosaron al Brasil durante años, todavía esperan al nuevo Presidente que se elegirá en 1966. Durante los inciertos años transcurridos desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, la tradición brasileña de cambios pacíficos y el convencimiento de que debe evitarse la fuerza bruta hasta ahora ha sido respetada en gran parte, pero la destitución del Presidente Goulart puso en grave tensión los vínculos que mantienen unidos a los brasileños. En noviembre de 1965 Castelo Branco abolió, por decreto, todos los partidos políticos existentes y los substituyó con un partido "oficial" y una "oposición leal", y en febrero de 1966 un decreto ordenó la elección indirecta del Presidente, de los gobernadores de los Estados y de los funcionarios municipales en las capitales de los mismos, nueva abrogación de la Constitución de 1946, que establecía el voto popular directo.

El presente es un tiempo de prueba, porque los problemas económicos educativos y políticos de la nación son graves y los brasileños están impacientes por un cambio social y económico que beneficie verdaderamente al pueblo, en particular a las masas rurales del nordeste. Francisco Julião organizó allí ligas campesinas a comienzos del decenio actual, estalló la violencia en la tierra y el público urbano descubrió que muchos trabajadores rurales no viven hoy mejor que los indios que encontraron los portugueses en 1500. Se interesaron algunos sacerdotes, y el gobierno federal exigió la reforma agraria. Goulart y el partido obrero patrocinaron un proyecto de ley, aprobado en 1962, que concedió a los trabajadores de las plantaciones el derecho a organizar sindicatos. Los conservadores urbanos y los terratenientes se asustaron, corrieron rumores de influencias comunistas y de agitadores extranjeros, y Julião al fin fue encarcelado. Para hacer más confuso el cuadro, un antropólogo declaró que Julião no era tanto un radical o un comunista exaltado en su período activo hasta abril de 1964, en que lo metió en la cárcel el gobierno de Castelo Branco, como un abogado culto y acomodado que estaba organizando a los campesinos para su provecho político personal y no para el bienestar de ellos.

Puede aventurarse una predicción: Aunque la conmoción que Euclides da Cunha administró a sus compatriotas en el cambio de siglo, cuando su *Os Sertões* describió a los pobres e ignorantes fanáticos del nordeste dirigidos por Antonio Conselheiro, pudo ser olvidada una vez pasada la campaña, hoy no pueden ser ignorados los pobres y los desposeídos del Brasil. Como se hacían en las ciudades en proporción que crece sin cesar, son muy visibles. No dispersos ya en las grandes extensiones del continente que es Brasil, ni desplazados al Amazonas cuando la sequía los echa de su tierra, ahora van al sur, a Rio, São Paulo y otras ciudades ya superpobladas, donde se les ve y se les oye. Un habitante de un barrio miserable escribió una información sobre sus experiencias en la *favela* y su visión de la vida, que llegó a ser un *best seller*, leído en todo Brasil así como en el extranjero.

¿Puede el Brasil salir del paso?

Los "oligarcas" de la América Latina reciben en algunos sitios menos atención que los derechistas. Pero en el Brasil sigue siendo poderosa la influencia de los conservadores. Si el Brasil ha de evitar una sacudida sangrienta, tienen que cambiar de maneras. ¿Lo aprenderán a tiempo? Hay diferencias entre ellos; unos se han adaptado

más fácilmente que otros a las condiciones modernas. Pero con excesiva frecuencia, en el pasado por lo menos, parecen, como escribió Stanley J. Stein, olvidar todo lo que no sea su provecho económico inmediato. En el pasado recorrieron "el círculo vicioso de destruir selva virgen para plantar café a fin de pagar sus deudas, conseguir créditos para comprar esclavos y destruir más selva y plantar más café". Las informaciones de prensa de que muchos brasileños ricos, algunos comprando dólares y otras divisas extranjeras ilegalmente en el mercado negro, siguen poniendo su dinero en bancos extranjeros, no son tranquilizadoras.

Pero ciertas fuerzas nuevas han despertado en los últimos años para enfrentar a la nación con la crisis económica y social que plantea la llegada a la escena política de las masas sumergidas. Trátase de la Iglesia y de las universidades. Profesores y estudiantes, que con frecuencia desempeñan papeles políticos importantes en otros países latinoamericanos, rara vez se dejaron oír en el Brasil después de los días del *tenentismo*, en el decenio de los 1920, excepto sobre la cuestión del nacionalismo. Ahora las numerosas universidades, que crecen rápidamente, son foros donde se discute constantemente el destino del Brasil. Aunque de la clase media, este nuevo grupo de mentalidad política se convirtió en el "elemento más radical de la sociedad brasileña por cuanto es el menos dispuesto a aceptar el estancamiento y el conservadurismo erigidos en el gobierno y la política del Brasil".

También está cambiando la Iglesia Católica, hasta muy recientemente una organización bastante pasiva políticamente. Desde los días de la colonización portuguesa su influencia fue omnipresente en la vida brasileña. Con mayor población católica que cualquier otro país del mundo, pues el 90 por ciento de sus 80 millones de habitantes son por lo menos católicos nominales, el Brasil tenía en 1961 tres cardenales, 32 arzobispos, 128 obispos y más de 10,000 curas, lo que representaba una gran concentración de la fuerza humana de la Iglesia en la América Latina. Pero la proporción de un cura por cada 6,000 católicos es la más baja en dicha región. Muchos católicos del Brasil rara vez ven un sacerdote o reciben los sacramentos. Dada la ausencia general de violencia y los extremos de pasión en la historia política brasileña, y el papel generalmente benigno y apolítico que la Iglesia representó en la sociedad, el clericalismo intransigente y el anticlericalismo exacerbado que se encuentran en otras partes de la América Latina no existen, simplemente, en el Brasil. La Iglesia fue moldeada por el Brasil; un estudioso del arte colonial observa: "En el Brasil aun Cristo cuelga cómodamente de la cruz".

Ahora la Iglesia está ineludiblemente cogida en la impetuosa crisis del desarrollo nacional. Aunque la Iglesia y el Estado están separados desde 1890, los jefes eclesiásticos han venido asumiendo posiciones cada vez más fuertes sobre los problemas económicos y sociales; prelados como el arzobispo Camara, de Recife, se han convertido en líderes en la demanda de mejoras en las condiciones de vida para las masas. Uno de los primeros pasos que dio el Presidente Goulart después de llegar al poder fue agasajar a los individuos más prominentes de la jerarquía católica en el palacio presidencial de Brasilia, donde el intercambio de deferencias y palabras tranquilizadoras entre los prelados reunidos y el Presidente tuvo el carácter de una señal clara para la nación de que no había una amenaza inmediata de la izquierda ni de la derecha para las soluciones de transigencia que tenía en proyecto la administración.

Tres años después la atmósfera había cambiado radicalmente. Goulart reunió a 150,000 almas en una "Concentración Reformista" el 13 de marzo de 1964, en Rio, donde esbozó para la muchedumbre, que lo aclamaba frenéticamente, las medidas que acababa de decretar o que estaba enviando al Congreso: "Nacionalización de las últimas refinerías de petróleo de propiedad particular; expropiación de tierras agrícolas incultas a lo largo de carreteras, obras o vías acuáticas federales; enmiendas constitucionales que permitan un segundo período consecutivo al Presidente, el voto de analfabetos y soldados, y la autorización a oficiales sin mando para ser candidatos a la presidencia". Pero seis días después una manifestación "espontánea" de más de 500,000 personas tuvo lugar en São Paulo, y los manifestantes llevaban rosarios, banderas nacionales y carteles antiizquierdistas y antigoulartistas. Aquella "Marcha de la Familia con Dios por la Libertad" fue rápidamente organizada por diferentes grupos, en los que figuraban la hermana Ana, de Lourdes, el miembro del Congreso Antonio Silva Cunha Bueno, y la Unión Cívica Femenina de São Paulo, para llenar las calles de la ciudad con fines políticos, el día de San José, santo patrono de la familia. Manifestaciones análogas tuvieron lugar en otros muchos lugares. Las fuerzas armadas mostraron su simpatía de varias maneras, como cuando el Ministro de Marina ordenó el arresto de un cabo de la Marina (un estudiante universitario que hacía el servicio militar obligatorio) cuya agitación en favor de las "reformas" de Goulart violaba técnicamente las ordenanzas navales. No tardó en llegar la expulsión de Goulart del poder, pero dentro de la Iglesia continúa la lucha entre los partidarios de reformas moderadas y los que están convencidos de que hay que desarrollar una acción enérgica.

El crecimiento del protestantismo contribuyó también a desarrollar una conciencia política mayor en el Brasil. Los misioneros protestantes extranjeros trabajaron en el Brasil durante muchos años. Aunque el gobierno dijo, cuando estableció un consulado general en Jerusalén, que era la "mayor nación católica del mundo", 4 ó 5 millones de brasileños viven "bajo influencia protestante ya directa ya indirectamente", según el obispo católico Agnello Rossi. Además, de una manera verdaderamente brasileña, su número crece más rápidamente que en cualquiera otro país del mundo. El protestantismo es ahora un movimiento claramente nacional: hay tantos pastores protestantes nacidos en el país como sacerdotes católico-romanos, no obstante la enorme disparidad del número de protestantes y de católicos. Las iglesias protestantes se enorgullecen de que sus individuos son alfabetistas y se interesan por los movimientos políticos. Sin embargo, tanto católicos como protestantes temen el creciente poder de grupos religiosos exaltados que aparecen en las márgenes del protestantismo, y del movimiento llamado "bajo espiritualismo", mezcla curiosa de paganismo africano y ritos católico-romanos que se dice que ejerce influencia casi sobre el 20 por ciento de la población. Esos movimientos de interés social, así católicos como protestantes, indican claramente que ya pasaron los días en que las corporaciones religiosas podían ser pasivas o indiferentes a las cuestiones nacionales. Sus jefes pueden no estar todos de acuerdo sobre las medidas políticas que hay que tomar, pero son cada vez más activos en los asuntos sociales y económicos.

¿Puede llegarse a esperar que una de esas famosas transacciones brasileñas, el genio nacional para la improvisación—llamado *jeito*, esencialmente el ingenio para acomodar la ley, el reglamento o el principio a las necesidades del momento—salvará a la nación del desastre económico y de la desilusión general?

Los extranjeros se sienten desconcertados con frecuencia por la contradicción entre los inquietantes hechos de la vida brasileña y el optimismo de muchos brasileños. ¿Es esto una creencia saludable en las posibilidades de vida en esta tierra agitada, o una negativa a encarar los hechos de la existencia? La inflación ha florecido durante años; los precios subieron constantemente durante la administración de Goulart; la proporción fue del 100 por ciento en los últimos meses de su presidencia. Tumultos urbanos por la carestía de los alimentos y violencia rural han llevado a poner ampliamente en duda la tranquilidad esencial del Brasil, y los espantosos barrios miserables llamados *favelas* crecen sin cesar, aunque se están haciendo algunos esfuerzos para substituirlos por modestos y nuevos alojamientos de bajo costo fuera de Rio. Hasta la actitud ante las favelas

revela los sorprendentes contrastes de la vida brasileña: "Favela, expresión pintoresca con cierto sabor literario, que sirvió de tema de muchas canciones que ganaron premios en el carnaval, en la vida real significa suciedad, hambre, promiscuidad, enfermedad y prostitución".

Un reciente analista educativo de los Estados Unidos declaró que el legalismo y la estructura "casi increíbles" de la enseñanza superior brasileña retrasan su desarrollo: la Universidad del Brasil, por ejemplo, da cursos de química elemental en seis facultades diferentes, y cada uno de los profesores, de tiempo incompleto pero independientes, lucha con la insuficiencia de equipo. Semejante situación "adquiere una calidad de cuento de hadas. El cuento de hadas muy bien puede terminar con la nota patética de que este país sigue necesitando ayuda extranjera cuantiosa a intervalos frecuentes para resolver su crisis económica". Un escritor sueco cree que las ideas de tolerancia racial expuestas por Gilberto Freyre y otros, han llevado a los brasileños a sentirse tan satisfechos con su situación, que ignoran "los abrumadores problemas sociales y económicos que confronta el país y ofrecieron a los reaccionarios una cómoda excusa para desecharlos como meras ilusiones".

El suministro de alimentos para las superpobladas ciudades del Brasil resume los problemas de la nación. La producción insuficiente no es el obstáculo principal para conseguir una dieta satisfactoria para los brasileños. Pero las fuentes de alimentos para la mayor parte de las grandes ciudades suelen estar a centenares o aun a miles de kilómetros de distancia. Esas grandes distancias, al lado de servicios insuficientes de transportes, crean un gran obstáculo a la distribución. El ganado vacuno con frecuencia tiene que ser llevado a pie al mercado o a los puntos de embarque, con la consiguiente pérdida de peso; los camiones, principales conductores de alimentos, luchan con malas carreteras que causan frecuentes desperfectos mecánicos; el servicio ferroviario es lento, está mal organizado y expuesto a robos en ruta. Un tren de carga que va de Rio de Janeiro a Belo Horizonte, distancia de unos 480 kilómetros, puede tardar de 5 a 30 días, con un término medio de unos 10 días. Además, los servicios de almacenamiento son pocos, son raras las fábricas de enlatado y refrigeración, y las técnicas de mercadeo son relativamente primitivas.

Son también importantes las actitudes hacia la alimentación. Muchos brasileños desprecian los productos congelados o enlatados, a las legumbres verdes se las considera poco más que "hierba", la leche es desnatada y se cree que las naranjas son malas para el hígado. Lo que más cuenta es *o peso no estomago*, la sensación de peso y plenitud en el estómago. Así, dos o tres platos de arroz,

trijoles y carne seca se consideran muy superiores a alimentos "flojos" como el pescado, los pollos, la fruta y las legumbres.

La inestabilidad de la economía nacional y la profundamente enraizada filosofía "especulativa" de la comunidad de los negocios, son explicaciones adicionales del problema del suministro urbano de alimentos en el Brasil. La inflación significa que una cosecha en el momento de la recolección puede valer tan poco, que el agricultor ni siquiera puede recuperar su costo. Las dificultades que la mayor parte de los brasileños urbanos experimentan para encontrar comida suficiente son síntomas de la penuria económica general del Brasil.

La explosión cultural del Brasil

LA ruptura cultural con el pasado tuvo lugar en el Brasil antes de la revolución política de 1930. Algunos escritores creen que durante la Primera Guerra Mundial el Brasil abandonó muchas de sus viejas ideas y que empezaron a disminuir las influencias europeas; con la Semana de Arte Moderno celebrada en São Paulo en 1922, el Brasil inició una vida artística y literaria más independiente. Según describió un crítico aquel importante acontecimiento, "en São Paulo, en 1922, Mario de Andrade encendió un fósforo y después puso fuego a la mecha de varios cartuchos de dinamita; las explosiones hasta ahora han sido algo más que grandes ruidos. Tembló la tierra, se desgajaron las rocas y se abrieron minas para extraer una vasta riqueza literaria". La Semana de Arte Moderno expuso a la atención nacional fuerzas nuevas y estimuló a los brasileños a usar temas del siglo xx y su propia experiencia. Disminuyeron el provincialismo y la dependencia de la cultura francesa; ahora los brasileños desarrollan sus propios estilos en arte, música, literatura y otras formas de creación. Conocedores de las corrientes ajenas al Brasil, empezaron a pintar, componer, escribir y construir en su idioma nacional. El desarrollo artístico y literario del Brasil es hoy tan notable como el enorme aumento de su población o su desarrollo industrial. La influencia brasileña se propagó por el extranjero; quienes vieron una versión en *ballet* de *Emperor Jones* danzada con música del compositor brasileño Heitor Villa-Lobos, o los murales de la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso, pintados por Cândido Portinari, o leyeron una novela sobre el ciclo de la caña de azúcar, de José Lins do Rêgo, saben que el Brasil empezó su vida creadora independiente.

La frescura, vitalidad y riqueza del logro brasileño se expresan de muchas maneras. En Copacabana, suburbio de Rio de Janeiro, se

abrió un delicioso museo de arte infantil; el fallecido Augusto Frederico Schmidt fue poeta, socio de una cadena de supermercados, economista del gobierno; Aldemir Marins, un indio, ganó el Gran Premio de dibujo en la Exposición Internacional de Arte de Venecia el año 1956 por sus severos y poderosos dibujos a línea; el director Eleazar de Calvalho interviene en los Festivales Musicales de Berkshire; y Erico Verissimo llegó a un público tan numeroso con su *El tiempo y el viento*, especie de *Forsyte Saga* brasileña que describe el desarrollo del Brasil del sur a través de varias generaciones, que por primera vez un escritor creador brasileño puede vivir de su pluma. Gran parte del atractivo de las artes brasileñas estriba en que sus raíces se hunden en materiales populares, folklóricos, nativos. Elsie Houston hizo famosa la música popular brasileña dondequiera que cantó esas bellas y pegadizas canciones.

La actual situación cultural del Brasil tiene raíces profundas: *Marvelous Journey. A Survey of Four Centuries of Brazilian Writing*, de Samuel Putnam, expone el pasado literario del país. Las minas de oro del período colonial hicieron posible la construcción de iglesias muy notables. Las ciudades interiores de Ouro Preto y Congonhas son prácticamente museos de arte colonial, incluida la escultura de Antonio Francisco Lisboa (Aleijadinho), del siglo XVIII, cuyas estatuas monumentales de profetas se yerguen impresionantemente en Congonhas.

Los arquitectos brasileños, cuyos edificios son hoy quizás el logro cultural más visible del país, abandonaron radicalmente su pasado colonial y el delirio del imperio francés que produjo el Teatro Municipal y la Escuela de Bellas Artes, tan ornamentados, de Rio de Janeiro. La técnica del cemento armado, reforzado con acero, permitió a los arquitectos brasileños lanzarse por sí mismos en un período de gran actividad constructora. Combinando el cemento con vidrio, piedra y azulejos de colores (un arte colonial), y empleando hábilmente la luz, el aire y plantas tropicales, crearon formas nuevas de imaginación y de gracia. Lucio Costa cree que la arquitectura brasileña "logró añadir lirismo plástico e interés por las emociones humanas a las construcciones en que vivimos y trabajamos". Sobrevivirá no por su mero funcionalismo, sino "porque todavía podrá conmover el corazón". El Ministerio de Educación, en Rio de Janeiro, obra de Oscar Niemeyer, con sus paredes de vidrios alargados, fue precursor del edificio de las Naciones Unidas, en Nueva York, en cuyo proyecto colaboró Niemeyer. En casas y otras construcciones familiares los arquitectos brasileños demostraron su pericia y su "brasilidade" (brasileñismo).

La actitud del compositor Villa-Lobos puede tomarse como típica de muchos artistas y escritores del Brasil. Villa-Lobos, "el compositor que muy probablemente se recordará dentro de un siglo", conocía la música europea y admiraba mucho a Bach, pero también pasó mucho tiempo con el pueblo del Brasil interior. Sus "Bachianas Brasileiras" y otra música emplean violínfonos, tambores, trozos de madera y palos con muescas, de las selvas y los ríos exóticos de la Amazonia, cuyo folklore conocía muy bien.

El movimiento que llegó a conocimiento del mundo en São Paulo el año 1922 se convirtió en una fuerza poderosa, nacionalista, resuelta, variada y vigorosa, que recuerda a uno de los primeros escritores que arribaron al Brasil, el escribano de la expedición de Cabral que llegó al país en 1500. Pero Vaz de Caminha describió para el rey Manuel las riquezas del Brasil —los "bosques por todas partes" y las "aguas muchas e interminables"— y después hizo una predicción relativa al futuro del Brasil: "Esta tierra, Señor, es extraordinariamente hermosa y tan fértil que, si se la cultiva, dará de todo". Un hecho significativo del Brasil del siglo xx, tan importante como el ondulante humo de la fundición de acero de Volta Redonda y las fluyentes aguas del poderoso Amazonas, es que el Brasil ahora cultiva su suelo cultural. El rendimiento es rico y promete mucho más para lo futuro.

El futuro del Brasil

TODO lo relativo al Brasil es grande, incluso sus problemas. Los geógrafos dicen que el suelo, del cual arranca escasos medios de vida la mayoría de su pueblo en un "país de azada", está siendo rigurosamente agotado por los antiguos métodos de corte e incendio que destruyen la materia orgánica y favorecen la erosión. Cada vez son más frecuentes "calamidades causadas por el hombre resultantes de la destrucción de la base de recursos para un pueblo que no sabía lo que estaba haciendo con su propia economía".

El cuadro de la erosión humana en algunas de las regiones agrícolas atrasadas del interior, también es sombrío. Allí la proporción de analfabetos llega a veces al 80 por ciento. Allí no se emprendió una verdadera reforma agraria; sólo se trabaja el 3 por ciento de la tierra, y el 8 por ciento de la población posee el 73 por ciento de aquélla. Políticamente, esas regiones están subdesarrolladas; los *coroneis* acostumbraban facilitar el voto dando a los electores dos trozos de papel, uno la candidatura del candidato favorecido y otro una papeleta para una comida gratuita. Ahora se ha operado un

cambio, porque la candidatura oficial debe usarse aún en las regiones rurales. Pero el desarrollo político sigue siendo lento.

Particularmente en los sectores oficiales del sur, el rápido cambio económico va acompañado sólo por una pequeña proporción de cambio social. Un problema de suma importancia es la falta de una base grande de consumidores para ayudar a las industrias a desarrollarse en todos lados. Como dice un economista, "el mercado interior no crece porque el costo de la vida sube y la población rural sigue siendo incapaz de consumir; sin un mercado interior, la industria no prospera, no se mantiene al nivel de los progresos tecnológicos y constantemente tiene que recurrir a la protección del gobierno".

El estudio detallado y objetivo de esos cambios y de la estructura social en general, hecho por las universidades y los centros de investigación, es un signo esperanzador. La Escola de Sociologia e Política, de São Paulo, el Instituto de Joaquim Nabuco, en Recife, la Universidad del Brasil y la Fundación Vargas, en Rio de Janeiro, y otras instituciones, han publicado muchas monografías valiosas. La *Revista Brasileira de Estudos Políticos*, de la Universidad de Minas Gerais, ha venido analizando de un modo realista los procesos políticos del Brasil, y la *Revista Brasileira dos Municípios* publicó estudios que señalaban las iniquidades tributarias en la estructura financiera del país. Los sabios de la Universidad también están haciendo análisis profundos del carácter de su estructura social.

El Brasil sigue asimilando una diversidad impresionante de estirpes étnicas: ingleses, franceses, alemanes, irlandeses, italianos, japoneses, polacos, suizos, ucranianos y hasta descendientes de familias confederadas de las antiguas colonias norteamericanas irreconciliables con la derrota del sur, todos ellos integrados en grados diversos en la sociedad brasileña, cuyas razas fundamentales son los indios, los negros y los portugueses. El aislamiento durante el siglo XIX de algunos de esos grupos está desapareciendo: un Kubitschek fue Presidente, un Trompowsky fue ministro de Aeronáutica, y un Yokishigue Tamura fue diputado federal por São Paulo. La guía de teléfonos de una ciudad brasileña demuestra esa enorme diversidad étnica.

¿Encontrará el Brasil una fórmula para asimilar, lo mismo que absorbió a los inmigrantes, el capital extranjero que tan apremiamente necesita para sus programas industriales? En el pasado, los nacionalistas vocingleros evitaron la explotación eficaz del petróleo; Petrobras, la sociedad anónima petrolera controlada por el gobierno, fue cercada con legislación ultranacionalista. Con Castelo Branco esas leyes fueron derogadas o modificadas de manera importante. Roberto Campos, economista competente que fue embajador en los Estados Unidos con Goulart, ahora arquitecto jefe del programa eco-

nómico del régimen de Castelo Branco, ya anunció algunos de sus objetivos: suprimir los déficit nacionales; reducir los aumentos de los salarios; establecer impuestos nuevos y asegurar su recaudación; suprimir los subsidios del Estado a servicios, alimentos y combustibles; abrir la puerta a nuevas inversiones privadas, tanto nacionales como extranjeras. Es demasiado pronto para saber si tendrá éxito.

¿Significa todo el interés reforzado para y por el pueblo que el Brasil resolverá sus problemas? La derecha parece estar tan poderosamente atrincherada como antes y tan renuente como siempre a hacer concesiones importantes, en tanto que la izquierda no ha producido hasta ahora ningún líder nacional dinámico que pueda mantener unidos a los numerosos grupos disidentes ansiosos de cambios en una fuerza política eficaz. La disputa chino-soviética dividió al Partido Comunista a fines de 1961, y la Revolución Cubana dividió también a grupos nacionales como los intelectuales del ISEB, que tanto hizo durante el régimen de Kubitschek para definir cuestiones y desarrollar una ideología coherente.

Los brasileños fueron condicionados desde la infancia a creer en las inagotables posibilidades de su país. Uno de los primeros portugueses que llegaron allí lo describió como "El Brasil, la tierra infinita". Los Tomases que dudan son mirados como antipatrióticos, quizás como subversivos. Pero, evidentemente, un país en que más de la mitad de la población de 80 millones tiene menos de 20 años de edad, cuenta con demasiado pocos trabajadores productivos. Ante sus graves problemas económicos, muchos brasileños todavía esperan algún milagro que los resuelva. Hasta los habitantes de los barrios miserables, sin electricidad, sin agua potable que merezca confianza, sin el saneamiento más rudimentario, sin trabajo, creen que no tardarán las cosas en ir mejor. Pero el disgusto es general en todo el país; los intelectuales están cada vez más descontentos con las tendencias represivas del gobierno actual, como lo manifestó claramente el joven y dinámico editor Enio Silveira en su carta abierta al Presidente Castelo Branco. También florece el debate sobre el carácter exacto de la política exterior independiente que desean abrumadoramente los brasileños. ¿Ha de ser primordialmente antinorteamericana, o neutral, o alguna otra cosa? ¿Está el Brasil equipado ideológicamente, como proclaman algunos, para ser una potencia mundial gracias a la relativa ausencia de prejuicios de color que inducirá a muchas naciones africanas nuevas a admitir su jefatura?

Los extranjeros que han estudiado y vivido en el Brasil tiempo bastante para sentir un afecto duradero por su pueblo, suelen especular sobre su futuro. Uno escribió un ensayo penetrante titulado *Si yo fuera brasileño*, y otro contestó afirmativamente a la pregunta de si

en realidad *es* el Brasil la tierra del futuro, pero con estas reservas: "Siempre que los brasileños aprendan y apliquen cada vez más las técnicas médicas y sanitarias, que son las únicas que pueden hacer saludable la vida en los trópicos; siempre que hagan pleno uso de la tecnología moderna y termine su feroz destrucción de los recursos naturales; siempre que imiten o inventen un sistema más equitativo para distribuir los resultados de los procesos productivos entre capital, dirección y mano de obra; y siempre que apliquen mucho más de lo que aprendió la humanidad sobre la vida urbana, a fin de reducir la inseguridad de la vida para millones de individuos que ahora se hacinan en sus ciudades y villas".

Este gran Brasil es evidentemente una sociedad gigantesca capaz de grandes progresos. Pero hoy arrostra problemas terriblemente apremiantes, con sectores de la sociedad cada vez más poderosos decididos a mejorar la situación de las masas. Si ha de evitarse una revolución violenta en el decenio que viene, será necesario apelar a todo su humor, a toda su tolerancia social y a sus tradiciones de cambios pacíficos.

HACIA UNA INTELLECTUALIDAD REVOLUCIONARIA EN CUBA

Por Roberto FERNANDEZ RETAMAR

QUIERO aprovechar la invitación de *Cuadernos Americanos* a escribir en este número especial de la revista, para recoger y ordenar ideas que durante años he expuesto sobre este asunto. El posible (y casi imposible) lector que conociera esos trabajos anteriores míos, se encontrará pues, en estas notas, con algunos criterios conocidos, aunque sobre todo con reelaboraciones. En todo caso, no me resisto a sucumbir a las citas propias, pareciéndome mucho más saludable la norma de Alfonso Reyes: "Prefiero repetirme a citarme".¹

Cultura. Intelectuales. Generaciones

QUIZÁ no esté de más entendernos de entrada sobre los términos. "Cultura" e "intelectuales" son nombres que vamos a emplear en el sentido restringido con que corren habitualmente, aunque sepamos que así estamos limitando sus acepciones posibles. No hacerlo así, nos obligaría a escribir otro trabajo. Aunque "cultura" es toda la estructura de sentido de una comunidad humana, como sabe cualquier antropólogo, aquí vamos a referirnos a ella sobre todo en relación con la literatura, las artes y el pensamiento. No podemos olvidar, desde luego, la otra acepción, especialmente en nuestro país,

¹ Por una sola vez mencionaré varios de esos trabajos. Algo se encontrará en *La poesía contemporánea en Cuba, 1927-1953*, La Habana, 1954 y sobre todo en *Papelaría*, La Habana, 1962, y "Martí en su (tercer) mundo" (prólogo a *Páginas escogidas*, de José Martí, La Habana, 1965: la parte central había aparecido en *Cuba Socialista*, número 41, enero de 1965). En varios momentos he intentado un balance de la creación artística durante la revolución; por ejemplo, en *Marcha* (26 de enero de 1962), y en "La cultura en México", de *Siempre!* (8 de agosto de 1962). No es esto lo que intento ahora, aunque me valga de alguna idea expuesta allí, y en varias encuestas, sobre todo la que Carlos Núñez publicó simultáneamente en *Marcha* y en *Casa de las Américas* (núm. 35 marzo-abril de 1966) sobre "El papel del intelectual en los movimientos de liberación nacional.

de modo que más de una vez habrán de interferirse ambos campos. "Intelectuales", por su parte, no son sólo, como Gramsci ha hecho ver con gran claridad, los escritores, artistas y filósofos, sino muchos otros, incluyendo, por cierto, a los políticos. Pero aquí vamos a utilizar la palabra en el sentido habitual, aunque tampoco podamos olvidarnos de esa ampliación o restitución semántica, que por otra parte se aviene con los problemas de una sociedad que carece de cuadros suficientes, y requiere que prácticamente todos los que hayan rebasado la enseñanza primaria desempeñen variadas tareas de servicio.

Por último, los problemas abordados aquí afectan sobre todo a los hombres cuyo desarrollo intelectual coincide con el de la revolución triunfante. Pero no podemos dejar de aludir a la presencia de otros, aunque, por encontrarse ya formados al llegar la revolución al poder, su repertorio de problemas no coincide necesariamente con el que aquí comentamos. Ofrecemos, pues, en primer lugar, un breve esquema generacional de este momento cubano —por supuesto que sin el menor fanatismo por tema tan vapuleado como el de las generaciones. En Cuba hay tres generaciones visibles, flanqueadas por los sobrevivientes de una mayor, de ancianos —el más prestigioso de los cuales es Fernando Ortiz, nuestra primera figura intelectual— y los jóvenes en vías de formación, que ya han empezado a dar muestras de su trabajo. Esas tres generaciones visibles son, una, la "generación vanguardista", la de los hombres de sesenta años; otra, la "generación de enterrevoluciones", que madura entre la fracasada revolución contra Machado de 1933 y el acceso al poder de la actual revolución, en 1959; y, por último, la "generación de la revolución", que madurará en el proceso de ésta. Los más precoces entre quienes están surgiendo ahora coinciden en muchos puntos de su problemática con esa generación última, de modo que estos comentarios los aludirán, al menos parcialmente.

Es sabido que a esta división en estratos cronológicos hay que añadir la rajadura vertical de las *posiciones* clasistas (no hablo de *origen*, sino de *actitud* de clase, pues todavía el origen de la mayoría de los intelectuales cubanos es pequeñoburgués y aun burgués). Es así que, en la generación vanguardista, por ejemplo, Marinello representará la vertiente revolucionaria, y Mañach la conservadora; separación que en la generación siguiente podríamos ver encarnada en Carlos Rafael Rodríguez y Humberto Piñera. Esta división es evidente, e impide todo excesivo enamoramiento con las determinaciones provocadas por las generaciones. Pero no es menos cierto que un hombre que tuviera cerca de cincuenta años en 1959, no puede haber vivido el proceso revolucionario como la experiencia forma-

dora que ha sido para quienes entonces andaban por los treinta años a lo más. En éstos, y desde su perspectiva, pienso en las notas que siguen.

Generación vanguardista

Los hombres de sesenta años, los de la generación que surge alrededor de 1925, están hoy, o muertos (Ballagas, Roldán, Caturla, de la Torriente, Enríquez, Abela), o exilados (unos pocos importantes, como Novás Calvo, Montenegro, Lydia Cabrera) o consagrados (Carpentier, Guillén, Lam). En cualquier caso, su participación activa en la actual vida cubana, salvo excepción, es escasa. (Entre esas excepciones habría que destacar a Carpentier, nuestro novelista mayor, que dirige la Editorial Nacional de Cuba; a Nicolás Guillén, nuestro primer poeta, que preside la Unión de Escritores y Artistas de Cuba; y a Raúl Roa, Ministro de Relaciones Exteriores). Pero es claro que esa generación ha desempeñado un papel de pórtico. Es justo que se piense en ella como la vanguardia. (Buena parte de ella se nucleó en torno al órgano de la vanguardia en Cuba, la *Revista de Avance* [1927-1930]). En ella surge la nueva música, que inauguraron Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla volviéndose hacia los aportes negros; de ella, la nueva pintura, con el pionero Víctor Manuel a la cabeza; e incluso el nuevo pensamiento revolucionario, la inserción del marxismo en la problemática cubana, que arranca concretamente de Julio Antonio Mella (uno de los fundadores en 1925, del primer partido comunista de Cuba) y Rubén Martínez Villena. Es interesante ver cómo muchos de sus temas, muchas de sus preocupaciones, vuelven a ser asumidos en nuestros días, comenzando por el propio marxismo. Es evidente el nuevo interés que ha cobrado la presencia de lo negro en nuestro país, interés que hizo eclosión con aquellos hombres. También ellos se preocuparon por la unidad del continente nuestro, por nuestro carácter colonial, así como por lo que entonces se llamó, bastante candorosamente, "lo nacional y lo universal", todo lo cual se tradujo en un arte de voluntad nacional, realmente genuino. Naturalmente que estas preocupaciones, al ser retomadas, lo son ahora, por así decir, a un nivel más alto de la espiral: el marxismo, que después de la Revolución de Octubre y los sustanciales aportes de Lenin, apenas había progresado (con excepciones como Gramsci y Luckas), vuelve a reverdecer, con el francotirador Sartre, Althusser, Della Volpe, Luporini, Fischer, Kosik. La preocupación por lo negro, la unidad continental, el carácter colonial, son ahora aspectos de nuestras

preocupaciones en tanto que país subdesarrollado: la asunción de este hecho, en relación con el marxismo, ha ido engendrando en el planeta un pensamiento propio del Tercer Mundo: Fidel, Che, Fanon. En vez de "lo nacional y lo universal", hablamos ahora de "el subdesarrollo y el pleno desarrollo". Términos que, por otra parte, también pueden convertirse en retóricos.

Generación de enterrerrevoluciones

LA generación que empieza a darse a conocer algo antes de 1940, *generación de enterrerrevoluciones*, es una de las más asfixiadas de nuestra historia. Se abre a la vida entre los rescoldos de la abortada revolución de 1933, cuyas frustraciones van a ser su aire cotidiano, y será ya madura para cambiar cuando un grupo de jóvenes lleve la revolución al poder en 1959. En ella habría que distinguir un grupo que mantiene vivo el pensamiento marxista: José Antonio Portuondo, Mirta Aguirre, Julio Le Riverend, Carlos Rafael Rodríguez. Son investigadores más que creadores. Cerca de ellos debe mencionarse a importantes escritores, como el narrador Onelio Jorge Cardoso y el dramaturgo Carlos Felipe. Y, suelto y original, al creciente Samuel Feijóo. Pero el cuerpo más visible de los creadores de la generación se centra en la poesía, y se expresa en revistas como *Orígenes* (1944-1956), de singular importancia. Ellos transmitirán a los más jóvenes, desde sus posiciones literarias rectoras, el desasimiento político. Mientras otros escritores se exilan o se dan a actividades como el periodismo y la radio, ellos persisten en una tarea obstinada, de confianza, ya que no en la historia presente, en los valores espirituales, que acaban confundiendo con las esencias secretas del país, destartado en casi todos los órdenes. Su ideario encarnará en el libro *Lo cubano en la poesía* (1958), del mejor crítico de poesía de estos años, Cintio Vitier.

Si repasamos el repertorio de temas de la anterior generación, veremos qué pocos atrajeron a ésta. Fuera de aportes como los de la importante revista *Dialéctica*, es escaso el desarrollo del marxismo, que en lo internacional está conociendo los estragos de lo que luego se llamará el "culto a la personalidad", y en el interior el decaimiento de las posibilidades revolucionarias. En el grupo de *Orígenes* el interés por lo negro se evapora. La sensibilidad para lo continental se fragmenta, y *lo cubano* parece desmesurarse. Crece la preocupación por la intimidad y los "interiores" (véase la excelente pintura de interiores, de Amelia Peláez a Portocarrero). Es una actitud de repliegue, una búsqueda angustiada de los últimos

destellos de una sensibilidad que en la isla había conocido un momento de fuerza en el siglo XIX. Pues este grupo no representa al estado de espíritu de la burguesía cubana de su momento —burguesía entonces desarraigada, presa en los módulos norteamericanos de vida—, sino de la que brilló en el siglo pasado. Como, al mismo tiempo, no se resigna a la mera repetición de formas, se da a un curioso universalismo imaginario. Este es el instante en que la imaginación está obligada a suplir todo lo que la historia misma no puede entregar. La creación se mueve entre la nostalgia de un pasado armonioso (Eliseo Diego), la visión grotesca de un presente absurdo (Virgilio Piñera) y el frenesí de la imaginación (José Lezama Lima). Por su actitud religiosa, muchos de estos escritores recuerdan a los que en la Rusia prerrevolucionaria fueron llamados "los buscadores de Dios", y que influirían en su momento sobre el propio Gorki. La racionalización triunfa sobre el razonamiento, la ideología sobre la ciencia. El costado positivo de esta tarea, sin embargo, es digno de señalarse: por ejemplo, la salida del pintoresquismo, que había sido la trampa que acechaba a la generación anterior y en la que sucumbirían los débiles de ésta. Artistas como Portocarrero o Mariano; poetas como Lezama, Vitier o Diego; dramaturgos como Piñera, representan, en general, un considerable enseriamiento en el trabajo expresivo de la isla.

La contrapartida de esta actitud en otros órdenes es menos feliz. A pensadores marxistas no bastante formados, pero con vislumbres magníficos, como Mella y Martínez Villena; e incluso a francotiradores conservadores pero inteligentes, como Mañach (véase su *Indagación del choteo*, 1928), que comprendían que la búsqueda filosófica o se insertaba en nuestra problemática o era una especulación hueca, sucede el equipo mediocre de la *Revista Cubana de Filosofía*. Si aquéllos no eran filósofos, pero sí pensadores —de acuerdo con el útil distingo de Gaos—, éstos no serán ni filósofos ni pensadores, sino pedantes enseñadores de filosofía. Con su mera repetición y traducción de temas que tenían cierta vigencia en otras circunstancias, representaron, con pocas excepciones, la vaciedad de este momento. En vano buscaríamos entre ellos algo comparable a la *Teoría del hombre*, del argentino Francisco Romero, o a los trabajos del mexicano Leopoldo Zea.

Probablemente no es un azar que éste haya sido el único equipo intelectual de esta generación que abandonaría el país después del triunfo revolucionario. Algunos de ellos —caso excepcional entre los intelectuales cubanos—, incluso habían llegado a encontrar conciliables sus pretensas vocaciones filosóficas con el régimen tiránico.

Generación de la revolución

EN 1923 han tenido lugar en Cuba la Protesta de los Trece, capitaneada por Rubén Martínez Villena (en la que un grupo de escritores expresó su repudio a un gobierno corrompido), y el intento de Reforma Universitaria con Julio Antonio Mella a su frente. Treinta años (o dos generaciones) después, el 26 de julio de 1953, Fidel Castro realiza la acción homóloga de aquéllas—que esta vez sí logrará desencadenar la revolución—, al atacar el cuartel Moncada, en Santiago de Cuba. En aquellas acciones de 1923, tuvieron participación importante los intelectuales. No ocurriría otro tanto en esta de ahora. En el proceso insurreccional reabierto en 1956, y que conduciría a la toma del poder político al romper el año 1959, la participación de los intelectuales coetáneos de los dirigentes políticos fue escasa. Aunque los de más claridad política se nuclearon en la sociedad *Nuestro Tiempo*—que fue un centro de actividades culturales y no de creación—, y a pesar de contribuciones personales a la insurrección, el desaliento e incluso el despego político que se habían entronizado en la parte más visible de la anterior generación siguieron cundiendo.² No podría decirse, además, que hubiera mejorado la situación intelectual del movimiento marxista internacional (no sería hasta el XX Congreso del PCUS, en 1956, que ello empezaría a ocurrir de veras), mientras que el macarthismo ganaba terreno en muchos órdenes. La podredumbre del país era mayor que nunca antes en su historia. Esa podredumbre la encarnaba la tiranía de Fulgencio Batista, la auspiciaba con plena conciencia el gobierno norteamericano, que había hecho de Cuba el lupanar del Caribe (los periódicos norteamericanos proclamaban en 1958: "Visit Havana, the Las Vegas of the Caribe"), y generaba una actitud de lucha violenta entre los más aguerridos y alertados políticamente, y una actitud de rechazo incluso entre los intelectuales de menos participación política. Se incrementa así entre éstos un destierro voluntario que los llevaría a New York, a París, a Madrid, a Roma. Por descontacto, se trataba de intelectuales de proveniencia burguesa o pequeño-burguesa. La clase obrera y el campesinado difícilmente podían

² Para decirlo con palabras de Lisandro Otero, "algunos escritores, los menos, participamos en mayor o menor medida en la resistencia clandestina urbana. Ninguno llegó a destacarse en las guerrillas rurales que luego tuvieron un decisivo papel en el rumbo tomado". Sobre varios puntos tratados aquí véase la importante carta de este narrador cubano a Emmanuel Carballo, que fue publicada con el título "Cuba: literatura y revolución" en "La cultura en México", *Siempre!* (15 de junio de 1966) y con el nombre "El escritor en la revolución cubana" en *Casa de las Américas* (núms. 36-37, mayo-agosto de 1966).

dar de sí una zona intelectual, sumidas como se hallaban en estado de analfabetismo total o parcial. Mientras tanto, como Che Guevara ha descrito, se va gestando una verdadera vanguardia del país en las montañas.³ No es cuestión de presentar ahora como idílicas las relaciones entre los intelectuales *políticos* y los *otros* intelectuales en la generación "vanguardista" (¿es que lo han sido alguna vez?): que no fueron idílicas, lo demuestra un ensayo de Julio Antonio Mella sobre Agustín Acosta, o las actitudes y polémicas de Rubén Martínez Villena, una vez que se convirtió en un dirigente político. Pero sea como fuere, hubo relaciones: lo atestiguan la Protesta de los Trece o el Grupo Minorista. En general, ese no fue exactamente nuestro caso. Mella tiene veinticinco años cuando es asesinado. Esa edad tiene Fidel Castro cuando ataca el Moncada. Que está dotado de extraordinaria claridad política en sus propósitos, lo demuestra su impresionante alegato "La historia me absolverá". Pero previamente no ha considerado necesario realizar nada comparable a la crítica de Mella sobre Acosta, el diálogo con los intelectuales coetáneos. Entre esos coetáneos, por otra parte, no existe un Rubén Martínez Villena; iba a escribir: ni una *Revista de Avance*, pero esto no sería justo: la edad promedio de los editores de la *Revista de Avance* al comenzar a publicarse era más o menos la edad que teníamos nosotros al llegar la revolución al poder, en 1959. Al decir "nosotros", pienso en quienes andábamos en esa fecha por los treinta años. Así como aquélla es llamada por muchos generación de la vanguardia o de la revolución antimachadista, no veo de qué otra manera podría ser llamada la nuestra que "generación de la revolución", pero entendiéndola a *partir de 1959*. Pues si para la vanguardia *política* la revolución comienza en 1953, con el ataque al cuartel Moncada, y adquiere nuevo impulso en 1956, con el desembarco del *Granma* y el ascenso a la Sierra Maestra —y durante esos años se va forjando esa vanguardia—, es a partir de 1959, es decir, a partir del momento en que la revolución está en el poder, que la vanguardia intelectual recibe una verdadera conmoción que la hace madurar, le va dando su fisonomía histórica.

De entrada, un hecho es evidente: en relación con la vanguardia *política*, esta vanguardia *intelectual* quedó retrasada. No desempeñó siquiera el papel de los futuristas rusos en relación con los

³ ERNESTO CHE GUEVARA, *El socialismo y el hombre en Cuba*, La Habana, 1965 (Se trata de la extraordinaria carta que el Che enviara a Carlos Quijano, el director de *Marcha*). Sobre la construcción de esta vanguardia en el proceso insurreccional de un país subdesarrollado, véase también la notable intervención de Amílcar Cabral en la Primera Conferencia Tricontinental.

acontecimientos de octubre de 1917. Por supuesto que en esto hay responsabilidades personales, que no hay por qué soslayar; pero que tampoco hay que abultar, olvidando que los hombres hacen su historia, pero dentro de condiciones que ellos no han hecho. La *intelligentsia* rusa estaba cargada de inquietud revolucionaria mucho antes de que los futuristas empezaran a salir a la calle con blusas amarillas. Desde el último cuarto del siglo XIX, se sabe que el centro de la revolución europea se ha desplazado a Rusia. Voy a mencionar dos ejemplos curiosos, entre los numerosísimos que pueden aducirse, de la conciencia que se tenía, desde nuestra lengua, de esto: uno es el libro, injustamente olvidado, de Emilia Pardo Bazán *La novela y la revolución en Rusia*, que data de 1885; otro, las numerosas anotaciones que sobre el hecho ha dejado, en sus cuadernos de apuntes y fragmentos, José Martí, y que, a pesar de su evidente importancia, no han sido, que yo sepa, estudiados separadamente. Pues bien: ese desplazamiento a Rusia de la posibilidad revolucionaria, esa *espera de la revolución*, del gran vuelco, está presente, aunque con altibajos, en la vida intelectual rusa durante varias generaciones, y será expresada dramáticamente, llegada la revolución, no sólo por los marxistas y por los futuristas, sino incluso por un simbolista religioso como Alexander Blok, en sus sobrecogedores poemas "Los doce" y "Los escitas". No era equivalente la vida intelectual cubana del cuarto de siglo anterior a 1959. No me refiero sólo a densidad intelectual, que haría grotesco el paralelo, sino a tensión esperanzada. Desde que en enero de 1934 un fugaz gobierno revolucionario es derrocado por Batista, y más aún desde que en 1935 éste hace asesinar a Antonio Guiteras, alma de aquel gobierno, el país vivirá —también con altibajos, desde luego— de la desesperanza y la desilusión. Es esa la actitud que reflejan los "buscadores de Dios" de la revista *Orígenes*.

Por tanto, no es un medio tenso por la espera de la revolución, sino en un medio lleno de escepticismo y despego (escepticismo y despego traducidos en la difícil vida intelectual), en el que Fidel Castro va a desencadenar una de las más profundas revoluciones de la historia, con su ataque al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. Su apoyatura intelectual no va a recibirla de pensadores inmediatos a él, sino de José Martí. Y esto, que hoy nos parece lo más natural del mundo, esto sólo, el saltar por encima de la mediocridad ambiente e ir a entroncar de modo vivo con el único gran pensamiento original que se había engendrado en esta tierra, ya era una definición. También en la manera de conducir la lucha militar, a partir de 1956, lo veremos prescindir de las tácticas que una y otra vez habían demostrado su inutilidad durante la seudorrepública; y hacer

renacer entre nosotros la *guerrilla* de los mambises. Después de todo, no es tan sorprendente que Fidel haya sobrepasado a los intelectuales cubanos, quienes vivían bien confundidos y desesperanzados en esta tierra, cuando a los políticos más avezados (pienso en la izquierda, por supuesto), también los sorprendió y sobrepasó. En un orden como en otro —aquí es el momento de recordar de nuevo que el político es un intelectual, y que sólo convencionalmente separamos estas tareas— puso el dedo en la llaga.

Pero sea como fuere, es lo cierto que, a los ojos de la revolución, como lo han expresado Fidel y el Che, los intelectuales teníamos que recuperar el tiempo perdido, recuperarnos a nosotros mismos, hacernos intelectuales *de* la revolución *en* la revolución. Y esto debía hacerse en una revolución que ya era poder. Así como el partido iba a ser hecho *después* de ser la revolución gobierno —mientras que, habitualmente, una de las metas de un partido revolucionario es la toma del poder político—; de manera similar, los intelectuales de la revolución iban a hacerse tales, en medida considerable, después de esa toma del poder político. (Todavía a principios de 1965 el Che expresará su impaciencia por esa intelectualidad revolucionaria. Pero en 1961 ¿no se había dirigido Fidel a la propia clase obrera, para recordarle que su misión no era luchar por migajas, sino por el poder político?). Ahora bien: no se trata de lamentar la ayuda que como guerrilleros hubieran podido prestar los intelectuales, sino de conocer (para aliviar) el retraso en su formación como intelectuales revolucionarios.

Etapas de una formación

Los problemas para esa formación no son, por supuesto, simples. No basta con adherir verbalmente a la revolución para ser un intelectual revolucionario; ni siquiera basta con realizar las acciones propias de un revolucionario, desde el trabajo agrícola hasta la defensa del país, aunque esas sean condiciones *sine qua non*. Ese intelectual está obligado también a asumir *una posición intelectual revolucionaria*. Es decir, fatalmente problematizará la realidad, y abordará esos problemas, si de veras es revolucionario, con criterio de tal. Pero ello es resultado de un proceso, tan intenso y violento como la propia revolución lo ha sido entre nosotros. En ese proceso pesará su formación anterior, las influencias que han gravitado (y no dejarán de hacerlo de repente) sobre él, y prejuicios diversos, entre los cuales algunos se han revelado simples juicios, como en lo tocante al "realismo socialista".

Por supuesto que ese proceso personal no es con frecuencia sino la interiorización de un proceso colectivo que debemos ver en su conjunto, y en sus distintos momentos. Esos momentos no se separan por una fecha, pero tampoco son enteramente imprecisos. Podrían señalarse *grosso modo* tres instantes: uno inicial, que abarcaría hasta la victoria de Girón; otro, que incluye la denuncia del sectarismo y la crisis de octubre, en 1962, y se extiende hasta 1964 al menos; y otro, en nuestros días.

El momento inicial de este proceso es de exaltación precrítica. La revolución —que por entonces muchos tienden a entender tan sólo negativamente, como *lo otro* opuesto a la tiranía batistiana—, es tanto una realidad como una posibilidad: vive una indefinición que no hace sino traducir las tensiones internas mantenidas durante ese tiempo entre quienes pretendían amoldar la revolución a esquemas burgueses tradicionales, y quienes comprendían que ella estaba obligada, más temprano o más tarde, a hacer estallar esos esquemas. En el orden de la creación artística, ese instante de exaltación, mezcla de fervor y confusión, está expresado, principalmente, en el semanario *Lunes de Revolución*. Hay, en general, más entusiasmo, e incluso *embullo* cubano, que reflexión sobre lo que estaba ocurriendo de veras. La reflexión, por otra parte, no podía anteceder a la clarificación de los hechos mismos. Por supuesto, apenas hay algo que pueda llamarse entonces un arte o una literatura *de* la revolución. Las gavetas se han abierto, y una papelería guardada durante años ha salido a la luz. Habría que ir a buscar la expresión literaria y artística de este momento en las grandes piezas oratorias, en ciertos reportajes, en algunos poemas y narraciones testimoniales, en fotos y documentales dramáticos. La imaginación, que había podido reinar unos años atrás, cede su lugar al testimonio, incluso al documento. Pero junto a éstos crecen formas experimentales que irán desarrollándose en los años sucesivos y que, aunque no constituyan en rigor una novedad, garantizan una continuidad imprescindible para ulteriores desarrollos. En las artes plásticas, por ejemplo, alcanzan su madurez artistas de surgimiento anterior y se reconoce como de primera fila a jóvenes como Raúl Martínez y Antonia Eiriz, con quienes se aclimatan en Cuba desde el expresionismo abstracto hasta la nueva figuración y el pop-art. En la música, se sale al fin del folklorismo en que se desangraba la herencia de Roldán y Caturla, y con Juan Blanco y otros músicos más jóvenes se inicia la creación de la música serial y electrónica, que llegará a utilizarse en grandes actos masivos.

Pero este desarrollo de lo que había parecido natural en aquel primer momento, no se realiza armoniosamente, sin tropiezos —o al

menos, sin sobresaltos. Los acontecimientos de 1960 precipitan en Cuba la radicalización. Los intentos norteamericanos para aplastar violentamente a la revolución dividen las aguas: la burguesía decide traicionar al país, mientras las clases populares se aprestan a defender el poder revolucionario. En una dramática sucesión de golpes yanquis y contragolpes cubanos, la revolución va asumiendo medidas cada vez más profundas. Ya en septiembre de ese año, en la primera *Declaración de La Habana*, se expresa, sin nombrarse, el carácter socialista de la revolución. Y el nombre se hará explícito en abril de 1961, al día siguiente del bombardeo norteamericano a Cuba que prelude la invasión. La indefinición ha concluido. La Revolución Cubana, dicho por boca del propio Fidel Castro, es reconocidamente socialista: marxista-leninista, como se especificará más tarde. Cuba forma parte de la comunidad de países socialistas: es uno de ellos. Nadie podrá llamarse a engaño sobre este punto. Con los mismos hombres al frente, la Revolución Cubana ha vivido su febrero y su octubre de 1917. Por otra parte, la victoria obtenida por Cuba hace que aquella definición vaya acompañada por un sentimiento de triunfo.⁴

Pero a pesar de ese sentimiento de triunfo, el hecho de que Cuba se haya convertido en uno de los países socialistas hace que muchos se interroguen sobre el destino de la vida intelectual —especialmente del arte. ¿Se conservará la libertad de expresión de los dos años anteriores? ¿O, por el contrario, Cuba, como otros países socialistas, va a implantar normas estrechas a la expresión artística? Estas preocupaciones acaban por conducir a memorables reuniones de escritores y artistas con Fidel y otros dirigentes de la revolución, en julio de 1961. Al final de esas reuniones, donde muchos hablan copiosa si no siempre lúcidamente, Fidel pronuncia el discurso que será publicado con el nombre *Palabras a los intelectuales*, en que afirma que la revolución no implantará norma alguna en cuestiones de arte, no existiendo más limitaciones para éste que la propaganda contrarrevolucionaria. Sin embargo, las preocupaciones no se desvanecen del todo, porque el país va a conocer lo que el propio Fidel Castro desenmascarará, el 26 de marzo de 1962, con el nombre de sectarismo. Sectarismo y dogmatismo han encontrado siempre en el arte una víctima particularmente propicia para ejercer sus errores. Nuestro caso no habría de ser la excepción. Ello

⁴ Sobre la evolución histórica de la Revolución Cubana, véase el trabajo imprescindible del Che Guevara "Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?", que publicó la revista cubana *Verdeolivo* a raíz de Girón, en 1961.

explica las enconadas polémicas mantenidas esos años en torno a los problemas estéticos. Simplificando los términos de esas polémicas, que involucraban a artistas y a algunos funcionarios, sus extremos podrían ser, uno (sobre todo el de algunos funcionarios), la postulación de un arte más o menos pariente del realismo socialista; otro (el de la gran mayoría de los artistas), la defensa de un arte que no renunciara a las conquistas de la vanguardia. La derrota del primer punto de vista fue sancionada cuando el Che, en "El socialismo y el hombre en Cuba", dio el puntillazo al realismo socialista, aunque no le pareciera enteramente satisfactorio el segundo punto de vista: para él, es menester no contentarse con esa posición, sino ir más allá. Sólo que para ir más allá hay que partir de algún lado, y la vanguardia parece un buen punto de partida —si no de llegada.

Por supuesto, las discusiones sobre temas estéticos no eran sólo eso. Criterios extraestéticos diversos, como no podía menos de ser, estaban en el fondo de esas polémicas. Conviene recordar la observación de Gramsci:

Luchar por un nuevo arte significaría luchar por crear nuevos artistas, lo cual es absurdo, ya que éstos no pueden ser creados artificialmente. Se debe hablar de lucha por una nueva cultura, es decir, por una nueva vida moral, que no puede dejar de estar íntimamente ligada a una nueva intuición de la vida, hasta convertirla en una nueva manera de ver y sentir la realidad, y por consiguiente, un mundo íntimamente connaturalizado con los "artistas posibles" y con las "obras de arte posibles".⁵

Aun vueltos sobre los problemas gremiales, pues, habíamos ido a dar con la problemática de la revolución toda, con la problemática de la "nueva vida moral", dicho en términos de Gramsci; o de la construcción del "hombre nuevo", en palabras del Che. Así entramos en lo que podríamos llamar el tercer instante de este proceso: ni precrítico ni defensivo, sino crítico y confiado, en la medida en que los hechos mismos, tanto como la meditación sobre esos hechos, han ido obligando al desarrollo de intelectuales revolucionarios.

Naturalmente que estos instantes no se separan bruscamente ni, en rigor, se *extinguen*. Un poco a la manera de las *etapas* de un artista, de las que con tanta lucidez ha hablado Cortázar, encontramos de pronto un brote, un reverdecimiento, de actitudes que

⁵ ANTONIO GRAMSCI, *Literatura y vida nacional*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1961, pp. 25 y 26.

habíamos dado por muertas.⁶ Acaso podrían presentarse estas etapas como el predominio de unas fuerzas sobre otras, pero no necesariamente como el exterminio de unas u otras. Hay un momento en que predomina el dogmatismo, y hay otro en que está mitigado, en retirada. Pero el dogmatismo es un mal que acecha a la revolución, porque se apoya en la comodidad y en la ignorancia, porque dispensa de pensar y provee de aparentes soluciones fáciles a problemas intrincados. El antidogmatismo es su contrapartida: se justifica su vigilante presencia en la medida en que, efectivamente, el dogmatismo amenaza. Pero bajo su máscara simpática puede encubrirse quien prefiera decir que está combatiendo al dogmatismo para no decir, abiertamente, que es a la revolución a la que combate.

Algunos problemas del intelectual revolucionario

HACE poco me preguntaba Víctor Flores Olea por qué los intelectuales cubanos no participaban sino excepcionalmente en las discusiones sobre problemas de tanto interés como las referidas al estímulo material y al estímulo moral, a la ley del valor, etc., asuntos que solían ser tratados por el Che, Dorticós, Alberto Mora y otros. Creo que le respondí que tales compañeros también eran intelectuales, y que, por la naturaleza de su trabajo, abordaban tales asuntos. Incluso añadí que, dada su formación, de ser él, Flores Olea, un intelectual cubano actual, muy probablemente hablaría no como un francotirador, sino desde una posición de gobierno, como era el caso de los compañeros mencionados. La pregunta quedaría, pues, transformada en esta otra: ¿por qué los poetas no hablan sobre los estímulos materiales y morales? ¿Por qué los dramaturgos no abordan la ley del valor?.. Si efectivamente respondí así (como creo), la respuesta podría ser ingeniosa, pero era insuficiente. La pregunta va más lejos, y, entre otras cosas, roza este punto: los intelectuales cubanos, que han debatido lúcidamente sobre cuestiones estéticas, deben abordar otros aspectos, so pena de quedar confinados en límites gremiales. De hecho, como dije arriba, tal abordaje está ocurriendo, en ese proceso de conversión en intelectuales de la

⁶ Un ejemplo de esta sobrevivencia lo tenemos en la polémica que en estos momentos mantienen Jesús Orta Ruiz ("Indio Naborí") y Jesús Díaz. Este último, director del interesante mensuario juvenil *El Caimán Barbudo*, se ha sentido en la necesidad, para combatir el populismo, de reiterar argumentos que durante cinco años se han venido exponiendo aquí, y que parecían ya conocidos y asimilados. (v. "Para una cultura militante", en *Bohemia*, 16 de septiembre de 1966).

revolución, que no lo serían si no se plantearan problemas así, referidos a la construcción de una nueva cultura.

Es en esa ampliación de la problemática intelectual que hemos topado con la condición real de nuestro país, la condición de país subdesarrollado, de país del Tercer Mundo, con toda la secuela de problemas laterales que ello supone. Pues no se trata de posar de primitivo, de pintarrajearse de salvaje, sino de asumir conscientemente la verdadera condición de nuestra historia. Es como si se nos hubieran hecho transparentes problemas abordados en libros como *Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada, o *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz. ¿Y por qué no en el ya lejano *Ariel* de Rodó? Con los instrumentos a su alcance, el uruguayo se planteaba problemas que siguen conmoviéndonos. Sólo que ahora sabemos en qué consiste el "secreto" de nuestra América y los vínculos que la unen entre sí, los cuales no están sustentados en sentimentalismos o en actitudes idealistas, sino en visibles razones estructurales, que destacaría, por ejemplo, Mariátegui. En el Primer Congreso de Escritores y Artistas Cubanos, en agosto de 1961, dijo Alejo Carpentier que nos hacía falta un Rodó que supiera economía. Cuando yo se lo comentaba a Martínez Estrada, él me dijo: "Ya existió. Fue Martí". En efecto, el primer intelectual latinoamericano en comprender a plenitud nuestra pertenencia a eso que iba a ser llamado "tercer mundo", fue José Martí. El vio la trampa que yacía detrás de la fórmula "civilización contra barbarie", propuesta por Sarmiento. Su pensamiento y su acción estuvieron consagrados a conquistar el ámbito verdadero que corresponde a lo que él mismo llamó "nuestra América" para distinguirlo de la "América europea". Ese ámbito verdadero no podría ser, de ninguna manera, una réplica boquiabierta de la presunta *civilización*, sino algo nacido orgánicamente de nuestros problemas. No me parece exagerado decir que Martí es el primer pensador del Tercer Mundo. No es por eso raro que el pensamiento de la Revolución Cubana se haya vuelto a él desde el primer momento (recuérdense las numerosas alusiones a Martí en "La historia me absolverá"), y que los intelectuales cubanos, al abordar los problemas inherentes a nuestra condición subdesarrollada, para entender el curso de la revolución, se hayan encontrado releendo (a veces como si leyeran por vez primera) sus páginas. Volver a Martí después de haber conocido a Fidel, al Che, a Fanon, a Amílcar Cabral, es por lo menos un sacudimiento. ¡Cuántas cosas habían sido dichas ya por ese hombre! Por otra parte, no es sólo hojeando ciertos textos o escuchando los violentos o pedagógicos discursos de Fidel como un intelectual cubano verifica su necesaria pertenencia al conjunto de pueblos cuyos representantes

se reunirían en la primera Conferencia Tricontinental en 1966. Vivir en La Habana —como supongo que le ocurrirá a quien viva en ciudad de México, en Buenos Aires o en Caracas— puede no auxiliar demasiado a esa verificación. Pero a diez kilómetros de La Habana empieza el Tercer Mundo, empiezan los bohíos que recuerdan a chozas africanas, empieza el brutal trabajo agrícola a mano. Ningún cubano que haya pasado una temporada cortando caña, en el momento en que el hombre se pasea por el cosmos, duda de que el suyo es un país subdesarrollado, aunque personalmente él pueda recibir cada semana *L'Express* o leer cuatro idiomas. Su óptica toda quedará enmarcada dentro de esa realidad. Escribirá, y sobre todo pensará, dentro de ese contexto.

Es dentro de ese contexto, por ejemplo, que nos planteamos un hecho tan importante para nosotros como la irrenunciable herencia de los hallazgos de la vanguardia contemporánea. En Europa ha vuelto a discutirse últimamente sobre la vanguardia. Pero nosotros, en América Latina, apenas lo hemos hecho en relación con nuestros problemas. Apenas hemos discutido sobre las relaciones entre vanguardia y subdesarrollo. Sin embargo, consideraciones teóricas previas, que apuntaban a este tema, no nos faltan: en Martí, en Mariátegui, en el mismo Vallejo, por ejemplo. La vanguardia nace en Europa de la crisis del mundo capitalista. Sucede, sin embargo, que nuestras sociedades atrasadas no presentan ni pueden presentar crisis similares. ¿Vamos por eso a prescindir de lo que ha conquistado esa vanguardia? ¿Vamos a recluirnos en expresiones agrestes y deplorablemente folklóricas? Y si no, ¿cómo vamos a separar lo que corresponde a la sociedad capitalista —últimamente neocapitalista— y lo que es utilizable, asimilable por nosotros? En nuestro caso, a los términos *vanguardia* —de por sí bastante conflictivo— y *subdesarrollo*, se añade el de *revolución*. Se trata de hacer un arte de vanguardia en un país subdesarrollado en revolución.

Hacer un arte de vanguardia en un país en revolución ya se había revelado problema bastante enmarañado. Una de las infelicidades de este siglo ha sido, precisamente, la separación entre las dos vanguardias, la política y la estética, las cuales habían demostrado que podían fertilizarse mutuamente, en los primeros años de la Revolución Rusa. Los años de Lenin y Lunacharski, de Einsenstein y Mayacovsky, de Meyerhold y Babel, de los constructivistas y de los llamados formalistas.⁷

⁷ A lo largo de estos años, abundan los ejemplos individuales de coincidencia de ambas vanguardias: Mayacovsky, Picasso, Einsenstein, Brecht, Vallejo, Neruda, Nazim Jikmet, Eluard son sólo algunos ejemplos.

El poeta Enzensberger ha llamado la atención sobre las vicisitudes del propio término *vanguardia*, que saltó del habla militar a otras hablas: según él, Lenin es acaso el primero en aplicarlo a la vanguardia política. Sea como fuere, hoy es moneda de uso corriente entre los revolucionarios. La vanguardia política es minoritaria, pero no es una minoría, sino la avanzada de una clase. La vanguardia artística, de modo similar, si de veras es una vanguardia, no es una minoría, una torre de marfil, una pandilla (o una "piña", como se dice en Cuba), sino la avanzada de un conglomerado que va a recibir, más tarde o más temprano, las consecuencias del trabajo de esa vanguardia. Hoy, aun los más ignorantes de las realizaciones de la pintura moderna es probable que trabajen en casas, monten en vehículos, y utilicen cucharas, ceniceros y vestidos que son una consecuencia de lo que la vanguardia artística ha trabajado durante más de medio siglo. Sin embargo, como sabemos, los que comprenden bien la necesidad de una vanguardia política, no siempre han comprendido la necesidad de una vanguardia estética. El resultado ha sido la bifurcación entre una cultura oficial convencional y una cultura real de vanguardia, pero marginada. Es aspiración nuestra que esto no ocurra en Cuba, como no ha ocurrido hasta ahora.

El problema se complica entre nosotros por nuestra condición de país subdesarrollado. Vivir en un país subdesarrollado quiere decir vivir en un país que es (en nuestro caso, ha sido) saqueado, cuya población es semianalfabeta, a menudo con escasa confianza en sus valores, complejo de inferioridad y fascinación consecuente por otras formas de existencia. Parece innecesario insistir en que este cuadro puede auxiliar muy poco al desarrollo de una expresión de vanguardia. Pero es evidente que la revolución, con la campaña de alfabetización primero y de seguimiento después, ha abordado en la raíz misma el problema cultural básico. Sobre estas soluciones se está edificando la nueva cultura. Esas campañas masivas, lejos de estar en oposición con una creación exigente, son la condición para su desarrollo. A veces, sin mucho rigor, hemos comparado las actividades intelectuales con las deportivas: ¿Cómo, sino gracias a la participación masiva en el deporte, podríamos encontrar sus mayores figuras? ¿Cómo, sino gracias a la participación masiva en las actividades de cultura, podríamos tener una cultura rigurosa? Esta se desarrollará en el futuro. Pero esa creación de vanguardia en un país subdesarrollado en revolución no es sólo una teoría. Ya va existiendo una poesía (Padilla, Jamís, Fernández, Barnet), una narrativa (Otero, Desnoes, Díaz), una pintura (Martínez), un cine

(Alvarez, Gutiérrez Alea, Espinosa, Solás) que responden a estos criterios.

Importancia todavía mayor tiene para nosotros el pensamiento que necesariamente tendrá que considerar hoy un intelectual de Cuba. "Se era cartesiano, se es marxista", sentenció con gracia el pintor Braque hace unos años. Pero hoy, ese *se* no es tan deliciosamente unívoco como la frase podría hacernos creer. En el campo socialista, al congelamiento monolítico de muchos años ha sucedido, en lo político, el pluricentrismo; en el pensamiento en general, una flora todavía más ambiciosa que rica. Entre los que nos han descrito con la mayor lucidez la situación está Louis Althusser. El propio Althusser representa una de las más altas instancias posibles. El descubrió para el marxismo lo que Chesterton para el catolicismo: que la más sensacional de las heterodoxias podía ser ortodoxia. Otros, con menos rigor e inteligencia, saltan de una ortodoxia sin ventanas a una heterodoxia sin sentido. De cualquier forma, el panorama se ha hecho variado. Indudablemente, el marxismo ha vuelto a reverdecer. Sin embargo, no contamos aún no sólo con una estética marxista suficiente —cuya ausencia fue acaso la primera en que reparamos— sino tampoco con una ética. Y, según preocupa al Che, ni siquiera con una economía política del período de transición. Si ello puede decirse a escala internacional, no costaría trabajo comprender lo que significa para un pequeño país de escaso desarrollo cultural.⁸

⁸ No sé si se deberá a esta voluntad nuestra de no cerrarnos dogmáticamente sobre unas cuantas verdades reveladas, sino, por el contrario, abrimos a la amplia problemática del marxismo contemporáneo —apertura que nos ha llevado a publicar a Althusser, Fanon, Sánchez Vázquez, Debray y otros en la revista *Casa de las Américas*; no sé, digo, pues ella no lo especifica, si se deberá a este hecho el merecer este comentario de una amiga como Sol Arguedas: "para aquellos latinoamericanos que vamos conociendo el socialismo a través de las experiencias de Cuba, y estudiando, para aprovecharlas, sus enseñanzas prácticas y sus concepciones teóricas, resulta muy desconcertante leer algunos artículos que aparecen, o aparecen de vez en cuando, en la revista *Casa de las Américas*". (Sol Arguedas: "¿Dónde está el Che Guevara?", en *Cuadernos Americanos*, núm. 3, mayo-junio de 1966, p. 68). Y a propósito de esto: lo que es verdaderamente descocado es lo que ha escrito en *Politika*, de Belgrado, Frane Barbieri, al comentar aviesamente la carta que un grupo de escritores cubanos enviamos al gran poeta chileno Pablo Neruda. "En las páginas de la revista habanera *Casa de las Américas*, y en manifestaciones de los artistas latinoamericanos publicados en esta revista, en La Habana", afirma este impávido calumniador, "comenzó a recibir una fisonomía cada vez más determinada la tesis extremista sobre la revolución cultural en este continente" (sic). De esta manera, el país socialista que al mismo tiempo que realiza una gigantesca campaña

En el abordaje de estos problemas, no se procede sólo como un especulador puro. Un error teórico, cometido por quien puede convertir sus opiniones en decisiones, ya no es sólo un error teórico: es una medida incorrecta. Con medidas incorrectas hemos topado y ellas plantean, por lo pronto, un problema de conciencia a un intelectual revolucionario, que no lo será de veras cuando aplauda, a sabiendas de que lo es, un error de *su* revolución, sino cuando haga ver a quien tenga que hacérselo ver que se trata de un error. Su adhesión, si de veras quiere ser útil, no puede ser sino una adhesión crítica, puesto que la crítica es "el ejercicio del criterio". Cuando hemos detectado tales errores de la revolución, los hemos discutido. Así ha pasado no sólo en el orden estético, sino con equivocadas concepciones éticas que se han traducido en medidas infelices. Tales medidas fueron rectificadas, unas, y otras están en vías de serlo. Y ello, en alguna forma, por nuestra participación. No hablo de esto para felicitarnos. Más bien para decir que en discusiones así va integrándose más a la revolución un intelectual. La revolución no es una cosa ya hecha, que se acepta o se rechaza; sino un proceso, cuyo curso ya no es exactamente el mismo después que estamos inmersos en él: de alguna manera, por humilde que sea, con nuestro concurso contribuimos a modificar ese proceso. De alguna manera, *somos* la revolución. Hay un momento en que, al hablar de ella, se dice: "hemos hecho esto porque. . .". Ese momento, si es genuino, decide nuestra vida. Ya no discutiremos palabras, ni las últimas teorías, sino hechos, y las meditaciones reales sobre esos hechos. No creemos en la salvación individual, calvinista, en busca de la cual salen rebaños fuera del país. Entenderemos por qué hombres mucho mejores que nosotros pudieron consagrar y consagran su vida al mejoramiento colectivo, a la erradicación de la mi-

de alfabetización pública masivamente a Kafka, Joyce, Proust, Robbe-Grillet; el país que se enorgullece de contar entre sus grandes figuras artísticas a creadores de vanguardia como Carpentier, Guillén, Lam, Portocarrero, es tranquilamente acusado de fomentar una llamada "revolución cultural" como la que acabamos de presenciar, bien preocupados, en China. En contraste con estas mentiras goebelsianas, es interesante saber lo que ha escrito órgano tan poco sospechoso de radicalismo como el londinense *Times Literary Supplement* (el 11 de agosto de 1966) sobre la encuesta aparecida en el número 35 de *Casa de las Américas*. Esta encuesta versó sobre "El papel del intelectual en los movimientos de liberación nacional", y en ella participaron, además de escritores europeos como Alberto Moravia y Régis Debray, escritores latinoamericanos como Jorge Zalamea, Mario Vargas Llosa y Gonzalo Rojas. En dicha encuesta, afirma el periódico inglés, "puede ser discernida, en su conjunto, una ausencia de unión y dogmatismo. Después de todo, incluso en Cuba los excesos del realismo socialista han sido desdeñados".

seria, de la humillación, de la ignorancia, de la fealdad, del sinsentido. Una revolución no es un paseo por un jardín: es un cataclismo, con desgarramientos hasta el fondo. Pero es sobre todo la deslumbrante posibilidad de *cambiar la vida*. Cuando así lo hemos asumido, podemos decirle a nuestra revolución lo que José Martí dijo a su verso: "o nos condenan juntos/ o nos salvamos los dos".

LA REVOLUCIÓN MEXICANA: 50 AÑOS DESPUÉS

Por *Alonso AGUILAR MONTEVERDE*

MÉXICO ha vivido, a lo largo de los últimos cincuenta a sesenta años, bajo el signo de "la Revolución". La huella del movimiento popular que acabó con la férrea dictadura de Porfirio Díaz hace ya más de medio siglo, está presente en todas partes: en las crónicas y relatos de quienes vivieron los años más cruentos de la guerra civil, en los corridos y canciones populares, en los cascos aún no reconstruidos de las viejas haciendas porfiristas incendiadas simbólicamente por el pueblo, en la historia que empieza a escribirse de la etapa revolucionaria, y en el recuerdo de quienes vivieron las privaciones y los sacrificios, las traiciones y los crímenes, y también los momentos de heroísmo, euforia y triunfo que acompañaron a la Revolución. La palabra "Revolución" parece tener en México un extraño don de ubicuidad, o por lo menos significar algo distinto a lo que quiere decir en otros países. A la Revolución se alude a cada momento e incluso se le suele asociar todo lo que en nuestro país es moderno y avanzado; y aun cuando han transcurrido cinco décadas desde que los intereses, aspiraciones e ideas de los grupos revolucionarios cristalizaron en la Constitución Política de 1917, en ciertos círculos todavía se habla de la Revolución como de algo vivo, actuante, dinámico; como de un fenómeno cuya presencia siguiera rigiendo la vida pública de la nación. La Revolución, así concebida, es tema frecuente de examen en columnas y editoriales de diarios y revistas, en las ceremonias cívicas de las escuelas públicas y en los discursos de dirigentes sindicales y de funcionarios del más diverso rango.

Hace apenas unas semanas, en su segundo Informe ante el Congreso, de la Unión, el Presidente de la República, señor Gustavo Díaz Ordaz, expresaba:

Es la de México una paz conquistada después de la Revolución, que no ha terminado, que continúa y continuará mientras no hayamos alcanzado para todos los mexicanos el bienestar... Creo firmemente —decía en otro pasaje de su Informe— en el constante re-

mozamiento de la Revolución Mexicana porque he sido testigo de cómo generaciones distintas se combinan y eslabonan para asegurar continuidad y renovación.

Entre los jóvenes se observa una actitud distinta: especialmente entre los más inquietos se tiende a menospreciar a la Revolución; y mientras algunos la ven con desgano e indiferencia, otros le niegan importancia o la suponen un hecho del pasado, y otros más señalan que, cualesquiera que hayan sido sus glorias, la Revolución Mexicana está definitivamente muerta y cristianamente enterrada.

Entre los extranjeros que a menudo nos visitan, y que como parte casi obligada de sus incursiones turísticas entran en contacto con la Revolución y sus hazañas, se advierten juicios diferentes. Algunos no comprenden, obviamente, el papel del movimiento revolucionario, y por ello tienden a subestimarlos; otros acaban por ceder ante las versiones —y aun presiones— oficiales, y aquellos que, en el fondo, vienen a nuestro país con más intereses en difundir sus ideas que en examinar y aceptar las nuestras, están poniendo de moda la ridícula especie genealógica de que la Revolución Mexicana fue simplemente la madre de la Alianza para el Progreso.

¿Qué significó, en esencia, la Revolución? ¿Qué queda vivo de ella —si es que algo— y qué ha muerto? ¿A qué problemas fundamentales se enfrenta el país a estas horas y hasta dónde parece o no ser viable que tales problemas se ataquen y resuelvan en el marco político existente? ¿En qué medida, en fin, los sectores que están en el poder son susceptibles de pronunciarse en favor de cambios sustanciales o habrán de tender más bien a preservar el *statu quo*? El propósito de este breve ensayo es reflexionar sobre esas y otras cuestiones análogas, de cuya justa apreciación depende tanto la posibilidad de entender la realidad como la de abrir caminos más anchos para el futuro desarrollo de la República. Al abordar, en unas cuantas cuartillas, el examen de un tema tan amplio y delicado, tenemos conciencia de los riesgos que entraña, de la necesidad de hacer generalizaciones y de trabajar inevitablemente con ciertos esquemas, acaso demasiado simplistas, y aun de hacer afirmaciones que pueden parecer discutibles y dogmáticas. Limitaciones insuperables de tiempo, y sobre todo de espacio, nos impedirán fundar con rigor numerosas observaciones; pero podemos asegurar al lector que trataremos de ser objetivos y por lo menos de no pontificar. Y al advertir lagunas, fallas y vicios, no lo haremos con la intención de imputar responsabilidades a personas determinadas, sino con el propósito de evaluar lo que se ha hecho y lo que falta por hacer, así

como de comprender mejor las relaciones y el carácter de las fuerzas políticas que han sido protagonistas principales en la historia reciente de México.

¿Fue la Revolución Mexicana una verdadera Revolución?

HACE todavía unos años quizás porque faltaba la perspectiva que sólo el tiempo da para evaluar un fenómeno social se afirmaba con frecuencia que la Revolución Mexicana había sido un levantamiento popular genuino, pero carente de programa y de metas definidas, espontáneo, circunstancial y sin profundas motivaciones. Se criticaba acervamente a algunos y a veces a todos los caudillos de la Revolución, y se sostenía que el progreso que México había logrado a partir de 1910, más que fruto del episodio revolucionario, era el resultado inevitable de una transformación gradual que, en forma más o menos semejante, se producía en toda la América Latina. En parte, es cierto, el espectro sociopolítico latinoamericano no deja ver tendencias similares, rasgos comunes de dependencia, subdesarrollo y bajos niveles de vida del pueblo, así como leyes objetivas cuyo carácter general exhibe la inconsistencia de quienes suelen considerar el caso de México como un caso único, excepcional, diferente al de otros países económicamente atrasados. Ello, sin perjuicio de reconocer, a la vez, que si algo distingue a México del resto de las naciones del continente, es la Revolución Mexicana; una Revolución profunda, sangrienta como pocas, contradictoria como las fuerzas que en ella participaron en forma más activa, y que, precisamente por su heterogeneidad, ha conocido conflictos internos, desacuerdos y procesos de ajuste violentos, cuyo desenlace pondría de relieve el carácter y la importancia relativa de los sectores dominantes en cada fase de la lucha social.

En los círculos oficiales, se tiende a presentar a la Revolución Mexicana como un proceso de cambio que sigue una trayectoria uniforme y rectilínea. La verdad es que la transformación del país a partir de 1910 ha sido intermitente, espasmódica; en ciertos momentos ha cobrado impulso y después ha cedido —y aún retrocedido— ante las fuerzas que, o bien defendían el viejo orden de cosas ya parcialmente destruido, o bien trataban de imponer sus intereses sobre los del conjunto y de convertir las primeras escalas en el punto final del recorrido revolucionario.

Mas a pesar de las limitaciones, de los titubeos, errores y aún frecuentes capitulaciones, no cabe duda de que la Revolución jugó

un papel decisivo en la vida de México, un papel tan importante como pudo haber sido el de la Reforma o el de la propia lucha por la Independencia. Que el país ha crecido en los últimos cincuenta años y que su estructura social y económica se ha modificado sensiblemente, es algo que a estas horas no requiere comprobación numérica ni especial demostración. Aun los voceros más reaccionarios, aquellos que hasta los años treinta vivieron añorando el porfiriato, se han rendido ante la realidad.

Y es que basta salir a la calle con los ojos abiertos y recorrer las ciudades y aun el campo, para advertir que el México de hoy no es ya el de Porfirio Díaz y los científicos, o siquiera el de Emiliano Zapata, Venustiano Carranza o Alvaro Obregón. Ello es tan obvio, que resulta en cierto modo ocioso recordar en detalle lo hecho en las últimas décadas. Con intención meramente ilustrativa, podría decirse, en pocas palabras, que la Revolución desplazó del poder a una vieja oligarquía que dialécticamente había surgido de la Reforma juarista y de la traición porfirista a esa Reforma; derrocó un régimen dictatorial y acabó con el ejército profesional en que ese régimen se apoyaba, y creó, en gran medida merced a la destrucción del viejo orden de cosas, las condiciones para un desarrollo sin precedente de los recursos productivos. La Revolución puso en marcha una importante reforma agraria, hizo cristalizar las nuevas ideas en una Constitución Política avanzada y democrática, trajo consigo una vasta renovación de instituciones y procedimientos administrativos, sentó las bases de una política educativa que por primera vez ponía la escuela al alcance del pueblo, promovió el rescate de recursos naturales básicos que por largo tiempo habían permanecido en poder de extranjeros, dio un impulso considerable a la expansión del mercado interno y a la industrialización; alentó un sano y, al menos en determinadas etapas, vigoroso nacionalismo; contribuyó a hacer comprender que sin el concurso activo del Estado, el país no podría crecer en forma satisfactoria y determinó cambios significativos en la estructura social y ocupacional, en las relaciones de clase y en la constelación de las fuerzas políticas dominantes.

Se puede, claro, incurrir en excesos al evaluar la obra de la Revolución; de hecho ello se hace cuando, por ejemplo, algunos entusiastas propagandistas le "cuelgan" milagros comparables a los que ciertos creyentes atribuyen y agradecen, en conmovedores retablos, al santo de su devoción; o cuando en alardes de un chovinismo estridente, que en rigor descansan en una mezcla peculiar de prejuicios e ignorancia, machismo e incluso "mariachismo", se habla de que "como México no hay dos", de que la Revolución Me-

xicana es la más avanzada de este siglo, o de que el nuestro es ya un país económica y políticamente avanzado, que nada tiene que envidiar a ninguna otra nación. Lo cierto es que a pesar de la Revolución y de los avances que hizo posibles; a pesar de la transformación profunda que entrañó la corta etapa Cardenista; a pesar de todo, México sigue siendo —el México de 1966— un país pobre, económicamente subdesarrollado, dependiente, que apenas empieza a industrializarse, con grandes masas depauperadas y cuya vida política se desenvuelve en marcos lamentablemente estrechos, rutinarios y antidemocráticos, y ello, —quizás debamos subrayarlo— no le resta importancia a la Revolución como fenómeno histórico ni como factor determinante de muchos de los progresos alcanzados en el último medio siglo; y sí es, en cambio, necesario establecerlo como punto de partida, si se quiere pisar un terreno firme y no simplemente hacer demagogia y cuentas alegres.

Viejos y nuevos problemas

Si se examina con objetividad la situación actual del país, se advierte que los problemas que lo afectan son todo, menos sencillos o despreciables. Algunos de esos problemas son viejos, inclusive seculares; otros son nuevos: surgieron con la Revolución misma o ya en plena posrevolución. Y en una perspectiva diferente, unos podrían considerarse propios del crecimiento, en tanto que otros son más bien típicos del subdesarrollo y el atraso económico. Hacer aquí un catálogo de los problemas nacionales, sería imposible; pero hay algunas cuestiones de tal entidad, que aún en un examen tan breve y esquemático como el presente, deben ser consideradas:

—Un aspecto esencial de la Revolución Mexicana fue la reforma agraria. Desde el Plan de Ayala en adelante se reiteró su importancia, y aunque a consecuencia de ella, la vieja clase terrateniente tuvo que ceder ante el empuje de los campesinos y de la nueva política oficial, la tierra no ha llegado a ser de quien la trabaja y el marco todo en que se desenvuelve nuestra agricultura, ha seguido rodeado de obstáculos y vicios de fondo que aún no lo gran superarse ni corregirse.

A más de medio siglo de la expedición de la Ley del 6 de enero:

- Siguen en pie muchos viejos latifundios, sobre todo en el norte del país, y han surgido nuevas y peligrosas formas de concentración;

- Las mejores tierras están en manos de la burguesía agrícola, aunque también de comerciantes, industriales banqueros y funcionarios públicos, y no de los campesinos;
- Una alta proporción de los ejidos —probablemente más de la mitad— ha caído de un modo u otro en poder de grandes explotaciones, incluso de agricultores naiton y especuladores;
- Abundan los ejidatarios que han abandonado sus tierras o que recurren a terceros para que las trabajen como asalariados o peones, porque carecen de arraigo o de medios para vivir dignamente de su esfuerzo;
- El crédito bancario, oficial y privado, apenas llega a grupos minoritarios de campesinos, los que en tal virtud siguen dependiendo de voraces intermediarios;
- Podría decirse, sin temor a exagerar, que el ejido ha fracasado en gran medida, como lo habría hecho cualquier sistema de explotación de la tierra y que careciera de medios productivos, de organización y de estímulo;
- En vastas zonas del país continúan empleándose técnicas anticuadas e ineficientes, y los campesinos no han logrado contar con organizaciones genuinas que defiendan sus intereses;
- Tanto en la producción como en el comercio de numerosos artículos de exportación —algodón, café, verduras y otros— dominan poderosos consorcios extranjeros que, a pesar de no ser dueños de la tierra, suelen quedarse con una buena parte del valor de la producción generado por millares de campesinos obreros y pequeños agricultores;
- En fin, como consecuencia de todo lo anterior y de factores que actúan al margen de las actividades agropecuarias, el excedente rural es pequeño y su utilización tiende a beneficiar a los grandes agricultores, a los intermediarios y "coyotes" que explotan al campesino, a la industria, a las empresas extranjeras y a dirigentes y gobernantes deshonestos. Por ello nada tiene de extraño que abunden en el campo la desocupación y el subempleo, que centenares de miles de "braceros" emigren de un lado a otro y aun se internen ilegalmente a Estados Unidos y que los coeficientes de analfabetismo, desnutrición, morbilidad y criminalidad sigan siendo alarmantemente altos; como no es tampoco extraño que las autoridades respeten los latifundios viejos y sobre todo los nuevos, o que la Suprema Corte de Justicia los ampare, como acaba por ejemplo de hacerlo en el caso de la familia Redo, de Sinaloa, vieja familia porfirista que se hizo "revolucionaria" acrecentando grandemente su fortuna a partir de 1910.

—¿Y qué decir de la industrialización? Que la Revolución contribuyó y que los últimos gobiernos han continuado alentando el desarrollo industrial, es indiscutible, tan indiscutible como que, con una política distinta y una estrategia económica más adecuada, nuestra industria —sobre todo de bienes de capital— podría ser hoy mucho más importante de lo que es. Mas aún admitiendo que, especialmente a partir de los años treinta, la estructura industrial del país se ha diversificado y fortalecido, y que algunas actividades como la producción de petróleo, energía eléctrica y diversos bienes de consumo han crecido de prisa, es innegable que México no es aún una nación industrial, y que de no revisar pronto su camino, difícilmente podrá serlo en el curso, digamos, de una generación. A manera de ejemplo:

- Nuestra fuerza de trabajo —apenas el 32.7% de la población total en 1964— sigue siendo pequeña, lo que en parte exhibe la incapacidad de la nación para dar empleo a un mayor número de sus habitantes, y en parte, también, la estructura demográfica de un país cuya población crece muy rápidamente;
- Mientras que el comercio y los servicios dan ocupación a más del 27% de la fuerza de trabajo —y las actividades agropecuarias al 52.3%—, las industrias extractivas y de transformación sólo ocupan al 15.9% de la población que trabaja; proporción que, indudablemente, es todavía muy pequeña. La contribución de dichas industrias —y en particular de las manufacturas— al producto nacional, ha aumentado, en cambio, en los últimos veinte años;
- La minería ha vivido una larga etapa de *quasi* estancamiento, que revela que el descenso de la demanda exterior no ha podido ser contrarrestado por un desarrollo industrial interno capaz de mantener a aquélla en creciente actividad;
- Tanto la localización de la industria como la composición de su producción, acusan fallas y debilidades: el grueso de la actividad industrial se ha concentrado en el Distrito Federal y en tres o cuatro centros de menor importancia, y entre las industrias que más han crecido destacan varias que no son de aquellas que más podrían contribuir a fortalecer el desarrollo económico nacional;
- El desenvolvimiento de la industria no ha llegado a coordinarse con el de la agricultura y otras actividades, ni la capacidad de producción existente a utilizarse a un nivel satisfactorio;
- Muchas de las nuevas industrias han crecido artificialmente, al amparo de una demasiado generosa protección arancelaria y de todo orden, y sus dueños han optado por producir poco y de mala calidad, y por ganar mucho a costa del gobierno, de los provee-

dores —que a menudo son productores primarios pobres— y de los consumidores;

- Pero, acaso lo más grave: las industrias de importancia y que están creciendo más de prisa —como la química y la mecánica— van quedando más y más sometidas al capital extranjero, el que además domina casi la totalidad de la tecnología industrial y buena parte de los fondos con que se financia esa área del desarrollo nacional.

Es tal el control que las empresas extranjeras ejercen en particular en la industria, que aún podría decirse lo que Luis Cabrera expresaba hace 35 años "Desgraciadamente, no llevamos trazas de tener una industria nacional".¹

Otro gran problema consiste en que, si bien se ha logrado aumentar el caudal de recursos a disposición del país, lo que sin duda es importante, el uso que hacemos de muchos de ellos es en verdad lamentable.

- Desaprovechamos, por ejemplo, una cantidad increíble de energía humana tanto en el campo como en las ciudades: en los ejidos, en los latifundios, en el comercio, en numerosos servicios que en rigor lo son de subsistencia, y en las oficinas públicas en donde el gobierno "hace como que les paga a sus empleados, y éstos hacen como que trabajan";
- Desaprovechamos tierras, incluso de las ya abiertas al cultivo, así como agua, instalaciones y equipos en la agricultura;
- Desaprovechamos en buena medida los servicios de los pocos centros de investigación con que cuenta el país;
- Desaprovechamos, inclusive, paradójicamente, una proporción a veces grande de los escasos recursos financieros disponibles y de la maquinaria y equipo industriales que tanta falta nos hacen.

El desperdicio del potencial productivo de la nación no es accidental: resulta de factores estructurales como son la profunda dependencia respecto al extranjero y la defectuosa distribución de la riqueza y el ingreso nacionales.

Sin independencia económica, se ha dicho una y otra vez a lo largo de nuestra historia, no hay independencia política plena. Y México, es obvio, sigue siendo un país económicamente subordinado.

¹ "El Balance de la Revolución", en *Veinte Años Después*, México, 1937. p. 86.

- Dependemos de la exportación de materias primas y productos semielaborados a unos cuantos mercados del exterior, y de la importación de muchos de los bienes de capital que ya deberíamos producir;
- Dependemos de grandes consorcios internacionales en líneas estratégicas de la industria;
- Dependemos, todavía, de la técnica extranjera;
- Dependemos, en proporción mayor a la que pudiera considerarse inevitable, de inversiones directas y de préstamos a corto y medio plazo del exterior; y nos olvidamos, con frecuencia, de que "En la actualidad... más que solicitar dinero que rebosa en las arcas de los bancos extranjeros y especialmente de los (norte)americanos, nuestro problema consiste en defendernos de la invasión de capitales extranjeros que vienen al país a comprar, a acaparar y monopolizar las fuentes de nuestra industria y de nuestro comercio".²
- "El peligro —como alguna vez decía Ingenieros— ... comienza en la hipoteca progresiva de la independencia nacional mediante empréstitos destinados a renovarse y aumentar sin cesar, en condiciones cada vez más deprimentes para los aceptantes". Las sabias palabras de José Enrique Varona, tienen aún plena vigencia: "¡Guardémonos de que la cooperación de amigos poderosos pueda transformarse en un protectorado que sea un puente hacia la servidumbre!"³
- Dependemos, en el campo de la cultura, acaso mucho más de lo que habitualmente suponemos, y buena parte de las fuentes de información, de los canales de difusión y de las ideas dominantes en los más diversos campos, son extranjeros.
- Dependemos políticamente, en más de un sentido, de los poderosos intereses norteamericanos. Aun en el caso de nuestra política exterior, cuya tradición de paz, independencia y respeto a todas las naciones es objeto en general de la mayor consideración, abundan los signos que dan cuenta de nuestra dependencia: el no mantener relaciones con China, el tolerar frecuentes violaciones a nuestro espacio aéreo y a nuestro mar territorial, el permitir que actúen a sus anchas en México agencias policíacas como la CIA y el FBI, el dejar que proliferen y arraiguen formas de penetración cultural extranjera inaceptables, el sufrir a menudo presiones diplomáticas dentro y fuera del sistema de la OEA, y el seguir, no pocas veces, a Estados Unidos, en su irracional y absur-

² LUIS CABRERA, *Ob. cit.*, p. 91.

³ JOSÉ INGENIEROS, "Por la Unión Latinoamericana", en *Hispanoamérica en lucha por su independencia*, México, 1962. p. 221.

da política de querer frenar el proceso de la historia e impedir a toda costa el avance del socialismo y de los movimientos de liberación nacional, son situaciones que exhiben esa dependencia.

Y a la dependencia y sus nocivos efectos, se suma la injusta distribución de la riqueza, que a pesar de la Revolución sigue siendo característica de México.

- Los ricos —tanto los del sector privado como del público, nacionales y extranjeros— se quedan anualmente, como es sabido, con una parte sustancial del ingreso nacional y tienen en su poder prácticamente toda la riqueza que pueden poseer los particulares;
- La desmedida concentración de esa riqueza social en pocas manos frena la expansión del mercado y condiciona desfavorablemente todo el proceso de desarrollo, no sólo porque deja al grueso de la población sin poder de compra o sea sin capacidad de demanda, sino porque los sectores de altos ingresos, lejos de contribuir a hacer posible una tasa creciente y una mejor canalización de la inversión, con el consiguiente aumento y diversificación de la oferta, dilapidan buena parte del potencial de ahorro en toda clase de gastos ociosos e improductivos: —lujosas residencias, viajes, automóviles, joyas, fiestas, especulaciones—, y lo que es peor, contribuyen a que una buena proporción de esos recursos se fuguen al extranjero, al amparo de la nada revolucionaria, por cierto, libertad de cambios.
- La iniquidad en el reparto de la riqueza y del ingreso asume en México caracteres increíbles. No sólo hay quienes tienen todo frente a quienes carecen de todo, sino que mientras unos cuantos perciben ingresos de millonarios la mayoría del pueblo sólo cuenta con lo indispensable para malcomer. Incluso en el sector de aquellos que reciben sueldos o salarios, hay diferencias y contrastes insultantes y dramáticos, pues en tanto que muchos funcionarios públicos y de empresas privadas obtienen ingresos superiores, digamos a 20,000, 30,000 y aun 40,000 y más pesos mensuales, numerosos obreros calificados no reciben más de 30 ó 40 pesos diarios, y millares de campesinos y de jornaleros sólo ganan 5 ó 6 pesos por una agotante jornada de trabajo.

A consecuencia de su bajísimo nivel de ingresos, las condiciones de vida de la mayoría de la población son a menudo deplorables. Nuestro pueblo está mal alimentado, mal vestido, mal alojado, mal atendido en cuanto a servicios de salud y mal dotado de escuelas y medios de enseñanza. El gobierno dedica más del 20% de su

presupuesto a servicios educativos; pero el hecho es que México sigue teniendo un índice muy alto de analfabetismo, que el gasto en educación es todavía muy pequeño y el lugar que nuestro país ocupa en ese campo, francamente muy modesto. Según estimaciones de la Unión Panamericana, mientras México dedicó a ese fin apenas Dls. 6.01 por habitante en 1963; Chile erogó Dls. 8.38; Costa Rica, 10.99; Argentina, 14.77; Panamá, 17.86 y Venezuela, 18.90; en tanto que los países industriales destinan a educación entre 40 y más de 100 dólares por habitante al año. ¡Y así las cosas, se nos quiere hacer creer que el panorama educativo de México es radiante!

El problema no se agota en lo antes dicho: la educación se está volviendo un privilegio de los jóvenes de clase media y alta; está cada vez más desprovista de un verdadero aliento espiritual; predominan sistemas y métodos inadecuados; la composición de la población estudiantil no responde a las necesidades nacionales, muchos jóvenes profesionistas encuentran dificultades insuperables para trabajar en el campo que han elegido y mientras —a un siglo de la Reforma Juarista— la Iglesia se apodera de nuevo, ante la complacencia de las autoridades, de un gran sector de la enseñanza primaria e intermedia, una burguesía sin principios y generalmente inculta, reaccionaria y extranjerizante, extiende sus prósperos negocios incluso al campo de la educación superior y universitaria.

Lo anterior no obedece a que el Estado no intervenga activamente en la vida social y económica del país. El gobierno mexicano tiene un vasto radio de acción y de influencia, como corresponde a un régimen capitalista de Estado; pero la participación estatal, antes que tender a que el gobierno se haga cargo de aquello que pudiera ser esencial para el desarrollo del país, adopta un carácter supletorio, auxiliar, complementario —que trata de robustecer y estimular más que de competir, y menos aún de sustituir al empresario particular—, y subordina con frecuencia los intereses de la comunidad a los de una iniciativa privada, en el fondo carente de toda iniciativa, salvo para hacer negocios fáciles y ganar dinero sin mayor esfuerzo.

Otros dos graves problemas nacionales son la corrupción y la ausencia de democracia en nuestra vida política. La corrupción es un problema viejo, pero que a nuestro juicio se ha agravado especialmente en el último cuarto de siglo. Contra lo que algunos piensan, no sólo existe en el gobierno: está en todas partes y se expresa de cien maneras distintas: a través del contrabando y el contubernio de las autoridades aduanales; del funesto sistema de la "mordida", a poder dejar de cumplir la ley o hacer lo que ésta

prohibe; de los ingresos desmedidos de los funcionarios de gobierno y los significativos "regalos" que suelen recibir de generosos ciudadanos cuyos asuntos se resuelven satisfactoriamente, está presente en las ganancias exorbitantes de los empresarios, en la adulteración ilegal de múltiples mercancías, en la evasión fiscal, en el enriquecimiento de numerosos líderes "charros"; en las arbitrariedades y abusos de múltiples autoridades, y en los empleos jugosos que se ofrecen a jóvenes inquietos e inconformes, para que tomen el camino del silencio mediocre y abyecto, pero tranquilo, cómodo y bien remunerado.

En cuanto a la democracia política, a pesar de algunos pasos recientes más o menos vistosos, —y en cierto sentido no desligados de viejas demandas populares— como fue por ejemplo la creación de ese nuevo rango burocrático de "diputado de partido"—en un hábil remedo de lo que los ingleses llaman con gracia "la leal oposición a su Majestad"—: seguimos sin sufragio efectivo, con un sistema electoral favorable al partido oficial, con un régimen de dominio monopolístico del poder, que descansa en el control desde arriba de las organizaciones de masas e inhibe la formación y el desarrollo de nuevas fuerzas políticas, y en un clima que convierte el ejercicio de los derechos fundamentales de los ciudadanos en actos riesgosos, difíciles, comprometedores y que concitan fácilmente la antipatía, la hostilidad y aun la represión de quienes, dentro y fuera del gobierno, se empeñan en preservar el *statu quo*.

La situación política del país es peculiar y compleja, y por razones históricas —entre las que no es una de segundo orden la Revolución— mejor en muchos aspectos que la de otros países hermanos, que para su desgracia viven bajo el gorilismo más feroz. A primera vista, el nuestro da incluso la impresión de ser un país en el que se puede actuar libremente en la vida pública. Y en efecto, para quien no requiere de la libertad y de su ejercicio cívico diario, consciente, militante, podría decirse que la que hay es bastante; pero para el ciudadano que decide ejercer sus derechos, actuar, organizarse, tomar posiciones independientes y proclamar en la calle lo que piensa, no es extraño tener que enfrentarse a las más variadas arbitrariedades, cortapisas, represalias y abusos, y aun a reacciones violentas, que a pesar del progreso del país no han logrado extirparse, como lo demuestran, entre otros hechos, el brutal asesinato del dirigente campesino Rubén Jaramillo, su mujer y sus hijos, y el número cada vez mayor de presos políticos que albergan las cárceles federales y locales.

Podría pensarse que si bien es difícil ejercer la función ciudadana cuando se actúa en grupos de izquierda independientes, no lo es cuando se forma parte del gobierno o se participa en las organizaciones populares que lo apoyan y que como —según la peregrina tesis de aquel ministro de don Adolfo Ruiz Cortines— "la política debe hacerla el gobierno" y no los ciudadanos, las cosas no andan realmente tan mal. Lo cierto, sin embargo, es que acaso para nadie es tan difícil ejercer sus derechos políticos en México como para un funcionario público. El funcionario mexicano puede adquirir relieve, hacerse de prestigio como eficiente administrador; tener, aunque casi nunca gratuitamente, a la prensa de su lado; viajar al extranjero, recibir condecoraciones, enriquecerse rápidamente si no se cuida de evitarlo, e incluso despotricar y quejarse a *soto voce* de lo que no le parezca. Lo que no puede es tomar públicamente posiciones propias, por respetables que sean y cualquiera que fuere su cargo; rechazar con firmeza la amable invitación a pertenecer al PRI —digamos por preferir otro partido o no querer formar parte de ninguno— o discrepar del superior en algún asunto político, sobre todo si ese superior es un Secretario de Estado o el Presidente de la República, a menos —claro está— que se trate de hacer leña con árboles caídos, o sea criticar a funcionarios que ya han sido "dejados de la mano de Dios", como recientemente le ocurrió al por muchos años "capaz, diligente y enérgico", pero a partir de una buena e inesperada mañana: "inepto, torpe y criminal" licenciado Ernesto Uruchurtu. Y quizás por el peculiar carácter del sistema, aun los más talentosos funcionarios se limitan casi siempre a repetir machacona y tediosamente lugares comunes, a ocultar —como *modus operandi* y a veces *vivendi*— sus ideas políticas, sus sentimientos, su personalidad, sus preferencias y aun su inteligencia, y a atribuir, más que cortés, cortesadamente, todos los éxitos al "señor Presidente de la República", que desde luego es siempre el presidente en turno, y que conforme a la extraña y dura lógica de la política oficial mexicana, apenas deja el alto cargo empieza a ser señalado —con frecuencia por sus propios ex colaboradores— como el responsable de todos los errores y fracasos del régimen que encabezara.

Las posibles soluciones

NATURALMENTE, en los diversos sectores de la opinión pública hay diferencias de criterio respecto a los problemas fundamentales de la nación, y con mayor razón en torno a los caminos a seguir

para resolverlos. En cada sector tiende explicablemente a hacerse hincapié en aquello que lo afecta más de cerca. Los grupos más reaccionarios proponen en esencia volver atrás; en los círculos oficiales, aunque con frecuencia se reconocen cuestiones como la injusta distribución del ingreso, el peligro que entrañan ciertas inversiones extranjeras, los defectos del sistema fiscal y algunas limitaciones de la reforma agraria, en general se habla en abstracto de "carencias", "insuficiencias" y "desvíos"; se insiste a menudo en la severa presión demográfica y siempre tiende a darse por supuesto que, cualesquiera que sean los problemas, su solución deberá buscarse en el respaldo al gobierno, dentro del marco del partido oficial y sin alterar básicamente la estructura en que la política gubernamental se desenvuelve ni la correlación de fuerzas de la cual resulta.

El programa del Partido Revolucionario Institucional postula, entre otras cosas, la continuación de la reforma agraria y fiscal, la reglamentación de la inversión extranjera y la conveniencia de su asociación con el capital nacional, la adopción de una política monetaria y bancaria que ayude al financiamiento del sector público y en general del desarrollo económico, la diversificación del comercio exterior, el fomento del turismo, el mejoramiento de las condiciones de vivienda, educación, salud pública y seguridad social, y en resumen, una política que conduzca a un "desarrollo acelerado con justicia social".

¿Y cómo se espera lograr ese desarrollo y llevar adelante la política antes esbozada? ¿Qué responsabilidades se asignan al Estado y cuáles a la empresa privada? ¿En qué fuerzas políticas se tiende a hacer descansar la realización del programa oficial?

A riesgo de omitir aspectos de interés en el trazo de la estrategia del gobierno, cabría decir que, salvo en pequeños grupos progresistas, en general se asigna a la empresa privada y al mecanismo tradicional del mercado la mayor responsabilidad del desarrollo. A la iniciativa privada le corresponde contribuir con la generación de una gran parte del ingreso nacional, proveer las principales fuentes de ocupación, decidir el monto y la proyección de la inversión en los campos de mayor importancia en la esfera productiva, disponer a su antojo de las divisas con que cuenta el país, determinar en gran medida la orientación del comercio exterior y, desde luego, decidir el monto social del consumo y la composición de la demanda de los consumidores y, por ende, la distribución del ingreso nacional.

Ello no significa, desde luego, que el gobierno acepte que la política económica nacional se formule como solía hacerse en los

tiempos del *laissez-faire*. "El Estado —señala el PRI— debe ampliar la infraestructura industrial y crear las nuevas industrias básicas que sigan promoviendo el establecimiento de fábricas de productos secundarios y finales. Deberá cubrir asimismo, con diligencia y firmeza, todos aquellos campos industriales no básicos en los que la iniciativa privada sea omisa o negligente".⁴

A primera vista, podría parecer que el Estado se reserva las actividades fundamentales y deja a la empresa privada las secundarias. Lo que ocurre, sin embargo, es más bien lo contrario: las que quedan al sector público son las *ya nacionalizadas*: petróleo, petroquímica básica, electricidad, ferrocarriles, y telégrafos, o sea fundamentalmente varias actividades auxiliares o de servicio, que en rigor los propios empresarios privados han convenido en muchos países en dejar al Estado; en tanto que a los particulares quedan de hecho las industrias de transformación más importantes y muchas otras ramas.

¿Quiere ello decir que el gobierno mexicano cree todavía en el "milagro" de un desarrollo económico espontáneo, y como si ello fuera poco, incluso con "justicia social"? No; los últimos años se ha reconocido que "México no puede desdeñar la planeación de su progreso. . .".⁵ Pero, ¿a qué tipo de planeación o planificación se alude? ¿Acaso a una que, aun sin rebasar el marco histórico del sistema socioeconómico imperante, suponga cambios profundos que permitan liberar y utilizar en forma medianamente racional los recursos y energías que hoy se desaprovechan lamentablemente? La verdad es que en el PRI se piensa en algo distinto y mucho más modesto: en que el desarrollo puede "...ser acelerado mediante la adopción de las técnicas afinadas [sic] de las Programación. . ." "Si utilizamos sin titubeos —se expresa— las técnicas de la programación. . . podremos aumentar de un modo real la producción nacional. . . el empleo, la inversión y la productividad, al mismo tiempo que se fortalece la estabilidad política y social".⁶ Y después de recordar la experiencia de varios países capitalistas, casi todos ellos industrializados, el programa del PRI subraya que "esos países han mostrado que, sin cambiar las instituciones políticas y jurídicas sobre las cuales se asienta su vida pública, se puede lograr una mayor celeridad en el desarrollo merced a la programación. . .". "El presidente López Mateos —concluye el apartado respectivo— ha rehabilitado los conceptos de

⁴ "Resumen de las Conclusiones Programáticas del Partido Revolucionario Institucional", *El Trimestre Económico*, Vol. XXXI, Núm. 121, p. 147.

⁵ Conclusiones Programáticas. . . *Ob. cit.*, p. 135.

⁶ *Ibid.*, pp. 135 y 136.

planeación y programación económica y social, salvándolos de los prejuicios que los tenían proscritos...". Y así, "la planeación queda incorporada como principio al sistema político de la Revolución...";⁷ con la venia, añadiríamos de la CONCAMIN y la CONCANACO, cuyos dirigentes entienden que la "planificación" que el PRI aconseja, en nada habrá de perjudicarlos.

El lector podrá observar que no se piensa, ni mucho menos, que en las condiciones actuales de México, ante la imposibilidad de que el mecanismo del mercado y de los precios pueda asegurar un desarrollo más o menos estable, rápido y benéfico para la mayoría de la población, deba echarse mano de la planificación económica como instrumento para acelerar el proceso de acumulación de capital, modificar a fondo el patrón conforme al cual se reparten la riqueza y el ingreso sociales, dejar la mayor responsabilidad del desarrollo al Estado y transformar la estructura social, económica, jurídica y política, para poder superar los obstáculos que frenan el progreso económico. La postura del Partido Oficial más bien sugiere que, no habiendo obstáculos serios que condicionen desfavorablemente nuestro desarrollo, bastará con adoptar "técnicas afinadas de programación". Y no deja de ser revelador que el "Partido de la Revolución" considere, en realidad, que más que una lucha política resuelta contra los sectores privilegiados y contra el desperdicio, contra el imperialismo y la dependencia respecto al exterior, como condición para hacer viable aun el más modesto intento de planificación, debamos emplear "técnicas afinadas", como si la planificación fuera un problema técnico y no social y político, y como si una matriz de "insumo-producto", un modelo matemático global simplista y estático, unas cuantas ecuaciones o coeficientes técnicos y un cerebro electrónico, pudieran lograr lo que sólo ha de ser fruto del esfuerzo organizado, consciente y revolucionario de la mayoría de los mexicanos. ¡Qué elocuente testimonio de que la Revolución "se bajó desde hace años del caballo"!

Es comprensible así que, mientras el PRI se acerca cada vez más a las tecnocráticas e inconducentes recomendaciones de la ALPRO, los grupos de la izquierda mexicana se sientan cada vez más lejos de las formulaciones políticas del Partido Oficial. En la izquierda independiente —la izquierda que en la jerga oficial se ha convertido en "delirante" o "izquierda fuera de la Constitución", cuando en rigor debiera decirse más bien, fuera del presupuesto— se acepta que muchas de las viejas demandas y metas de la Revolución siguen vigentes. Aún en 1966, tiene sentido la exigencia del Sufragio Efec-

⁷ *Ibid.*, pp. 136 y 137.

tivo y la No Reelección; tiene sentido reiterar, como lo hicieron hace medio siglo los zapatistas, que la tierra debe ser de quien la trabaja; tiene sentido e importancia reivindicar las riquezas que aún continúan enajenadas y en manos extrañas. Lo que es utópico es pensar que eso y el logro de un desarrollo económico rápido e independiente y de una también rápida elevación del nivel de vida del pueblo, va a conseguirse mediante una tímida intervención estatal, cierta estabilidad política, unidad nacional a la zaga de la burguesía, inversiones públicas de infraestructura, préstamos extranjeros cada vez más cuantiosos, un rígido control de las organizaciones sindicales, el empleo de técnicas de programación sofisticadas, y el empuje de los hombres de negocios "modernos y dinámicos", que a juicio del PRI están surgiendo "con sorprendente rapidez", y cuyas ideas son tan "modernas" como las del banquero José Espinosa Yglesias.

A diferencia de lo que se piensa en los círculos oficiales, en amplios grupos de la izquierda se tiene la profunda convicción de que hay que atacar, no los problemas secundarios sino los fundamentales, de que es preciso adoptar medidas nuevas de gran envergadura —en materia económica, social y de relaciones internacionales— y de que la política capaz de librar con éxito la batalla que a estas horas reclama el progreso del país, no surgirá de malabarismos, maniobras habilidosas, de un reformismo débil y oportunista o de un anticomunismo trasnochado y reaccionario, sino de una lucha en la que los grupos interesados en el cambio se impongan sobre los defensores del estado de cosas existente.

Las Fuerzas en Pugna

¿Y cuáles son unos y otros sectores en el presente contexto social y político, y en particular, las fuerzas capaces de llevar adelante la Revolución Mexicana? Para los grupos que, a pesar de todo, siguen pensando que nuestro país habrá de hallar la solución a sus problemas en el pasado, probablemente las fuerzas capaces de hacerlo "progresar" serían la oligarquía financiera, el ejército, el alto clero, los inversionistas extranjeros y la ciega oposición a todo avance democrático.

Para el grupo en el poder, el acaso planteo mismo del problema no tenga el menor sentido, pues en él se considera que el progreso de la nación sólo podrá lograrse a través de los caminos y mediante el concurso de las fuerzas incorporadas al partido oficial. En los sectores más débiles, comprometidos y oportunistas de la izquierda,

a menudo se postula que el camino a seguir consiste en cooperar con el gobierno, pues sólo así podrá robustecerse a la corriente nacionalista. En fin, en otros grupos, en los que frecuentemente se advierten opiniones demasiado simplistas y aun dogmáticas—que en parte resultan de su aislamiento de las masas populares y del manejo de ciertos esquemas teóricos inaplicables a nuestra realidad—se sugiere que sólo ellos—si acaso con quienes los sigan pasivamente—podrán acometer con éxito la ambiciosa tarea de librar a México del atraso y la pobreza.

El PRI—piensan muchos de sus miembros y sobre todo de sus dirigentes—es una representativa síntesis de la nación. En él se agrupan las fuerzas populares y progresistas, y por eso es el mejor instrumento para llevar adelante cualquier cambio. "Nuestro Partido—se ha dicho a menudo, reiterando una vieja tesis oficial—no es partido de clase; es partido de clases"; "... de aquellas que creen en la Revolución".⁸ "El PRI—se repite aquí y allá—no es un partido de clase, sino una coalición de clases". "Nuestro instituto político—señalan las 'Conclusiones Programáticas' citadas—agrupa en su seno a las grandes masas... [y] no puede expresar, por eso, los intereses de plutócratas insensibles a las corrientes sociales contemporáneas..." El Partido Revolucionario Institucional no asume—ni puede ni quiere hacerlo—, el papel de portavoz de esos grupos minoritarios, cuyos intereses le son antitéticos". "Más que una agrupación política de todas las clases, el nuestro es un partido de la clase popular rural y urbana estrechamente vinculada a la clase media..."⁹

Tal planteamiento es sin duda inteligente y sugestivo, y muestra que los dirigentes del PRI no son burócratas insensibles y rutinarios, ni hombres incapaces de decir lo que a la gente común y corriente—que en un partido es la que más importa—le gusta oír. Pero a la vez, dichos pronunciamientos no pasan de ser verdades a medias.

Que en el PRI no sólo participa una clase social sino varias, es incuestionable; que de él son miembros numerosos campesinos, obreros y empleados públicos—aunque muchos de ellos no sepan a punto fijo si lo son—es también cierto. Lo que no es cierto es que la burguesía nada tenga que ver con el PRI, porque sus intereses sean "antitéticos". El partido oficial, esto es otra cosa, no es dado a defender abiertamente en sus discursos los intereses de la burguesía, y menos los de aquellos sectores obviamente reaccionarios,

⁸ Jesús Reyes Heróles. "Estado, Programa y Partido". *El Día*, 11 de marzo de 1963.

⁹ Partido Revolucionario Institucional. *Ob. Cit.*, p. 133.

aunque a veces, entre tecnicismos incomprensibles y aparentemente inocuos, declaraciones populacheras y encendidos "Vivas a México", son esos intereses los que defiende.

El PRI no quiere ser vocero de "plutócratas insensibles", porque sabe que ni en el PAN o entre los sinarquistas hay quien simpatice con ellos. Y lo saben también los "plutócratas", quienes menos insensibles de lo que el partido oficial los supone, con frecuencia adoptan en bien de todos la táctica de "...no me defiendas, compadre". Mas si es comprensible que el PRI y aun Acción Nacional no quieran ostentarse como defensores de un Gastón Billeles cualquiera, lo que es insostenible es pretender que la burguesía, a pesar de ser la clase dominante, no haya llegado a ejercer influencia decisiva en la vida política, pues ni el PAN, ni el PRI ni ningún otro partido representa sus intereses. Resulta sospechoso—además de demagógico—ese empeño de no querer saber de la burguesía. Nos recuerda aquella ingenua historietita de Conan Doyle, en la que un tren había salido de Londres hacia una ciudad cercana, pero ni había llegado a su destino a la hora prevista ni se hallaba en punto alguno del trayecto que debía recorrer. Al parecer, eso ocurre con la burguesía mexicana, y después de haberse afirmado en el poder, tras de la "formidable" lucha de clases que don Venustiano Carranza anunciaba ya como incontenible en 1913, nadie sabe en dónde ha quedado o qué ha sido de ella. ¿Habrá muerto en los campos de batalla de la Revolución? ¿Se habrá ido al extranjero en busca de mejor suerte, como lo hacen los "espaldas mojadas" o lo hacían los porfiristas inconformes con el nuevo régimen, en los días de Madero? ¿Se habría conformado con ganar dinero, sin importarle quién gobierne a la nación o en beneficio de quién lo haga? ¿Será una burguesía excepcional a la que no le interesa el poder o que prefiere dejar las riendas de la República en manos de los campesinos, los obreros y los intelectuales?

"El Caso de la Burguesía Desaparecida" no es, sin embargo, tan incomprensible como de momento pudiera parecer, ni requiere tener que descubrir el doble fondo de un baúl para aclararlo. A pesar del interés con que se trata de ocultar su presencia, los principales sectores de la burguesía mexicana están en el PRI, y aun aquellos que no pertenecen formalmente a él, casi siempre están con él, unos por convicción y otros por conveniencia.

Alguien podría decir que sólo están en el partido oficial los "plutócratas" sensibles, pero no los "insensibles"; los progresistas, mas no los reaccionarios; los ricos del gobierno, pero no los de la IP. Mas lo cierto es que hay de todos: sensibles e insensibles, progresistas y reaccionarios, ligados al gobierno y a la iniciativa

privada; y además, que son en conjunto los intereses de la burguesía —y no los de los campesinos, obreros o intelectuales— los que, a pesar de ciertas inevitables contradicciones y desacuerdos, predominan en el partido oficial y en el gobierno.

Esto no quiere decir que en el PRI no haya fuerzas populares o progresistas. La mayoría de sus miembros son elementos modestos, mexicanos que viven de su trabajo y no de explotar el de los demás. Muchos son incluso personas que seguramente querrían contribuir a un cambio sustancial en su beneficio y el de la nación. Los sectores populares que integran la base del PRI, sin embargo, no están conscientemente aliados con la burguesía: están más bien subordinados a ella y a las condiciones que ésta les impone, casi siempre de manera unilateral; y los elementos progresistas, que sin duda los hay, no son quienes más influyen en el rumbo del partido y menos aún del gobierno.

Por ello puede decirse que, en efecto, el PRI, es un partido de clases y no de clase; pero de clases subordinadas, enajenadas a los intereses de la burguesía, de una burguesía en la que si bien hay elementos aislados y aun pequeños grupos nacionalistas, considerada en conjunto es una clase débil, titubeante, contemporizadora y conscientemente comprometida con los intereses extranjeros, incapaz de enfrentarse a los problemas del país y al descontento popular con medidas audaces, y no con decisiones meramente burocráticas, promesas demagógicas, "trapos calientes" y procedimientos policíacos y represivos, como si el pueblo sólo tuviera derecho a que le apliquen el Código Penal y no la Constitución u otras leyes que garantizan sus libertades; una burguesía, en fin, que en el fondo cree más en la alianza con el imperialismo que en la necesidad de luchar contra él, y cuyo impulso nacionalista y revolucionario no es ya el de Madero, Carranza o Alvaro Obregón, sino más bien el de Carlos Trouyet, Aníbal de Iturbide, Fidel Velázquez, Juan Sánchez Navarro o Miguel Alemán.

México no es un país estancado. Su crecimiento ha sido incluso relativamente rápido en ciertos momentos, aunque a la vez inestable y lleno de graves deformaciones. Pero los signos de inconformidad, descontento, malestar y violencia de los últimos años, revelan que el desarrollo que se consigue a costa de la miseria del pueblo, como el orden social que descansa en la injusticia, carece de estabilidad y resulta siempre efímero y engañoso. El país también creció, como no lo había hecho antes, durante la dictadura porfirista, y todos sabemos lo que fue del orden, la estabilidad y la paz de ese régimen. A más de medio siglo de iniciada la Revolución, parece claro que no será la burguesía, ni una política de unidad nacional a su ser-

vicio, sino una verdadera coalición de fuerzas populares, con una estrategia genuinamente revolucionaria y una nueva y eficaz organización, la única capaz de convertir a México en un país industrial próspero e independiente, que garantice a todos sus habitantes—no sólo a una minoría privilegiada— un nivel de vida verdaderamente digno.

Aventura del Pensamiento

MEDITACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Por José GAOS

A D. Jesús Silva Herzog
por los veinticinco años
de *Cuadernos Americanos*.

1. *La filosofía de las circunstancias*

“BAJO el título *Meditaciones* anuncia este primer volumen unos ensayos de varia lección y no muchas consecuencias, que va a publicar un profesor de filosofía *in partibus infidelium*”. “... Son... lo que un humanista del siglo XVII hubiera denominado ‘salvaciones’. Se busca en ellos lo siguiente: dado un hecho —un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor—, llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significado. Colocar las materias de todo orden, que la vida, en su resaca perenne, arroja a nuestros pies como restos inhábiles de un naufragio, en postura tal que dé en ellos el sol innumerables reverberaciones”. “La ‘salvación’ no equivale a loa ni ditirambo; puede haber en ella fuertes censuras. Lo importante es que el tema sea puesto en relación inmediata con las corrientes elementales del espíritu, con los motivos clásicos de la humana preocupación. Una vez entretejido con ellos queda transfigurado, transubstanciado, salvado”.

Con estas palabras, entre otras, presentaba en 1914 Ortega y Gasset, no sólo su primer libro, con dos *Meditaciones del Quijote*, sino una serie de ellas que, sin embargo, no prosiguió —bajo el título *Meditaciones* y según el plan proyectado; pero que no dejó de proseguir en la obra toda del ensayista: pues qué número de ensayos de él no son salvaciones de su tema en el sentido definido en las palabras citadas, ya que éstas definieron por anticipado el género de la filosofía circunstancial que es la mayor parte, si no la totalidad, de la filosofía de Ortega: una filosofía de salvación de las circunstancias, animada por los siguientes hecho, cuidado y ejemplo: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo... en la escuela platónica se nos da como empresa de toda

cultura, esto: 'salvar las apariencias', los fenómenos. Es decir, buscar el sentido de lo que nos rodea".

Quisiera yo practicar ahora esta manera de filosofar de mi maestro, con la materia más importante para mí que la resaca de la vida me ha arrojado a los pies en la circunstancia que me rodea: la situación de la Universidad —la Nacional de México, la mexicana, la hispánica, la occidental, la mundial, en círculos de circunstancialidad concéntricos en torno mío. Porque la situación actual de la Universidad Nacional es caso de la situación de la Universidad hasta la mundial, aunque el conflicto cuya fase más aguda ha sido el motivo inmediato de esta *Meditación*, no tenga con los de otras universidades en estos más recientes tiempos, como ha advertido más de un comentarista, relación aparente: pues no es una lucha por la autonomía de la Universidad, como la de la Argentina hoy mismo; o por la libertad universitaria y nacional toda, como la que viene teniendo lugar por obra de universitarios dentro de la Universidad española y fuera de ella en el país; ni una actividad en favor de los derechos de los negros o la paz en el Vietnam, como la de universitarios de los Estados Unidos últimamente; sino la acción, ya de intriga, ya de violencia, de una minoría de universitarios, en colusiones oscuras con personas y fuerzas extrauniversitarias, para arrancar a las autoridades universitarias o imponerles, en medio de la indiferencia y pasividad de la inmensa mayoría de los universitarios, nombramientos de beneficio personal o interés minoritario, medidas antiacadémicas de facilitación de los estudios para la obtención de títulos, prestaciones de servicios sociales y económicos, si más o menos justificados, también más o menos egoístas, y una participación en el gobierno de la Universidad que les permitiría dominarla sin garantía alguna de la legitimidad de la representación de los dominantes, pidiendo simplemente una reforma universitaria acerca de la cual no se ha hecho público, ni siquiera del conocimiento de la mayoría de profesores y estudiantes, nada que merezca, ni de lejos, el nombre de un plan cabal, bien articulado y bien fundado, de ella. Pero el conflicto tiene con los mentados de otras universidades la relación profunda de haber sido hecho posible por la situación que la Universidad Nacional comparte con la mundial, y es por tanto lo que interesa por debajo y por encima del conflicto, para después de él y desde antes de él. Porque si la fase aguda del conflicto ha sido el motivo inmediato de esta *Meditación*, la verdad es que esta no va a ser más que la redacción ordenada de reflexiones hechas reiteradamente en la intimidad del pensamiento propio y en conversaciones con otros universitarios, motivadas, desde hace años, por la situación en que iban entrando las Universidades y era pre-

visible iban a seguir adentrándose. Reflexiones de acuerdo con la concepción de Ortega, atentas primordialmente a lo local, y sólo en cuanto esto participa, por el género, de lo mundial, a esto también: porque lo sabido por personal experiencia, lo vivido, es únicamente lo local, más allá de lo cual va extendiéndose lo que puede ser objeto únicamente de noticia y especulación, que, por muy fundada y correctamente inferida que esté de vivencias y noticias, la verificaría tan sólo una investigación empírica colectiva; pero reflexiones, de acuerdo con la misma concepción, dirigidas por el afán dominante de discernir, por respecto a la Universidad vivida y a la noticiada, en lo efímero, por superficial, lo que entraña de caduco y de más duradero y con porvenir, por esencial —pero no eterno, porque las esencias de todo lo humano son históricas.

2. *La inexistencia de la Universidad*

EMPEZANDO, pues, por reflexionar sobre la fase aguda del conflicto en curso en la Universidad Nacional, y registradas en el capítulo anterior las únicas motivaciones conocidas por los universitarios en general con el público, se advierte que no hubo a los actos que forzaron la renuncia del Rector una reacción de la Universidad como cuerpo, sino que cada una de las Facultades y Escuelas reaccionó a su modo, que en casos fue más o menos coincidente con el de otras, pero en todo caso adoptado independientemente de ellas; y los universitarios no reaccionaron individualmente solidarizándose con "el Rector", en el que, mientras lo era legalmente, debía cada uno considerarse representado, cualquiera que fuese el juicio que le mereciera su gestión. Tal forma de reaccionar parece tener un sentido inequívoco: la inexistencia de la Universidad como un cuerpo dotado de la unidad que le hubiera hecho reaccionar colectiva y acordadamente. La fase aguda del conflicto y la reacción a ella habría sido, pues, una prueba de hecho —por hacerla de una patencia indesconocible e innegable— de una inexistencia afirmada en términos generales, más o menos precisos y seguros, antes y después de la fase, en el país y fuera de él —para deplorarla, sin excepción que yo conozca. Pero encuentro más notable aún que la falta de excepción, e incluso que el tenor y tono en las deploraciones, de puros píos deseos inoperantes, la causa, sin duda, de éstos: el ni siquiera plantearse el problema —no se diga el ponerse a pensarle soluciones— de la razón de ser del *hecho*, en el doble sentido de la causa o las causas que lo hayan efectuado y de la justificación que pudiera obligar a considerarlo menos deplorable de lo que se le

juzga, y hasta nada deplorable, sino aceptable, e incluso con entusiasmo.

Pues, en efecto, ¿qué razones se aducen o se implican en los casos en que se le deplora? Por lo menos, dos: la contraria existencia, en el pasado más cercano o más lejano, de un verdadero cuerpo universitario, unificado por encima de su pluralidad y diversidad; y la necesidad, o al menos, la conveniencia, de una formación universitaria unificada, como tramo superior de una formación cultural unificada desde el tramo inferior, de la escolar primaria. Las dos razones tienen entre sí relación: la unidad del cuerpo universitario sería obra en parte de la unidad de la formación universitaria y, en cuanto antecedente indispensable, por fundamental, de la cultural toda.

Pero ya el enunciado de la primera razón es explícito acerca de lo pretérito de ella, y dada la relación de ella con la segunda, hace presumir que también de ésta. En verdad, en verdad histórica, la doble unidad, de la Universidad y de la formación cultural, si ha sido realmente una realidad histórica, no parece haberlo sido nunca como en la edad en que nació la institución universitaria: la unidad de la Universidad medieval es inseparable, ciertamente, de la unidad de su medio ambiente, la cultura medieval, que iba, en lo que afectaba más directamente a la Universidad, desde la fundamental o la capital, como se prefiera, unidad de la *Weltanschauung* religiosa de la Cristiandad, y la expresión de ella en géneros de la literatura didáctica tan relacionados con la actividad universitaria como el de las *sumas*, hasta la unidad de métodos como el de la explicación de textos autoritativos, que unificaba la enseñanza desde la de la Teología hasta la de la Medicina. Y no se puede menos de pensar que la cuestión es ahora: tal situación histórica ¿ha llegado hasta el día de hoy, de suerte que sea en él tan real y tan plausible? —suponiendo que hubiera sido esto último en la Edad Media. Y no parece posible responder más que negativamente.

Para empezar por la Universidad misma: entre la formación de un abogado, un médico, un arquitecto, un contador público, un historiador y un físico ¿hay ahora de común lo que había, no se diga en la Edad Media, por respecto a la cual ni siquiera podría haber abarcado la pregunta los casos que abarca, pero ni en tiempos mucho más recientes —o puede haberlo? De hecho, no lo hay, porque no puede haberlo: la especialización de la formación profesional ha sido una consecuencia inevitable de la especialización profesional misma, a su vez consecuencia pareja, por un lado, de la especialización científica, aneja a la evolución histórica de la ciencia, y, por otro lado, de la evolución histórica de la sociedad humana toda.

Y para concluir por ésta: la falta de una *Weltanschauung* generalizada como la religiosa de la Cristiandad medieval, es una de las características, ya de la cultura moderna desde sus inicios, en todo caso de la contemporánea, de la actual; hecho deplorado por lo general —por lo general también, convencionalmente, esto es, sin haber reflexionado debidamente sobre él—, pero en todo caso, y previamente a toda reflexión sobre él y conclusiva justipreciación de él, un *hecho*.

Que una reflexión sobre él tan cabal como para poder razonablemente concluir con una justipreciación de él, no requeriría menos de toda una Filosofía de la Historia y una Antropología Filosófica, será sin más lo bastante comprensible para que se comprenda también la imposibilidad de llevarla a cabo dentro de los más distantes límites liberalmente otorgados a esta *Meditación*. Para ser ella todo lo breve que le es forzoso, se le impone, pues, razonar a *fortiori*: suponiendo que el hecho fuese verdaderamente deplorable, ¿sería cosa de oponerse a él?; y en el caso de serlo, ¿cómo?

Si oponerse a él hubiera de significar oponerse a la especialización de la formación profesional, a la profesional, a la científica, y a la evolución histórica de la ciencia y de la sociedad humana toda, o a la marcha de la historia de la Humanidad —basta la enunciación de tamaño significado para diputar la oposición de absolutamente insensata, y por tanto no merecedora de mayor consideración. ¿Qué puede, entonces, significar sensatamente a lo sumo la oposición que se está considerando? A lo sumo, esto: el descubrimiento, o la invención, y la procura de instauración, de *formas de unidad o unificación cultural ingeribles dentro de las formas mismas de especialización y evolución* susodichas que constituyen el hecho incontestable.

Formas que debieran ser las unas tan concretas como lo son las otras, que no necesitan ser las unas menos concretas de lo que lo son las otras: que permanecer en la abstracción y generalidad de las últimas consideraciones no es forzoso, porque lo más hacedero es precisamente lo contrario.

Puesto que el hecho, el hecho histórico, el hecho histórico incontestable, es la especialización social, científica, profesional y de la formación profesional, y crecientes, empiécese por reconocer este hecho, no en el plano de la pura teoría, sino en el de la práctica misma universitaria. Lo que consistiría en lo siguiente. En percatarse de que con la Universidad se está ante un caso más de un fenómeno histórico regular: el de la persistencia de las meras formas institucionales, a veces de los meros nombres de ellas, hasta muchísimo después de haberse evaporado del interior de ellas la

esencia que originalmente *se las* había dado, siendo reemplazada por una esencia que puede llegar a ser tan diferente de la original, que puede llegar a ser hasta la contraria, y que, natural, lógicamente, pugna contra la forma que se trasmutó de viviente y animada piel en dermatoesqueleto muerto y letal. Es la exacta puntualización de la inexistencia de la Universidad de que partió el presente capítulo de esta *Meditación*: la persistencia de una concepción, de un nombre, vueltos mítico tabú, superpuestos a una realidad institucional de esencia hasta contraria a la esencia de la institución original: como contraria es a la idea de un saber ya tan hecho como para ser susceptible y menesteroso poco menos que exclusivamente de transmisión, la radical idea de una ciencia de descubrimiento e invención como tarea sin límite. De todo lo cual una vez percatados, se desprende una cascada de consecuencias prácticas sumamente precisas o concretas.

3. *La autonomía mutua de las facultades y escuelas universitarias*

EN vez de obstinarse, invocando una existencia ficticia, en constreñir a las Facultades y Escuelas universitarias a someterse de mala manera, y mala gana, a un régimen de centralización creciente, con lo anejo a él que se dirá, darles una autonomía académica, y hasta económica, mutua y respecto de autoridades comunes, como el Consejo Universitario, que debiera desaparecer, reemplazado por los Consejos de cada Facultad o Escuela; la Junta de Gobierno, que debiera desaparecer asimismo, pasando sus funciones de nombramientos a los mismos Consejos, y extinguiéndose las de resolución de conflictos entre las autoridades universitarias con la nueva organización autónoma; y el Rector, del que el cargo debiera quedar reducido a la representación de la unidad tradicional, simbólica y nominal de la Universidad, siendo ejercido en períodos de uno o dos años, por turno de antigüedad entre las Facultades y Escuelas, o entre las primeras, y de profesorado dentro de cada una, como en alguna Universidad extranjera de historia no precisamente poco ilustre y en la misma Universidad mexicana de la colonia. Lo que no quiere decir dejar a cada Facultad y Escuela, sean las que sean, organizarse y gobernarse a su arbitrio, con independencia de cada una de las demás, sino sencillamente dar al arbitrio con que ya se organizan y gobiernan, independientemente unas de otras —por debajo de las leyes, reglamentos y disposiciones que las compelen a uniformarse en lo más general y superficial, sin que por ser en ello sea la compulsión más llevadera—, la legalización necesaria para

que la vida efectiva sea en todo legal y legítima, en vez de la ilegítima e ilegal que es en mayor o menor parte. Voy a poner un ejemplo concretísimo. Puede disponerse que todos los profesores de tiempo completo den cuatro cursos de dos horas semanales. En una Facultad como la de Leyes pueden cumplir los profesores dando el mismo curso a cuatro grupos de alumnos, lo que no les obliga a preparar más que un curso. Pero en un Colegio como el de Filosofía, donde no hay alumnos para más que un grupo por curso, la disposición obliga a los profesores a preparar cuatro cursos; ahora bien, ¿qué profesor podrá preparar cuatro cursos de la índole y nivel que deben tener los universitarios? Por mi parte, debo confesar que el preparar un par anual de ellos ha requerido de mí una dedicación en horas y esfuerzo que rebasa con mucho las dos horas de cada curso y el esfuerzo de darlas.

¿Qué así desaparecerá realmente la Universidad, reducida a un nombre y a una representación simbólica de la pasada? No más de lo que ha desaparecido ya justo realmente.

¿Qué desaparecerá la autoridad rectoral con sus poderes actuales —o del pasado inmediato— que la hacen émula de la ministerial? No sería en detrimento, precisamente, de nadie ni de nada más que de los ambiciosos de tales poderes; y menos que de nada ni de nadie, de la nueva Universidad, de Facultades y Escuelas autónomas entre sí, y de sus miembros.

¿Que a quién incumbiría la confección del presupuesto universitario? —como si la autonomía *académica* hubiese de ser menor porque el Estado diese repartido lo que ahora da junto para que se reparta; o un problema administrativo fuese impedimento para una organización académica, en vez de ser ésta imperativo para resolverlo como ella requiera. Pero se podría encargar al nuevo Rector de ser el intermediario entre las peticiones de las Facultades y Escuelas y las donaciones del Estado.

¿Qué los conflictos que se produjesen en cada una de las Facultades y Escuelas afectarían y arrastrarían menos a las demás, no uniéndose ya probablemente los miembros de todas ellas más que por grandes causas nacionales o humanas? ¿No sería verdaderamente ideal? Parece un sueño de felicidad universitaria.

¿Qué sería renunciar a toda comunicación y unidad intelectual entre los profesores y estudiantes de las distintas Facultades y Escuelas, con absoluta entrega a la especialización y abandono de una común formación humana? ¿Por qué? ¿Qué impediría a cada Facultad o Escuela solicitar de otras los cursos, y hasta los seminarios e investigaciones, que pensara necesitar justo para la formación humana de sus especialistas —como debieran pedirlos también para la

formación en las respectivas especialidades? ¿Qué impediría a la Facultad de Medicina pedir a la de Filosofía un curso de Antropología Filosófica, o a la de Filosofía a la Medicina un curso de Antropología Médica? En la Universidad hay ya alguna iniciativa en este sentido, por cierto que debida a *buenos* estudiantes: una sociedad de los de Arquitectura viene organizando anualmente conferencias sobre ciencia, filosofía, política, arte, justo por haber sentido la necesidad de hacer la formación de arquitecto tan cabal como requiere el ejercicio de la profesión, en vista de las conexiones de las habitaciones y demás edificios y construcciones humanas con todos los sectores de la vida y la cultura humanas.

¿Qué sería deshacer la obra del ilustre mexicano que fue el maestro Justo Sierra, y aún de la generación de también ilustres mexicanos que reaccionaron con él contra la concepción positivista de una pluralidad de Escuelas independientes sobre la base de la Escuela Nacional Preparatoria? —como si la concepción positivista no hubiese sido la de otros mexicanos asimismo ilustres, y la evolución de la Filosofía, dentro de la evolución cultural toda, no viniese dando razón a los positivistas contra quienes reaccionaron contra ellos, como veo que viene dándola: a estas alturas del siglo, se divisan los anteriores modernos como el ingente esfuerzo, reiterada y crecientemente triunfante, de lo que puede llamarse el positivismo radical y esencial de la ciencia y la cultura modernas, por encima de cada una de las reacciones —religiosas, románticas, idealistas...— de potencias humanas anteriores, o por su esencia menos modernas, para detenerlo.

Esta evolución histórica es el fondo más profundo de la actual situación efectiva de la Universidad, contra *los* que no parece lo fundado prever que prevalecerá la inercia tradicionalista de la pseudo-universidad centralizada.

4. *La centralización universitaria*

PORQUE la centralización creciente de ella en los últimos lustros ha sido la consecuencia más patente de su menos patente inexistencia como cuerpo unificado. Pues, en efecto, cuanto menos unificado en la realidad un cuerpo que quiere parecer unificado, tanto más necesita de un poder unificador, no surgente orgánicamente de su no ser *un* organismo, sino superpuesto extrínsecamente a su plural realidad viviente. Cuando el cuerpo es un cuerpo aparentemente universitario, tal poder es el de un Rector provisto de facultades para regir incluso en contra de la mayoría del Consejo Universitario, representación titular del cuerpo, y asistido de una administración

tan dependiente de él como independizada de las Facultades y Escuelas y de sus autoridades y miembros, a los que ya no atiende, ni sirve, ni respeta, sino que se impone, desoye y hasta burla —como cuando el cuerpo es un cuerpo aparentemente imperial, el correspondiente poder es el de un Emperador asistido de un Pretorio, jefaturado por un Prefecto y servido por una cohorte pretoriana. Sin que todo ello logre realmente unificar el cuerpo ni regirlo más en un caso que en otro, pues no hay capacidad humana para hacer funcionar a una pluralidad de organismos vivientes como un solo organismo por medio de un aparato ortopédico, por aparatoso que sea; o, si se prefiere, no hay ya hombre capaz de entender y regir formaciones tan diferentes como las antes puestas por ejemplo, más las no puestas por tal, como aún los hay sin duda capaces de entender y regir cada una de ellas, los cuales tendrán que ir siendo tantos más, cuantas más formaciones se diferencien, con la ya mentada marcha de especialización creciente.

No importa que el origen histórico de la Ley Orgánica y el Estatuto Universitario que estatuyó la Junta de Gobierno para independizar a las autoridades universitarias, singularmente al Rector, de las elecciones por los universitarios, con la anarquía que por ello se experimentó hasta la saciedad, *parezca* haber sido esta saciedad y aquella finalidad: *en el fondo* real fue ya la necesidad de un poder capaz de unificar por autoridad inorgánica y extrínseca una pluralidad que, por no ser ya la de un verdadero organismo, no era susceptible de más unidad auténtica y autóctona de él que la de relaciones entre las entidades autónomas como la antes mentada de los servicios académicos pedidos por unas a otras para hacer más cabales las formaciones dadas por unas y otras.

Pero contra tal centralización autoritaria hay otra razón más específica, honda y decisiva: ser las actividades universitarias de índole que las hace ser de imposible ejecución por compulsión: no hay poder capaz de forzar a pensar, investigar, enseñar, estudiar, de veras, y no sólo a aparentar o fingir que de veras se hace; la vocación auténtica y el consiguiente entusiasmo por su objeto es el único poder capaz de mover sin coacción de origen extraño, espontáneamente, a todo ello. De donde una consecuencia práctica tan rigurosamente inferible como nunca inferida: que los reglamentos universitarios no debieran ser ni preceptivos, ni prohibitivos, sino facultativos: para dejar hacer a quienes quieran de veras hacer y hacerlo bien según sus propias iniciativas, y dar validez académico-administrativa a lo que hagan; de lo que el extremo ideal, de un cuerpo de gentes así, sería la sobra de todo reglamento. Los usuales suelen ser, mucho más de lo que se figuran las demás gentes, que

pueden ser también universitarias, trabas, si, por otro lado, son garantías contra —quienes están encantados con que reglamentos de exigencias formalistas les permitan estimarse cumplidores perfectos, por ser incapaces, intelectual, caracterológica o moralmente, de justificarse con enseñanzas juzgadas por su eficacia formativa más que por su puntualidad horaria y calendárica, o por publicaciones decorosas, es decir, del decoro exigible de publicaciones universitarias sin exorbitancias utópicas. Por lo demás, la rigidez de los reglamentos es garantía segura de su caducidad y necesidad de reforma o reemplazo tanto más tempranos éstos cuanto más rígidos ellos, por impotencia de adaptación a la evolución histórica, que, por paulatina que sea, acarrea diferencias tanto más notorias cuanto mayor la distancia temporal entre dos términos de comparación.

5. *Las masas en la pseudouniversidad*

DESPUÉS de lo expuesto y propuesto en los capítulos anteriores, sería de voluminosa inconsecuencia ponerse a reflexionar sobre la organización y funcionamiento de Facultad o Escuela distinta de aquella en que se tuviese siquiera voz; pero quizá no sea tan inconsecuente hacerlo sobre los temas comunes a toda organización y funcionamiento posible de toda posible Facultad o Escuela, que los hay, por la esencia misma de cualquiera de ellas, como instituciones, todas, de "enseñanza superior". Sacando de todo lo anterior una consecuencia terminológica que debe ser objeto de advertencia previa a todo lo ulterior: en adelante, conceptuar de "seudouniversidad" aquella que parece o pretende ser lo que no es en realidad, pero seguir conceptuando de "universidad", por comodidad de concisión, a la pluralidad de Facultades y Escuelas autónomas entre sí, sin por ello dejar de entender que las reflexiones hechas bajo este concepto deben referirse a *cada una* de las Facultades y Escuelas de la pluralidad más que a la unidad subsistente de ésta.

Ascendiendo ahora de los fondos del conflicto en curso en la Universidad Nacional, a la superficie de la situación en la que ha venido adentrándose, no ya ella sola, sino la Universidad mundial toda, según denuncian temas y debates de congresos interuniversitarios e informaciones diversas, necesito volver a citar a Ortega.

"Tal vez la mejor manera de acercarse a este fenómeno histórico consista en referirnos a una experiencia visual, subrayando una facción de nuestra época que es visible con los ojos de la cara.

"Sencillísima de enunciar, aunque no de analizar, yo la denomino el hecho de la aglomeración, del 'lleno'. Las ciudades están llenas de gente. Las casas, llenas de inquilinos. Los hoteles, llenos

de huéspedes. Los trenes, llenos de viajeros. Los cafés, llenos de consumidores. Los paseos, llenos de transeúntes. Las salas de los médicos famosos, llenas de enfermos. Los espectáculos, como no sean muy extemporáneos, llenos de espectadores. Las playas, llenas de bañistas". ¿Cómo no añadir: las universidades, llenas de estudiantes, profesores, investigadores, empleados administrativos, trabajadores manuales y autoridades? Pero dejémosle seguir: "Lo que antes no solía ser problema, empieza a serlo casi de continuo: encontrar sitio.

"Nada más. ¿Cabe hecho más simple, más notorio, más constante, en la vida actual?".

Y lo anterior se escribió ¡en 1926! ¡Qué no escribiría el autor ahora, a los cuarenta años! Pero dejémosle de nuevo seguir.

"Vamos ahora a punzar el cuerpo trivial de esta observación, y nos sorprenderá ver cómo de él brota un surtidor inesperado, donde la blanca luz del día, de este día, del presente, se descompone en todo su rico cromatismo interior.

"¿Qué es lo que vemos, y al verlo nos sorprende tanto? Vemos la muchedumbre, como tal, posesionada de los locales y utensilios creados por la civilización".

"La muchedumbre, de pronto, se ha hecho visible, se ha instalado en los lugares preferentes de la sociedad. Antes, si existía, pasaba inadvertida, ocupaba el fondo del escenario social; ahora se ha adelantado a las baterías, es ella el personaje principal. Ya no hay protagonistas: sólo hay coro".

Pero ¿a qué fenómeno histórico era la mejor manera de acercarse el referirse a este "hecho de las aglomeraciones?". Había empezado por decirlo: "Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social". Corrijase y añádase hoy: el más importante en la vida pública mundial de la hora presente, y en particular en la universitaria también mundial de la misma hora; y ateniéndose por lo pronto a la vida universitaria, habrá que reflexionar sobre el hecho de las masas en la seudouniversidad, prescindiendo de las masas en la sociedad en general, a menos que la reflexión sobre aquél no conduzca a éstas, como no es precisamente imprevisible que conduzca.

Las masas en la seudouniversidad, es el hecho más patente y que por ello parece el dominante de la situación toda de la institución en la actualidad.

Ante todo, masas de alumnos, porque para atenderlas, las masas de profesores, empleados y autoridades —parece, porque las de

investigadores harían pensar en un origen de ellas y de las de profesores independiente de las de alumnos...

En todo caso, el hecho de las masas mismas tiene implicaciones y complicaciones —maléficas, del todo patentes, ciertas, y benéficas, quizá, por menos patentes.

La que parece más segura es la baja del nivel de las actividades, por la del de los sujetos de ellas. Un número pequeño de profesores, investigadores o estudiantes puede ser todo él de primer orden; pero un gran número, no. A proporción del aumento de su número, el nivel de ellos y de sus actividades no puede dejar de ir acercándose al del término medio de los hombres y de las suyas. Siempre puede seguir habiendo el pequeño número de primer orden, simplemente acompañado del gran número de órdenes inferiores; pero la cuestión es: ¿puede el pequeño número de primer orden dar su rendimiento propio entremezclado con el gran número o sólo actuando aparte? Porque pensar que un profesor de primer orden dará cursos de primer orden lo mismo que a una decena de estudiantes a una centena, sólo puede pensarlo quien, por falta de conocimiento, o suficiente o adecuado, de la enseñanza, ignore que un curso de primer orden no puede darlo ni un profesor de primer orden más que a un número pequeño de alumnos también de primer orden, en todos los casos en que los alumnos deban tomar en él una participación más activa que la de escuchar unas conferencias, casos de los que serán parte los cursos verdaderamente de primer orden, que no son los de puras conferencias que escuchar. La razón de ello es que el nivel de los cursos depende, más que de nada, de los métodos empleados en ellos, y únicamente con grupos pequeños pueden emplearse los métodos de más alto nivel: aquellos que acercan la enseñanza a una enseñanza a la medida individual de cada uno de los alumnos, por medio de una cooperación mutua entre ellos y el profesor. La división del gran número de estudiantes en un gran número de grupos pequeños, no resuelve el problema: si un mismo profesor se encarga de varios grupos, no tiene el tiempo necesario para atenderlos debidamente fuera de las clases mismas —preparación de ellas, revisión de los trabajos de los alumnos— y, como consecuencia, en las clases mismas; y si se aumenta el número de profesores, se incurre en la baja del nivel medio. Lo que bien podría significar que el problema fuese insoluble, por el hecho mismo que lo plantea, el hecho de las masas, mientras exista este hecho, mientras existan las masas mismas...

El punto es tan importante, tan decisivo, que obliga a insistir en él. El simple aumento del número de los alumnos de cada profesor ha alterado de raíz las relaciones que podría haber entre el

profesor y un pequeño número de alumnos: de intimidad, de conocimiento, de formación, continuadas por los años de la carrera —y aún más allá—, es decir, las relaciones de "escuela", que ha sido el órgano tradicional de la formación superior completa, y muy particular o señaladamente, en la investigación científica.

Por lo que de todas las implicaciones y complicaciones maléficas del hecho de las masas en la Universidad, es sin duda la peor la del menoscabo paulatina e indefectible esterilización de la producción o creación, que ya venía siendo, por causas distintas de las meramente numéricas que se están considerando ahora, tan precaria en las Universidades del mundo hispánico, que es su tradicional deficiencia capital por comparación con las de los países "que van a la cabeza de la cultura", y por lo mismo el punto de su vida sobre el que se habían concentrado los esfuerzos de renovación mejor inspirados, o de finalidades más valiosas y decisivas, y *debían seguir concentrándose*.

Contra todo lo anterior no sería una concluyente prueba de hecho la del aumento del promedio de las calificaciones y la disminución en la proporción de las deserciones de los estudios antes de la finalización de los emprendidos; porque se trata de un aumento y una disminución equívocos: pueden deberse a una rebaja de las exigencias por parte de los profesores, y con el aumento del número de éstos y la baja de su nivel medio, parece desde luego más probable que se deba a ella.

Prueba más concluyente contra lo anterior parece el hecho, de duración y amplitud suficientes ya para que resulte de bulto bien visible, de una evolución del trabajo intelectual, hasta el más alto y refinado, el de la investigación científica, y no sólo en los dominios de las ciencias naturales, sino también en los de las ciencias humanas, hacia formas de trabajo colectivo, de trabajo en equipo. Pero esta evolución se presenta como parte de un tema que merece capítulo aparte.

Por lo pronto, urge reflexionar sobre el medio y remedio de las implicaciones y complicaciones maléficas del hecho de las masas en la Universidad, y sobre las benéficas, que se presiente pudieran estar en relación con el medio y remedio de las contrarias.

6. *La separación de minorías y masas en la Universidad*

PUEDE ser un ideal de la Universidad elevar la condición de todos sus miembros al nivel de los mejores de ellos. Tal elevación no parece que fuese posible sino por una acción de los miembros a cuyo

nivel sería ideal elevar el de los demás sobre estos demás, no al revés, ni siquiera por el esfuerzo espontáneo de los últimos: acción de división de la masa hasta el límite ideal de las individualidades con personalidad única —que bien pudiera tropezar con los límites reales, de una insuficiencia de medios por tiempo de duración no previsible, y de una imposibilidad esencial e ineluctable por las diferencias nativas entre los humanos individuos, pues que la naturaleza no se cuida de los ideales de los seres humanos, sino, acaso y a lo sumo, por medio de lo que deja en el poder de éstos mismos... Pero, prescindiendo de este segundo límite, problemático, basta, sin duda, la duración no previsible del primero para afirmarse, primero, en que tiempo habrá para pensar en una reforma universitaria adecuada al logro de tal elevación, si no adaptarla a la elevación lograda, y segundo, en que la reforma universitaria urgente es la que por lo pronto asegure la subsistencia de los miembros de la Humanidad, a cuyo nivel sería ideal elevar el de los demás.

Porque lo que podría imponer siquiera un distingo respecto del mismo ideal susodicho, sería la reflexión: pero ¿es que las masas mismas quieren tal elevación?, ¿la consentirían?, ¿no se rebelarían contra ella? A lo peor, sí —y la rebelión bien podría ser la manifestación consiguiente a aquella imposibilidad esencial...

Que pululando por la seudouniversidad andan las masas, en busca de alguna elevación, parece indudable. Pero ya no qué elevación anden buscando. ¿Es que cabe pensar, con verosimilitud psicológica, que el centenar de estudiantes del primer año de Filosofía, hasta el que ha aumentado la tradicional docena o media docena, piensan realmente en llegar a ser filósofos, en dedicar la vida a filosofar; quieren realmente tal cosa? No parece. Un buen número de ellos, el que se quiera, ambicionan, a lo sumo, llegar a ser profesores de Filosofía; si fuese posible, en Facultad; si no, en Preparatoria. Pero también cierto número de ellos, el que se quiera, asimismo, buscan en la carrera de Filosofía, o en la Filosofía misma —dos cosas que de ninguna manera deben identificarse—, un medio de elevación social en general, un instrumento de liberación, una disciplina mental o moral...¹ Y si es así con una carrera como la de Filosofía, de tan escasa salida profesional, de tan reducida aplica-

¹ Me permito remitir al ensayo "Sobre el auditorio de la Filosofía", recogido en el volumen *Filosofía de la Filosofía e Historia de la Filosofía*, Stylo, México, 1947. Y como antecedente de esta *Meditación* en general, al ensayo "Cuatro puntos cardinales universitarios", en el pequeño volumen *Sobre Enseñanza y Educación*. Colección de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, N° 47. 1960.

ción social, fuera del rodeo insólito, porque el recorrerlo sólo es dado a ciertos talentos —sin necesidad de llegar al genio—, de la influencia social de las ideas filosóficas, ¿no será ello generalizable, y en proporción mucho mayor, a las carreras y estudios en general de la mayoría, si no la totalidad, de las demás Facultades y Escuelas? Ahora, no está nada mal, sino muy bien, que las masas busquen tales cosas; y el fundamento de su derecho al ingreso, no en la sola seudouniversidad, sino incluso en la Universidad, es la primera implicación o complicación benéfica del hecho de su invasión de la seudouniversidad, que es, justo, la posibilidad, siquiera, de que la posesión por la muchedumbre de los locales y utensilios creados por la civilización, en nuestro caso de los universitarios, no sea la sola de pisotearlos con sus decenas de miles de pares de pies, sino también la de ocuparlos y utilizarlos para elevarse sobre sus pies en la posición propia con que el hombre puede mirar a lo alto, por más baja que sea la altura a que dirija la mirada y ésta misma poco aguda y fugaz. El procedimiento para hacer efectiva la elevación de las masas universitarias, precisamente contando con sus ambiciones reales, es la adaptación de la enseñanza universitaria a éstas —conjugada con la adaptación a las necesidades de la sociedad, prefacilitada por las relaciones entre estas necesidades y aquellas ambiciones—, mediante las que han empezado a llamarse “carreras cortas”, ya sean de parte o grado inferior de las que habrá que llamar “largas”, ya sean del todo nuevas; de acuerdo con la idea de no ver en la deserción escolar el fracaso por respecto a la meta no alcanzada, sino de ver el éxito por respecto al punto de partida: el estudiante que *deja de hacer* los últimos años de una carrera, *ha hecho* los primeros: si no puede hacer lo que podría hacer sólo tras los últimos, podrá hacer con los primeros más de lo que podría sin ellos: reconózcasele esta suficiencia, en vez de reprocharle aquella insuficiencia, de suerte que pueda ponerla en práctica de alguna utilidad o beneficio social.

Pero no se confunda con lo que buscan las masas lo que busca la minoría de los vocados y dotados para el pensamiento personal, la pura y rigurosa investigación científica, la alta docencia: concederles que lo que ellas buscan sea lo único que pueda buscarse y encontrarse en la Universidad, acarrearía la antes mentada esterilización de ésta para la producción y creación.

La consecuencia práctica de todo lo anterior parece sin escape: el llevar a cabo una separación entre las minorías de orden superior y la masa restante, si no llevándose a las minorías fuera de la Universidad, a instituciones parauniversitarias, y dejando la Universidad para las masas, apartando a las unas y a las otras por las vías y bajo

los títulos que parezcan más eficaces y prudentes a cada una de las Facultades y Escuelas para efectuarlo en su seno —y reparando en que la pluralidad de éstas autónomas entre sí hace menos tajante y necesaria la división entre ellas y las instituciones parauniversitarias. Las minorías son, en primer término, la de profesores y estudiantes vocados y dotados para la producción o creación en cada una de las Facultades y Escuelas, y pueden ser, en segundo, la de los mejores entre los aspirantes al ejercicio de las demás profesiones y sus maestros, en la medida en que se imponga el elegir entre formar bien para tal ejercicio siquiera a una selección o formar mal a una totalidad. La proporción entre una y otra y entre ambas y la masa restante variará según las Facultades y Escuelas, pero la distinción de los tres grupos se da hasta en las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias, donde el segundo está integrado por los aspirantes sólo al ejercicio de la enseñanza. La separación o apartamiento de las minorías, preferentemente de la primera, debe tener el sentido de asegurarles la dedicación a su tarea que quiere significar la denominación "de tiempo completo", que hay que extender de los profesores a los estudiantes mediante las necesarias becas: la parte de su tiempo que debe dedicar a la docencia el profesor de tiempo completo es inoperante si no halla por correlativo un tiempo completo de dedicación de los alumnos al estudio.

La sola enunciación de tal reforma motivará la inquina de la masa restante y de todos sus patronos extrauniversitarios, que son por lo pronto cuantos piensan en servirse de ella para finalidades extrauniversitarias. Pues a pesar de no buscar la masa lo mismo que aquellos a quienes se separaría o apartaría de ella, sentirá y resentirá el apartamiento o separación como un agravio por atentatorio contra su busca de elevación social, que tiene por término de comparación, no sólo su propia situación anterior de inferioridad, sino también la situación de las minorías. Pero como las realidades son lo que son, y las voluntades de los hombres no pueden vencerlas más que obedeciéndolas, se trata de que la Universidad, el Estado, las masas mismas, opten, o por tener minorías productivas o creadoras, o por nivelarlo todo abajo: en masas igualitarias, es decir, no creadoras o productivas, con todas sus consecuencias: la sumisión técnica e ideológica al extranjero, que es también la económica y la política, cualesquiera que sean las formas y fórmulas con que se procure encubrirla, disimulársela, engañarse y tranquilizarse —en la superficie de la conciencia, que en el fondo insobornable de ésta no hay engaño ni tranquilidad posible.

En todo caso, debe reconocerse otra implicación o complicación benéfica de la invasión de la Universidad por las masas en la

presión ejercida por ellas sobre las minorías, si se acierta a derivarla hacia el deber éticosocial de las minorías de concebir y llevar a cabo su tarea como enderezada esencialmente a la producción o creación de aquellos bienes culturales por la participación en los cuales haya de operarse la elevación de las masas, mediante la resolución específicamente universitaria, científica, técnica, de los problemas de ellas y de la colectividad toda.

7. *Los planes y los métodos*

EN los últimos capítulos más de un pasaje ha apuntado en la dirección de un tema que merece aparte el presente.

Las reformas de la enseñanza suelen concebirse tan preferentemente como reformas de los planes, que también suelen quedarse en éstas, sin llegar a ser lo que más debieran ser, por ser más decisivo: reformas de los métodos de enseñanza. Bien pudiera ser que los únicos planes buenos fuesen los que permitan, si no impongan, los únicos métodos buenos: hasta el extremo —formulado un tanto drásticamente para que impresione lo justo— de que importaría menos enseñar tal o cual cosa con malos métodos, es decir, enseñándola mal, que enseñar cualquier cosa con buenos métodos, es decir, enseñándola bien: lo mal enseñado sirve de poco o nada, sea lo que sea; lo bien enseñado, sea también lo que sea, sirve siempre de algo.

Los buenos métodos de enseñanza son, por su parte, los únicos capaces de lograr las finalidades asignadas a la enseñanza misma. Para hacer una sola referencia, por ejemplar, a la más alta finalidad asignable, y de hecho asignada, a la Universidad, la investigación científica y la formación de investigadores científicos: el único método capaz de lograr esta finalidad es la iniciación del estudiante o alumno en el trabajo personal lo antes posible, desde el comienzo mismo de la carrera, porque el del trabajo personal es aprendizaje forzosamente —como toda adquisición de hábitos, los mentales lo mismo que los corporales— paulatino, largo, y cuya iniciación no es muchas veces posible una vez rebasados ciertos límites de edad o de plasticidad vital, síquica o/y física.

Pero acaece, por malaventura, que semejantes métodos sólo son practicables con grupos pequeños y selectos de alumnos: son los métodos de la escuela, a los que se oponen por esencia los de formación en masa —como a los de la artesanía se han opuesto los de producción también en masa, y en serie. ¿No estarán tan caducos como los de la artesanía los de la escuela?

En capítulo anterior había reparado ya la reflexión en el hecho de la evolución del trabajo intelectual hacia formas de trabajo colectivo, de trabajo en equipo. La creciente "socialización del hombre" y de *todo* lo humano, si es tamaña, ha de englobar a los universitarios y a las actividades específicas de ellos en cuanto tales.

Pero los equipos no pertenecen a la masa, sino que son de la minoría. Lo que enseña que la minoría puede no ser exclusivamente de individualidades aisladas, como se pensaría por lo enseñado meramente del pretérito, sino que puede ser también de equipos, sin que por ello deje de ser minoría: sueltas o agrupadas, las individualidades de primer orden seguirán siendo la minoría —mientras no mude la condición humana. En otros términos: la escuela puede pasar de la forma milenaria del maestro con sus discípulos a la actualísima del equipo de maestros y discípulos o de sólo investigadores, pero "escuela" es por esencia lo opuesto a "ágora" e incluso a "iglesia", y, aun, "equipo masivo" un contrasentido.

¿Quiérese decir que la escuela está tan amenazada, como en su forma milenaria, en la de equipo, por la socialización? ¿Y con ella y el equipo la libertad individual que corrientemente se dice ser condición indispensable de la producción o creación intelectual? En contra de lo cual puede aducirse el hecho histórico de tal producción o creación en ambientes o ámbitos de intolerancia u opresión. Sí, pero quizá en peculiares alvéolos de libertad en el seno de semejantes ámbitos o ambientes. Lo que querría decir, a su vez, que a la escuela, en su forma milenaria en tanto subsista, y para subsistir, y en la de equipo, incumbiría, para evitar que la socialización sofoque y extinga la producción o creación, la invención de métodos de refinamiento y sutileza capaces de ingerirse en las formas de la socialización, para hacer en el seno mismo de ellas los susodichos alvéolos de libre cooperación personal a la creación colectiva del equipo. Tengo que conformarme con insinuar el tema, porque no veo por el momento en sus entresijos con claridad suficiente para hacerme responsable de más detalladas afirmaciones. Es cuestión con la que ando hace algún tiempo, pero que acaso ya no lo tenga de llevarla a buen término. La he apuntado más que nada para incitar a universitarios de menos edad a interesarse por ella con sus fuerzas menos gastadas y sus perspectivas de horizonte más alejado.

En todo caso, razón de más, el contenido de este capítulo, a favor de la reforma propuesta en los anteriores: hay que repetir: o enseñar con buenos métodos a una selección, o con malos a una totalidad: es la opción tan penosa como forzosa.

8. *Pedagogía, demagogia y neagogia*

LA alteración de las relaciones entre profesores y estudiantes, impuesta por el aumento del número de alumnos de cada profesor, pudiera ser la causa radical de las ambiciones, de los líderes estudiantiles, y de un número mayor o menor de secuaces de ellos, probablemente minoritario dentro de la masa estudiantil, a compartir paritariamente con el profesorado el gobierno de la Universidad, si no a acabar detentándolo por mayoría o exclusividad en él. Es cierto que estas ambiciones vienen empujadas de lejos por un fenómeno característico de la sociedad actual, la adulación de la juventud por los mayores; pero también puede ser cierto que esta adulación resultase inoperante contra las relaciones debidas entre profesores y estudiantes. En todo caso, el proceder fijado al final del capítulo primero, aconseja examinar la situación universitaria, una vez más, antes de pasar al fenómeno social.

Entre un auténtico maestro y sus auténticos discípulos, o en una auténtica escuela, no puede haber más que relaciones de conocimiento recíproco, colaboración, comunión, respeto, consideración y estima mutuas, afectuosa amistad —sin necesidad de ninguna otra disciplina. El fundamento de ello es el reconocimiento espontáneo y auténtico, por parte de los discípulos, de la superioridad del maestro y de la necesidad que tienen de *ella* para su propia formación y emulación y hasta superación del maestro. Ahora conclúyase si tales relaciones son posibles entre un profesor, aun capaz de ser un auténtico maestro, y un número de alumnos —entre los cuales los habrá, sin duda, capaces de ser sus auténticos discípulos— tal que al profesor pueda llevarle el reconocer a éstos la mayor parte de un curso, al fin del cual no volverá a verlos, o volverá sólo al cabo de más o menos años de estudios. Y, más aún, si tales relaciones son posibles entre el gran número de los profesores y estudiantes que dan el término medio bajo de los niveles académicos. La consecuencia es que los estudiantes piensen, no sólo que sus profesores no se hallan tan por encima de ellos como para respetarlos espontánea y auténticamente, sino incluso que se podrían pasar de ellos, que en el fondo es una exigencia meramente disciplinaria la de que sigan sus cursos; y los líderes sacan las consecuencias prácticas: amotinan a la minoría de los inquietos y atrevidos, en medio de la pasividad de los juiciosos o egoístas, en pro de la participación susodicha en el gobierno universitario.

Acaso sería una prueba de la indicada causación de tales ambiciones, la diferencia de conducta en este punto entre las Facultades y Escuelas llamadas "técnicas" y las llamadas "de Humanidades". En las primeras no hay el ingrediente no técnico que hay en las

segundas. No es que no haya una técnica jurídica, o económica, o incluso sociológica, y desde luego también filológica, o histórica, o logicomatemática, tan técnicas como las técnicas de las Ciencias exactas y naturales, la Ingeniería y la Arquitectura, o la Contabilidad; sino que no hay en las Ciencias exactas y naturales, la Ingeniería y la Arquitectura, la Contabilidad, ni en la formación en ellas o para ellas, un ingrediente que, en cambio, hay en el Derecho, la Sociología, la Historia, y hasta en la Economía, y desde luego en la Política y la Filosofía: el ingrediente de las llamadas ideas generales sobre las cosas humanas, es decir, de las ideas que cualquiera tiene y piensa tener derecho a tener, sobre las cuestiones políticas, sociales, morales, humanas en general. Estas ideas se estiman generalmente tan del dominio público, por decirlo así, como generalmente se concede que las técnicas son arcanos mayores o menores del dominio más o menos exclusivo de los especialistas. Esta diferencia hace que, mientras que los estudiantes entran en las Facultades y Escuelas "técnicas" con la humilde convicción de que carecen totalmente de las técnicas correspondientes, y de que, como no se las enseñen los profesores, que las poseen, no llegarán en su vida a dominarlas, o sea, con la convicción de la superioridad de los profesores y de la necesidad de *ella*, los estudiantes entren en las Facultades y Escuelas "de Humanidades" con las convicciones contrarias: incluso con la de que tienen ideas mucho más avanzadas, y simplemente por ello superiores, que la mayoría de sus profesores, a quienes la edad ha hecho, o meros fieles de ideas anteriores y por ello sólo ya retrógradas, o acomodaticios en materia de ideas por serlo con respecto a su situación profesional, económica, social. ¿Cómo no van a ambicionar el corregir a sus profesores, empujarlos o suplantarlos?

Un remedio sería el exhibirles tan pronto los tecnicismos humanísticos, y lo esencial y decisivo de ellos a la formación y el ejercicio profesionales, que pronto se convenciesen de que con las puras ideas generales no se puede actualmente, ni llevar a cabo revolución social alguna, ni menos organizar, con *tempo* tolerable y establemente, sociedad revolucionaria alguna. Pero no parece que pueda esperarse todo, ni quizá siquiera demasiado, de este remedio: porque quienes buscan en las Facultades y Escuelas de Humanidades medios de ascendencia socialpolítica, no necesitan de las técnicas en la medida en que las masas mismas extrauniversitarias ignoran la necesidad de ellas y siguen con mucha más facilidad y docilidad que al técnico que les plantea concienzudamente problemas delicados o difíciles al demagogo que les brinda las soluciones fáciles e inmediatas de las ideas al alcance de cualquiera.

Contra esta situación quizá no prevalecería ni el remedio radical, del socratismo —como el propio Sócrates no prevaleció sobre los demagogos de su pueblo, sino que pereció a iniciativa de ellos. El socratismo: el hacerles ver a los estudiantes los profesores que las ideas de que se ufanan son problemáticas y no dogmáticas como las piensan... Pero la razón decisiva por la que este remedio no prevalecería contra la situación, es sin duda la de que requeriría de profesores que fuesen socráticos, si no Sócrates, ellos mismos, y esta especie de profesores es tan rara como lo fue en Atenas el propio Sócrates.

En todo caso, las ambiciones de los líderes estudiantiles a una mayor participación en el gobierno de la Universidad, vienen siendo empujadas por el fenómeno de la adulación de la juventud por los mayores, al que es el punto de pasar.

Es una adulación sumamente generalizada, casi universal, desde hace bastante tiempo, por lo menos desde los inicios del fachismo. Consiste en decirles, repetirles, inculcarles a los jóvenes, en suma, que la suya es la edad privilegiada de la vida, no por sus frescas fuerzas físicas, o por sus reservas psíquicas todavía intactas, sino nada menos que para encargarse de la realización de las grandes y más nobles causas sociales y políticas. Y, naturalmente, los jóvenes cuya edad es precisamente la de un peculiar egotismo y narcisismo, han llegado a creérselo de todas veras y a obrar en consecuencia. Pero hay un hecho histórico tan reciente como voluminoso para probar lo erróneo de semejante adulación: la existencia de las juventudes fachistas, nazistas, falangistas y las juventudes comunistas, y la inexistencia de juventudes liberales comparables en número, organización, entusiasmo y activismo. La existencia de las primeras, prueba que la juventud puede ponerse al servicio de las peores causas. La inexistencia de las últimas que la juventud no es capaz de ponerse, como al servicio de las causas extremas, al de las ponderadas. Todo lo cual debe bastar para hacer pensar acerca de la juventud más crítica y concienzudamente. No para pasar al término opuesto y negarle toda virtud y valía, sino para discernir justamente en ella. Y el discernimiento esencial sería el siguiente. La juventud, no estando tan comprometida familiar, profesional, económica, socialmente, como las edades posteriores de la vida, ni tan decepcionada por la experiencia de la vida como estas edades posteriores —la juventud sería la edad de las ilusiones, que no de las pasiones, procesos lentos y profundos que requieren del tiempo de la madurez para madurar ellos mismos—, se halla en una disponibilidad de entusiasmo y sacrificio por causas en que dejan de hallarse las edades posteriores; pero le faltan el conocimiento y la experiencia de la vida, y la con-

siguiente robustez y perspicacia del juicio, que necesita el nativo talento más dotado, para poder discernir con acierto entre las causas a cuyo servicio ponerse, entusiasmándose hasta los sacrificios mayores, como el de la vida misma. Por esta última falta es tan fácil presa de quienes tienen el arte de embaucarla para servirse de aquellas prendas en pro de sus propias causas, que pueden ser las peores, desde las declaradas del más extenso e importante interés colectivo, hasta las disimuladoras de la más mezquina ambición o del más repulsivo rencor absolutamente personal. Arte del que es una pieza capital el de la adulación a aquél de quien se quiere hacer instrumento, justo mintiéndole que va a ser quien todo instrumento maneje, como verdadero y sin rival dueño y señor de la causa. Este arte, se habrá reconocido, es puntualmente el del demagogo. Pero para denominar específicamente la especie de él que ha proliferado peculiarmente en nuestro tiempo, habría que arbitrar un nombre como el de *neagogo*, formado de *neós*, joven, y *agogós* conductor, como *demagogo* lo está de *demós*, pueblo, y *agogós*, y *pedagogo* de la raíz *paid* de *país*, niño, y *agogós*. Y, precisamente habría que contraponer al *neagogo* y su arte de extraviar, al *pedagogo*, con el suyo de conducir por el camino recto. Pues éste encierra en sí exactamente lo contrario de la adulación exclusiva al que debe ser conducido: el desengaño, la crítica, la reprensión merecida y justa de él. Con la consecuencia, que lo es también de la honradez que es prenda de la juventud no corrompida aún, principalmente por los compromisos de la vida, de que tal acción pedagógica produzca, en vez del resentimiento y desafección que pudieran parecer la reacción propia, juzgando por las siguientes edades de la vida, el respeto y el afecto por el desegañador, crítico y reprobador, es decir, por el auténtico pedagogo: la juventud intuye —a falta del antes mentado juicio— el interés por ella, desinteresado de la propia persona, de la que le dice las verdades a todo riesgo, en contraste con el interés por ella de quien no le dice más que lo que puede lisonjearla, sospechoso de bastardía de intereses.

El auténtico pedagogo universitario no puede, pues, menos de decirle a la juventud universitaria que no está capacitada para asumir la parte que ambiciona en el gobierno de la institución, por lo deleznable de las razones que le han inculcado invoque para ello, y lo inconcuso de las razones contrarias a su ambición, dos grupos de razones que deben ser asunto de capítulo aparte. Pero antes debe serlo de otro el problema actual de la juventud en general.

9. *¿Juventud: espontaneidad y rebeldía, o disciplina?*

LA neagogia pudiera ser también inoperante, y hasta haber sido imposible desde un principio, si no la hubiese hecho posible y la hiciese operante la crisis de la juventud, desde la universitaria hasta la de los rebeldes sin causa, en inminencia de coincidir sobre el *campus* universitario, a medida que los estudiantes "mitoteros" se apropian los "métodos", con las armas, de los rebeldes, el día en que éstos se enteren—que por fortuna quizá tarden, debido a su analfabetismo, práctico, en todo caso—de que el *campus* es un asilo más inviolable que el de la iglesia en la Edad Media.

De esta crisis de la juventud se ha repetido, naturalmente, que es una manifestación de la crisis general de nuestro tiempo, diagnosticada tan repetidamente y con la misma naturalidad, de crisis de valores. El tema desborda el de estas reflexiones lo bastante para entresacar de todo él el solo punto más pertinente en aquél a que ha llegado el curso de ellas: el de la crisis del valor de la disciplina como tal. Como tal, no es el suyo más que un valor "formal", pero es un valor; y ni siquiera está probado que sean de menor rango, necesidad y eficacia que los valores "materiales" los formales, los que dan a la vida humana individual y colectiva formas, los que la ponen en forma, elevando su tono; sin los cuales degenera en moluscoide, flácida, corruptible. Es posible, incluso, que disciplina y valor formal de la vida se identifiquen. En todo caso, la necesidad y eficacia del valor formal de la disciplina son tanto mayores, cuanto más es la vida informe, plástica, como en la niñez y todavía en la juventud, a diferencia de la madurez, y no se diga de la senectud. Que es, sin duda, por lo que la niñez y la juventud no sólo la aceptan, sino que, con instinto vital, la buscan: como prueban las juventudes políticas nombradas en lo anterior, contra lo que se piensa muy, o más, corrientemente aun desde Rousseau. Porque él fue el promotor, quizá más que el progenitor, con su idea optimista de la bondad natural y nativa del individuo humano, de la idea del valor predominante de la espontaneidad—indisciplinada: al menos, como se vino a interpretarla: que es posible que las ideas más auténticas de él no fuesen, ni ésta, ni la de la perfectibilidad de la sociedad, de la que tenía la idea pesimista de ser el origen del mal, correlativa de la idea optimista del individuo. Pero ¿qué disciplina pueden, no imponer a quienes la repelerían, sino proponer a quienes la buscan; qué forma y tono dar a la vida ajena quienes se encuentran, una vez más en la historia, angostados y angustiados dentro de la coyuntura crítica de haber hecho o dejado extinguirse a los tradicionales de la propia y no haber arribado aún a reemplazarlos con nuevos? ¿No

sería misión, más que de ninguna otra institución, de la Universidad, indagar acuciosamente por estos nuevos, y procurar animosamente el reemplazo cada día más urgente, en vez de ceder en su propio seno a la neagogia y dejar acidiosa y poltronamente a su propia vida perder también la disciplina, la forma y el tono? Pero ello requeriría sacar prácticamente hasta las últimas consecuencias, no sólo de todo lo anterior, sino también de todo lo que va a seguir aún.

¿Qué pensar, aún, de la rebeldía a que estimulan a la juventud, con preferencia e insistencia sospechosas, los neagogos —aunque también gente de buena fe, pero que quizá no han examinado la cuestión por todas sus vertientes? Es lo corriente pensar que la juventud es, por naturaleza, rebelde, en particular a toda disciplina, y que su natural rebeldía es, sin más, valiosa, positivamente. Pero ¿es la juventud realmente rebelde contra toda disciplina y sin causa, o lo será sólo contra una disciplina diversa de la que vitalmente necesita, y que rechazará con el mismo instinto con que busca y acepta la que necesita vitalmente, y contra la falta de causas capaces de movilizarla a la vez entusiasta y disciplinadamente, aún discernidas por ella con error? Y ¿serán realmente valiosas, positivas, sus rebeldías distintas de las justificadas por tales disciplinas contraproducentes y falta de causas justificadas ellas mismas por su valor positivo?... Parece que no sería desacertado estudiar bien las respuestas a estas preguntas antes de seguir pensando lo corriente —al menos las gentes de buena fe.

10. *La esencia aristocrática y casi gerentocrática de la Universidad*

LAS aludidas razones deleznablese reducen a una extravasación de conceptos políticos a instituciones técnicas.

Se trata ante todo del concepto de democracia. La extravasación de él consiste en declamar que en un Estado democrático deben estar organizadas y funcionar democráticamente instituciones como la universitaria. Pero ¿por qué no todas las instituciones? ¿Por qué no, por caso, el ejército? ¿Por qué no se le organiza de tal suerte, que los soldados, no sólo elijan a sus jefes desde los cabos hasta el general en jefe, sino que decidan por votación igualitaria y mayoritaria las operaciones militares que los jefes elegidos les propondrían en campaña? La sola enunciación de la pregunta habrá hecho sonreír, o indignarse, ante el absurdo que enuncia —porque no sólo la reflexión apriorística, sino la experiencia misma enseña que un ejército que se constituyese y funcionase tan democráticamente no

conocería más que la derrota. Una experiencia *como* la aludida la hicieron las milicias a que hubo de recurrir la República Española, al quedarse sin la parte sublevada del ejército y forzada a hacerle frente, hasta que el reiterado desastre consistente en el avance incontrastado de las fuerzas rebeldes hacia Madrid, levantó en las de la República el clamor de que mandasen los jefes, y ellos solos, de arriba a abajo autocráticamente—incluso en el clamor, levantado en todo el territorio fiel aún al régimen republicano, de que se constituyese un gobierno que gobernase con la autoridad con que gobernó el gobierno Negrín, estoy por decir que la mayor con que gobernó a España gobierno alguno desde Felipe II, si no desde los Reyes Católicos. El solo caso del ejército, no organizado ni funcionando democráticamente ni en los países más democráticos, téngase por ellos a los Estados Unidos o a la Unión Soviética o la República Popular China, basta para mostrar que no *todas* las instituciones del más democrático de los Estados pueden estar organizadas y funcionando democráticamente. Ahora bien, la Universidad es, probablemente en todo menos esto, la institución, no ya más disímil, sino más opuesta que quepa, al ejército; pero en esto le es, si no absolutamente igual, sí sumamente parecida: la diferencia subsistente estaría en que la naturaleza del ejército requiere un mando supremo de decisión autocrática, por muy aconsejada y preparada que esté por los organismos que sean, mientras que la esencia de la Universidad requiere un gobierno propiamente aristocrático.

Al leer esta palabra experimentarán una sensación de náusea hacia ella y quien acaba de escribirla los lectores demócratas de más buena fe y consiguiente devoción toda. Siento mucho no haber podido evitársela, por ser incapaz de evitarme la lealtad intelectual a la palabra exactamente justa, que es serlo al concepto expresado por ella. Véase, si no. La esencia de la Universidad entraña la distinción entre el saber de los profesores y la ignorancia de los estudiantes, sin la cual sería la enseñanza de éstos por aquéllos, no un simple contrasentido, sino hasta un puro sin sentido. Y la distinción es una distinción jerárquica, quiérase o no, guste o no guste, a los estudiantes —y a los mismos profesores: pues si entre los estudiantes es un hecho, bien conocido de la experiencia de los profesores, que hay muchos, de los que suelen ser parte los mejores, a quienes no ofende, irrita ni molesta en nada la superioridad de los profesores— realmente superiores, antes la reconocen con gusto, con el gusto que les da la previsión de lo que aprovecharán de ella, entre los profesores es otro hecho, sólo que conocido únicamente de los auténticos maestros, de los sumisos a una vocación auténticamente pedagógica, el afán de anular la diferencia entre ellos y sus discípulos, por la elevación

de éstos mediante justo la formación que les darán, hasta por encima de su propio rango, el de los maestros: pues no hay maestro auténticamente tal que se sienta amargado por los celos del discípulo al que llega a ver superior a él, como no hay padre en la plenitud del concepto que se sienta amargado por los celos del hijo que logra lo que él no pudo lograr, antes ve en este logro por el hijo el que, si no, se le malograra definitivamente a él mismo. Ahora bien, la distinción entre sabedores e ignorantes no es una distinción jerárquica meramente teórica, por decirlo así: es una distinción práctica de gobierno, precisamente. Lo que quiere decir que es absurdo encomendar el gobierno de unas relaciones consistentes esencialmente en enseñar a los ignorantes los sabedores conforme justo a su saber, a los ignorantes y no a los sabedores conforme también a su saber. Pero la jerarquía es más compleja que la simple de los dos rangos del estudiantado y el profesorado. Es un hecho que no todos los profesores son del mismo rango. Y es un hecho, por la imposibilidad del contrario, por razones esenciales. Los profesores no pueden ser todos del mismo rango, porque el rango no se los da exclusivamente el talento nativo, sino tanto, por lo menos, el saber y la experiencia que dan, a su vez, únicamente los años. Por lo que, si hay normalmente buen número de jóvenes profesores cuyo nativo talento los autoriza a pretender intervenir en el gobierno académico, tan normal, por lo menos, es que los que desde jóvenes fueron tan talentosos como ellos, y con el tiempo han acumulado el saber y la experiencia que ellos no han tenido el tiempo de acumular, más los que han acumulado también saber y experiencia aunque no tuviesen desde jóvenes el mismo talento, integran una parte del cuerpo universitario con más competente y justificada autoridad para gobernarla que ninguna otra parte de él. Porque, por otro lado, tal gobierno tampoco puede ser monárquico, o autocrático, como el de un Rector omnipotente, o potente para gobernar incluso contra la mayoría de esa parte más autorizada del profesorado, pues para tener la autoridad *propia* para ello tendría que ser propiamente *omnisciente*. Un Rector —o, ya, un Director de Facultad o Escuela, no puede ni debe ser más que el representante y el ejecutivo de un programa elaborado, con la debida preferencia jerárquica, por la susodicha parte más autorizada del profesorado de la Facultad o Escuela. Lo que le significa al autor de esta *Meditación* la forzosidad ineluctable de escribir otra palabra más horrisona aún para los neagogos que *aristocrático* para los oídos demócratas —o más propiamente, *horribilius visu* para los ojos de los lectores demócratas—, al encontrarse forzado ineluctablemente a escribir que la esencia docente de la institución universitaria entraña el gobierno aristocrático esencialmente,

a su vez, de los profesores relativamente de más edad, o una aristocracia casi *gerontocrática* —lo más contrario posible, pues, a las ambiciones de los líderes de la juventud estudiantil. "Casi", porque sin duda tampoco absolutamente tal, sino con dos atenuaciones.

Es un hecho que con la vejez sobreviene, antes o después, mayor o menor, una esclerosis y anquilosamiento, no sólo físico, sino también mental, aunque quizá éste por lo regular rezagado, pues el espíritu madura y envejece más tarde que el cuerpo. Y la esclerosis y anquilosamiento mental se manifiesta muy particularmente en el misoneísmo, en la incapacidad, no sólo de renovarse personalmente, sino de sentir interés por lo nuevo ajeno y de tener comprensión para ello y hacerle justicia: son excepcionales, aunque ejemplares en este respecto, los grandes viejos que han conservado, hasta la senectud más avanzada, siquiera la curiosidad por las novedades surgentes en torno; en los mejores de los casos restantes, no se ha solido pasar de desarrollar y aplicar lo propio, sacar las consecuencias, llevarlo hasta las últimas, con mayor o menor acierto y felicidad. Estos hechos amenazan al gobierno meramente gerontocrático de la Universidad con una renuencia y hasta resistencia a las renovaciones justificadas y hasta imperiosas de la institución. Pero el remedio preventivo es obvio y fácil: poner además del límite de edad *a quo* poder participar con voz y voto en el gobierno académico, otro límite, *ad quem* poder seguir haciéndolo: quizá los cuarenta y los sesenta años. Antes de los primeros, y después de los segundos, participarían en el mismo gobierno, y con su voz sola, aquellos profesores de quienes la solicitasen los gobernantes con voz y voto, por reconocerles temprana o conservada autoridad para emitirla. Un límite como el de los cuarenta se justificaría por la doble prudencia de aguardar a que las brillantes promesas se cumplan y se adquiera la experiencia que antes faltaría incluso a los más brillantes prometedores.

En cuanto a la participación de los estudiantes en el mismo gobierno por medio de la representación adecuada, pasma que la representación estudiantil en la Universidad aún no haya sido reglamentada debidamente —sin duda por la triple obra de la neagogia, de los vuelos dados por ésta a los líderes estudiantiles y sus secuaces, hasta hacerlos alzarse a la más violenta acción directa, y el temor a ella. Pero pasma. Pasma, no sólo que la representación estudiantil pueda seguir siendo ejercida por estudiantes malos, peores o pésimos, por pseudoestudiantes, en verdad, o administrativamente, si se quiere, pero no efectivamente tales, y encima, no elegidos en elecciones irreprochables, sino también que la participación de tales representantes en el gobierno universitario sea la que es. ¿Cómo es posible que la representación del estudiantado sea ejer-

cida por estudiantes de años anteriores al último del primer grado de los estudios, esto es, carentes de un conocimiento, por experiencia personal, de este primer grado en su integridad? ¿Y que su participación alcance a tener hasta voto en los debates referentes a cuestiones que suponen y requieren, ineludiblemente, no ya tal conocimiento, sino incluso la experiencia profesoral? Lo primero que debía reglamentarse es, pues, la elegibilidad para la representación: en el sentido de reducirla a estudiantes del último año del primer grado de los estudios en adelante, con un cierto promedio mínimo de calificaciones. Y esta elegibilidad podría hacerse obligatoria: un buen estudiante no puede moralmente rehusar al gobierno de su casa de estudios la participación debida, en el doble sentido de reclamada por él y acertadamente definida. La segunda, la elección misma: hacerla igualmente obligatoria, por razones parejas; pero para poder hacerla tal, garantizar la posibilidad de hacerla libre de las coacciones de la intimidación y la violencia que la impiden, limitan y falsean. Lo tercero; la participación: reducirla a la voz sin voto. Puede ser interesante conocer lo que piense el estudiantado sobre todo lo universitario; pero no puede ser más que peligroso darle poder de decisión en cuestiones que pueden afectar a sus intereses —mal entendidos—, como enseña la más reiterada de las experiencias académicas: que si se dejase a los estudiantes llegar a realizar el ideal de la mayoría, la realización se materializaría en la gran sala de ventanillas del edificio de la Rectoría, con un reemplazo de las ventanillas por sendas máquinas que a la recepción de una inscripción y cuota expedirían mecánica e instantáneamente el título correspondiente. Por donde la vocación auténtica de profesor es la de un combatiente cuerpo a cuerpo por toda su vida, contra la pugna reiterada infatigablemente —¡ellos se reemplazan!— en pro de la rebaja de las exigencias académicas por todos los procedimientos y ocurrencias imaginables: división y subdivisión de los exámenes, para poder aprobarlos por partes, o supresión de ellos; porcentajes crecientes de inasistencias sin consecuencias; exámenes de regularización en número indefinido, etc., etc., etc. Lástima que no sean posibles con las instituciones sociales los experimentos que pueden hacerse con otros entes, por no acarrear el fracaso en éstos las consecuencias que acarrearían en aquéllas; porque si fuesen posibles, debiera realmente ponerse el gobierno íntegro, pero íntegro, de una Universidad en poder exclusivo, pero exclusivo, de los estudiantes—hasta que el experimento convenciese a éstos mismos, incluso a los peores, incluso a sus sólitos líderes, de que la habían conducido a un desastre intolerable ya más para la sociedad y el Estado que la representa y gobierna. Sin el ex-

perimento puede cada quien seguir pensando lo que más le guste. Pero de todas suertes, las anteriores serían las aludidas razones inconcusas y contrarias a la ambición de la juventud estudiantil a participar en el gobierno de la Universidad ni siquiera como viene participando.

11. *La Universidad y su circunstancia*

LA concepción de la Universidad que habrá ido perfilando todo lo anterior, será conceputada, a su vez, de una concepción de la Universidad como una institución pura, asépticamente técnica, enajenada de las cuestiones humanas dramáticamente urgentes en la sociedad, y por tanto rechazada, de raíz y despectiva, si no más hostilmente, por los muchos convencidos de que la Universidad debe tomar parte y hasta partido en tales cuestiones. Pero esta convicción, en la medida en que rechace la tecnicidad universitaria requerida por la de la sociedad actual, debe ser contrarrechazada, por anacrónicamente letal para la Universidad, ante todo, y en seguida para la sociedad de la que la Universidad es órgano y debe serlo de funcionamiento eficaz. En este mundo de la cibernética, que va imponiéndose como ideal de tecnificación al máximo de toda actividad humana, clamar por la restricción —no más, no se diga la abolición, ni lograr la imposición de ésta, o solamente de aquélla— de la tecnicidad, no puede hacerlo más que la voz agria de una cabeza trasnochadamente desmelenada y romántica —como no lo hace, en efecto, más que la voz de jóvenes despistados y líderes adultos taimados, fautores y promotores de una agitación política y social pseudoautorizada con la invocación de aquellas ideas generales que pueden ser recibidas de todos porque no requieren, precisamente, de tecnicismo alguno patrimonio exclusivo de más o menos especializados. Y sin embargo, hay en la susodicha convicción un gran meollo de verdad, y de verdad salvadora; sólo que encubierto por una de las grandes confusiones de que es víctima la Universidad, entre ignaras e interesadas, porque la distinción que la disipa es perfectamente clara y fácil. Es la confusión que se condensa en la disyuntiva de la Universidad apolítica o política, y que disipa la distinción entre dos sentidos del politicismo y apoliticismo de la Universidad.

Si por Universidad apolítica, o enajenada de las cuestiones dramáticamente urgentes en la sociedad, se entiende una Universidad cuya actividad de investigación y pensamiento, y aún la docente, tenga por objetos exclusivamente objetos distintos de esas cues-

tiones, así fuesen los más exquisitos y sublimes excogitables, hay que reconocer plenamente justificado el rechazar tal Universidad. Pero si por Universidad política o participante en las repetidas cuestiones, se entiende una Universidad cuya actividad no sea exclusivamente la de investigación, pensamiento y docencia que tenga por objetos preferentísimos, si no absolutamente exclusivos, tales cuestiones, hay que reconocer plenamente justificado el rechazar también tal Universidad. Lo que quiere decir que la única Universidad no apolítica o política justificable por la esencia de la institución y de su funcionamiento como órgano de la sociedad, es la que se atenga rigurosamente al justo medio de una actividad de investigación, pensamiento y docencia que tenga por objetos preferentísimos los problemas, en general, planteados en y a su circunstancia toda y requerientes de una solución científica o/y técnica, que no son sólo los que pueden recibirla de las ciencias exactas y naturales, sino también los que no pueden recibirla más que de las ciencias humanas: empezando por sus propios problemas y los más conexos, como el de la juventud en general. Recuérdese la última implicación o complicación benéfica del hecho de las masas en la Universidad.

En otros términos; más humanos, si se quiere, por referentes ya no a la institución, sino a los individuos integrantes de ella.

Los universitarios, profesores y estudiantes, tienen, en cuanto *universitarios*, la obligación *moral* con la sociedad, de dar a ésta la solución *universitaria*, es decir, la científica o/y técnica, a sus problemas: pero como *universitarios*, no tienen más obligación con la sociedad; sólo que como *ciudadanos* que son también, tienen con la sociedad las mismas obligaciones que todos los demás ciudadanos: desde las más estrictamente jurídicas, por ejemplo, votar en las elecciones, hasta las impuestas por las que puede llamarse moral histórica, como la de hacer frente con la fuerza revolucionaria a la fuerza de un poder público que se haya salido de la legalidad, o la de apoyar incluso con la fuerza al poder público legal que deba resistir con la suya a quienes recurran, a su vez, a la fuerza antes de contar con el asenso mayoritario de sus conciudadanos que les daría el poder por vías legales. Y tan infundada y contraproducente como sería que los ciudadanos intentasen cumplir con sus obligaciones de tales en los lugares universitarios y por medio de la actividad universitaria, de la investigación, el pensamiento y la docencia, en vez de cumplir con ellos en los lugares públicos pertinentes y por medio de las actividades estrictamente políticas precedentes, es que los universitarios intenten cumplir su obligación moral con la sociedad en lugares extrauniversitarios, o en los uni-

versitarios mismos, por medio de actividades no específicamente universitarias, como las estrictamente políticas.

Todavía con otros términos, en fin, más concretos y drásticos: "resolver" por mayoría de votos en una asamblea de profesores y alumnos un problema, incluso político, y oponerse a un poder público tiránico o a un motín contra un poder público legítimo tan sólo llevando a cabo una investigación científica, incluso de ciencia política, iguales absurdos.

Ahora, algunas glosas.

La aversión de los líderes de masas, y de éstas azuzadas por ellos, a la "torre de marfil", si esta es la torre de los laboratorios de investigación, digamos médica, y la aversión a ella lograrse forzar a los investigadores a participar en la cosa pública más de lo poco compatible con la dedicación a la investigación, de lo absorbente de la cual no tienen, ni pueden tener idea, naturalmente, más que los investigadores mismos, tendría por consecuencia no llegar nunca a descubrirse la causa y el remedio, v.gr., del cáncer. Ahora, digan la sociedad y el Estado que la representa, por los portavoces apropiados al caso, si le interesa más tal torre de marfil o la aversión a ella de demagogos, neagogos y masas —la sociedad misma en cuanto "masificada" no podría decirlo.

Únicamente profesores que sean maestros en el ejercicio profesional, incluso el de la investigación científica, pueden formar a los alumnos para el mismo ejercicio. De donde la necesidad de que los profesores ejerzan efectivamente la profesión para el ejercicio de la cual deben formar. Esta necesidad fuerza a que los profesores de la Facultades y Escuelas llamadas "profesionales" —como si la enseñanza y la investigación no fuesen profesiones que harían profesionales también a las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias— sean "profesionistas", y competentes. Pero los investigadores y sus discípulos, de todas las Facultades y Escuelas, pues en todas debe haberlos y no sólo en las de Filosofía y Letras y de Ciencias, no tienen más profesión que ejercer o para el ejercicio de la cual formarse, que la de la investigación científica. Lo que debe aplicarse al "servicio social" reclamado de los universitarios con tanta justicia como peligro de regularlo mal: los investigadores y sus discípulos no pueden prestar servicio social alguno mejor que el de investigar, lo que puede deber ser fuera de la Universidad, cuando sólo fuera de ella esté el objeto de investigación, pero únicamente en este caso.

El tomar la actividad universitaria toda por objetos preferentísimos los problemas planteados en y a la circunstancia toda, tendría su justificación, e imperativo, en la esencia misma de la Uni-

versidad, como órgano de una sociedad: la más alta finalidad esencial de la Universidad, la de la producción original es correlativa de lo peculiar de los problemas de cada sociedad: la mejor vía para arribar a verdaderos descubrimientos e invenciones, innovaciones y creaciones, sería la de buscar soluciones a los auténticos problemas autóctonos y originales de una sociedad; en vez del mero mimetismo de las actividades de las instituciones de las sociedades que van a la cabeza de la cultura —justo porque sus instituciones se dedican a sus problemas, sin preocuparse de imitar a las de las sociedades que van a la zaga. La nacionalización de la ciencia en los términos proféticos de las dos grandes oraciones de instauración universitaria, justamente hispanoamericanas, las de don Andrés Bello y don Justo Sierra, sería el proceder mejor enderezado a la originalidad de la ciencia. Y no sólo de la ciencia, sino de toda disciplina de creación, desde la Filosofía hasta la literatura y el arte. No tengo autoridad ninguna, ni la del zángano en letras y artes, para meterme en el avispero de las pugnas entre generaciones y escuelas, tendencias, modas o individualidades; pero acaso se me permita apuntar, sin por ello picarme, que el último *gran* movimiento artístico mexicano reconocido *internacionalmente*, el de la pintura mural, fue oriundo y animado por una voluntad de adaptación a lo más peculiar de la circunstancia revolucionaria de México. Por lo mismo, he sentido en silencio hasta ahora, que la oportunidad me obliga a decirlo, que el movimiento de la Filosofía del mexicano y lo mexicano se interrumpiese en la fase romántica del examen de características síquicas, sociales, culturales, sin pasar a la fase positiva de la resolución de los *problemas* del mexicano y de México, abandonado por lo que ojalá no fuera más que un intermedio de información en los últimos, o penúltimos, rumbos de la Filosofía extranjera, y de formación en las nuevas técnicas de ella, si las tiene, para volver con nuevos pertrechos a filosofar sobre las circunstancias en el orden de la nacional, la hispánica, la americana, la mundial, no olvidando que la declinación de la Metafísica reduce la Filosofía a la de la Cultura. La manera fecunda de emular a los extraños, y la hábil de interesados, no parece ser la de copiarlos ni en sus objetos ni en sus métodos, sino únicamente en su aplicación a sus objetos con sus métodos. De otra suerte, podría quedarse todo en una recepción más, y pura recepción, de filosofemas y filosofares extranjeros —cada vez más desesperante, por más desesperanzada.

Y hay que aplicar lo que acabo de apuntar muy particularmente a las publicaciones universitarias. La Universidad no debiera seguir cooperando indolentemente a que la cultura hispánica siga

siendo una cultura de traducciones muchísimo más que de publicaciones originales, sino hacer los más enérgicos esfuerzos y las más cuantiosas inversiones posibles para facilitar y estimular crecientemente estas últimas.

Más justo fuera, en suma, imputar a esta *Meditación* una solicitud por la productividad universitaria y una preocupación casi angustiosa por la minoría capaz de ella, con preferencia excesiva sobre la formación de profesionales y técnicos no de la investigación científica misma y una educación superior en general de las masas de estudiantes universitarios también en general, en vez de la preocupación no menos angustiosa que sienten quizá ya los más por estas masas —repercusión de la que las masas en general han impuesto a la sociedad y al Estado. Pues reconozco tal preferencia, si excesiva o no, decidase en razón de la importancia que se atribuya al riesgo, por nutrir a las masas con preferencia, de aniquilar la fuente nacional del nutrimento para ellas, que, o faltará, o será importado, y que es lo único que justifica el dictado encomiástico de *alma mater*, madre alimenticia o nutricia, en su etimológica literalidad.

12. La autonomía universitaria

PARECERÍA irreverente para la importancia dada por la generalidad al tema, tratar el de la autonomía universitaria como una mera glosa de las relaciones entre la Universidad y la política, por lo que voy a dedicarle capítulo aparte.

En él es víctima la Universidad de otra de las grandes confusiones entre ignaras e interesadas, porque la distinción que la disipa es de nuevo perfectamente clara y fácil.

No desconozco que desde que la más refinada técnica jurídica se ha aplicado a la naturaleza jurídica de la institución universitaria, esta naturaleza ha quedado completamente obnubilada para los profanos en tal técnica; pero quizá no sea en desacato de tal obnubilación, quiero decir de tal técnica, pensar, y decir, que la índole de la autonomía universitaria parece surgir, libre de toda nube, de su origen histórico y realidad efectiva de él a hoy. La lucha de la Universidad misma por su autonomía y que la consiguió, fue una lucha por impedir, no sólo la imposición de una ideología a la institución por el Estado, sino toda intervención de éste en la orientación ideológica de todas las actividades específicas de ella, o estrictamente académicas; o en sentido inverso, una lucha de reivindicación del derecho de la Universidad a funcionar conforme a los prin-

principios de libertad de cátedra y expresión y de investigación y pensamiento. Y el Estado mexicano, al cabo constitucionalmente liberal, hizo de tal derecho un deber de la Universidad, al imponerle por ley el funcionar conforme a tales principios, y de él mismo, el Estado, al autolimitarse con el respeto a la ley impuesta por él a la Universidad. Pero esta clara y distinta situación historicopolítica y jurídica, se viene pretendiendo, ya extenderla directamente, ya invocarla —como condición *sine qua non* del mismo funcionamiento— para extenderla a un fuero universitario concebido con amplitud tamaño para impedir hasta la intervención del poder público en la prevención, represión, enjuiciamiento y sanción de faltas, delitos y hasta crímenes no académicos, sino del orden penal común. Como si se pensara que el Estado capaz, con todo su poder, de autolimitarse, por convicción racional, en materia de intervención ideológica en la Universidad, fuera a aprovecharse de la intervención de su poder en el mantenimiento del orden público dentro del universitario, *por ser éste parte de aquél*, para intervenir en el funcionamiento académico de la Universidad, rectificando su autolimitación —que sería un pensar injurioso para la dignidad que el Estado mexicano viene manteniendo tan celosa y escrupulosamente en el orden nacional como en el internacional.

La autonomía *universitaria*, esto es, académica, debe ser, en suma, *doble*: la de las Facultades y Escuelas entre sí y la de todas y cada una de ellas respecto del Estado.

Pero justo en y por tal doblez o dualidad, ha menester de una compensación, por no decir un correctivo.

13. *Planeación nacional*

EL correctivo o la compensación es la planeación o planificación de la enseñanza superior dentro de la total de la educación nacional. Hace no poco que se viene hablando de ella; se han emitido ideas acerca de ella; se ha propuesto algún plan para ella en términos generales; hasta existen los órganos competentes para encargarse de ella; pero no se ha llevado a cabo; ni siquiera parece haberse emprendido con el empuje requerido por su urgencia. Porque urge efectivamente: por la congestión de la Universidad Nacional; por la falta de coordinación entre las Universidades, que debiera ser la contrapartida de la autonomía mutua de ellas y de sus Facultades y Escuelas; por la de la coordinación debida entre los tres grados y las distintas ramas de toda la educación nacional; por la de la adaptación de la enseñanza superior y de la investigación a las necesi-

dades, de profesionales y soluciones, del país; y por algo ya apuntado dentro de contexto anterior, pero no con más pertinencia en él que en éste: el imperativo ponerse al nivel de estos tiempos de la técnica planificada y de la planificación técnica, si no se quiere quedar por debajo de él, en el de los países, subordinados, dependientes, técnica, económica, ideológicamente, aunque sean, o pasen por ser, independientes políticamente.

Justo porque las Universidades existentes, con sus Facultades y Escuelas, y demás centros de enseñanza superior, son el producto de una historia entre racional e irracional, y no de un sistema planeado, es posible que la planeación urgida impusiera el desplazamiento o el reemplazo, si no la supresión, de Facultades, Escuelas, ya que no de Universidades u otros centros enteros; pero una vez establecida, por ratificación o fundación, cada una de ellas debiera ser dejada en *libertad* de organizarse *para* encargarse, precisamente, de las funciones que le asignara el plan nacional. En otros términos: del plan sería incumbencia determinar los centros o sus actividades en función de las necesidades localizadas del país; a los centros mismos, organizarlas para desempeñar justo tal función en la forma que juzgasen más adecuada sus órganos de gobierno.

El plan mismo no podría ser obra solamente de las Universidades asociadas para hacerlo, ni siquiera de los sólo centros de enseñanza superior, por desbordar la competencia jurisdiccional y hasta técnica de ellos el forzoso alcance del plan, a todos los grados y ramas de la enseñanza en toda la nación; no podría ser obra más que de una asociación de las Universidades autónomas con la Secretaría de Educación. Un programa viable de asociación tal rebasa los límites que debe imponer a esta *Meditación* toda competencia que pueda reconocerse a sí mismo el autor: por los conocimientos que requiere, entre los que no sería precisamente el de menos importancia el de la idiosincrasia nacional por herencia y experiencia de nativo, lo que siente, de veras, no ser el autor.

LA PRAXIS CREADORA*

Por Adolfo SANCHEZ VAZQUEZ

“**T**ODA vida social es esencialmente *práctica*”, dice Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach* (VIII). Pero esta totalidad practico-social podemos descomponerla en diferentes actividades prácticas tomando en cuenta el objeto o material sobre el cual el hombre ejerce su acción transformadora. Ahora bien, si la praxis es acción del hombre sobre la materia podemos hablar de niveles distintos de la praxis humana de acuerdo con: a) el grado de penetración de la conciencia del sujeto en el proceso práctico, y b) el grado de creación o humanización que testimonia el producto de la actividad práctica. Con relación a estos criterios niveladores, distinguimos, por un lado, praxis creadora y reiterativa o imitativa, y, por otro, praxis reflexiva y espontánea. Estas distinciones de nivel no eliminan los vínculos mutuos entre una y otra praxis y entre un nivel y otro. La práctica reiterativa se emparenta con la espontánea y la creadora con la reflexiva. Pero estos vínculos no son inmutables; se dan en el contexto de una praxis total, determinada a su vez por un tipo peculiar de relaciones sociales. Por ello, lo espontáneo no está exento de elementos de creación, y lo reflexivo puede estar al servicio de una práctica reiterativa, mecánica e inerte.

Abordemos los niveles antes señalados, y, en primer lugar, los representados por la praxis creadora, y la praxis reiterativa o imitativa.

La praxis se presenta bien como praxis reiterativa, es decir, conforme a una ley previamente trazada, y cuya ejecución se reproduce en múltiples productos que muestran características análogas, o bien como praxis innovadora, creadora, cuya ejecución no se adapta plenamente a una ley previamente trazada, y desemboca en un producto nuevo y único.

Desde el punto de vista de la praxis humana, total, que se traduce en definitiva, en la producción o autocreación del hombre mismo, es determinante la praxis creadora, ya que ésta es justa-

* Fragmento de un libro sobre la praxis que se publicará próximamente por la Editorial Grijalbo.

mente la que le permite hacer frente a nuevas necesidades, a nuevas situaciones. El hombre es el ser que tiene que estar inventando o creando constantemente nuevas soluciones. Una vez encontrada una solución, no le basta repetir o imitar lo resuelto; en primer lugar, porque él mismo crea nuevas necesidades que invalidan las soluciones alcanzadas, y, en segundo, porque la vida misma, con sus nuevas exigencias, se encarga de invalidarlas. Pero las soluciones alcanzadas tienen siempre, en el tiempo, cierta esfera de validez, y de ahí la posibilidad y necesidad de generalizarlas y extenderlas; es decir, repetirlas, mientras esa validez se mantenga. La repetición se justifica mientras la vida misma no reclama una nueva creación. El hombre no vive en constante estado creador. Crea para adaptarse a nuevas situaciones, o para satisfacer otras nuevas, y repite mientras no se ve obligado a crear. Crear es, sin embargo, para él la primera y más vital necesidad humana, porque sólo creando, transformando el mundo, el hombre —como han puesto de relieve Hegel y Marx desde diferentes ópticas filosóficas— hace un mundo humano y se hace a sí mismo. Así, pues, la actividad práctica fundamental del hombre tiene un carácter creador; pero junto a ella, tenemos también —como actividad relativa, transitoria, siempre abierta a la posibilidad y necesidad de ser desplazada— la repetición.

La praxis es, por ello, esencialmente creadora. Entre una y otra creación, como una tregua en su debate activo con el mundo, el hombre repite una praxis ya establecida. Considerada en su conjunto, así como en sus formas específicas, política artística o productiva, la praxis se caracteriza por este ritmo alternante de lo creador y lo imitativo, de la innovación y la reiteración. Ahora bien, ¿qué es lo que nos permite propiamente situar una actividad práctica determinada en un nivel u otro?

Ante todo, hay que tomar en cuenta la relación, característica de todo proceso práctico, entre la actividad de la conciencia y su realización. En el proceso verdaderamente creador, la unidad de ambos lados del proceso —lo subjetivo y lo objetivo, lo interior y lo exterior— se da de un modo indisoluble. En la producción artística, en la creación de una nueva sociedad o en la producción de un objeto útil —cuando no se trata de su fabricación en serie—, tenemos la actividad consciente del sujeto sobre una materia dada, que es trabajada o estructurada conforme al fin o al proyecto que la conciencia traza. Un acto objetivo; real, es precedido por otro, subjetivo, síquico, pero, a su vez, el acto material aparece fundando tanto un nuevo acto síquico, en virtud de los problemas que suscita, como un nuevo acto material en cuanto que representa el marco en que éste se hace posible.

La actividad práctica creadora no puede concebirse como una serie continua de actos de conciencia que hayan de traducirse en otra serie —también continua— de actos materiales, que se suceden en el proceso práctico en el mismo orden en que se dieron en la conciencia. Vale decir, lo subjetivo no es sólo punto de partida de lo objetivo; no se ofrece como un producto acabado de la actividad subjetiva, dispuesto ya a ser realizado —o duplicado— objetivamente. La conciencia traza —podríamos decir— un fin abierto o proyecto dinámico, y justamente por esta apertura o dinamismo ha de permanecer —ella también— abierta y activa a lo largo de todo el proceso práctico. No se amuralla en sí misma después de haber elaborado el producto ideal que, como fin o proyecto, comienza a regir el proceso; ha de transformar idealmente dicho producto, pero no en el marco de sus exigencias intrínsecas, ideales, sino respondiendo a las exigencias externas, objetivas, que plantea el uso de medios e instrumentos objetivos y la actividad objetiva misma. No se trata de dos planos que se unan por nexos meramente externos, sino de dos aspectos de un mismo proceso entretreídos íntimamente. Formar o transformar una materia no es aquí imprimirle una forma que ya preexistía idealmente, y de un modo acabado, de tal manera que su objetivación o materialización se reduzca pura y simplemente a una duplicación.

La producción del objeto ideal es inseparable de la producción del objeto real, material, y ambas no son sino el haz y el envés de un mismo paño, o dos caras de un mismo proceso. La forma que el sujeto quiere imprimir a la materia existe como forma generatriz en la conciencia, pero la forma que se plasma definitivamente en la materia no es la misma —ni una duplicación— de la que preexistía originariamente. Cierto es que el resultado real estaba prefigurado idealmente, pero lo definitivo es justamente ese resultado real y no el ideal (proyecto o fin originarios). El modelo anterior sólo puede realizarse en el curso de un proceso al cabo del cual no se alcanza todo lo que se había proyectado. ¿A qué se debe que esta prefiguración ideal no pueda mantenerse a todo lo largo del proceso práctico? Se debe primordialmente a que la materia no se deja transformar pasivamente; hay algo así como una resistencia de ella a dejar que su forma ceda su sitio a otra, una resistencia a ser vencida que, en la praxis artística, da lugar a los tormentos de la creación de que hablan los artistas. Cierto es que el sujeto práctico se enfrenta a la materia con cierto conocimiento de sus propiedades y posibilidades de transformación, así como de los medios más adecuados para someterla, pero la particularidad del fin o proyecto que se quiere plasmar da lugar siempre a una modalidad específica

a la resistencia de la materia, que hace imposible que pueda ser conocida plenamente o prevista de antemano. En consecuencia, como ante un adversario imprevisto que desborda todos los planes, los actos prácticos encaminados a someter la materia, obligan a modificar una y otra vez el plan trazado. De este modo, la conciencia se ve obligada a estar constantemente activa, peregrinando de lo interior a lo exterior, de lo ideal a lo material, con lo cual a lo largo del proceso práctico se va ahondando cada vez más la distancia entre el modelo ideal (o resultado prefigurado) y el producto (resultado definitivo y real). Esto introduce en el proceso, con respecto al modelo ideal, una carga de incertidumbre e indeterminación.

La pérdida inevitable del fin originario en todo proceso práctico verdaderamente creador no significa la eliminación del papel determinante que el fin tiene en él en cuanto "rige como una ley las modalidades de su actuación" (como dice Marx en *El Capital* refiriéndose al trabajo del obrero); lo que ocurre es que el fin que comenzó presidiendo los primeros actos prácticos se ha ido modificando en el curso del proceso para convertirse al final de éste en ley que rige la totalidad de dicho proceso. Pero se trata, asimismo, de una ley que sólo podemos descubrir cuando el proceso ha llegado a su término; por consiguiente, no habría sido posible establecerla antes de iniciarse la actividad práctica propiamente dicha. Es, pues, una ley que no podría identificarse con la que comenzó a regir los primeros actos prácticos. Esta supeditación de la totalidad del proceso creador a una ley que sólo *a posteriori* puede descubrirse, da a la ley en cuestión, al proceso práctico regido por ella, y, finalmente, a su producto un carácter único, imprevisto e irrepetible, que es justamente lo característico de toda verdadera creación. De este modo, podemos formular los siguientes rasgos distintivos de la praxis creadora:

- a) unidad indisoluble, en el proceso práctico, de lo interior y lo exterior, de lo subjetivo y lo objetivo;
- b) indeterminación e imprevisibilidad del proceso y del resultado;
- c) unicidad e irrepetibilidad del producto.

Estos rasgos podemos hallarlos en las diferentes formas específicas de praxis en cuanto revisten un carácter creador. Veamos, por ejemplo, la Revolución Socialista de Octubre de 1917, en Rusia, como muestra de praxis social creadora en cuanto actividad material de los hombres que transforman radicalmente la sociedad, y producen un régimen social nuevo. Los revolucionarios rusos, encabezados por el Partido Bolchevique, han partido de un proyecto inicial de transformación y creación social que es el elaborado por

Lenin y los bolcheviques en sucesivos congresos del Partido, partiendo, a su vez, de proyectos básicos y más generales formulados por Marx y Engels. Este proyecto inicial —por lo que toca al Estado— se formula en una obra de Lenin, escrita en el verano de 1917, es decir, en vísperas de la tormenta revolucionaria. El tránsito del modelo ideal de transformación revolucionaria de la maquinaria estatal a su realización efectiva es tan directo e inmediato que el propio autor, como reconoce en la última página de su libro, *El Estado y la revolución*, interrumpe el manuscrito porque "es más agradable y más provechoso vivir 'la experiencia de la revolución' que escribir acerca de ella".

Tenemos así una gestación interna, subjetiva de la revolución —los fines y teorías con que los bolcheviques se hallan pertrechados al iniciar la revolución— y su realización efectiva. Pero este proyecto originario ha tenido que plasmarse sobre una materia humana, social, que resiste, y con unos medios cuyas posibilidades sólo se han revelado en toda su dimensión en el proceso práctico. El proyecto ha tenido que modificarse en algunos aspectos tomando en cuenta la resistencia misma de la materia social, la presencia o ausencia de determinadas condiciones objetivas o el desarrollo de los factores subjetivos. Ha habido que peregrinar constantemente de lo ideal a lo real, y de éste a lo ideal mismo, abriéndose así una brecha entre el proyecto originario, y la actividad práctica revolucionaria que había de transformar la realidad social, de acuerdo con ese proyecto. El proyecto tiene que ser modificado ya que, en su realización, no todo puede ser trazado de antemano, a la vez que se presentan circunstancias que no podían ser previstas (hambre, bloqueo, intervención militar, descontento de los campesinos, fracaso de la revolución alemana, necesidad de construir el socialismo en un solo país, etc.).

La revolución no ha sido por ello una mera duplicación de algo ideal, ni tampoco la sujeción a una ley *a priori*. El resultado y el curso mismo de la actividad práctica revolucionaria, en virtud de esta distancia entre un plano y otro, tenía que contener elementos de indeterminación e imprevisibilidad. El curso de la revolución y su producto —la construcción del socialismo— no estaban sujetos a una ley inmutable que rigiera todas las modalidades de su acción. No era posible conocer de antemano lo que sería el socialismo en la U.R.S.S. como producto acabado, antes de la revolución y de su propia construcción, pues no podían considerarse éstas como la materialización de un proyecto o producto ideal también acabados. De aquí el carácter imprevisible e indeterminado de ella, en algunos aspectos, si cotejamos su desarrollo y sus resultados con el proyecto originario

de Lenin y los bolcheviques, y, con mayor razón, si se les compara con los modelos de transición del capitalismo al socialismo, elaborados antes por Marx y Engels.

Esto nos lleva de la mano al tercer rasgo distintivo de una praxis creadora que antes señalábamos: su unicidad e irrepetibilidad. Si la Revolución Rusa tiene una ley que sólo se descubre *a posteriori*, porque se ha ido haciendo también con su propia realización, ello quiere decir que no se trataba de una ley exterior al proceso práctico mismo, y que por tanto, estuviera escrita en alguna parte. Se trata de una revolución que se da a sí misma su propia ley, y, por tanto, no es sólo un proceso práctico unitario —en el que lo ideal y lo real se conjugan dinámicamente e imprevisiblemente por desbordar constantemente el proyecto originario—, sino además único e irrepetible. La ley que descubro como ley de este proceso total no puedo aplicarla sin más a otros procesos prácticos revolucionarios, ya que ello sólo podría hacerlo olvidando la particularidad de sus condiciones objetivas y subjetivas. Esto no excluye la comunidad de rasgos esenciales entre una y otra revolución, pero esta comunidad lejos de excluir lo que hay de único e irrepetible en ellas lo presupone necesariamente. La experiencia de las revoluciones socialistas posteriores —en China, países de Europa Oriental y Cuba— ponen de manifiesto su carácter único e irrepetible.

Las características que hemos señalado anteriormente de la praxis creadora se ponen de manifiesto, con particular claridad, en un dominio que, por su propia naturaleza, es expresión de la capacidad creadora del hombre: el arte. Ya la denominación misma de creación artística que se da a la obra de arte destaca la verdadera naturaleza de los productos del hacer artístico. Así, pues, en esta esfera han de mostrarse —y se muestran efectivamente— los tres rasgos que hemos señalado como elementos indispensables de una praxis creadora.

Veamos, en primer lugar, su carácter unitario, insoluble, de acuerdo con el cual sólo abstractamente podemos separar lo interior y lo exterior, lo subjetivo y lo objetivo, el contenido como hecho síquico y la forma que se da a este contenido.

La tarea del artista es formar en un doble sentido: dar forma a un contenido, pero en un proceso formativo que sólo se cumple, a su vez, transformando una materia. La forma que encontramos plasmada en la obra de arte no existe como un modelo que preexistiera idealmente al objeto artístico real; éste no es, por ello, la duplicación de un producto de la conciencia. La materia vencida por el trabajo artístico ha ido cediendo a una forma que sólo ha surgido a partir

de una forma naciente, pero no al margen de la materia misma. Pero esta forma es tanto forma de un contenido, en cuanto hecho síquico, como de una materia.

Como proceso práctico, la creación artística tiene su comienzo y su fin. Al comienzo, se tiene una forma originaria o proyecto inicial, y una materia, dispuesta a ser operada. Al final, nos encontramos: a) con la forma originaria ya materializada tras de haber perdido su originalidad; b) con el contenido ya formado, y c) con la materia que, vencida su resistencia, se entrega ya formada. Pero todo esto, lo hallamos en unidad indisoluble, en el producto ya acabado que es la obra de arte.

En el producto artístico, su forma no se identifica con la forma originaria ni el contenido con el hecho síquico de que se partió en el primer tramo del proceso creador ni la materia es la materia prima o primaria no tocada aún por el artista. La obra de arte, como producto que es de una actividad práctica objetiva, se sitúa también en el terreno de lo objetivo. Es un objeto cuya realidad es independiente de las vivencias del sujeto durante su gestación, y su objetividad ha sido alcanzada por un proceso de materialización u objetivación de una serie de hechos síquicos, subjetivos. Es lo subjetivo objetivado, pero sin que el producto artístico sea una mera trasposición de lo subjetivo ni pueda ser reducido a él. El objeto no es mera expresión del sujeto; es una nueva realidad que lo rebasa. Yerran por ello las estéticas psicológicas que hacen de la obra de arte una mera expresión de las ideas, sentimientos o experiencias que el artista quiso comunicar, pues esos productos de la conciencia tienen que ser formados —objetivados— y, al serlo, ya no están en la obra de arte como existían antes de su formación. En el producto artístico no tenemos la vivencia que preexistía al proceso práctico, sin forma aún —se sobrentiende que se trata de una forma artística—, sino las vivencias ya formadas. Yerra, por esta razón, Benedetto Croce cuando reduce ese proceso de formación a un proceso interior, subjetivo, en virtud del cual se da forma internamente a un contenido o hecho síquico, pero dejando a un lado —como un aspecto no propiamente estético— la objetivación exterior, su materialización.

La creación artística no tolera esta separación entre lo interior (esfera propiamente estética) y exterior (esfera extraestética), porque, como en todo proceso práctico creador, no cabe distinguir gestación interna y ejecución externa, por la simple razón de que la ejecución misma es ya la unidad de lo interior y lo exterior, de lo subjetivo y lo objetivo.

La creación artística es, asimismo, un proceso incierto e imprevisible. Cuando el artista empieza propiamente su actividad práctica parte de un proyecto inicial que él aspira a realizar; pero este modelo interior sólo se determina y precisa en el curso mismo de su realización. De la misma manera, el resultado se le presenta incierto e indeterminado. Sólo al final del proceso creador desaparece esta indeterminación e incertidumbre. Pero, cuán lejos se halla el producto del proyecto inicial. Por ello, la actividad del artista tiene algo de aventura; es realizar una posibilidad que sólo, después de realizada, comprendemos que era una posibilidad estética realizable. La obra de arte no existe como posibilidad al margen de su realización; de ahí la aventura, el riesgo, la incertidumbre que atormenta al artista. La posibilidad estética que realiza Picasso en *Guernica* sólo la conocemos como producto de su actividad práctica, es decir, ya realizada. Por ello, en el terreno del arte, nadie puede determinar *a priori* lo que puede hacerse en el futuro, pues ello sería tanto como crear conforme a una ley, a una regla exterior a la creación misma, lo cual —como ya hemos señalado— es incompatible con una verdadera praxis creadora. Si la obra de arte fuera mera sujeción a una ley o norma preexistentes al proceso creador mismo, el artista podría caminar con paso seguro, sin la incertidumbre en que se mueve justamente porque esa ley no existe de antemano, y sólo se encuentra o se establece en el proceso mismo de la creación. Y como la obra de arte no es sino el desarrollo de una ley única que preside el proceso creador —ley que tiene que ser creada con la creación artística misma—, sólo existe como un producto único e irrepetible.

Tanto en la praxis social revolucionaria como en la praxis artística se pone de manifiesto, por lo que acabamos de exponer, que la verdadera creación supone una elevación de la actividad de la conciencia, y que su materialización exige la íntima relación de lo interior y lo exterior, de lo subjetivo y lo objetivo. El examen anterior demuestra igualmente que la actividad creadora no se da cuando divorciamos lo subjetivo de lo objetivo, y se hace de éste un mero duplicado del primero, sino cuando la conciencia, lejos de trazar una ley o forma exterior al proceso práctico, parte de una ley o forma originaria que se transforma a la par que la materia.

A un nivel inferior con respecto a la praxis creadora se halla la praxis simplemente imitativa, o reiterativa. Una praxis de este género se caracteriza precisamente por la inexistencia de los tres rasgos antes señalados, o por una débil manifestación de ellos.

En esta praxis se rompe, en primer lugar, la unidad del proceso práctico. El proyecto, fin o plan preexistente de un modo acabado

a su realización. Lo subjetivo se da como una especie de modelo ideal platónico que se plasma o realiza, dando lugar a una copia o duplicado suyo. Como en la metafísica platónica, aquí también lo determinante es el modelo; lo real sólo puede justificar su derecho a existir por su adecuación a lo ideal. Su inadecuación entraña una pérdida para lo real. Mientras que en la praxis creadora, el producto exige no sólo una modificación de la materia, sino también de lo ideal (proyecto o fin), aquí lo ideal permanece inmutable, como un producto ideal acabado que no debe ser afectado por las vicisitudes del proceso práctico. En la praxis creadora, no sólo la materia se ajusta al fin o proyecto que se quiere plasmar en ella, sino que lo ideal tiene que ajustarse también a las exigencias de la materia, y a los cambios imprevistos que surgen en el proceso práctico.

En la praxis imitativa, se angosta el campo de lo imprevisible. Lo ideal permanece inmutable porque ya se sabe de antemano, antes del propio hacer, lo que se quiere hacer, y cómo hacerlo. La ley que rige el proceso práctico existe ya, en forma acabada, con anterioridad a este proceso y al producto en que culmina. Mientras que en la praxis creadora, se crea también el modo de crear, en el hacer práctico imitativo o reiterativo no se inventa el modo de hacer. Su modo de transformar ya es conocido, porque ya antes fue creado. Queda, pues, poco margen para lo improbable y lo imprevisible, ya que planeación y realización se identifican. El resultado real del proceso práctico corresponde casi por entero al resultado ideal. Además, se busca esta correspondencia, y se sabe cómo encontrarla. Por ello, el resultado no tiene nada de incierto, y el obrar, nada de aventura. Hacer es repetir o imitar otro hacer. La ley que rige las modalidades de la acción se conoce de antemano, y sólo falta sujetarse a ella por caminos ya explorados. Y como se conoce *a priori* esta ley, cabe repetir el proceso práctico cuantas veces se quiera, y obtener tantos productos análogos como se desee.

Vemos, pues, que la praxis imitativa o reiterativa tiene por base una praxis creadora ya existente, de la cual toma la ley que la rige. Es una praxis de segunda mano que no produce una nueva realidad; no provoca un cambio cualitativo en la realidad presente, no transforma creadoramente, aunque contribuye a extender el área de lo ya creado, y, por tanto, a multiplicar cuantitativamente un cambio cualitativo ya producido. No crea, no hace emerger una nueva realidad humana, y en ello estriba su limitación, y su inferioridad con respecto a la praxis creadora. Con todo, este lado negativo no excluye un lado positivo, y uno y otro deben ser tenidos en cuenta. En efecto, si el hombre no hiciera más que repetirse a sí

mismo y el mundo, a su vez, fuera para él mera reiteración —un mundo sin nuevas cualidades—, es decir, si la actividad práctica humana no hiciera más que reiterarse a sí misma, el hombre no podría mantenerse como tal, ya que justamente lo que lo define, frente al animal, es su historicidad radical, es decir, al crearse, formarse o producirse a sí mismo, mediante una actividad teórico-práctica que jamás puede agotarse. De ahí que por positiva que sea su praxis reiterativa en una circunstancia dada, llega un momento en que tiene que dejar paso —en el mismo campo de actividad— a una praxis creadora. En virtud de la historicidad fundamental del ser humano, el aspecto creador de su praxis —concebida ésta en escala universal— es el determinante.

Los aspectos positivos que podemos reconocer en una actividad práctica imitativa, en cuanto que ésta tiene su raíz en una praxis creadora cuyos productos extiende y multiplica, alcanza consecuencias negativas extremas al cerrar el paso a una verdadera creación. Estas consecuencias son profundamente negativas, sobre todo, para la praxis social revolucionaria y la praxis artística. Con respecto a la revolución, ya vimos en el ejemplo de la Revolución Socialista de Octubre cómo se cumplían en ella los tres rasgos distintivos de una praxis creadora. Una revolución imitativa —valga la expresión— significaría el desenvolvimiento de una ley fijada de antemano, al margen de su realización y con olvido de sus condiciones peculiares. Pero la experiencia de las grandes revoluciones sociales demuestra hasta qué punto cada revolución se ve obligada, para responder a condiciones objetivas y subjetivas peculiares, a darse su propia ley, a no buscarla fuera de ella, trasplantando sin más, como un producto acabado, la ley que rigió en otra revolución. De la praxis social revolucionaria cabría decir lo que Marx decía de la historia: que sólo se repite dos veces: la primera, como tragedia; la segunda, como farsa. Ciertamente, una revolución que pretendiera quedarse en un simple duplicado de otra estaría al borde de la farsa o de la caricatura, y, en definitiva, sería todo menos una verdadera revolución. Ahora bien, esto no excluye que la similitud de condiciones históricas o la fase común de desarrollo en una sociedad dada, expliquen la existencia de rasgos esenciales en dos o más revoluciones e incluso la posibilidad de asimilar ciertos elementos fundamentales de una praxis revolucionaria anterior. En este aspecto, podría ponerse de manifiesto la relación entre la revolución burguesa de Francia de 1789 y las revoluciones que sacuden posteriormente a América como revoluciones de independencia. Y de la misma manera podríamos señalar los nexos entre la primera revolución socialista —antes citada—, y las revoluciones del mismo carácter que

se han producido después. El examen de estas relaciones podría confirmarnos que, en la esfera de la praxis revolucionaria, no hay propiamente campo para una praxis imitativa, pero sí para una asimilación *creadora* —que no tiene nada que ver con la mera imitación de lo que es el acto social creador por excelencia.

La praxis mecánica o reiterativa en la vida social tenemos que buscarla en otros dominios, en aquellos en los que se da justamente lo que no encontramos en una verdadera revolución, a saber: el divorcio total entre lo interior y lo exterior, entre la forma y el contenido. Esta exterioridad o formalización de la práctica es el rasgo más característico del burocratismo. La forma, extraída de un proceso anterior, se aplica mecánicamente a un nuevo proceso. Y puesto que, al burocratizarse una actividad práctica, la ley que la rige se convierte en una ley *a priori* y completamente extraña a su contenido, la actividad puede repetirse hasta el infinito con tal de llenar la forma que preexiste al contenido y al margen del proceso práctico mismo. En la práctica burocrática —o, más propiamente—, burocratizada, los actos prácticos no son sino el ropaje o cáscara con que se reviste una forma que existe ya, como un producto ideal acabado. Al hablar de práctica burocratizada no estamos caracterizando una forma específica de praxis, con un objeto propio, sino un tipo de praxis social-estatal, política, cultural, educativa, etc. —ejercida de un modo burocrático. En este sentido, son formas de una praxis degradada, inauténtica, que se halla en el polo opuesto a la praxis creadora, y que, por tanto, es incompatible con ella.

La praxis se burocratiza dondequiera que el formulismo domina, o, más exactamente, cuando lo formal se convierte en su propio contenido. En la práctica burocrática el contenido se sacrifica a la forma, lo real a lo ideal, y lo particular concreto a lo universal abstracto. Estos rasgos los hallamos justamente en la práctica estatal cuando se degrada en práctica burocratizada. Sin darle propiamente esta denominación que nosotros hemos acuñado, al criticar la concepción hegeliana de la burocracia, Marx deja entrever lo que es una práctica burocratizada y que podemos resumir en estas palabras suyas de su *Contribución a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*: "... presentar lo formal como contenido, y el contenido como formal". Lo burocrático es lo formal, lo irreal. Por ello, dice también Marx: "el ser real es tratado según su ser burocrático, según su ser irreal". Lenin ha sido también consciente de los nexos entre burocratismo y actividad deformada del Estado y, por ello, después de la Revolución de Octubre sostiene la necesidad de luchar contra la práctica burocratizada, "como condición necesaria y vital

para el éxito de la edificación socialista futura". En cuanto que el Estado, mientras exista, no puede prescindir de un cuerpo de funcionarios suyos, y en cuanto que por otro lado, la burocracia tiende a verlo —de acuerdo con la expresión de Marx— "como su propiedad privada", existe siempre la posibilidad de que un Estado socialista vea deformada su naturaleza por una práctica burocratizada.

Pero el riesgo de que la praxis se burocratice no sólo se da en el Estado, sino en general en todo aquel organismo —económico, político, social, sindical o de partido— que para realizar sus planes tiene que contar con un cuerpo especial de funcionarios. Por ello, vemos que incluso la actividad política o sindical reviste, en ocasiones, el carácter de una praxis burocratizada.

En suma, esta praxis degradada y diametralmente opuesta a una praxis creadora, no es sino el despliegue de una ley establecida y conocida de antemano, sin tomar en cuenta las particularidades concretas de su aplicación; es, en consecuencia, la plasmación de una forma no determinada por su contenido. Es una forma de la praxis mecánica en la que la repetición infinita de ella se alcanza mediante su extrema formalización, o sea, mediante la negación del papel del contenido para supeditarlo todo a una forma exterior a él. De esta praxis se elimina, por ende, toda determinabilidad del proceso práctico que se vuelve así abstracto y formal, y con ello desaparece igualmente la imprevisibilidad y aventura que acompañan a toda praxis verdaderamente creadora.

Presencia del Pasado

EL TEMPLO PREHISPÁNICO

Por Laurette SEJOURNE

Dibujos de Manuel ROMERO

PESE a los textos que se refieren explícitamente a templos situados en el interior de las casas, se tiende a identificar ese monumento con el montículo piramidal que le servía de base.

Este error tiene varias causas, siendo la primera de ellas la admiración que los españoles no cesaron de manifestar por la altura de los "cues".

Por falta de restos arqueológicos aztecas, el rasgo que retuvo así la atención de los europeos, tendió, después, a ser considerado como la característica misma del templo: "La manera de los templos de esta tierra de Anáhuac, o Nueva España, nunca fue vista ni oída, así de su grandeza y labor, como de todo lo demás; y la cosa que mucho sube en altura también requiere tener gran cimiento...".¹ "... Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras tantas poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, y decimos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadis, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro del agua, y todos de calicanto, y aún algunos de nuestros soldados decían que si aquéllo que veían, si era entre sueño... Todo muy encalado y lúcido de muchas maneras de piedras y Pinturas en ellas que había harto que ponderar...".²

Sin embargo, ya que "... ahora todo está por el suelo, perdido, que no hay cosa...";³ no nos queda para intentar la reconstrucción de la realidad aniquilada, más que el camino de la arqueología. A la circunstancia de que todos los vestigios de Tenochtitlán, sepultados bajo la ciudad colonial, escapan al estudio, se agrega el hecho que los templos conocidos en las diversas áreas mesoamericanas están,

¹ FRAY TORIBIO DE BENAVENTE o MOTOLINÍA, *Historia de los Indios de la Nueva España*, Herederos de Juan Gili, Editores, Barcelona, 1914. p. 61.

² BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Espasa-Calpe Mexicana, S. A., 1950. Tomo I, p. 330.

³ *Idem*, Tomo I, p. 331.

en efecto, casi siempre encaramados en una elevación considerable. Lejos de ser una norma, esta elevación es debida a que esos santuarios no hacen parte de una ciudad y forman centros exclusivamente religiosos que confieren a los edificios destinados al culto una importancia que la metrópoli limita a ciertas zonas.

Así es que, tanto los vestigios de la Ciudad de los Dioses como las descripciones de la capital azteca acusan la existencia de otros tipos de templos que los conquistadores designan con el nombre de "torrecillas" y "adoratorios". La "torrecilla" podría difícilmente ser otra cosa que un pequeño "cue", o sea un montículo de modesta altura como hay muchos en Teotihuacán. En cuanto al "adoratorio", debe indicar el templo elevado sólo por unos escalones acerca del cual Bernal Díaz relata: "...y hallamos dos casas hechas de cal y canto, bien labradas, y en cada casa unas gradas, por donde subían a unos como altares, y en aquellos altares tenían unos ídolos de malas figuras que eran sus dioses..."⁴ y en otra parte, que "los señores tenían todos sus oratorios en sus casas..."⁵

La idea que el santuario formaba una unidad aislada estaba sin embargo tan enraizada, que en Teotihuacán los patios con templos fueron todos abandonados sin que se tratara de integrarlos a un contexto arquitectónico. Ahora bien, el primer edificio completo que descubrimos reveló en su patio central una estructura que, pese a su mutilación, se impuso de inmediato como templo:

1º Es la única en poseer una escalera.

2º Está abierta hacia el oeste, orientación que los informantes indígenas consideran como una ley.

3º Único en todo el edificio, el pedestal presenta el mismo talud coronado de un tablero que tienen los templos pintados y los de la zona ceremonial.

Un cuarto elemento vino a confirmar los tres anteriores en el papel que se les había asignado. Surgido poco a poco de las exploraciones y comprendido sólo después de largos años de trabajo, este elemento determina la arquitectura del templo, mejor que cualquier otro: es el sistema de flanquear el santuario de corredores sin techo que, al desprenderlo del resto de la construcción, subrayan su lugar y marcan fuertemente el carácter del edificio. En efecto, cualquiera que sea el número de cuartos con escalera que contiene, éstos están siempre rodeados por una callecita que libera por lo menos la fachada posterior. Porque si las aberturas laterales pueden, para adaptarse al conjunto, detenerse sin llegar hasta el fin del muro que costean, desaparecer o bien asumir la forma de un patio, de

⁴ *Idem*, Tomo I, p. 22.

⁵ *Idem*, Tomo I, p. 126.

todos modos el corredor oriental nunca falta. De manera que su instalación causa destrozos en un edificio en el que, al reedificarlo, se cambia el sitio de los templos.

Al tratar de comprender la necesidad constructiva de esos espacios abiertos, se observa que la parte inferior de los muros está hecha para ofrecer una gran resistencia. No sólo se espesa y se inclina fuertemente, sino que recibe además el apoyo de contrafuertes que, al mismo tiempo que sirven de bajadas de agua, constituyen un sostén que señala la existencia de un peso superior al de los cuartos comunes. Ahora bien, todas las reproducciones arqueológicas de templos teotihuacanos presentan un techo que debía de constituir una carga pesada: un cono truncado que soporta almenas de más de un metro de alto, rematadas por un caballete que las encierra.

Nos queda por analizar los rasgos formativos enumerados en esta breve introducción.

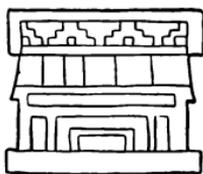
1) *El basamento*

TORQUEMADA, quien más que nadie, trató de comprender y transmitir la concepción de una arquitectura que admiraba y cuyas expresiones habíanse vuelto ya escasas, describe el templo como un altar coronado de lo que él llama una capilla. Al hablar de la gran pirámide de Tenochtitlán, precisa que esos altares "...tenían de alto cinco palmos".⁶ Si se cuenta un promedio de 21 cms. el palmo, obtenemos los 105 centímetros que poseen en general los basamentos teotihuacanos de la zona residencial; la altura queda determinada por los cinco escalones que desembocan a la entrada de la "capilla".

Este esquema está tan íntimamente ligado a la arquitectura del santuario que cabe preguntarse si los espacios abiertos que lo rodean no tendrían como objeto suplementario permitir esta base inclinada y el tablero que lo caracteriza. Lo cierto es que, por un lado, los muros de las casas teotihuacanas son derechos y no presentan inclinación más que en asociación con los templos; por otra parte, que el talud y el tablero se usan a menudo en los basamentos piramidales.

Encaramado sobre ese basamento cuya altura señala su jerarquía, el templo o todo edificio religioso puede a su vez ofrecer muros derechos o inclinados. Los teotihuacanos (Figs. 1 y 2) y los aztecas (Fig. 3) gustaron de las dos modalidades, mientras que en el resto de Mesoamérica prevalece el muro derecho. Sólo en Chichén-Itzá es frecuente la inclinación (Fig. 4).

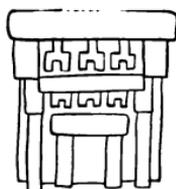
⁶ TORQUEMADA, Tomo II, p. 144.



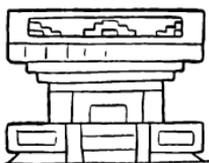
PINTURA MURAL (TETITLA N. 3)
1



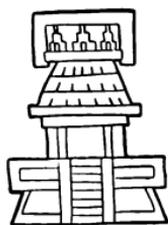
ESGRAFIADO SOBRE MURO (SECCION 7)
2



CERAMICA
3



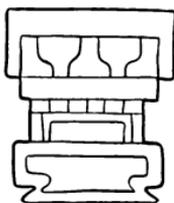
PINTURA MURAL (TETITLA N. 3)
4



CERAMICA
5



CERAMICA
6



CERAMICA (TAYAHUALA)
7



PINTURA MURAL (TETITLA N. 4)
8



PINTURA MURAL (TEPANTITLA)
9

Fig. 1. Templos pintados sobre muros teotihuacanos.

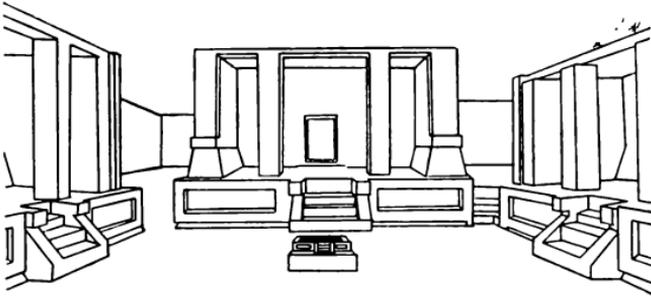


Fig. 2. Reconstrucción del patio blanco, Atetelco. (Agustín Villagra)

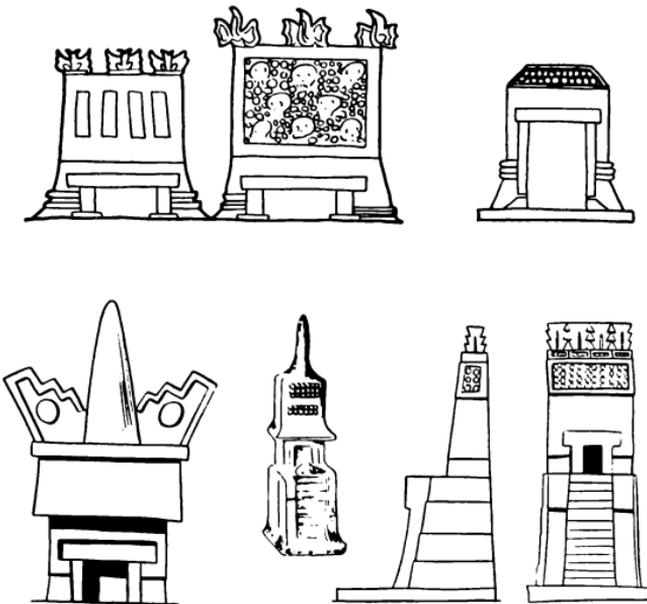


Fig. 3. Templos aztecas. Dibujos y maquetas.

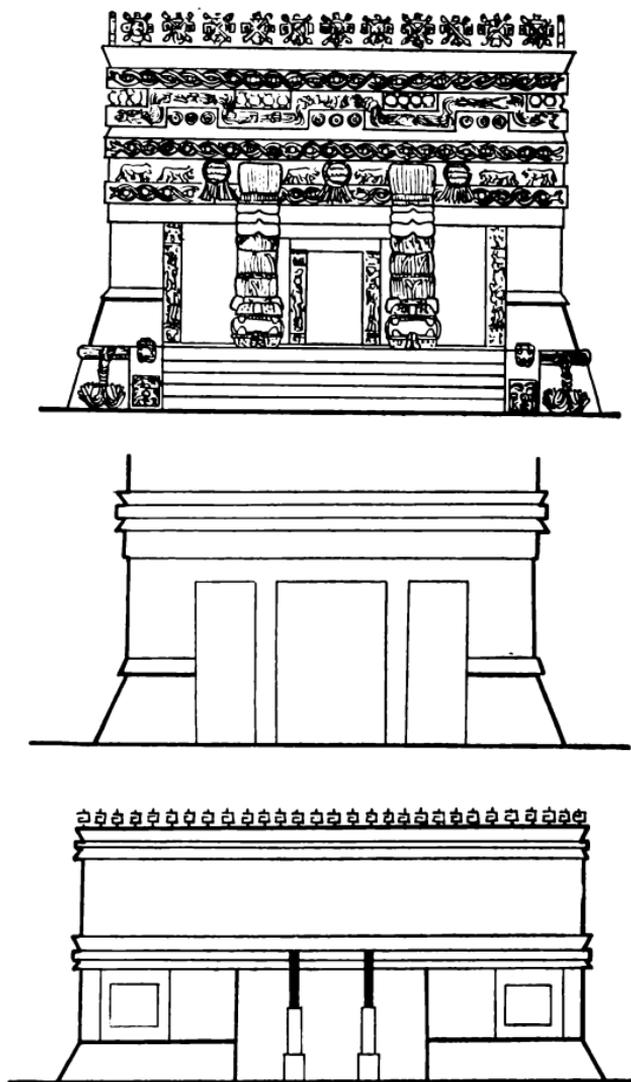


Fig. 4. Templos con paredes inclinadas. Chichén-Itzá.

2) *Talud y tablero*

SALVO excepciones, el talud alcanza apenas la mitad de la altura del tablero y es generalmente liso. Uno de los escasos monumentos con talud decorado es la pirámide de Quetzalcóatl.

Por el contrario, el tablero es el rasgo que define quizás mejor el carácter arquitectónico de una zona cultural (Figs. 5 y 6). En Teotihuacán, Cholula y Kaminaljúyú (Guatemala), está siempre compuesto por un panel engarzado en una moldura. Además de la decoración que los singulariza, estos dos atributos están formalmente tratados de manera distinta. En Monte Albán, la moldura es doble y, al abrirse en la parte inferior, presenta un dentellón. A esa misma fórmula, Mitla agrega a veces un rectángulo cerrado o recrea el tablero teotihuacano. Coronado por un talud invertido, el tablero de El Tajín se divide en cuadros y rectángulos que simulan nichos y ventanas que pueden estar constituidos por grecas.

La zona maya borra por completo la importancia del tablero, salvo donde la influencia de la meseta central es directa como en Kaminaljúyú y Uaxactun (Guatemala) o en ciertos monumentos de Chichén-Itzá. En efecto, en el Templo de los Guerreros, ésta se complace en la línea severa teotihuacana, mientras que en El Castillo, usa el dentellón de Monte Albán. Fragmentado como el de El Tajín, el tablero de Tula-Hidalgo remata con una cornisa que repite su misma división en rectángulos.

Inútil es decir que los adornos de este rasgo estructural tan propio de Mesoamérica mantienen los estilos de cada centro. Los tableros de Teotihuacán están generalmente pintados. Hemos descubierto dos *in situ* y las dimensiones y los bordes en bisel de cierto fresco caído permitió deducir otro (Figs. 7 y 8). Pese a los bajos relieves y a las cabezas de bulto de la pirámide de Quetzalcóatl, el área ceremonial parece haber preferido también pintar los tableros: en la Ciudadela, los que forman los cuerpos de otro monumento piramidal son rojos, y en un montículo de la Calle de los Muertos apareció un enorme tigre en marcha. Ese tablero de tres metros de alto, repleto de formas y de colores que debió repetirse hasta la cúspide, basta para evocar la increíble brillantez de una avenida flanqueada por elevados edificios cubiertos con frescos.

En las demás zonas, este elemento olvida por completo la pintura (con la excepción de Cholula), para adoptar el bajo relieve, con frecuencia coloreado.

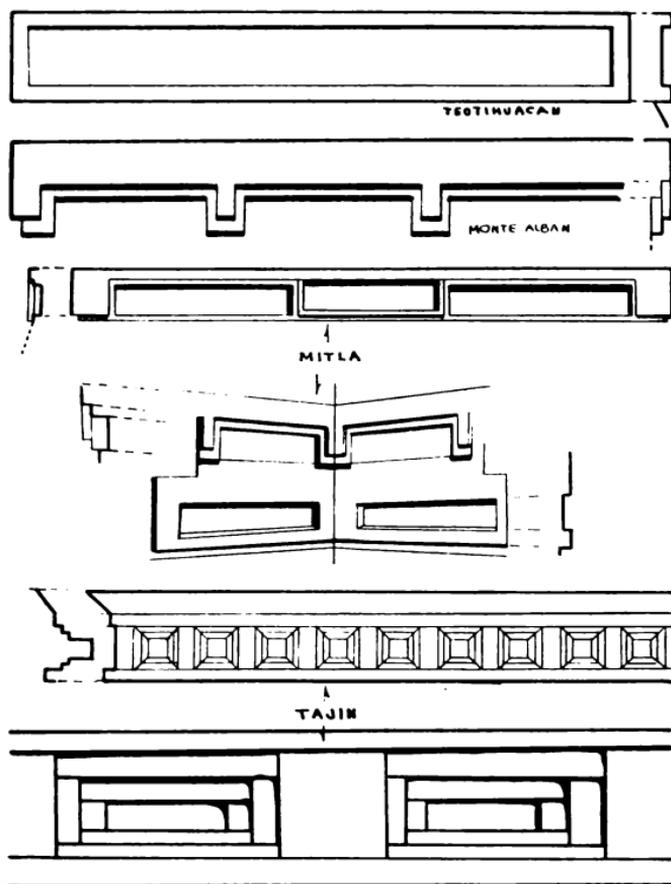


Fig. 5. El tablero en las distintas zonas arqueológicas.

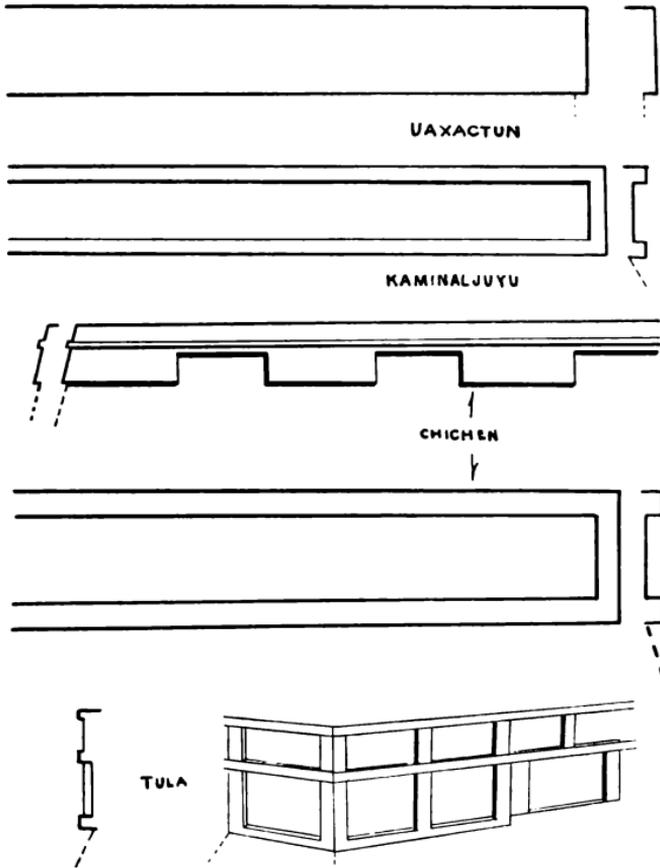
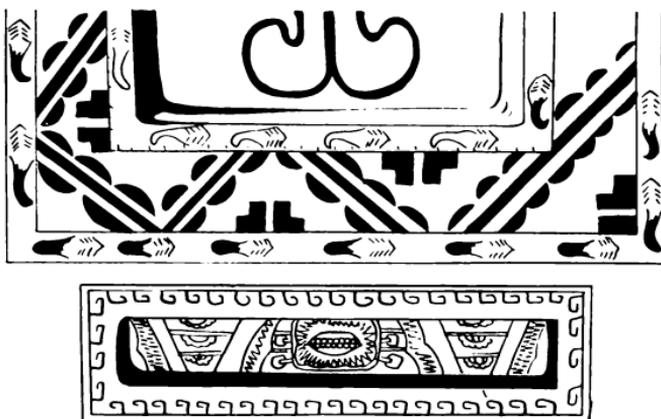


Fig. 6. El tablero en las distintas zonas arqueológicas.



Figs. 7 y 8. Tableros pintados. Teotihuacán.

3) *La escalera*

EL zócalo que realza el templo implica lógicamente una escalera. Siempre en el centro de la fachada, la de los basamentos piramidales ofrece variantes de un monumento a otro (Fig. 9). Amplia y derecha, trepa la pirámide de la Luna como una ancha avenida, mientras que, en la del Sol, cambia a cada cuerpo: se levanta del suelo en dos líneas oblicuas que se unen en la sección siguiente; se vuelve a dividir en partes esta vez rectas en la tercera para convertirse en una sola en los dos últimos cuerpos. Es también amplia y derecha en la pirámide de Quetzalcóatl, pero se distingue de la de la Luna por llegar a la cima sin interrupción.

En el área residencial, la escalera —de cuatro a cinco escalones que oscilan entre 20 y 30 centímetros— está limitada por alfardas que, en ciertos casos, rematan por un dado. Puesto que raras veces las escaleras aparecen completas, ese elemento es poco conocido, pero hay indicios que delatan su carácter variable ya que su presencia modifica la estructura. En efecto, ese rectángulo está en general asociado a escaleras que, al juntarse con el piso del pórtico más allá del tablero, obliga a las alfardas a detenerse antes de llegar al marco superior y a compensar esta deficiencia con un elemento sobresaliente. Es decir, que aun trunca, una escalera pequeña descubre la existencia o la falta de los dados por medio de su relación con el tablero y el piso del pórtico. Es por lo menos lo que dedujimos en

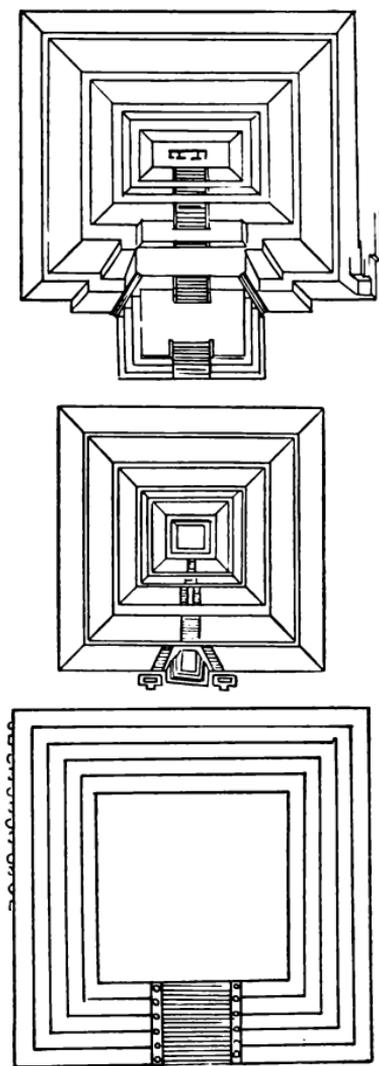


Fig. 9. Las escaleras en las tres pirámides teotihuacanas.

Yayahuala al comprobar que, no pudiendo mover de sitio el escalón que reposa sobre la banqueta del patio, las escaleras superpuestas alcanzan allí la elevación del nuevo piso con un escalón que se interna en el tablero.

Sin embargo, la arquitectura teotihuacana es tan poco sistemática que cualquier conclusión que no tenga el apoyo de una enorme masa de observaciones corre el riesgo de verse pronto anulada. Es

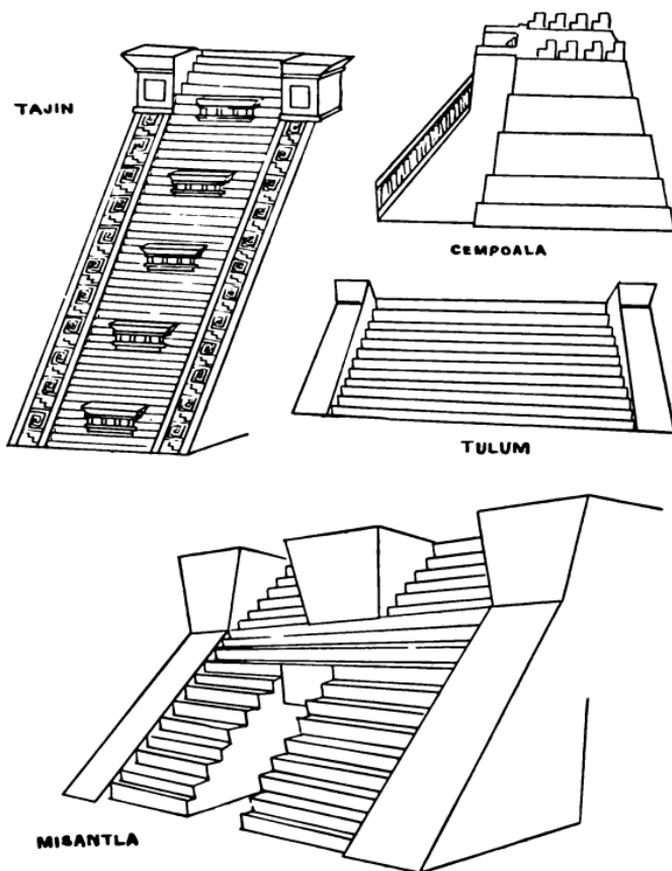
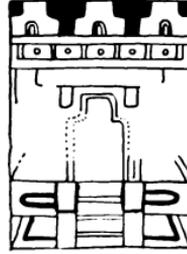


Fig. 10. Escaleras rematadas por dados.



A



B

C



D

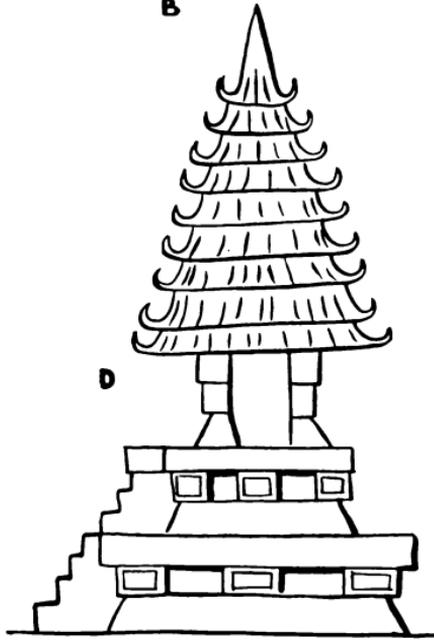


Fig. 11. Templos esculpidos con escaleras rematadas por dados (A. Monte Albán; B. y C., Xochicalco; D. Maltrata, Veracruz).

así como, a pesar de su falta de dados, la escalera pintada de los edificios subterráneos penetra en el tablero. Por otra parte, ignoramos si las del patio blanco de Atetelco recubren otras o pertenecen a un nivel originario (Fig. 2).

Algunas de las piedras que se encuentran en la base del templo *este* de Yahualá señalan ese empleo y una escalera en miniatura encontrada en un entierro de Yahualá corta también la inclinación de sus alfardas con un plano vertical.

Poco conocida en la fase clásica fuera de Teotihuacán (Figs. 10 y 11), la alfarda rematada se vuelve norma entre los aztecas: los dibujos y los vestigios arqueológicos muestran todos ese rasgo (Fig. 12).

En cuanto a la decoración, debemos observar que sólo la pirámide de Quetzalcóatl presenta esculturas en las alfardas, y en cambio prevalece, junto con el bajorrelieve en toda Mesoamérica. Pese a su predilección por las pinturas siempre cubiertas por una capa de estuco blanco o rojo, las alfardas pueden también presentar motivos; la Ciudad de los Dioses parece haber aplicado bajorrelieves hechos con molde; ciertas alfardas de Tetitla tenían trazas de aplicaciones y existen fragmentos de cerámica que, por el tamaño, el espesor, la forma plana y la superficie posterior lisa a menudo con restos de algún cemento, no pueden haber sido más que objetos integrados a la arquitectura.

Como las alfardas, las escaleras de Teotihuacán están invariablemente cubiertas de estuco en general blanco, a veces rojo o con motivos. No es imposible que las aplicaciones de barro hayan adornado también las escaleras y producido encima del estuco, el mismo efecto de bajorrelieve sobre escalones de piedra que se usará desde Copán hasta Tenayuca. Fiel a su respeto por las superficies arquitectónicas, Teotihuacán evitó la intromisión de esas esculturas de bulto con las que, tanto los mayas como los aztecas, invaden las escaleras (Fig. 13).

4) *El espacio interior*

LA dimensión de los espacios interiores es variable: el templo más grande de nuestros tres edificios es el de Zacuala, con 16 metros de ancho por 16 de profundidad. Este espacio está invariablemente dividido en un pórtico y una o dos piezas internas. Seguido por la mayoría de los centros mesoamericanos (Monte Albán, Zempoala, Tulum, Chichén-Itzá, entre otros)⁷ este modelo fue considerado co-

⁷ IGNACIO MARQUENA, *Arquitectura prehispánica*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1951, pp. 331, 334, 464, 812, 851.

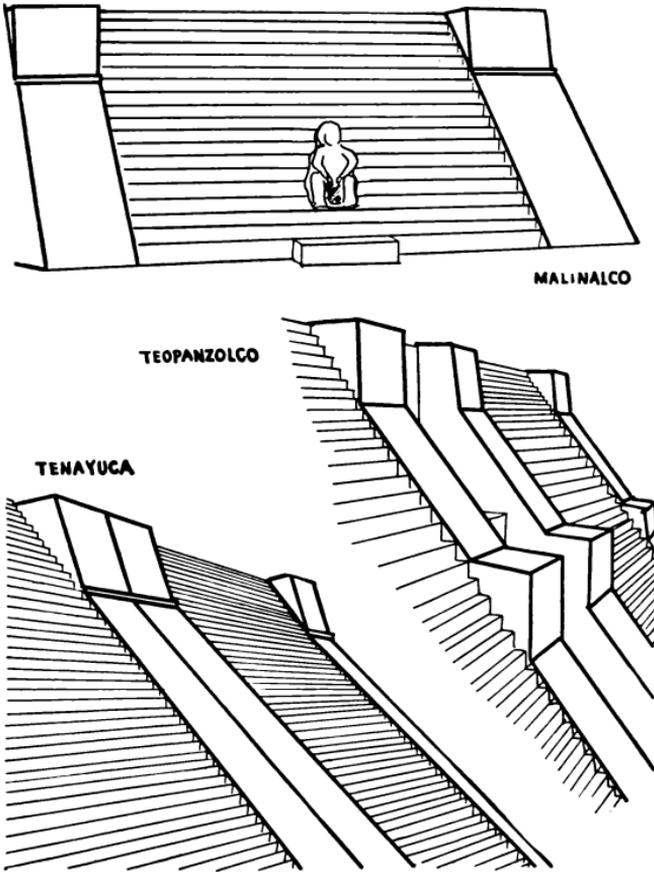


Fig. 12. Escaleras aztecas.

mo una ley por los aztecas ya que los vestigios de los únicos cuatro templos conocidos de esa época presentan esta misma distribución (Fig. 14). Una observación de Torquemada comprueba, además, su generalización: "También es digna de notar la división de este templo; porque hallamos que tiene penetral, o cámara interior, como el de Salomón, en Jerusalem, en el cual penetral o cámara no

entran sino los sacerdotes, y no todos, sino algunos en particular. De donde se infiere claramente la envidia del demonio, pues viendo el orden del templo de Dios, quiso seguirlo, y aprovecharse de él...".*

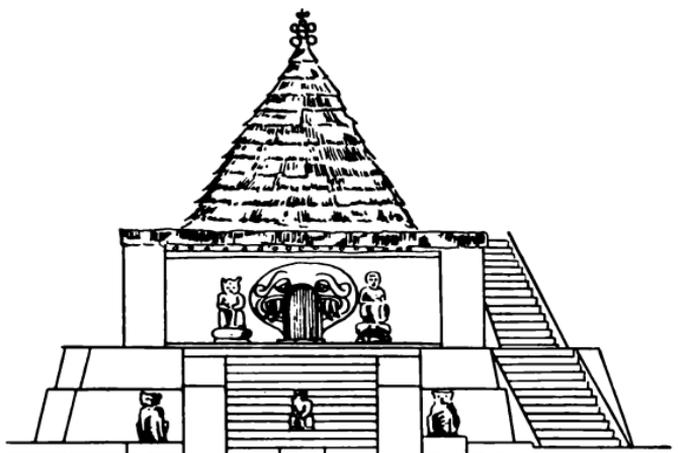


Fig. 13. Esculturas de bulto en las escaleras del templo de Malinalco.

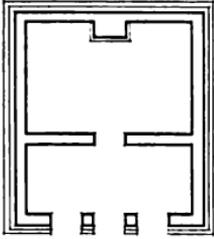
Más fragmentado e invadido por muros a veces más amplios que los mismos aposentos, el espacio exiguo de los templos mayas está también dividido para obtener locales internos (Fig. 15). Bonampak es una excepción que nos plantea la duda de que si los monumentos conocidos sean o no templos.

De hecho, el santuario prehispánico está concebido tan exclusivamente como interioridad que, por su tamaño, no podía ser accesible más que a unos pocos oficiantes, como dice Torquemada. Hasta en Teotihuacán, donde los espacios interiores son inmensos comparados con los demás, el templo no puede contener más que un escaso número de personas. Por otra parte, su elevación y su contexto arquitectónico designan el patio como el sitio destinado a los fieles y a ciertos rituales.

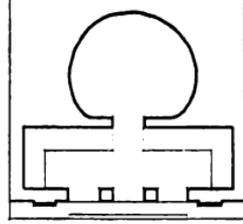
Fuera de Teotihuacán, el santuario tiende a alejarse del público por medio de altos basamentos, o disminuyendo las aberturas: las columnas teotihuacanas se transforman en porciones de muros que llegan hasta juntarse y presentar una superficie ciega. Salvo

* TORQUEMADA, *Obra citada*, Tomo II, p. 160.

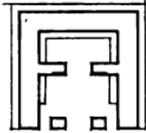
TEMPLOS AZTECAS



TENAYUCA



MALINALCO

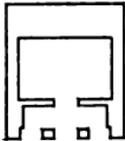


TEPOZTLAN

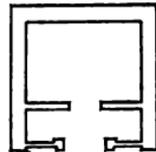


TEOPANZOLCO

TEMPLOS TEOTIHUACANOS



TETITLA



YATAHUALA



Fig. 14. Espacios interiores de templos aztecas y templos teotihuacanos.

algunos edificios de Palenque, de Tulum y de Chichén-Itzá, el templo adquiere en la zona maya, el carácter secreto de un tabernáculo finamente labrado. Un dato ornamental subraya esta tendencia al hermetismo: la forma de rostro que toma a veces allí la fachada. Los españoles escribieron historias de horror acerca de los templos con entradas en forma de boca de reptil que se cerraba sobre el

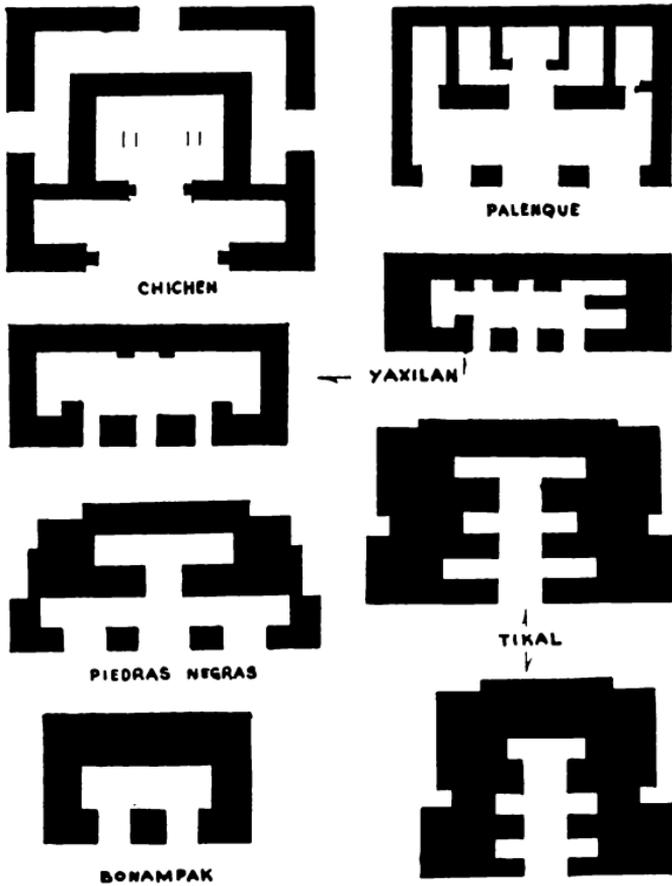
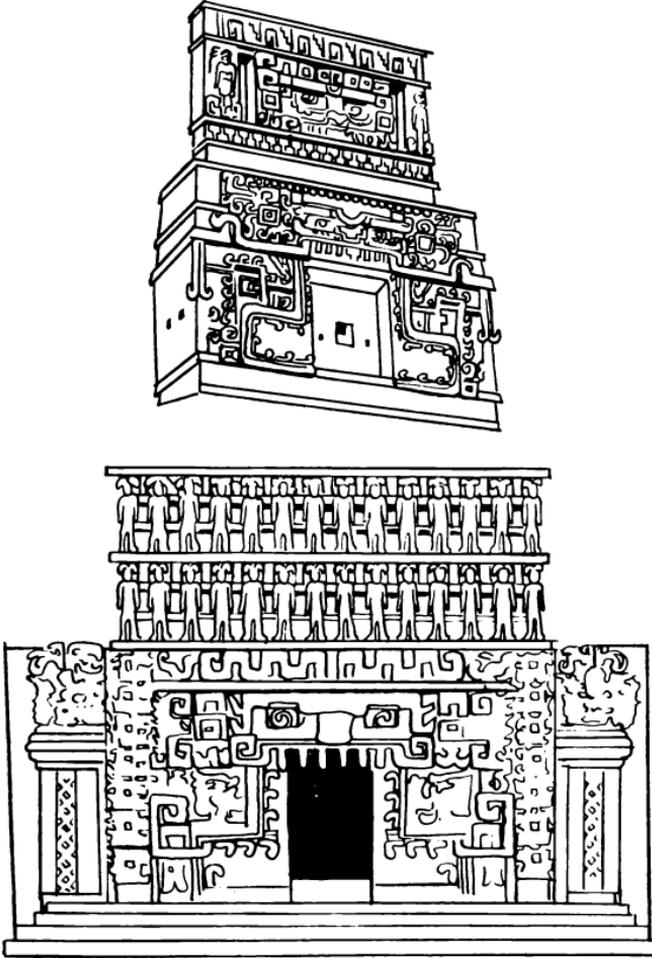


Fig. 15. Espacios interiores de templos mayas.

visitante. Cualquiera que sea la realidad de esos esperpentos, la arqueología confirma el santuario en su papel de interioridad divina cuyo franqueo implica una iniciación (Figs. 16 a 18).



Figs. 16 y 17. Templos mayas con fachadas que representan rostros.

En Teotihuacán la arquitectura no ha revelado aún nada semejante, pero es significativo que la misma idea se manifiesta en las imágenes. La parte inferior de un templo pintado sobre un muro de Tetitla reproduce una boca que, por estar rodeada de los signos de la llama, es una evocación solar y la entrada de otro templo



Fig. 18. Entrada en forma de boca de serpiente. (Códice Borgia).

pintado sobre un vaso, muestra la mano atravesada por flechas que es el emblema del Señor Quetzalcóatl convertido en planeta Venus (Fig. 19).

Por otra parte, el templo aparece en una composición formada por un personaje central cuya mano —también atravesada por flechas— es la puerta del santuario cuyo techo se encuentra abajo. (Fig. 20). Una vez más, Teotihuacán se revela como el lugar donde el pensamiento náhuatl florece con toda su potencia original puesto que esas expresiones hacen del templo no sólo una morada sagrada, sino que muestran ese concepto al estado puro, antes de la materialización a que lo sometieron sus herederos.

Cercano y abierto, o alto y cerrado, el templo fue probablemente siempre inaccesible como los altares mayores de nuestras iglesias, y el patio debía corresponder a una nave sin techo. La costumbre milenaria de reunirse en un espacio abierto explica quizás la resistencia de los indígenas a penetrar en las primeras casas del dios

católico, resistencia que fue ampliamente comentada por los españoles y que, a nuestro parecer, es la razón por la cual fueron construidas esas capillas abiertas tan íntimamente ligadas a la arquitectura colonial mexicana.

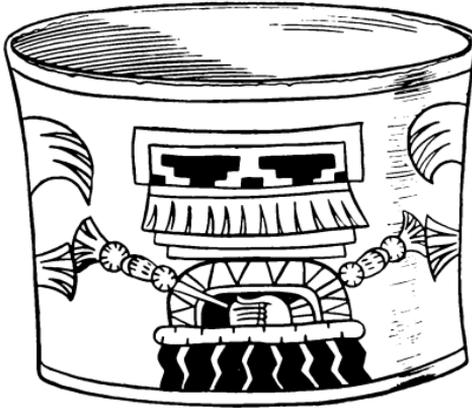


Fig. 19. Mano asiendo dos flechas en la estructura de un templo.
(Vasija teotihuacana).

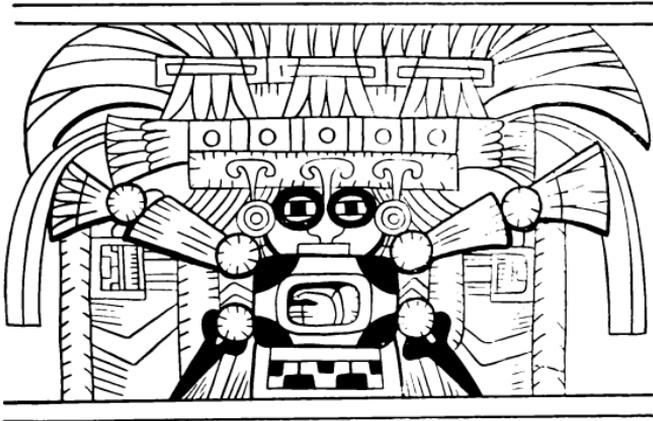


Fig. 20. Personaje-templo. (Vasija teotihuacana).

La decoración refleja las diversas actitudes del sacerdocio hacia los fieles. A pesar de las excepciones (Fig. 21), Teotihuacán tiende a embellecer esos espacios intermedios que son los pórticos, dejando lisas la fachada y la pieza interior.

Pese a que Chichén-Itzá destruya el espacio invadiéndolo con columnatas y que olvide la severa elegancia de la altiplanicie mexicana al multiplicar los elementos decorativos, es la única ciudad antes de Teotihuacán en haber adoptado el mismo tratamiento teotihuacano de los interiores. Los aztecas restablecerán la tradición de la Ciudad de los Dioses al simplificar las fachadas y al recubrir los muros interiores con pintura al fresco. No queda el más mínimo vestigio de esos santuarios, pero los testimonios oculares bastan. Torquemada reproduce un importante texto de Sahagún que trata el tema: "Quiero poner aquí las palabras de el Padre Fray Bernar-

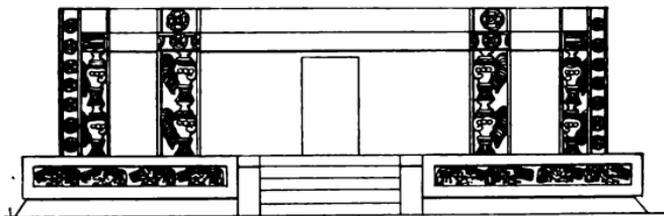


Fig. 21. Templo con pinturas y bajorrelieves. (Teotihuacán, área ceremonial).

dino de Sahagún, fraile de mi orden, y uno de los que entraron muy a los principios de este descubrimiento de la nueva España, que fue el año de veinte y nueve, el cual vido éste, y los demás templos y vivió en la conversión de estos indios, enseñándoles, doctrinándoles y predicándoles más de sesenta años; y supo sus antiguallas muy pormenudo; y escribió muchísimas cosas en su lengua; el cual hablando de hermosura, grandeza y suntuosidad de este celeberrísimo templo (aunque malo por ser del demonio) dice estas palabras: 'había mucho que ver en los edificios de este Templo, la pintura de él tenía mucho que ver, y yo lo hice pintar en esta ciudad de México, y lleváronle a España, por cosa muy digna de ver, y no lo he podido más haber, ni tornar a pintar; y aunque en la pintura parecía tan lindo, lo era mucho más y más vistoso el edificio...'⁹

⁹ TORQUEMADA, Obra citada, Tomo II, p. 146.

5) *El techo*

Los edificios teotihuacanos no han revelado nada de sus techos, ya que la amalgama que los compone se desmenuza con facilidad, perdiéndose irremisiblemente todo indicio de forma. Afortunadamente el templo era un motivo representado con bastante frecuencia en los muros de los edificios y de los vasos—sólo Tetitla ofreció cuatro— sin lo cual los techos de la Ciudad de los Dioses quedarían ignorados para siempre.

Las imágenes ilustran el templo, ya sea visto desde el patio, con basamento y escalera; ya desde la plataforma donde descansa (Fig. 1). En todos los casos, corresponde con exactitud a los templos reales. En efecto, salvo las columnas, generalmente ausentes y que sólo un espécimen de Tetitla parece reproducir, los componentes son siempre los mismos: una base en talud y tablero sosteniendo una construcción con amplia abertura y paredes rectas. La correspondencia absoluta entre esos elementos capitales y las representaciones y restos arqueológicos nos obliga a deducir que los techos originarios no podían lógicamente diferir de los que nos restituyen los frescos y los bajorrelieves. Esta hipótesis está confirmada de una parte por la existencia de almenas en piedra, idénticas a las de las imágenes, cuyo peso y tamaño (más de un metro) no podían convenir más que a una fuerte techumbre, y de otra, por los dibujos y las maquetas aztecas (Fig. 3). Es de notar que fuera del marco que encierra las almenas, el santuario prehispánico no cambió durante los quince siglos que separan Tenochtitlán de la Ciudad de los Dioses.

Se puede concluir entonces que la techumbre estaba constituida de la siguiente manera:

1º Una superficie trapezoidal cuya altura, en Teotihuacán como entre los aztecas, sobrepasa a menudo la de los muros de los aposentos.

2º Una cornisa en la que se empotraban las espigas de las almenas.

3º Un caballete que, al juntarse con la cornisa, enmarcaba las almenas.

Para visualizar uno de esos andamios, basta con restituir el volumen a un templo pintado de Tetitla (Fig. 22).

Al observar que los templos poseían tres pisos, Torquemada parece curiosamente referirse más, como ocurre a menudo, a la antigua Ciudad de los Dioses que ignoraba, que a Tenochtitlán. Porque si el templo azteca puede, en efecto, ser dividido en tres partes que igualan la altura de los cuartos, únicamente el teotihuacano

cano presenta la evidencia de los tres pisos mencionados: los muros del santuario, por un lado, las dos porciones del techo bien diferenciadas entre sí, por el otro. "Encima de estos altares tenían sus capillas cubiertas de madera, muy bien labradas y entalladas. Cada capilla de estas... tenía tres altos, uno encima de otro; y cada alto, o sobrado de éstos, tenía grandísima altura, que cada uno de ellos plantado no en aquella torre, sino en el suelo bajo, donde comenzaba el edificio, pudiera hacer un muy alto y suntuoso edificio; y por esta razón era toda esta máquina de templo tan alta, que ponía admiración su altura".¹⁰

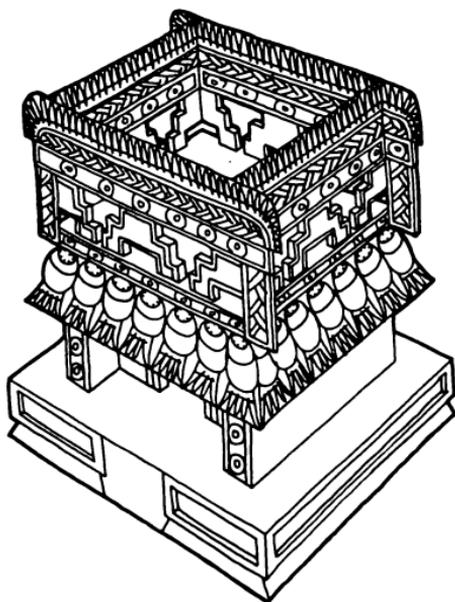


Fig. 22. El templo de Tetitla datado de volumen.

Así realizados, los techos eran un factor distintivo, no sólo de una casa a otra (por lo menos en Teotihuacán), sino entre los barrios y las ciudades, puesto que las casas terminaban todas en terraza, es por medio de esas cimas que las concentraciones urbanas clamaban su poder, su piedad, su gusto o talento artísticos: "En

¹⁰ TORQUEMADA, Obra citada, Tomo II, p. 144.

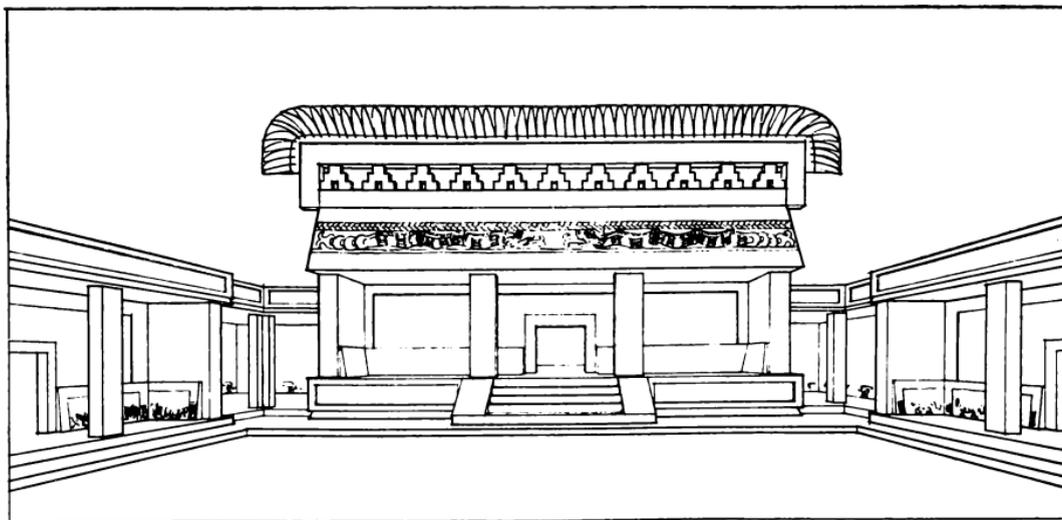


Fig. 23. Reconstrucción del templo de Zacuala. (Arquitecta Graciela Salicrup).

ornato, autoridad y hermosura que los pueblos cobran con los edificios de los templos, era cosa muy de ver, mayormente los pueblos y ciudades grandes, y populosas; porque mientras más gentío, más templos entre los barrios, que saliendo por encima de las casas de los vecinos, en tan grande exceso, hacían labor muy de notar. . . ."¹¹

Como todos los demás elementos, la forma y la decoración de los techos aztecas responden, con una fidelidad que no deja nunca de sorprender, a las imágenes teotihuacanas: "La cubierta y techo de este famosísimo templo, y los otros que en su contorno tenía, era de diversas y varias formas, que aunque eran unas de madera y otras de paja, como de centeno, eran muy primamente labradas, unas cubiertas piramidales, y cuadradas y redondas, y de otras formas diferentes, y hacían tanta y tan vistosa labor que no parecía de la materia dicha, sino de muy primo y delicado pincel. . . ."¹²

a) *Parte trapezoidal*

TODAS las representaciones afectan la forma piramidal cuadrada y sólo puede variar la altura, alargándose hasta convertir esa parte en un cono truncado (Fig. 2). La existencia del techo redondo nos es conocida por un mural de Tepantitla. Varias imágenes indican de un modo realista que la techumbre era de paja, sólo una vez la intervención del pintor o del escultor se hace patente (Fig. 22).

Torquemada habla de madera en la construcción y es posible que Teotihuacán la haya empleado. No poseemos ninguna prueba directa, salvo las armazones invisibles —los sostenes de los muros y las vigas de los plafones— pero tuvimos la suerte de descubrir en una ofrenda de Zacuala un fragmento de pectoral de madera pintada que atestigua su utilización por los artistas.

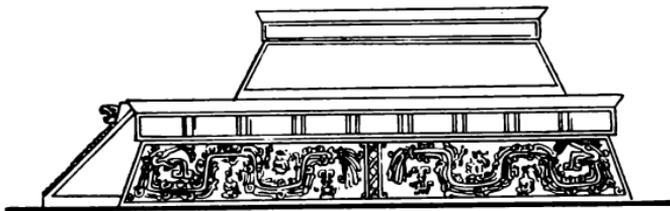


Fig. 24. Las serpientes que rodean el templo de Xochicalco.

¹¹ TORQUEMADA, *Obra citada*, Tomo II, p. 142.

¹² TORQUEMADA, *Obra citada*, Tomo II, p. 146.

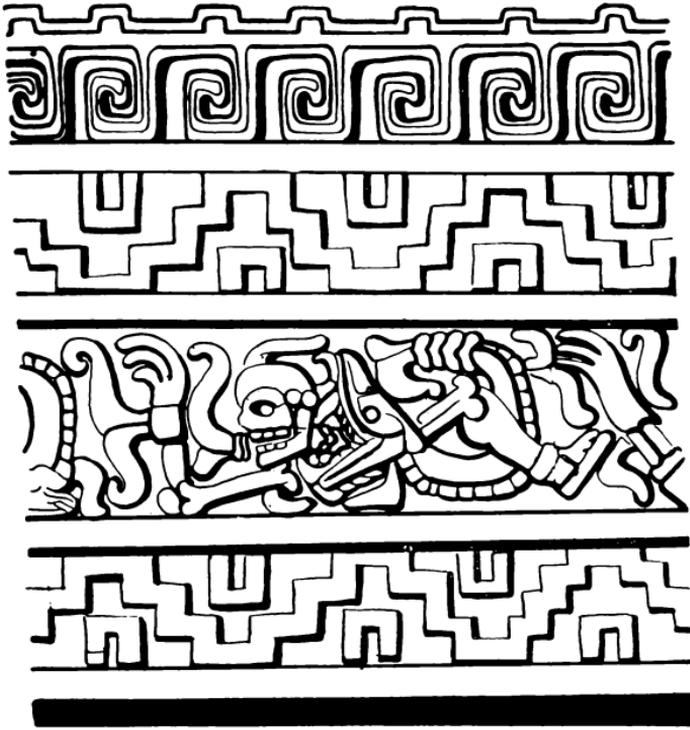


Fig. 25. Serpiente en un muro de Tula-Hidalgo.

Zacuala restituyó una pintura que, por el sitio donde se encontraba, por su forma y su talla, podría corresponder a la parte trapezoidal del techo, lugar en el que el representado en Tetitli tiene siete manojos de plumas. Apareció exactamente donde hubiera caído si proviniese del techo: a cuatro metros del talud, con sólo una pequeña desviación. La circunstancia singular de que estaba pegada al piso (cuyo estuco se levantó con el fragmento y se fue

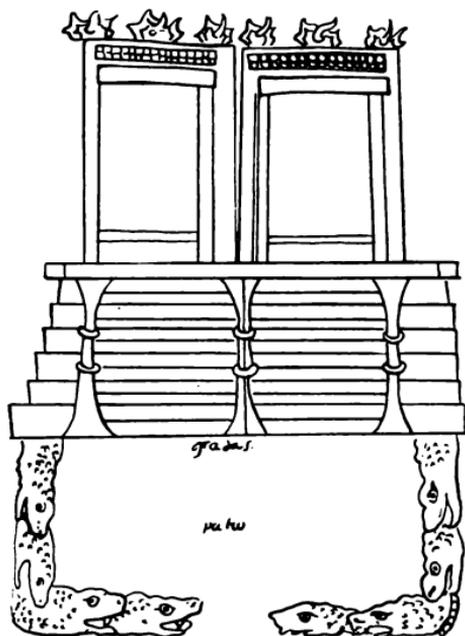


Fig. 26. Recinto de serpientes en el templo mayor de Tenochtitlán.
(Atlas de Durán).

quitando poco a poco después), parece corroborar la suposición de una caída de gran altura. Observemos que, para que un pedazo de techo haya sido proyectado a la distancia que se le encontró, fue necesario un súbito derrumbe de toda la pared y no una destrucción progresiva. Las demoliciones voluntarias de los edificios teotihuacanos, a las que Zacuala agrega varias pruebas, hacen admisible esta hipótesis que está además apoyada por el hecho de que

las dimensiones de la pintura (un metro de alto por tres de largo), sobrepasan las del tablero, única superficie a la que hubiera podido pertenecer. Es lógico entonces creer que ese suntuoso reptil emplumado debía ondular sobre el techo y es allí donde lo hemos colocado tentativamente (Fig. 23).

Desde Teotihuacán hasta los aztecas la asociación del templo con la serpiente es constante (Figs. 24 a 26), pero no conocemos ningún techo adornado de esa manera fuera de los libros pintados (Figs. 27 y 28).

b) *Las almenas*

A pesar de que las almenas que aparecen en las representaciones arqueológicas tienen siempre la misma forma escalonada, las exploraciones descubrieron varios otros modelos teotihuacanos (Figs. 29 y 30). De hecho, la riqueza de formas y de motivos que caracteriza el objeto más insignificante de la Ciudad de los Dioses permite

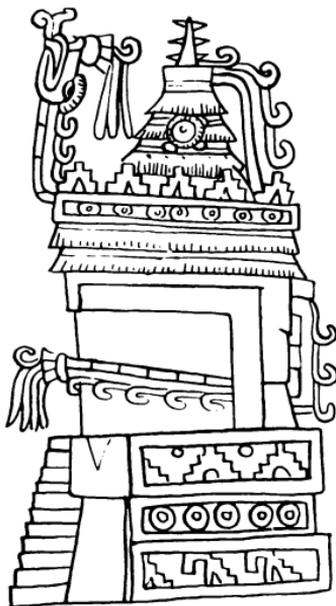


Fig. 27. Techos ornados con serpientes. (Códices Nuttal y Borgia).

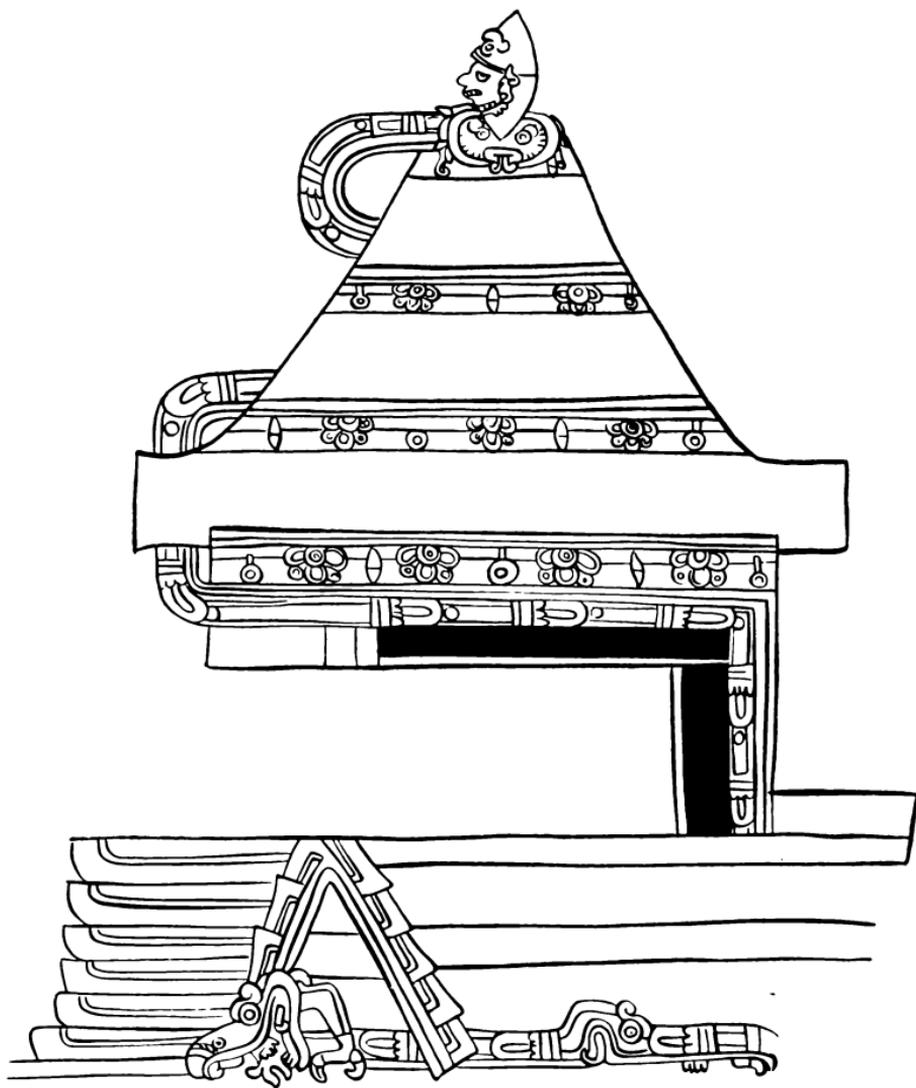


Fig. 28. Almenas teotihuacanas.

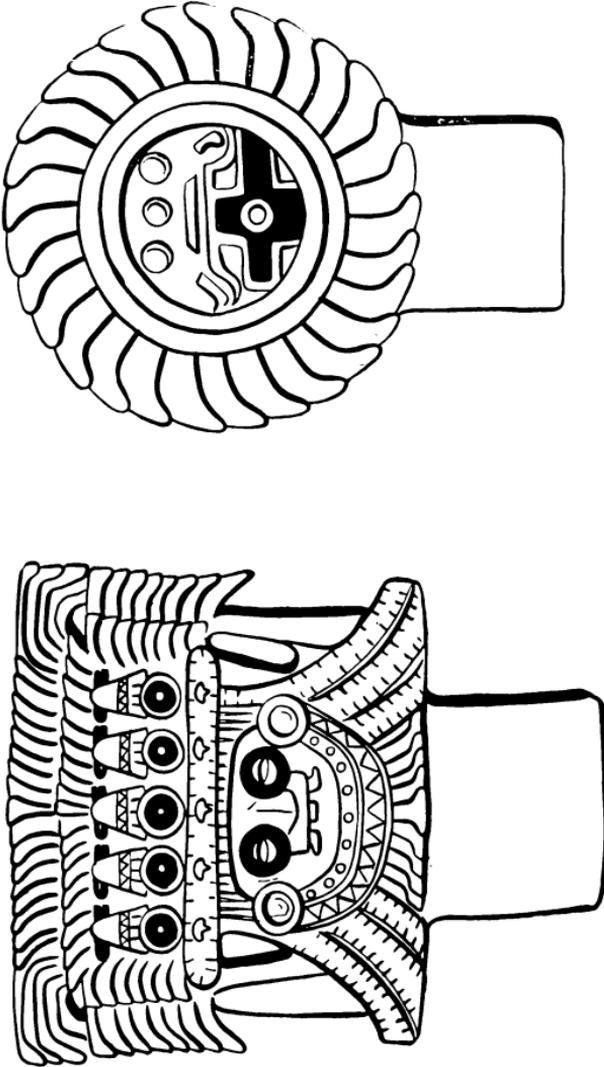


Fig. 29. Almenas teotihuacanas.

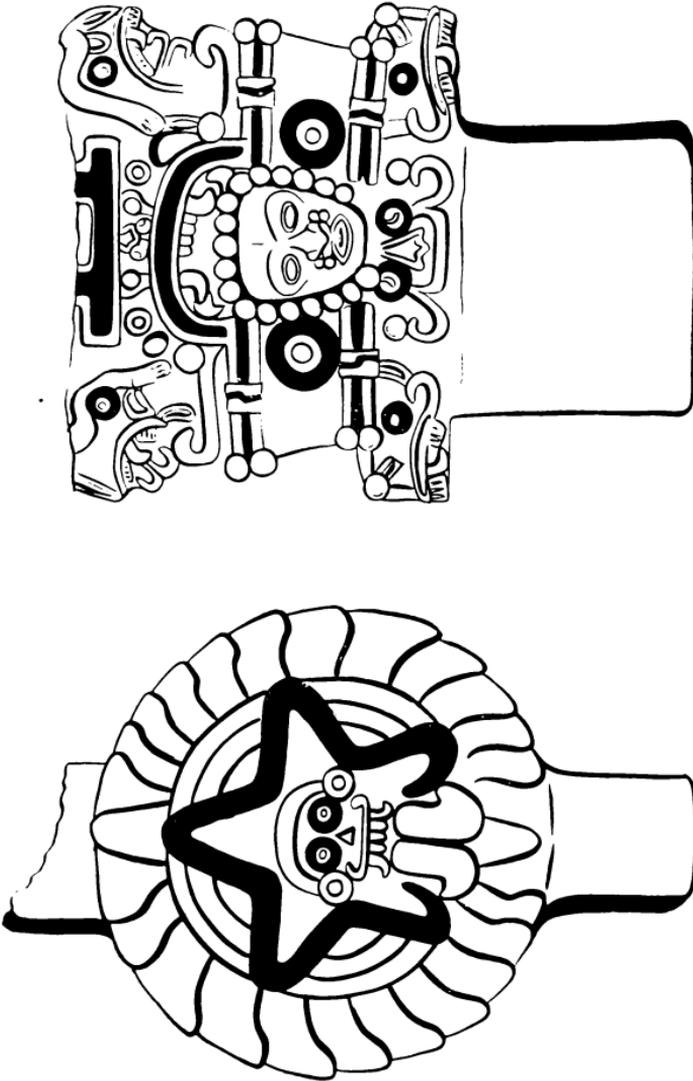
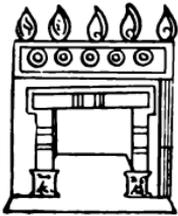
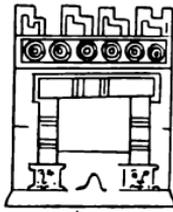


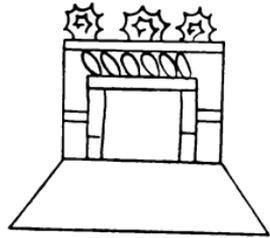
Fig. 30. Almenas teotihuacanas.



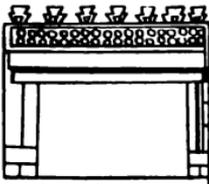
1



2



3



4

DURAN
1.2.3.4



5

BORBONICO
7



6



7

MENDOCINO

Fig. 31. Almenas aztecas.

imaginar que las variantes de un elemento arquitectural tan visible como la almena debía de ser abundante, tanto más si se observa la libertad con que se le trata entre los aztecas y en los códices (Figs. 31 a 33).

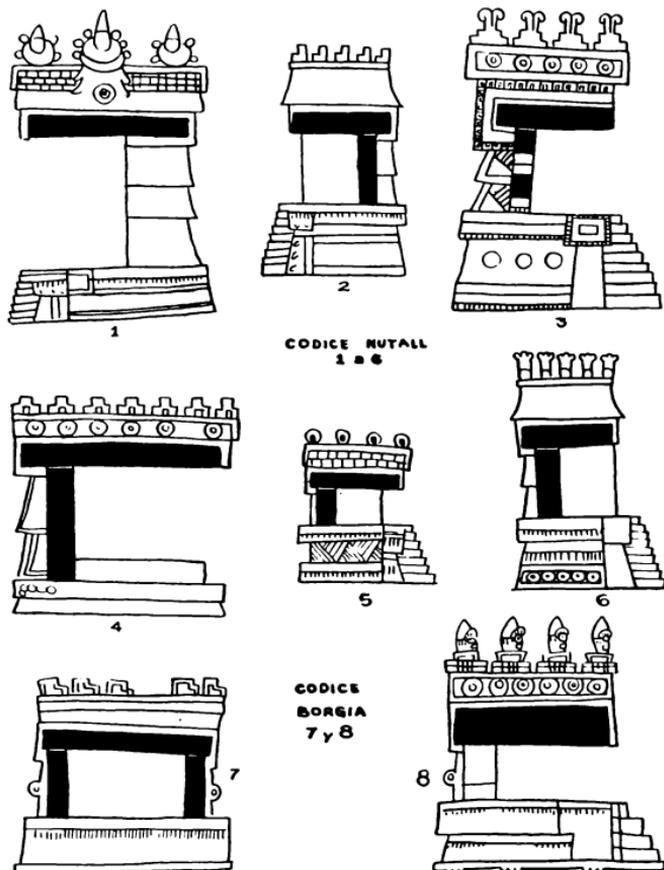


Fig. 32. Las almenas en los Códices.

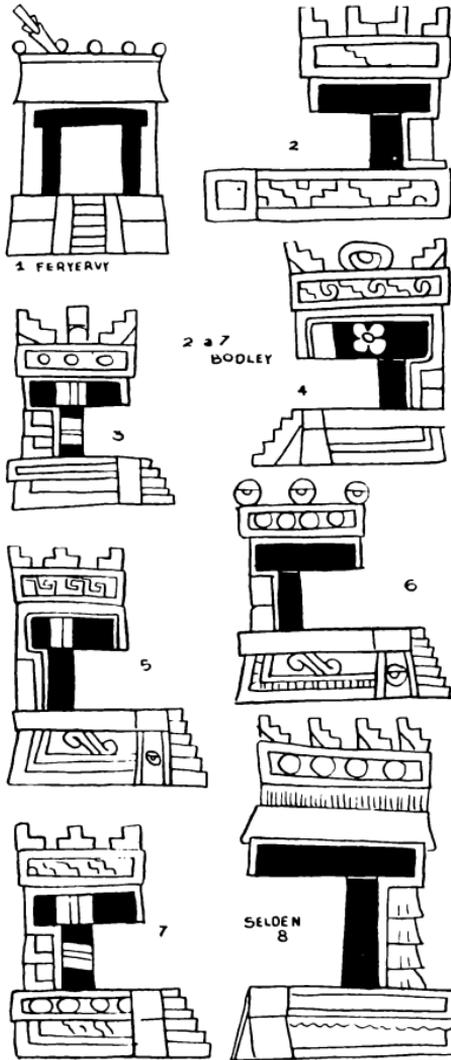


Fig. 33. Las almenas en los Códices.

c) *El caballete*

HEMOS visto que, alta o baja, la parte trapezoidal está invariablemente rematada por una cornisa donde se empotran las almenas y que soportan un caballete con el que forma un marco, la mayor parte de las veces liso. Su infalibilidad persuade de que debe de tratarse de un atributo formativo compuesto con la misma amalgama en-vuelta en estuco que forme los muros, y tan estable como ellos.

Por otra parte, la imagen de un templo cuyo caballete sostiene un penacho, ilustra mejor que cualquier otro documento el hecho de que además de poseer pinturas, esculturas y bajorrelieves, los santuarios eran embellecidos con ricos atavíos hechos de materias perecederas. La circunstancia de que el caballete parece haber constituido un elemento arquitectónico desnudo y que el único que conocamos revestido lo está con una materia tan frágil como la pluma, confirma que, como los del tiempo de la Conquista, los santuarios de la antigua metrópoli eran objeto de perpetuos cuidados.

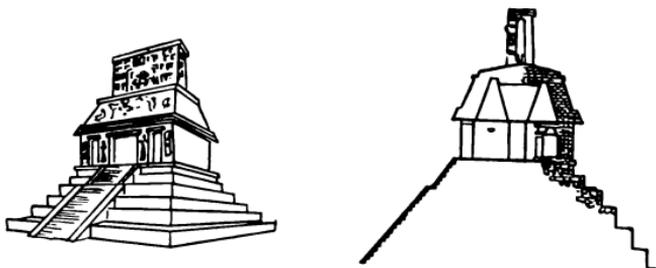


Fig. 34. La crestería en Palenque.

Al describir con entusiasmo lo que observaba a fines del XVI, Torquemada reanima el colorido y la gracia que debían reinar en Teotihuacán: "Ninguna cosa hubo en el mundo en que más conviniessen los gentiles de estas indianas tierras con los antiguos de otras regiones conocidas... que en ésta de adornar los templos y las casas de sus dioses. Porque aunque en servirlo pusieron mucho cuidado, fue mucho más singular el que tuvieron en enramarlos, y adornarlos, con flores y ramos, haciendo muchas labores de sus diferentes hojas; y aunque en esto pusieran mucho cuidado en tiempo de su gentilidad, mucho mayor ha sido el de su cristianismo y conversión a la fé. Y es tanto de ver el adorno que hacen a los templos e iglesias, que obliga a más admiración ver una iglesia de los indios

el día de fiesta particular, que la enraman, que todos los templos e iglesias de los españoles, no sólo de las Indias, pero de los de España..."¹³

El caballete es el único elemento arquitectónico que los aztecas abandonaron, si bien el techo—con su superficie ornada y enmarcada por una moldura lisa— parece reproducir en un solo plano el de Teotihuacán (Fig. 3). Los mayas también parecen haberlo adoptado a su modalidad constructiva, al disminuir sensiblemente el espacio interior de sus templos, la parte trapezoidal del techo constituyó una terraza demasiado estrecha para recibir las almenas en

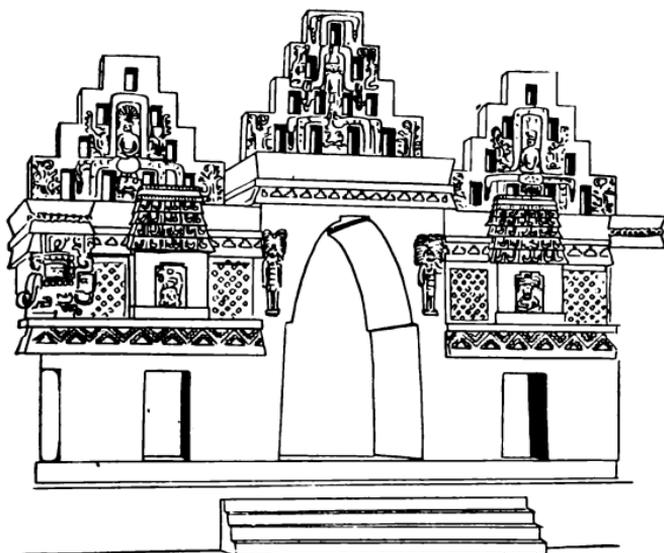


Fig. 35. Almenas en el arco de Labná, Yucatán.

cada lado y, por esa razón, recoge todo el andamiaje en el centro del edificio a la manera de una cresta (Fig. 34). Pese a su desplazamiento, este adorno recuerda el marco y los elementos dentados que lo inspiraron. Es de notar que los grandes adornos de ciertos centros de Yucatán ponen aún mejor en relieve el parentesco de la crestería maya con las almenas teotihuacanas (Fig. 35).

¹³ TORQUEMADA, *Obra citada*, Tomo II, p. 168.

El mismo abandono o cambio es general en los libros pintados.. El Códice Borgia provee de un caballete abierto a todos los techos de gran altura, y el Selden ofrece la novedad de una segunda hilera de almenas arriba del marco que encierra las primeras (Fig. 36).

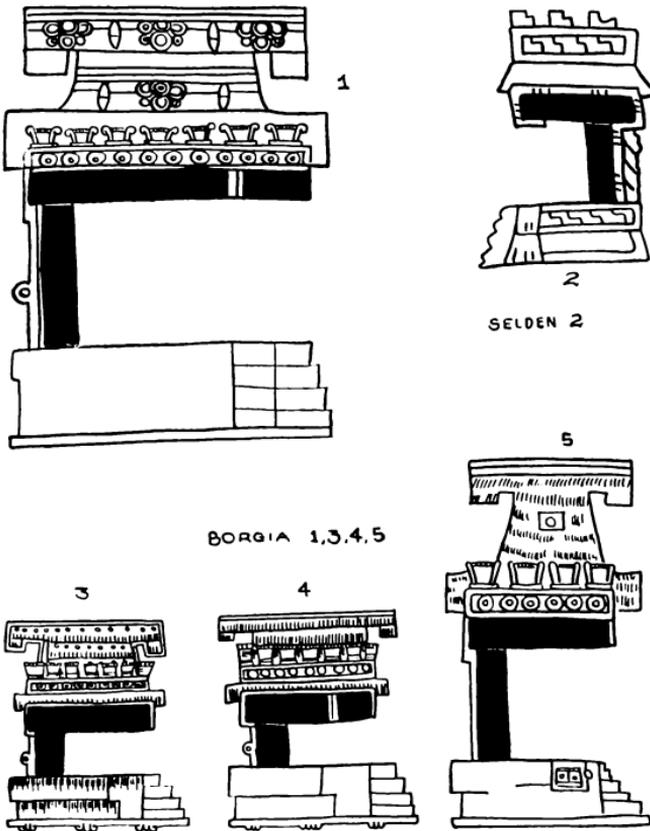


Fig. 36. El caballete en los templos de los Códices.

La costumbre teotihuacana de presentar el templo sobre las paredes de los edificios y de la cerámica, no parece tampoco haberse extendido. Que sepamos, las únicas zonas arqueológicas que lo representan son Labúa (Fig. 35) y Uxmal (Fig. 37).

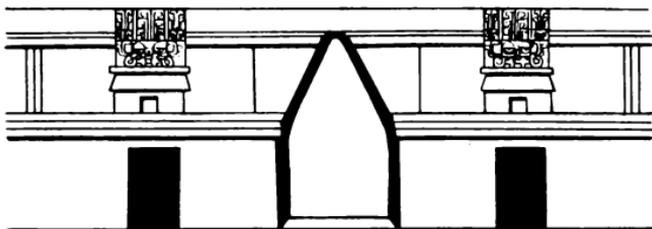


Fig. 37. Templos que adornan una fachada de Uxmal.

LA PROPIEDAD COMUNAL DE LA TIERRA Y LA COHESIÓN SOCIAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS MEXICANOS

Por José MIRANDA

PARA la mejor comprensión del tema enunciado arriba, conviene destacar, en brevísimo prólogo, dos rasgos fundamentales de los pueblos indígenas mexicanos en el período anterior a la dominación española.

Primero, la unidad íntima y sustancial de hombres y tierra en cada pueblo. Desde que la tribu nómada se asienta quedará transmutada; se transformará en una nueva entidad: en eso que, a falta de palabra mejor, llamamos pueblo, y con la que queremos significar pequeña unidad politicoterritorial independiente. Pero en estos por lo general diminutos cuerpos políticos, el conjunto y cada miembro se integran profundamente con la tierra, y de dicha integración derivarán su personalidad y su función. Resultará imposible, por ello, separar al hombre de la tierra, porque el hombre vive por y para la tierra, y porque, junto al hombre, la tierra es fuente casi única de bienes y servicios para la comunidad.

Segundo, el particularismo y el exclusivismo de las unidades políticas denominadas pueblos. Cada una de ellas se consideraba, y era en gran parte, distinta y opuesta a las demás. Aunque en su mayoría tuviesen un fondo racial común y formas de vida bastante parecidas, las separaba el idioma y la religión, si bien no siempre, y de manera más especial, el territorio en que se hallaban establecidas. Este fue, sin duda, el elemento que tornó a las diferentes comunidades indígenas más exclusivistas, el que más las encerró en sí mismas y las opuso unas a otras. Pues como las más poderosas o las más necesitadas, solían codiciar las tierras ajenas, ninguna confiaba en las demás, a todas las miraba con recelo, y vivía por ello en perpetua vela de armas, siempre presta a defender sus heredades. De ahí su desunión y encerramiento, y su particularismo irreducible. Y de ahí, asimismo, la apretujada cohesión interna de cada pueblo. El sentirse rodeadas de enemigos y el verse envueltas en continuas guerras, da a las comunidades indígenas una personalidad hosca, por fuera, y compacta, por dentro.

También para la mejor comprensión de nuestro tema, conviene definir en esta parte introductoria las formas de la propiedad indígena prehispánica.

Hubo esencialmente en la zona central de México, incluyendo Oaxaca, tres formas principales de propiedad: la común, asignada al pueblo; la privada, atribuida a la nobleza, y la institucional, adscrita a la Iglesia y el ejército, o a determinados servicios. La comunal, que era la más importante y es la que nos interesa aquí, correspondía al pueblo en su conjunto, pero estaba distribuida por partes, separadamente, a los clanes (*calpullis* o barrios), que constituían desde tiempo inmemorial, en casi todos los lugares, la base de la organización social. Por razón de su destino, las tierras comunales se dividían en tres grupos: el de las asignadas para el aprovechamiento individual —usufructo— de los miembros de cada clan; el de las señaladas para subvenir a los gastos públicos, y el de las destinadas a usos públicos o comunes, o sea, las baldías. Sólo las del primer grupo reclaman explicación. Esas tierras eran divididas entre los jefes de familia de los clanes, hasta donde ellas alcanzasen, debiendo corresponder a cada jefe, dentro del pueblo, un solar, para la edificación de viviendas y dependencias, y, en el campo, una parcela de terreno (*milpa*) cultivable, para hacer en ella las sementeras con cuyos productos se sostenía el grupo familiar. El disfrute de la unidad formada por el solar y la parcela estaba condicionado por el deber de labrar la milpa continuamente; quien dejaba de cultivarla durante dos años consecutivos perdía el usufructo de dicha unidad agraria. Este derecho de disfrute sólo podía transmitirse dentro de la familia, a la muerte del jefe; regularmente pasaba a uno de los hijos, casi siempre al mayor.

En esta disertación vamos a mostrar cómo la entrañable relación de propiedad comunal y cohesión social, que se produjo durante los tiempos prehispánicos, continuará en los posteriores, y cómo, gracias a esa estrecha vinculación, numerosos pueblos indígenas mexicanos conservaron una personalidad propia, muy distinta, casi opuesta cabría decir, a la que tuvieron los centros urbanos y rurales del conjunto hispanomestizo. El desarrollo de la expresada relación será presentado, por épocas características, en los capítulos siguientes.

Epoca Colonial

EL nexos entre propiedad comunal y cohesión social fue bastante afectado durante la colonia. Para evitar su destrucción o deterioro, los indígenas lucharon denodadamente a lo largo de la dominación

española. Hoy se reconoce que no salieron tan mal parados; pues si hubo factores que conspiraron en su contra, húbolos también que actuaron a su favor.

Factores adversos. Deben ser considerados como tales:

En primer término, el intento de *civilizar* a los indios, inculcándoles los valores y formas de vida que los españoles tenían. Machaconamente se insiste en los documentos de la época que el objeto de la conquista era evangelizar y poner a los indígenas en policía cristiana y europea.

En segundo término, la radical oposición entre la idea de la propiedad y la actitud ante ésta de indios y españoles. La idea de la propiedad dominante entre los hispanos fue la privada o particular, o la del dominio absoluto individual de tipo romano; la idea dominante entre los indígenas fue la colectiva o comunal, que imperó también en gran parte de Europa durante los tiempos primitivos. En cuanto a la actitud, el español veía la tierra como un medio para la adquisición de riqueza y de poder; por ello, su deseo de tierra no se saciaba jamás. El indígena, en cambio, consideraba la tierra como un medio para la satisfacción de necesidades muy primarias y para el cumplimiento de una función social; su deseo de tierra era, por tanto, limitado; se conformaba con la indispensable para la satisfacción de sus limitadas y estrechas exigencias.

Factores propios. Cabe señalar como acreedores a este concepto:

En primer lugar, el rechazo por los indígenas de los valores y formas de vida que se les quiso inculcar. No admitieron conscientemente y con sinceridad la religión católica, cuyos dogmas y misterios se hallaban fuera de su comprensión, ni aceptaron, por convicción, las normas éticas y jurídicas de los hispanos, tan alejadas de las suyas, que repugnaban el individualismo y el espíritu de lucro. Y si además, palpaban a diario el desacuerdo existente entre los principios religiosos y morales de los españoles y la conducta de éstos, ¿cómo no habían de aferrarse cada vez más a los principios y a los procederes propios, entre los que no había tan extrema e irritante discrepancia?

En segundo lugar, la separación de indios y españoles. No fue ésta una separación total, que impidiera el contacto de los unos con los otros, sino simplemente relativa, de los pueblos en que moraban. Tampoco fue una separación que duró mucho tiempo, pues los españoles lograron penetrar lentamente en las grandes poblaciones indígenas, como Tlaxcala, Texcoco, Cholula, Toluca, etc. . . , cercanas a los lugares en donde tenían sus empresas agrícolas y ganaderas, o en las cuales pudiesen establecer negocios mercantiles e industriales.

En tercer lugar, la subsistencia de las antiguas costumbres indígenas compatibles con la religión y las leyes españolas; y también, además, la aceptación por los gobernantes hispanos, de nuevas costumbres indígenas que no se opusiesen al derecho escrito, e incluso a veces que lo contrariasen. Las costumbres indígenas, tanto las antiguas como las nuevas, fueron tenidas muy en cuenta para el régimen de la propiedad y la organización económica, social y política. Es difícil distinguir las antiguas de las modernas, pero no cabe duda que la importancia de ambas fue enorme, pues, recogidas ora por las leyes ora por las disposiciones virreinales y los autos acordados por las audiencias, constituyeron quizá la mayoría de las normas jurídicas que regularon la estructura y el funcionamiento de las instituciones indígenas. En el derecho referente a la propiedad de la tierra habrán percibido esto muy claramente quienes hayan tenido trato frecuente con los documentos menudos tocantes a dicha propiedad que tanto abundan en los archivos regionales o locales de México.

En cuarto lugar, la conservación por los indios de un área autónoma, la municipal, que les reservó la Corona. Aunque con modificaciones, más legales que reales, los indígenas retuvieron en sus manos el régimen y el gobierno de sus pueblos, circunstancia ésta que supieron aprovechar para mantener vivos muchos de sus valores, normas y prácticas.

En quinto y último lugar, el exiguo número de españoles existentes en algunas regiones. En ellas tuvo por fuerza que ser mucho menor que en otras la presión ejercida sobre las tierras indígenas por los hispanos. Así ocurrió en Oaxaca, donde, al final de la época colonial, los españoles constituían apenas el 6.5% de la población, y en Puebla, donde sólo llegaban al 12%. El juego de los referidos factores, adversos y propicios, que actuaron con mayor o menor pujanza y que tuvieron diversa eficacia según las regiones, va a ser decisivo, y muy variado en consecuencias, para la supervivencia de la propiedad comunal y para la conformación de ésta. He aquí los resultados de este juego por lo que a ambas cosas respecta.

El afán de lucro y de poder de los españoles infundió a su ansia de propiedad enorme fuerza expansiva. Cuando ellos arribaron, la mayor parte de las tierras estaba baldía, pues los indígenas que precisaban pocas a causa de sus limitadas necesidades y de la carencia de ganados, sólo utilizaban las próximas a sus pueblos. Por lo general, los recién llegados no despojaron entonces a los indios de sus tierras. Tomaron las baldías, que les fueron distribuidas mediante las mercedes virreinales o las concesiones implícitas en el derecho de vecindad. Pero a medida que pasaba el tiempo y em-

pezaron a escasear los terrenos baldíos que les interesaban, presionaron fuertemente sobre las tierras de los indios. Las leyes dictadas para la tutela y protección de los naturales se propusieron defender la propiedad indígena, mas los españoles se valieron de toda clase de tretas y artimañas para ir la royendo.

La política legislativa de la Corona respecto de la propiedad indígena dirigió sus miras: a conservar la existente, y a protegerla contra los ataques de los españoles.

Dicha propiedad fue mantenida en su antigua estructura, pero se procuró la mayor asimilación posible de sus formas a las del sistema dominical español. Las disposiciones de las leyes y de las autoridades coloniales, conservando en lo esencial la contextura agraria preexistente, trataron de ajustarla a las pautas hispanas. Y de ese ajuste saldrá la propiedad de los pueblos indígenas con una configuración muy semejante a la de los concejos rurales españoles: con ejidos, baldíos, montes, etc., cuyo disfrute y administración fue regulado a la manera ibérica, que coincidía en lo fundamental con la indígena; pero el usufructo particular de solar y parcela fue convertido en una especie que se aproxima mucho a la propiedad privada: en rigor, se le asimiló a ésta, quitándole su naturaleza de disfrute condicionado.

Por este portillo se introdujeron los españoles para intentar apropiarse de los solares y las parcelas de los naturales, susceptibles ahora de transmisión. Pero dicho portillo fue casi completamente cerrado por la Corona hispana y por la resistencia que ofrecieron los pueblos indígenas a dicha conversión. La Corona actuó dictando disposiciones protectoras que privaron prácticamente a los indios del común (los macehuales) del derecho de disposición de esos bienes en vida, al prohibirles la venta de ellos, salvo en el caso de que les quedasen otras tierras útiles y bastantes para su labor y sustento, lo cual era raro. La comunidad indígena actuó de una manera quizá más efectiva presionando con el fuerte poder que tenía sobre sus miembros para evitar que incumplieran las reglas propias de la colectividad. Adquirieron los macehuales, sin embargo, un derecho que antiguamente no tenían, a saber, el de transmitir por testamento, cuando carecían de herederos forzosos, los bienes inmuebles que poseían; derecho a cuyo ejercicio se opusieron también las comunidades.

En definitiva, la situación de hecho en lo que se refiere a la antedicha forma no cambió gran cosa, pues la asimilación a la propiedad de tipo romano fue anulada o contrarrestada por las limitaciones legislativas y la irresistible oposición comunal. Que en la realidad imperó la antigua forma es mostrado reiteradamente por

mandatos virreinales dados a petición de los pueblos indígenas cuando algunos de sus vecinos se sustentaban de ellos, abandonando casas y parcelas; en dichos mandatos los virreyes resolvían, conforme a las costumbres, privar de esos bienes a los ausentes y autorizar a la comunidad para que los entregase a los vecinos carentes de ellos.

Pero no bastaba procurar la conservación de la propiedad indígena, era también necesario ponerla a cubierto o escudarla contra los ataques de los españoles. Pronto percibieron tal necesidad los monarcas y los virreyes, y a fin de remediarla dictaron una larga serie de disposiciones, con las cuales levantaron un valladar bastante eficaz en torno de las tierras comunales indígenas.

Como prescripción protectora más general dictada por la Corona puede considerarse aquella en que dispuso que no se dieran tierras en perjuicio de los indios, y que las así dadas, fuesen devueltas a sus legítimos poseedores. Con esta prescripción no se adelantó gran cosa, ora porque las tierras de los pueblos indígenas no tenían por lo general límites precisos, ora porque a los españoles no les faltaron medios, como la presión, el soborno o el engaño, para conseguir que los indios declarasen no estar en su perjuicio, aunque lo estuviesen, las caballerías y estancias que solicitaban de los virreyes. La prescripción protectora a que nos venimos refiriendo sólo podía ser completada de una manera eficaz mediante el señalamiento legal del área abarcada por las tierras de las comunidades indígenas. Un virrey —el Marqués de Falces— hizo primero esa fijación, y algo más de un siglo después, la Corona, en dos cédulas dictadas a dicho efecto. En conjunto, disponían éstas que se señalase a los pueblos indígenas de la Nueva España, para sus sembreras, una extensión de seiscientas varas en círculo, medidas desde la iglesia del lugar, y que si dichos pueblos fuesen de vecindad superior a la ordinaria, el virrey o la audiencia les repartiesen toda la tierra que creyesen necesaria para que los indios viviesen sin escasez ni limitación. Cabría citar otras muchas disposiciones protectoras, pero no es posible hacerlo en este breve estudio. Sólo mencionaré, por su importancia, la ya citada que ponía grandes limitaciones a la enajenación por los indios de sus propiedades y la que prohibía el embargo de éstas cuando los naturales cometiesen algún delito o cuando no pudiesen pagar sus deudas.

Pero el factor principal en la defensa de la propiedad indígena no fueron las armas legales ni la política protectora de la Corona, fueron los mismos indios a través de sus comunidades. Solos o divididos y separados, no hubieran logrado evitar o detener el continuo acoso de su patrimonio territorial por los españoles. Sin la

fuerza y la resolución de sus colectividades, las armas legales hubieran sido inoperantes; más o menos pronto se les hubiesen caído a los indios de las manos. Además, la defensa legal no constituía salvaguarda suficiente para la misma comunidad; por ello tuvo que acudir frecuentemente a procedimientos de hecho. Sin la recia unidad proveniente de su antigua constitución y sin el decidido y enérgico propósito colectivo de conservar la tierra propia, que consideraban como parte de su ser, como principal fuente de su vida y como cimiento de una posición económica independiente, sin esa fuerza y ese propósito de los naturales, nada hubiera contenido el avance de la marea española sobre las tierras indígenas. Pero la expresada fuerza tuvo que enfrentarse con otra, la de los españoles, sobre todo la de los poderosos (la de los constituidos en pueblos y la de los grandes hacendados), y en las luchas que entre ambas se entablaron, la victoria fue alcanzada casi siempre por la fuerza mayor o por la más agresiva y tenaz. Pudieron las comunidades indígenas salir perdiendo más o menos frecuentemente en tales luchas, y sufrir despojos y mermas grandes en sus patrimonios comunales, mas no por eso dejaron de resistir y de aferrarse a las tierras que les quedaban, por malas o estériles que fuesen. Tal es el caso, por ejemplo, de los pueblos otomíes del Valle del Mezquital, que a pesar de haber sido expulsados por los españoles de sus mejores tierras, las fértiles y ricas de la región de Ixmiquilpan, se apegaron a las áridas que retuvieron, y aun lograron prosperar en ellas, combinando la precaria explotación agrícola con la dedicación a artesanías y oficios, en los cuales empleaban los escasos productos que rendían los montes y baldíos del país. Prueba de que supieron sobreponerse a la situación en que quedaron, sin abandonar las tierras de sus antepasados, es que la población de dichos pueblos aumentó considerablemente (los cuatro mil habitantes que tenían a mediados del siglo XVII, subieron hasta veinte mil aproximadamente a fines del siglo XVIII).

El espíritu recio y tenaz que los pueblos indígenas pusieron en la defensa de sus tierras, nos es mostrado por los múltiples procedimientos a que recurrieron con tal objeto. Además de los de naturaleza legal referidos antes, utilizaron otros que también la tenían, verbigracia: a) el de proveerse de resguardos especiales de los virreyes para las tierras amenazadas —las acordadas de seguro y amparo, conforme a la terminología de la época—; b) el de obtener ellos mismos, en los baldíos cercanos que tenían fuesen ocupados, estancias de ganado menor y caballerías de tierra, por la vía de la merced; c) el de conseguir, por mandamiento del virrey, la reserva de tierras comarcanas; d) el de solicitar amparos virreinales para la

preservación de sus bienes, impedir ventas ilegales y cortar las presiones o coacciones dirigidas a privarlos de alguna parte de sus bienes. Junto a los procedimientos de carácter legal, son reseñables algunos que carecieron de él, pero que no dejaron de ser pacíficos; como principal señalaremos la prolongación ficticia de las sembradas y poblados, creando verdaderas avanzadas de cultivos y edificaciones, a manera de zonas de contención, que les permitieran amortiguar la presión de los españoles cuando se produjera. Pero los más temibles para los españoles fueron los procedimientos de índole agresiva que solieron utilizar los pueblos de indios al fallar los legales y los pacíficos, y que consistieron en la quema de campos y cultivos, en la matanza de ganados y en ataques armados a las haciendas y a los pastores. Sobre las haciendas cayeron a veces por sorpresa, en grandes masas, llevando a cabo verdaderas *razzias*. En arrebatos de desesperación, recurrieron también a los levantamientos, aunque de tarde en tarde.

La cohesión social de los pueblos indígenas se mantuvo casi íntegra a causa de su relación con la defensa de la propiedad. Verdad es que esta defensa no hubiera sido posible sin aquella cohesión ancestral; pero es verdad asimismo que si la propiedad comunal indígena hubiese sido desintegrada por la Corona en el caso de haber seguido respecto de ella una política contraria a la que se trazó, habría carecido de razón de ser la defensa de la propiedad, y, por lo tanto, la cohesión social se hubiera desmoronado. La desintegración de la propiedad comunal no podría dejar de tener como consecuencia la desaparición de la cohesión social. Creemos, por consiguiente, que gracias a la supervivencia de aquella propiedad y a la necesidad de sostenerla, pudo subsistir la cohesión social indígena durante la dominación española.

Claro que al aseguramiento de la cohesión social contribuyeron otros factores. Entre los principales, cuéntanse los mismos que favorecieron la conservación de la propiedad comunal, expuestos al comienzo, y singularmente, la subsistencia de las antiguas costumbres indígenas, la separación de indios y españoles y la retención por los aborígenes del régimen y el gobierno de sus comunidades. Este fue, a nuestro entender, el factor más operante, pues gracias a él pudieron los pueblos indígenas preservar y rehacer la aristocracia dirigente o el equipo sustentador del liderazgo, faltos del cual la conservación de la unidad y de la acción defensiva hubieran sido imposibles, e inimaginables. Fue aquella aristocracia, la antigua y la nueva o la mezcla de ambas, la que supo conservar el depósito de tradiciones y costumbres, y mantener vivo el espíritu propio frente al ajeno; a esto, más que nada, tendió el grupo dirigente,

atizando la hoguera de los odios y rencores que la conducta y los excesos de los españoles provocaban entre los indios. A dicho grupo debe la cohesión social tanto o más que a los macehuales, enconados defensores de sus tierras; fue la cabeza de la cohesión y el hábil aprovechador de los sentimientos y fuerzas de los indios del común, y de todos los medios y procedimientos que el legado propio, la política tutelar española y las circunstancias le suministraron o pusieron a su alcance.

La cohesión social aplicada a la defensa de la propiedad comunal, y reforzada por ésta, logró salvar a fines de la dominación española buena parte del patrimonio territorial aborigen. Pero a pesar de ello, la situación general de los indios, por lo que atañe a sus posibilidades como agricultores era bastante desconsoladora a principios del siglo XIX, y no tanto por la merma que en conjunto habían experimentado sus heredades, sino más bien por la gran dilatación de las haciendas españolas, que cercaban por todas partes las áreas territoriales de las comunidades indígenas, impidiendo a éstas el menor aumento de sus tierras para dar acomodo a nuevos vecinos. Los documentos de la época muestran hasta la saciedad ese fenómeno en las zonas más pobladas de la Nueva España: pueblos de indios que acuden a los virreyes quejándose del "cerco" hispano y solicitando remedio para sus necesidades de tierra, y contestaciones de dichos magistrados manifestando no serles posible aumentar la dotación territorial de dichos pueblos por no existir en su torno parcela alguna que no poseyeran, con título legítimo, los españoles.

Sin embargo, el balance general no era tan desfavorable para los indígenas en los últimos años de la colonia. Según el censo formado por Navarro y Noriega en 1810, había aún en la zona central del país (intendencias de México, Guadalajara, Puebla, Veracruz, Oaxaca, Guanajuato, Valladolid, San Luis Potosí y Zacatecas, y gobierno de Tlaxcala) unos cuatro mil pueblos indígenas, en los cuales debía habitar gran parte de los tres millones de indios de comunidad empadronados en dichas intendencias, pues el número de indios laboriosos o asalariados era relativamente pequeño; no creemos, de acuerdo con las cifras parciales recogidas de otros censos, que ese número pasase de quinientos mil. Entre paréntesis debemos decir que la población indígena rebasaba a la restante de la zona central en un millón doscientos mil individuos, aproximadamente.

*Epoca Nacional**Desde la Independencia hasta la Reforma*

NADA propicio fue para la propiedad comunal de los pueblos indígenas el régimen liberal e igualitario que se dio la nación mexicana cuando alcanzó su independencia. Los corifeos de ese régimen consideraron en nuestro país, como en otras partes, que el único correctivo para los padecimientos sociales era la igualdad, y que la intervención del Estado se oponía radicalmente a la libertad igualitaria, columna mayor del nuevo sistema político. El Dr. Mora, que suele ser conceptuado, no sin razón, como el ideólogo más destacado del período anterior a la Reforma, decía que, con la independencia, se había proclamado "la igualdad de derechos para todas las castas y razas", y que, desde entonces el gobierno mexicano había cumplido su palabra "con una religiosidad escrupulosa, removiendo todos los obstáculos que podían oponerse al progreso de cualesquiera de las clases de la sociedad"; añadiendo a esto que "no sólo las leyes habían proscrito cuanto se oponía a los enlaces que debían hacer cesar las distinciones insociables, sino también los hábitos de la sociedad, que habían sido de hecho modelados en su totalidad bajo las bases de la más perfecta igualdad". Bástenos con un ejemplo como muestra, ¡habría tantos que poner!

Para los indígenas, las consecuencias lógicas de tales normas fundamentales tendrían que ser, por un lado, la desaparición de su sistema de propiedad, que era especial y privativo, o sea contrario a la igualdad, y la pérdida de los organismos protectores a ese sistema, que atentaban contra la libertad, por ser hijos de una política intervencionista, y también contra la igualdad, por ser propios o exclusivos de un grupo social. Con la igualdad como pauta, se hizo tabla rasa de todas las distinciones raciales y sociales, al menos sobre el papel. Los indios, mestizos y castas dejaron de existir; debían ser considerados y denominados ciudadanos o mexicanos como los demás súbditos del Estado, y se prohibió darles los antiguos nombres en los documentos y en el trato público y social. Jurídicamente, por lo tanto, los indios fueron borrados del mapa humano nacional. En la realidad, sin embargo, siguieron como antes, asidos a su legado espiritual e institucional, por cuya conservación continuarían luchando, teniendo que arrastrar una penosa vida al margen de la sociedad nacional, que los consideraba como un estorbo o una rémora para su progreso, siempre despreciados y agraviados por sus conciudadanos, los blancos y los mestizos, a quienes la ley conceptuaba como sus iguales.

La defensa de su propiedad va a ser ahora más difícil para los aborígenes, carentes de los instrumentos protectores que les facilitó una política orientada en sentido opuesto a la nueva: diferenciador y amparador. Mas no por eso se arredrarán. Parapetándose en su cohesión social, único baluarte que les queda ya, mantendrán aquella defensa . . . mientras les sea posible, pues en esta época los enemigos son más, a los españoles hay que añadir los mestizos, y la presión más recia, la de los gobiernos federal y estatales.

Los ataques a la propiedad indígena comienzan pronto, pero sólo hasta el próximo período, el que cubre la Reforma y el porfiriano, no se agravan y amplían mucho.

Hasta la Reforma todas las embestidas contra las tierras de comunidad provienen de los Estados: Zacatecas, Veracruz, Puebla, Occidente y Jalisco. Las disposiciones de variada índole y alcance que dictaron sus legislaturas tuvieron como objeto repartir y otorgar en propiedad particular, entre los indios, los patrimonios comunales de sus pueblos. Sólo en el Estado de Puebla no se aplicaron dichas disposiciones; en los demás, su aplicación corrió muy varia suerte, ya que la resistencia de los indígenas y los cambios políticos en el país impidieron o frenaron con diversa intensidad la ejecución de lo ordenado. En algunos lugares donde la mezcla racial había sido muy grande, se tropezó con el peliagudo problema de saber quiénes eran indios; así ocurrió en el Estado de Jalisco, pues allí no había casi pueblos considerados como indígenas cuyos habitantes no fueran en gran parte mestizos de diversas clases.

Reforma y Porfiriano

Los prohombres de la Reforma se propusieron llevar hasta sus extremos límites los principios liberales e igualitarios, y decretaron la muerte de la propiedad comunal, extinguiéndola por completo en las cláusulas destinadas a ésta que forman parte de las Leyes desamortizadoras.

La actitud de los pensadores liberales más destacados fue cruda y tajantemente definida por Pimentel, en su célebre *Memoria sobre las causas que han originado la actual situación de la raza indígena y medios de remediarla*. Decía ahí: hay que abandonar el sistema comunal y "repartir las tierras de comunidad, como lo previenen las leyes llamadas de Reforma"; pues aquel sistema había hecho perder al indio "todo sentimiento de individualismo y de empresa personal".

La ley desamortizadora promulgada el año 1856, de acuerdo con la doctrina liberal acerca de la propiedad, privó de sus bienes

rústicos y urbanos a los pueblos indígenas, y mandó que los no arrendados fueran vendidos al mejor postor en subasta pública; sólo exceptuó de ésta a los edificios, ejidos y terrenos destinados al servicio público de las poblaciones a que pertenecieran. Para remachar tales disposiciones, la Constitución de 1857 prohibió a las corporaciones civiles, entre las cuales se encontraban los cabildos indígenas, adquirir o administrar bienes raíces. De esta manera se pretendía, por un lado, quitar a las comunidades el derecho de propiedad de sus tierras y el de administrarlas, y por otro lado, convertir a los indios en propietarios individuales de sus parcelas, obligándolos a adquirir en subasta pública esos bienes, si es que querían retenerlos.

La respuesta de los indios a estos atentados contra lo más sagrado de su patrimonio secular, no se hizo esperar. Ante tan rudo golpe, su cohesión se acentuó y produjo una vigorosa reacción. En defensa de sus heredades, volvieron los pueblos indígenas a recurrir a todas las armas a su alcance: a los levantamientos bélicos, a las resistencias amenazadoras, a las prácticas dilatorias, a las argucias legales, como ventas y transferencias simuladas, etc., etc. Algo logró el gobierno en ciertos lugares, pero no fue mucho. La empecinada repulsa de los indios sólo fue vencida acá o allá en las partes más débiles y también en aquellas regiones donde los indígenas estaban muy mezclados con individuos de otras razas.

Debido a ello, la campaña gubernamental dirigida a la destrucción de la propiedad comunal aborígen fracasó en gran medida. Muéstranlo mejor que nada los informes poco halagüeños que transmiten al gobierno federal las autoridades superiores de los Estados. Dice una de estas autoridades, el gobernador de Veracruz, en oficio de 1870, que desde el año 1826 ha estado luchando para realizar la división de los terrenos comunales, y que, desde aquella fecha, fueron dictadas diversas disposiciones con el referido objeto, sin conseguir gran cosa; en varios pueblos se había logrado la división de dichos terrenos, pero que si se comparaban éstos con los que aún quedaban por dividir, era muy poco o insignificante lo conseguido. Otra de las referidas autoridades, el gobernador de Morelos, informaba en 1871 que se había ocupado sin cesar de la desamortización de las tierras comunales, pero que aún se necesitaban mayores esfuerzos, y que era del sentir que la desamortización de dichas tierras sólo se conseguiría por medios indirectos, interesando en ella a los que siendo indios de raza pudieran ejercer alguna influencia sobre sus compañeros, ya que era tenaz la resistencia que oponían al reparto equitativo que pudiera hacerse. En algunos otros gobernadores parecía dominar la opinión, coincidente en lo general con la de los anteriores, de que no se saldría ganando mucho con

el empeño de transformar la propiedad comunal en individual, pues los indios se oponían reciamente a ello, y ni premios ni amenazas los hacían cambiar de criterio.

Durante el porfiriato no fue ya la desamortización, que casi permaneció en estado estacionario, el problema más grave para los indios en relación con sus propiedades comunales, sino uno nuevo y de muy distinto carácter: la venta en escala descomunal de los terrenos baldíos.

Los gobiernos que presidieron Porfirio Díaz y Manuel González, deseosos de impulsar el progreso económico del país, decidieron atacar a fondo el problema, que ya había preocupado a otros regímenes, de la escasa productividad agrícola nacional, mediante la venta y la colonización de las tierras no aprovechadas. Los preceptos de la ley expedida en 1883 con dicho propósito autorizaban la formación de compañías para llevar a cabo el deslinde de los baldíos y ofrecían a tales empresas, como compensación de los gastos que realizasen, una tercera parte, a lo más, de las tierras deslindadas; el resto quedaría en poder del gobierno, quien podía venderlo a las mismas compañías o a particulares, aunque en cantidad limitada. En nueve años fueron deslindadas cerca de cuarenta millones de hectáreas, de las cuales unos veinticuatro millones pasaron a manos de las compañías o de particulares por cantidades insignificantes y sin apego a lo dispuesto. Una ley complementaria de la anterior aumentó las facilidades dadas para malbaratar los baldíos, pues declaró ilimitada la extensión de tierra adjudicable y suprimió la obligación de colonizarla. Esta gran operación, realizada sin reparar en nada produjo nuevos y enormes latifundios y el ensanchamiento de los antiguos, en detrimento de la pequeña propiedad y de la comunal indígena.

Tanto los poseedores de aquella como de ésta, que carecían por lo general de títulos regulares o adecuados, y también por lo general no tenían delimitadas sus tierras, eran despojados de sus heredades o de parte de ellas por las compañías deslindadoras, al exigirles la titulación correcta y la precisa determinación, legalmente comprobada, de sus posesiones.

Las comunidadaes indígenas, apretando sus filas, se vieron obligadas a intensificar la lucha por sus tierras, que aún sostenían para hacer frente a la desamortización. Hallándose en situación cada vez más desesperada, emplearon ahora más frecuentemente la violencia. Conocidos son los levantamientos de Pihuamo, en Jalisco, y de los indios yaquis y pimas, en Sonora; este último se convirtió en una grave y extensa rebelión, que preocupó mucho al gobierno federal. La agresiva y sostenida oposición de los aborígenes conmovió pro-

fundamente al régimen porfirista, el cual trató de dar una reparación a los agraviados, dictando en 1896 una ley que confería al Poder Ejecutivo la facultad de conceder a los pueblos indígenas, y a los indios en general, las tierras en que se hallaban previamente establecidos, por estimarse que eran poseedores de buena fe, y que sólo a causa de su ignorancia y de su pobreza habían dejado de poner en condiciones legítimas sus patrimonios territoriales.

La cohesión social de los indios permitió a éstos defender con ahínco sus tierras de los ataques más graves que sufrieron en el siglo XIX: la desamortización total y la venta en masa de los baldíos. Ciertamente es que una parte considerable de esas tierras pasó a otros dueños, a los grandes propietarios principalmente. Pero es cierto asimismo que fue bastante alto el coeficiente de pueblos indígenas que aún conservaban sus bienes comunales a principios del siglo XX. Todavía en 1910, el 41% de dichos pueblos retenían sus antiguas tierras. Sin embargo, como era cada vez menor el número de indios y mayor la introducción en sus comunidades de gente extraña, mestizos de todo orden en su mayoría, la cohesión social indígena se irá debilitando paulatinamente y aflojando, por ende, la resistencia opuesta por los aborígenes a los ataques contra la propiedad, y el sistema de ella, que les habían legado sus mayores.

FRANCISCO ZARCO, EL GRAN PERIODISTA DE LA REFORMA

Por *Jesús SILVA HERZOG*

ESTE gran periodista y político liberal sin tacha, nació en la ciudad de Durango el 4 de diciembre de 1829. A causa de los escasos recursos familiares el niño Francisco pudo tan sólo cursar la enseñanza primaria; pero como le movía un deseo incontenible de saber, estudió sin pausa durante toda su vida por su cuenta, llegando a adquirir amplísima cultura en diferentes disciplinas. Además conocía el inglés, el francés, el italiano y el latín, revelándose en más de una ocasión como excelente traductor. Desde los 15 años tuvo que ganarse la vida, para lo cual se trasladó a la capital de la República. Su primer empleo lo desempeñó en la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde poco a poco fue ascendiendo debido a su dedicación y hombría de bien. Su verdadera vocación fue el periodismo, al que dedicó la mayor parte de su vida. Hombre de convicciones, honrado a carta cabal, sincero e intransigente con las fallas, errores o arbitrariedades de los gobernantes, sufrió en más de una ocasión persecuciones injustas y encarcelamientos. El primer día de enero de 1852 se le nombró redactor del *Siglo XIX*, famoso periódico de la época, del que Zarco fue director durante varios años y en diferentes períodos. En este diario apareció su último artículo el 11 de octubre de 1869, semanas antes de su muerte.

Don Francisco Zarco fue tres veces diputado. Una de ellas en el Congreso Extraordinario Constituyente de 1856-1857, del cual fue cronista e historiador, así como también un miembro destacado y brillante. Se sumó sin vacilaciones, en cuerpo y alma, al grupo magnífico de liberales que luchó al lado de don Benito Juárez, defendiendo valientemente, sin vacilaciones, los dos principios que todavía hoy en 1966 son norma de nuestra política exterior: los principios de no intervención y de autodeterminación.

Durante la permanencia del gobierno juarista en el puerto de Veracruz, Zarco, desde la ciudad de México y en la clandestinidad, estuvo prestando notables servicios a dicho gobierno, tanto desde el punto de vista de la propaganda como allegándole importantes recursos. Al fin fue descubierto y encarcelado en una celda fría,

lóbrega e inmundada. Lo libertó el triunfo de los patriotas republicanos después de la batalla de Calpulalpan en que González Ortega derrotó a Miramón; mas la salud precaria de Zarco salió quebrantada para el resto de su vida después de 7 meses de duro cautiverio que sufrió con la entereza acerada de su carácter. En 1861 sustituyó a Ocampo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, durante unas cuantas semanas. Después siguió a Juárez en su heroica peregrinación hacia el centro y norte del país, defendiendo siempre los principios democráticos con su clarísimo talento, tanto en el periódico que fundó en San Luis Potosí como en el de Saltillo. Por supuesto que también en tales periódicos dirigió ataques certeros al imperio de Fernando Maximiliano de Habsburgo. De la última población citada, don Francisco Zarco se dirigió con su familia a los Estados Unidos, radicándose en Nueva York. Desde esta urbe ya entonces inmensa para la época, Zarco no cesó de defender al gobierno legítimo de Juárez por medio de escritos que se publicaban en órganos de la prensa de diferentes naciones. Don Francisco y los suyos vivieron en la pobreza durante tres largos años. Meses después de la restauración de la República, la familia Zarco desembarcó en Veracruz el 2 de octubre de 1867. Nuestro biografiado se hizo cargo una vez más de la dirección del *Siglo XIX*. Dos años después una tuberculosis pulmonar terminó con la vida de este gran patriota, de este patriota ilustre, de este ciudadano ejemplar. Su muerte acaeció el 22 de diciembre de 1869. El sepelio de Zarco fue una manifestación de duelo popular. Ante sus restos mortales hicieron uso de la palabra Ignacio M. Altamirano, José Ma. Iglesias, Justo Sierra y Joaquín Baranda.

Entre sus obras debemos citar la *Historia del Congreso Constituyente*, *Comentarios sobre la intervención francesa* y *Comentario del Tratado de Miramar y dificultades prácticas para la transformación monárquica de México*. También hay que mencionar el libro de Oscar Castañeda Batres titulado *Francisco Zarco*, libro que contiene interesante selección de artículos del ilustre duranguense; pero inevitablemente faltan muchos otros que debieran recogerse y darse a la luz pública. Esta tarea nos parece que corresponde a la Universidad Nacional Autónoma de México.

Pasemos ahora a examinar algunas de las ideas de Zarco susceptibles de clasificar como economicosociales, a sabiendas de que lo predominante de su pensamiento se aventura por el campo de la política.

Al referirse a la raza indígena, de la que Zarco se muestra defensor sincero y apasionado, su actitud es contraria a la tesis de la superioridad de una raza sobre otras. En su opinión, pasó el tiempo

en que se sostenían con éxito tales ideas, pues hoy —dice— se sabe bien que cualquier individuo es capaz de grandes concepciones filosóficas y gozar de la libertad y de las ventajas de los principios esenciales del cristianismo. Zarco cree necesario distribuir tierras a los indios "para disminuir el número de proletarios y aumentar el de propietarios"; suprimir los abusos de las autoridades; fijar un salario conveniente; generalizar "a costa de cualquier sacrificio la instrucción entre los indios", y extender entre ellos la doctrina cristiana. Estas ideas de nuestro autor son enteramente actuales y por lo mismo pueden ser sostenidas por una persona progresista en 1966, aun cuando por supuesto dándoles un mayor desarrollo. Como muestra del indigenismo de Zarco, copiamos el párrafo que sigue:

"En ninguno de nuestros gobiernos ha habido el sistema de oprimir a la raza indígena, ningún partido se lo ha propuesto tampoco, ya no hay ese odio y ese desprecio a los indios; pero nuestras disensiones y nuestras revueltas han hecho que todos los gobiernos que tan rápidamente se han sucedido, atendiendo sólo a prolongar su existencia, no hayan tenido tiempo de ocuparse de la suerte de los indios. Estos, extraños a los negocios políticos, sólo han sentido de la sociedad las cargas más penosas y ninguna de sus ventajas. En algunos puntos verdaderos esclavos de los ricos propietarios, han llegado a exasperarse y a hacer una guerra de exterminio y de venganza, propia, a la verdad, de la barbarie en que se les ha tenido hundidos.

"Hasta ahora los indios no han gozado de derechos políticos, ni han encontrado ventaja en ninguno de los sistemas porque hemos pasado. Ellos son los que cultivan la tierra; sin ellos no fuera productiva nuestra agricultura; ellos abastecen de provisiones a las ciudades todas; y su trabajo, estéril para ellos, sirve para aumentar la fortuna de los propietarios. Sufriendo exacciones para mantener a una sociedad de que no reciben beneficios; alimentando con el fruto de su trabajo a párrocos ignorantes como ellos, y que exigen por sí un culto absurdo e impío; arrancados de su hogar para servir por fuerza en el ejército; llevados a la muerte para defender al resto de la sociedad y, cuando mutilados en la guerra, mendigando un pedazo de pan en las ciudades: tal es, sin exageración, la suerte de la raza indígena; fatal para ella, contraria a la civilización, la democracia y el cristianismo y perjudicial, en fin, para la República".

A mediados de 1857 un grupo de negros procedente de los Estados Unidos se acercó en el estado de Veracruz, formando una pequeña colonia. En algunos periódicos norteamericanos se aconsejó al gobierno que expulsara de nuestro territorio a la gente de

color, gente ingobernable que causaría daño a México. Este racismo rabioso e irracional de nuestros vecinos blancos no se ha extinguido todavía al escribir estas líneas. Zarco contestó en el *Siglo XIX* a tales periodistas, sosteniendo los puntos de vista de México opuestos a toda discriminación por el color de la piel, sosteniendo los principios proclamados por Hidalgo y Morelos en la lucha por la Independencia; y a este propósito escribió nuestro insigne periodista un artículo excelente, del cual tomamos como muestra el párrafo que sigue:

"Si somos enemigos de la esclavitud es porque el negro es hombre, porque el negro es nuestro hermano; y si celebramos verlo libre, no podemos querer para él leyes de exclusión que lo alejen de la influencia civilizadora de las sociedades cristianas. México al proclamar la emancipación de todo hombre que pise su territorio, al hacer de su atmósfera un aire de libertad, al negarse a la extradición de los esclavos, no ha querido hacer vanas declaraciones, sino seguir todas las consecuencias de sus humanitarios principios. El negro goza en México de todas las garantías que concede al hombre nuestra acta de derechos; no sólo puede ser colono, está llamado si quiere, a ser ciudadano, a ejercer funciones públicas, y éste es uno de los timbres honrosos de nuestra patria. En el caso de la nueva colonia, por humanidad, por patriotismo, por respeto a la ley del país, no podemos consentir que se aconseje al gobierno que se oponga a la inmigración de una raza agraviada, que aún es esclava en algunas partes de nuestro continente".

Frecuentemente escribe artículos sosteniendo la necesidad de construir caminos carreteros en la República, medio indispensable para fomentar la agricultura, las industrias y el comercio. Puede decirse que esta necesidad era un clamor en nuestro país desde poco después de consumada la independencia y en los años posteriores a través del *Siglo XIX*. A raíz de la Revolución de Ayutla, este mexicano ejemplar, se duele de los errores y de los males sin cuento que afligen a la patria; y como buen liberal y buen patriota, al denunciar esos males y esos errores, escribe:

"¿Qué importa que haya buenos caminos si nadie puede recorrerlos sin pasaporte, sin registro, sin vejación; si las mercancías han de permanecer estancadas en unos cuantos puntos, y ha de haber trabas que hagan imposibles el desarrollo de la agricultura y de la industria? ¿Para qué quiere buenos puertos, radas seguras y faros salvadores el país que no admite en sus costas buques extranjeros, que rechaza a la nueva población y prohíbe caprichosamente el libre cambio? ¿Quién ha de emplear sus capitales en canalizar los ríos, en construir puentes, en desecar pantanos, si la propiedad está inse-

gura, si la leva ha de privar de brazos a los trabajos útiles, y si los hombres que se reúnen a promover tales mejoras han de inspirar desconfianza y temores? ¿Habrá colonización donde sean frecuentes las contribuciones de guerra, los préstamos forzosos y las vejaciones de la fuerza armada? ¿Qué progreso, qué adelanto es posible donde el ciudadano vive a merced de despreciables esbirros, donde es omnipotente el yugo del denunciante? ¿Cómo ha de haber mejoras donde se reprime la voz de las localidades y se quiere sostener la más absurda centralización administrativa?"

Siete años antes cuando tenía apenas veintiún años y se iniciaba en el periodismo, expresó:

"...háganse arreglos radicales en toda la máquina social; foméntense y empréndanse con los fondos públicos la apertura o mejora de los caminos y demás vías de comunicación, sin las cuales no puede haber ni agricultura ni verdadero comercio; promuévase a toda costa la inmigración extranjera; décrete algo con respecto a los terrenos baldíos y dispóngase de ellos con equidad; aliéntense y protéjense las empresas agrícolas y mineras, fuentes primordiales de nuestra riqueza pública; arréglese como es debido la instrucción pública, primaria y secundaria, quitándole las trabas que tiene y los vicios del sistema colonial de que por desgracia se resiente aún en algunos puntos... corrijanse los defectos de la administración de justicia, puesto que sin ella, cuanto se diga de orden, de libertad, de garantías individuales, y aun de derechos políticos, no es más que una quimera, comiécense a organizar una marina, que aunque reducida sirva para guardar nuestras costas y evitar el contrabando... corrijanse las demasías y los abusos de ciertas clases que han sido constantemente rémoras para el establecimiento de muchas mejoras útiles y convenientes; en fin, hágase efectiva la responsabilidad en los funcionarios y empleados de toda especie, para que pueda decirse que la moral es la base de nuestra política".

Siempre hemos sostenido que el mejor ciudadano no es aquel indiferente ante los problemas de su país o el que vive adulando y aplaudiendo a los hombres del poder, sino el que sufriendo dolor de patria señala con valentía las llagas que corroen el cuerpo social para incitar a encontrar los remedios que las curen. A esta clase de ciudadanos perteneció Francisco Zarco, y en épocas posteriores Justo Sierra, Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez, Luis Cabrera y otros eminentes mexicanos.

Francisco Zarco se ocupa también de cuestiones impositivas y sostiene que hay que tener presente que el impuesto directo recae sobre la renta y el indirecto sobre el consumo. Para él los impuestos indirectos resultan siempre odiosos, en tanto que los directos son

proporcionales, más fijos y más en consonancia con los principios elementales de la ética impositiva. Ataca de igual manera que otros miembros del Congreso Constituyente las contribuciones alcabalatorias, y concluye considerando que corresponden a la Federación los impuestos indirectos tales como los de importación y exportación, el de acuñación de moneda y el de papel sellado, dejando los gravámenes fiscales directos dentro de la órbita de las entidades federativas.

En otra de sus intervenciones insiste en su actitud agresiva en contra de las alcabalas. Piensa que sería un triste escándalo que a mediados del siglo XIX, en el seno de una asamblea democrática, encontrara apologistas el bárbaro impuesto que agota las fuentes de la riqueza, paraliza el comercio, grava la agricultura, disminuye la producción, exprime la subsistencia del pobre, recae sobre el consumo de los efectos más necesarios a la vida, y que con sus trabas fiscales y sus vejaciones hace imposible el bienestar material del pueblo.

A pesar de que las alcabalas fueron prohibidas por la Constitución de 1857 primero y por la de 1917 después, todavía subsisten más o menos disimuladas en algunos Estados de la República, y el gobierno federal continúa la lucha en contra de ellas. La explicación de que a pesar de todos los esfuerzos hasta ahora llevados a cabo, no se logra aún la supresión total de ese gravamen anti-económico, se encuentra en la pobreza en que viven algunos Estados de la República. Por esa circunstancia lamentable, los gobiernos locales o los municipios se ven obligados a obtener recursos como pueden para llenar sus necesidades más apremiantes. A lo anterior hay que agregar la incultura de algunos gobernadores de los Estados que prefieren apearse a sistemas fiscales anticuados y rutinarios en vez de acudir a reformas hacendarias de conformidad con principios modernos sobre la materia.

De igual manera que otras personas progresistas de su época, entre ellas por ejemplo don Melchor Ocampo, Francisco Zarco es partidario del sistema penitenciario, es decir, la reclusión del reo con propósitos de regeneración y obedeciendo a principios elementales de humanidad. Congruente con estos puntos de vista, censura de modo decidido la utilización de grillos, grilletes y cadenas en las cárceles.

Zarco vive en los años más terribles y dolorosos de la historia de México independiente, años de lucha constante entre conservadores y liberales, entre —recordemos al Dr. Mora— partidarios del progreso y del retroceso. De modo que en aquellos años tenía importancia considerable la designación de los empleados gubernamentales, a quienes se sustituía en cada ocasión en que cambiaba la

persona que ocupaba la silla presidencial. El cree que para ocupar los empleos públicos debía exigirse en primer lugar la honradez, en segundo la aptitud y en tercero las opiniones políticas. Nosotros hemos sostenido una y muchas veces, porque sabemos la importancia que tiene, que al empleado y al funcionario público debe exigírsele laboriosidad, capacidad y honradez, sobre todo honradez; de lo contrario debe castigarse con severidad a los prevaricadores desde muy abajo hasta muy arriba y desde muy arriba hasta muy abajo, sin ninguna distinción.

Los principios fundamentales para el adelanto de una sociedad —piensa el periodista duranguense— son las mejoras materiales y la instrucción pública, concluyendo que "México será un pueblo verdaderamente feliz, cuando haya en cada población la más perfecta armonía al lado de campos, talleres y mercados, un templo, una escuela y un gabinete de lectura". Enteramente de acuerdo. Sin progreso material no puede haber progreso cultural, sencillamente porque un pueblo pobre con necesidades elementales sin satisfacer no está capacitado para el cultivo de la mente, ni para las tareas superiores del espíritu. El hambre endémica es enemiga irreconciliable del alfabeto.

En el Congreso Extraordinario Constituyente de 1856-1857, don Francisco Zarco fue el diputado que defendió con más calor la libertad de imprenta. A él, uno de los pocos periodistas diputados del Congreso, le asistía plenamente la razón, pues en más de una vez sufrió la imposición de multas y encarcelamientos con el pretexto de atacar el orden público con sus escritos. En alguna parte de sus intervenciones orales dijo: "¿Y cómo se ataca el orden público por medio de la imprenta? Un gobierno que teme la discusión, ve comprometida la paz y atacado el orden si se censuran los actos de los funcionarios; el examen de una ley compromete el orden público; el reclamo de reformas sociales amenaza el orden público; la petición de reformas a una constitución, pone en peligro el orden público. Este orden público es deleznable y quebradizo y llega a destruir la libertad de la prensa, y con ella todas las libertades". En nuestros días en México cambia lo adjetivo pero no lo sustantivo. En nuestros días se habla poco del orden público, pero se habla mucho de delito de disolución social. ¿Y qué podemos decir de algunos países de la América Latina gobernados por dictaduras militares con la complacencia de Washington, el paladín del mundo libre?

En el tantas veces citado Congreso Constituyente se planteó el arduo y difícil problema de la tolerancia religiosa. Asunto que motivó discusiones en pro y en contra, y que dividió la Asamblea

en dos bandos opuestos, partidarios y adversarios. Zarco estuvo en lo esencial entre aquéllos, como era lógico, dado su criterio y su cuadro ideológico de liberal avanzado. Conocía bien la historia amarga de México y los hechos recientes en que la Iglesia desempeñaba papel contrario a los intereses populares. Por eso no sólo fue partidario decidido sino paladín entusiasta de las leyes de Reforma, a favor de las cuales luchó con honradez acrisolada desde el poder o desde las columnas del *Siglo XIX*. Zarco distinguía con toda claridad, de igual manera que otras personalidades de su grupo, la enorme diferencia que existe entre la religión y el clero. Sabía que éste es una institución política, una institución humana que corresponde a lo material, en tanto que aquélla atañe a la conciencia íntima del hombre y corresponde a lo más entrañable y recóndito del ser. Esto lo sabía bien nuestro distinguido publicista, según puede verse en el párrafo que insertamos a continuación:

“... entre la religión y el clero, hay una distancia inmensa, porque entre la religión y el clero, yo contemplo un abismo profundo...” El clero “ha desnaturalizado la religión del Crucificado, porque se ha declarado enemigo de la libertad, porque ha acumulado tesoros empobreciendo al país, porque ha engañado a los pueblos, porque nos ha puesto las armas en la mano encendiendo luchas fratricidas, porque ahora lanza excomunionen traidoras como libelos, porque defiende el privilegio y el dinero, desentendiéndose de la verdad católica y profanando sacrílego la cátedra del Espíritu Santo. Si habláis de protección a esta clase, os sobra razón para alarmaros, porque protegerla es proteger el fuero y el privilegio, el fanatismo y el retroceso, la ignorancia y la superstición, seguir esclavizando al pueblo y acabar con la soberanía nacional”.

Ese era el pensamiento de los reformadores. Ellos —debemos aclararlo una vez más— no eran en su inmensa mayoría enemigos de la religión católica, ni mucho menos ateos; eran católicos practicantes, creyentes cristianos como fácilmente puede comprobarlo quien lea la Crónica del mentado Congreso escrita por el propio Francisco Zarco. Eso sí, anticlericales sí lo fueron, resultado de la experiencia, de las enseñanzas de la historia.

De conformidad con el parecer de Zarco, a un pueblo católico lo que le importa es que los ministros de la Iglesia le administren los sacramentos y no que pronuncien discursos políticos. Y en otro lugar precisa sus ideas en cuanto a las relaciones entre la Iglesia y el Estado: “Coartar la independencia de la Iglesia Católica, es violar la libertad de conciencia e incurrir en una verdadera contradicción, conculcando el gran principio de la libertad de cultos. El Estado debe encerrarse en su indiferencia, por más que esta palabra

disuene a ciertos oídos. El gobernante como particular seguirá las prácticas de su culto; pero como representante de la sociedad no tiene ni que amparar ni que perseguir ni mucho menos que fallar cuál es la religión verdadera".

Y al referirse a los enemigos del gobierno de Juárez que después de la victoria de Calpulalpan trataban de filtrarse en las filas del régimen victorioso, Zarco exclama con santa indignación y en estilo un tanto oratorio:

"Cristo, el ejemplo de la caridad, el tipo de la clemencia y de la misericordia, el modelo de la mansedumbre, perdonó a Magdalena, perdonó al salteador que lo acompañó en el patíbulo, perdonó al centurión que con su lanza le atravesó el costado; pero no perdonó a Judas Iscariote. Los traidores han sido y son los judas de la república".

En opinión de Zarco, gobernar es hacer, es actuar, es luchar, es imaginar y promover; y si todo esto se hace con acierto, el triunfo será el resultado. Nosotros hemos escrito que gobernar es trabajar sin descanso para mejorar las condiciones de existencia de las grandes masas de la población, lo mismo en el terreno material que en el de la cultura. Y si el poder público no hace eso, lo que hace es desgovernar, caminar hacia atrás, exponiéndose a ser aplastado por las fuerzas incontenibles de la historia. México —en opinión de nuestro escritor siempre preocupado por los grandes problemas nacionales— no necesita de dictadores ni de tiranos; necesita transformarse por medio de reformas administrativas y de carácter político y social, con el propósito de asegurar la independencia y la libertad.

Zarco sabe que las ideas mueren como los organismos vivos y que la ley del progreso enseña cómo sobre los restos de los que perecen se levanta lo nuevo y palpitante de vida. En otras palabras, sabe bien que nada se detiene, que todo lo que existe sobre la tierra cambia y se transforma con ritmo diferente; lo mismo el animal que el vegetal; lo mismo el hombre que las sociedades de que forma parte. Ya sabemos que los hombres instruidos y de ideas avanzadas de la segunda mitad del siglo XIX, lo mismo los de Europa que los de América, creían con profunda convicción en la ley del progreso.

Al terminar sus arduas labores el Congreso Constituyente, los miembros del mismo comisionaron a don Francisco Zarco para redactar el manifiesto que el propio Congreso debía dirigir a la nación. El proyecto de Manifiesto de Zarco fue aprobado por sus colegas, lo hicieron suyo y fue publicado y distribuido ampliamente. De dicho importantísimo documento copiamos a continua-

ción tres de los párrafos que a nuestro juicio caracterizan el pensamiento medular de los constituyentes:

"Persuadido el Congreso de que la sociedad, para ser justa, sin lo que no puede ser duradera, debe respetar los derechos concedidos al hombre por su Creador, convencido de que las más brillantes y deslumbradoras teorías políticas son torpe engaño, amarga irrisión cuando no se aseguran aquellos derechos, cuando no se goza de libertad civil, ha definido clara y precisamente las garantías individuales, poniéndolas a cubierto de todo ataque arbitrario. La acta de derechos que va al frente de la Constitución es un homenaje tributado en vuestro nombre por vuestros legisladores a los derechos imprescriptibles de la humanidad. Os quedan, pues, libres, expeditas todas las facultades que del Ser Supremo recibisteis para el desarrollo de vuestra inteligencia, para el logro de vuestro bienestar.

"La igualdad será de hoy más la gran ley en la República. No habrá más mérito que el de las virtudes; no manchará el territorio nacional la esclavitud, oprobio de la historia humana; el domicilio será sagrado; la propiedad inviolable; el trabajo y la industria libres; la manifestación del pensamiento sin más trabas que el respeto a la moral, a la paz pública y a la vida privada; el tránsito, el movimiento, sin dificultades; el comercio, la agricultura, sin obstáculos; los negocios del Estado examinados por los ciudadanos todos. No habrá leyes retroactivas, ni monopolios, ni prisiones arbitrarias, ni jueces especiales, ni confiscación de bienes, ni penas infamantes, ni se pagará por la justicia, ni se violará la correspondencia, y en México, para su gloria ante Dios y ante el mundo, será una verdadera práctica la inviolabilidad de la vida humana, luego que con el sistema penitenciario pueda alcanzarse el arrepentimiento y la rehabilitación moral del hombre que el crimen extravía.

"Tales son, ciudadanos, las garantías que el Congreso creyó deber asegurar en la Constitución para hacer efectiva la igualdad, para no conculcar ningún derecho, para que las instituciones desciendan solícitas y bienhechoras hasta las clases más desvalidas y desgraciadas, a sacarlas de su abatimiento, a llevarles la luz de la verdad, a vivificarlas con el conocimiento de sus derechos. Así despertará su espíritu, que aletargó la servidumbre; así se estimulará su actividad, que paralizó la abyección; así entrarán en la comunicación social —dejando de ser ilotas miserables—, redimidas, emancipadas, traerán nueva savia, nueva fuerza a la República".

No puede ponerse en tela de juicio la buena fe, el espíritu progresista, el idealismo de los legisladores. Ellos quisieron señalar rumbos nuevos a México, siguiendo un camino verdaderamente de-

mocrático. Recordemos lo que pasó. El clero mexicano se opuso con saña inaudita a la nueva Carta Magna y desató la sangrienta guerra de tres años, con el propósito de sustituirla por otra elaborada por los conservadores. Fracasaron en su empeño como también fracasaron al traernos el transitorio imperio de Maximiliano de Habsburgo. Y la Constitución de 1857 quedó implantada en todo el país al restaurarse la República, diez años después de haber sido promulgada.

Pasando a otro asunto, hagamos referencia a la llamada doctrina de Monroe, lanzada sobre el Continente americano el 2 de diciembre de 1823 por el Presidente de los Estados Unidos. En la tal doctrina, como todo el mundo lo sabe, se sustentó la tesis de que América debía ser exclusivamente para los americanos. Desde luego se le dio una interpretación continental a todas luces ilegal y arbitraria. El Presidente norteamericano no tenía derecho, ni jamás lo ha tenido, para legislar o establecer normas políticas abarcando a todas las naciones al sur del Río Bravo. Lógicamente ningún latinoamericano patriota y medianamente inteligente la ha reconocido ni aceptado. En relación con este asunto remitimos al lector al excelente estudio de Roque Sáenz Peña, titulado "La doctrina de Monroe y su evolución".* Además hagamos notar que el Departamento de Estado la ha invocado o no, según las circunstancias del momento. Por ejemplo, no la invocó cuando los invasores franceses hollaron el suelo de México en 1862. Es que se trataba de una potencia entonces más fuerte que Norteamérica. A propósito de esta cuestión, el señor Zarco comentó en un artículo publicado en *El Siglo XIX* que: "Los Estados Unidos, que tanto alarde habían hecho de la doctrina de Monroe, llegada la hora suprema del conflicto, olvidaron todas sus declaraciones, y llevaron este olvido hasta el grado de no permitir en sus costas la exportación de armas para México". Este hecho está plenamente comprobado, siendo muy discutible la versión de que los Estados Unidos tuvieron parte en la desocupación de México por el ejército de Napoleón III.

La más vehemente aspiración de Zarco era "mantener la independencia de México, sus instituciones republicanas y su integridad territorial". Al escribir esto estaba pensando en el problema, en el eterno, difícil y escabroso problema de nuestras relaciones con los Estados Unidos, según se desprende del artículo de donde tomamos las palabras anteriores. El deseaba que entre los dos países se estableciera una amistad sincera y cordial basada en la igualdad y "en el desarrollo de sus mutuos intereses". Pero le asaltaba la descon-

* En "Hispanoamérica en lucha por su independencia", *Cuadernos Americanos*, México, 1962, de la p. 181 a la 207.

fianza y el temor. No creía en la buena fe ni en la lealtad de los norteamericanos. Al tener noticias de que se celebraban conversaciones entre nuestro gobierno y el país vecino para la celebración de un tratado, Zarco escribe en su periódico:

"...si se atiende a que los Estados Unidos son los que han de cumplir el tratado, ninguna confianza debemos tener en que se haga positivo lo que se estipule favorable a México. La Unión Americana estará siempre dispuesta a exigir más de lo que se haya pactado; y nunca cumplirá lo que se haya comprometido a hacer. Tal es la política de ese país en México; los hechos son muy recientes para que tan pronto se hayan olvidado... Nos parece, pues, que se necesita un extremo candor para creer en la fe americana y que de ninguna manera conviene al honor ni a la seguridad de México celebrar tratados que, más tarde o más temprano, lo pongan bajo la influencia de los Estados Unidos y que sólo producirán dificultades más perniciosas que las que los mismos tratados tienden a precaver".

Y desde el 4 de junio de 1850, fecha en que Zarco escribió lo anterior, hasta el 15 de octubre de 1966 —fecha en que esto se escribe— no falta comprobación de los temores del mexicano ilustre, tanto en algunos países de la América Latina como en otras naciones del mundo. Norteamérica no puede ufanarse de haber obrado siempre con limpieza internacional en sus relaciones con otros pueblos.

En cuanto al principio de autodeterminación de los pueblos, principio vigorosamente defendido por México a lo largo de su historia, Zarco decía en agosto de 1862 que "Solos mantuvimos el fuego de la independencia, solos burlamos las tentativas de reconquista, solos hemos adelantado en el sendero de la civilización. Solos, pues, tenemos que salvar nuestra autonomía, o al menos nuestro honor y nuestro nombre seguros de que sean cuales fueren nuestros desastres, no hay ya conquistas que puedan extinguir las nacionalidades que defienden vigorosas su derecho de existir". Y vino la lucha tenaz y heroica del pueblo de México contra la intervención y el imperio, salvando así nuestro decoro y la soberanía de la nación. Tuvimos entonces la fortuna de contar con la voluntad de Benito Juárez.

Don Francisco Zarco desde su juventud, apenas cumplidos los 20 años, se revela como un convencido y fervoroso latinoamericanista, siguiendo a veces y a veces anticipándose a grandes próceres de nuestra América desde comienzos del siglo XIX hasta nuestros días. Este latinoamericanismo jamás lo abandona, no dejando de escribir sobre el mismo tema durante toda su vida, malograda en plena madurez por la enfermedad implacable que lo llevó al

sepulcro. El aboga constantemente por la unión de los pueblos de nuestro linaje, como medio para defenderse de las asechanzas de naciones poderosas, como medio para desenvolverse y progresar; él quiere una alianza fraternal y estrecha, en la que dentro de la más plena reciprocidad, no haya ninguna potencia preponderante; él quiere que cualquier latinoamericano "no considere sólo como patria a Venezuela, a México o al Ecuador, sino al Continente entero". Hoy podemos decirlo, los hombres mejores de la América Latina, los más alerta ante los problemas del mundo contemporáneo, por su preparación política y sociológica, por su amor a lo nuestro, a nuestro modo particular de ser, piensan y anhelan apasionadamente lo mismo que el gran ciudadano de México anhelaba y pensaba hace algo más de un siglo.

Guillermo Prieto, el célebre "Fidel", compañero de andanzas periodísticas y políticas de Zarco, traza de él, en un artículo que vio la luz pública en *El Siglo XIX* allá por el año de 1868, la siguiente silueta:

"¿Quién no conoce a Pancho Zarco? Pancho no tiene aún 40 años, y parece un viejo de sesenta, flaco, encogido como una almeja, jorobado como un número tres. Frente no muy elevada ni abierta, ojos chicos, pero muy penetrantes, nariz corva, boca pequeña y decidora, voz sonora, de facilísimo y apasionado timbre.

"Se agarra a la tribuna cuando comienza a hablar, se anima su fisonomía y deja chispear la interrogación con destreza extraordinaria; rodea su argumento como un perdiguero buscándole el lado débil, y cuando lo halla le sacude y clava en él el diente de la ironía y del sarcasmo de un modo implacable...".

Después de esa silueta conviene recoger algunas opiniones acerca del autor que nos ocupa, a fin de que el lector vaya dándose cabal cuenta de la robusta personalidad de tan noble figura humana, tan mexicana y tan universal. Su biógrafo, el periodista Castañeda Batres, escribe:

"Ser periodista —¡periodista como él lo fue!— ¿no es ser caudillo?, ¿no es librar una batalla diaria?, ¿no es recibir una herida cada día más?... Ser periodista como Zarco, ¿no es dar la vida poco a poco a la libertad y a la República?... En las luchas por la libertad, Zarco fue el Aquiles de la prensa. El joven que a los veintiséis años defendió con tal brío en "El Siglo XIX" y en la tribuna del Congreso Constituyente la libertad de imprenta, la libertad de conciencia, todas las libertades, bien merece una estatua porque fue héroe. Ya que le quitamos la vida poco a poco, démosle en cambio la vida augusta de los mármoles y bronce".

Recientemente el escritor Gastón García Cantú, en su libro *Utopías Mexicanas*, dedica un estudio a Francisco Zarco. En la parte final del mismo formula el siguiente atinado resumen acerca de la personalidad del mejor periodista mexicano de su tiempo:

"Nadie, en la lucha por crear nuestro país, ha combatido con armas tan limpias y nobles como las de Zarco. Durante veinte años escribió de la necesidad de la educación para el pueblo, la instrucción para los artesanos, la libertad de conciencia, la independencia del gobierno frente a todos los poderes, la libertad de escribir, reunirse, hablar y creer; de la urgencia de reglamentar la distribución de la tierra, incrementar el comercio, exterminar los abusos contra la industria, civilizar los métodos carcelarios, trazar caminos, establecer la marina mercante, expulsar a los ladrones de los puestos públicos, darle libros al pueblo, colonizar nuevas tierras, abolir la impunidad de los militares, mejorar las condiciones de los obreros, juzgar a los delincuentes con un código penal sin venganzas, respetar la ley, evitar el aislamiento político de la nación, asociarnos con dignidad a todos los países, defender la integridad del territorio y combatir siempre, en todo instante, por la independencia de la nación. Su legado son las más cabales ideas del liberalismo, escritas con el fervor de un hombre que amó a su patria".

Francisco Zarco puede y debe ser guía de la juventud contemporánea de México por su esfuerzo para hacerse una sólida cultura, por su laboriosidad sin tregua, por la firmeza de sus convicciones y sobre todo, sobre todo, por su honradez inmaculada.

Vamos a transcribir un fragmento del discurso que pronunció Ignacio Manuel Altamirano al descender a la tumba del féretro en que reposaron los restos de Zarco:

"Zarco ocupa un espacio más dilatado que ninguno en la vida intelectual de la República Mexicana. Su talento, dotado de una flexibilidad maravillosa, tomaba todas las formas, si puede expresarse así, y ora se elevaba hasta las dulces regiones de la poesía como penetraba atrevido entre los oscuros huracanes de la política; ora alumbraba con un fulgor de sol las cuestiones más árdidas de nuestro derecho público, del que hasta ahora es el único expositor, como convenía en el seno de la intimidad y servía de guía en los caminos de la ciencia y de las bellas letras. . .

"Como liberal acendrado, Zarco no tiene una sola mancha en su vida pública. Consecuente con sus principios, jamás transigió con la tiranía, sufrió largas y dolorosas prisiones en tiempos de la facción clerical y cuando la invasión francesa pretendió dominar el país, Zarco, achacoso pero siempre esforzado y trabajador, prefi-

rió las amarguras del destierro en los Estados Unidos a someterse a los extranjeros que le brindaban, conociendo su valía, con importantes puestos. Zarco allí, en esa tierra extraña, sufrió todos los tormentos de la miseria y pudo alimentar a su familia merced a trabajos ímprobos que hubieran acabado con la salud de otro hombre más robusto que él. Y así, trabajando sin fatigarse, no cesó de consagrar su pensamiento y su pluma a los intereses de México. En todas partes donde se habla español se escucha todavía la voz poderosa del ilustre demócrata en favor de los intereses de su patria.

"Como hombre de Estado, Zarco tiene una gloria purísima y que le santifica a los ojos de sus conciudadanos. Fue ministro en 1861, cuando se nacionalizaron los bienes cuantiosos del clero; y él ha muerto pobre, tan pobre que los representantes del pueblo, por un acto de justicia que honrará siempre a los ojos del mundo civilizado al Congreso de 1869, han tenido que decretar un auxilio a la infortunada familia de tan grande hombre. Este hecho es más elocuente que cuanto pudiera decirse. . .

"Atleta de la libertad, luchó y venció. Más feliz que otros que, como el Josué de la Escritura, murieron antes de pisar la tierra de promisión, Zarco sucumbió, es verdad, pero después de clavar en la muralla enemiga la bandera grandiosa de sus ideas triunfantes.

"El que duerme así, después de la fatiga, duerme en paz y entra en la tumba como entraban al templo los semidioses antiguos para recibir el culto de la posteridad".

El norteamericano Ralph Roeder, en su excelente libro titulado *Juárez y su México* reconoce las grandes cualidades de Zarco, tales como la sensatez, la ecuanimidad y su pasión combativa; cualidades que "representaban la aproximación más conspicua a la imparcialidad entre sus contemporáneos y le hicieron el árbitro y el moderador reconocido de la opinión pública". Roeder reconoce que Zarco ejerció influencia decidida en el ánimo de Juárez en más de una ocasión, debido a que ambos sustentaban los mismos principios políticos y tenían opiniones semejantes acerca de lo que había que hacer en México para consolidar la libertad.

Por último, en relación con los juicios sobre la personalidad de Francisco Zarco, citemos el parecer de otro de sus biógrafos, el estadounidense Raymond C. Wheat, en su libro *Francisco Zarco. El portavoz liberal de la Reforma*:

"Francisco Zarco, mexicano y leal patriota, no aceptaba ciegamente todas las ideas que habían tenido éxito y popularidad en el extranjero. Siempre se preguntaba: ¿Es bueno para México? ¿Se

adapta a nuestro pueblo y a las condiciones en que vivimos? ¿Necesitamos cambiar nuestro sistema actual y sustituirlo por esta innovación, extranjera? Cualquier innovación, para caber dentro de su programa de reforma y progreso, tenía que comprobar que era de provecho para México”.

Las observaciones de Wheat acerca de la actitud de Zarco frente a lo extranjero son muy interesantes y merecen subrayarse; porque uno de los errores que frecuentemente hemos cometido en México, consiste en la imitación de lo realizado fuera de nuestras fronteras y en adoptar sin adaptar, sin análisis serio y profundo, doctrinas y teorías elaboradas en las metrópolis de otras naciones. Por supuesto que sabemos bien que la cultura es y debe ser universal, que es como un río caudaloso alimentado por múltiples afluentes. Estamos en contra del vocablo exótico aplicado a las ideas, vengan de donde vengan. Lo que nos parece mal es implantar, es seguir servilmente lo hecho y lo pensado en otras partes sin preguntarnos como quería Zarco: ¿Es bueno para México? ¿Se adapta a nuestro pueblo y a las condiciones en que vivimos? ¿Necesitamos cambiar nuestro sistema actual y sustituirlo por esta innovación extranjera? Bueno será tener siempre presentes tales interrogaciones para evitar cometer en el presente y en el futuro los graves errores cometidos en el pasado. De manera especial nos referimos a las ciencias sociales y todavía más particularmente a la ciencia de la economía política.

Dimensión Imaginaria

ANVERSOS

Por *Juan REJANO*

Vispera

No espero que la tarde me dé sus ramos áureos
ni que los horizontes, de púrpura se cuajen.
Espero la tormenta.
Vivo esperando el rayo que ha de abrirme
la ciudad donde quiero retornar al olvido,
la ciudad sin murallas ni cadenas,
abierta, abierta siempre como la luz y el aire.
Allí los frutos ebrios, los frutos de mi origen
acabarán cubriendo este escudo que llevo
adherido a mi cuerpo como una vieja costra
y naceré de nuevo —junto a la muerte— inerme,
tal me esculpiera un día la inocencia,
para sentirme mío.
No espero el oro lánguido. Espero la tormenta
que habrá de conducirme otra vez a la mano
donde la orilla del amor se abría.

Vencido

En las playas del aire, lentas aves
se mueven. Frente al mar
he dormido no sé cuántos otoños
y ahora escucho en silencio mis silencios.
Cabe toda la tarde
en el cristal transido de esta copa
por cuyos bordes huyen sus maduras deidades.
Soy un guerrero en armas, un guerrero
vencido por la brisa.
Vine a contar los cuerpos que entre las horas yacen,
a rescatar las horas que agotaron su cuerpo,

y una nueva batalla me aniquila
dulcemente. A lo lejos
la roja luna asoma de algún sueño
que se detuvo en el umbral, y apenas
puedo asumir la luz que me devora.

EL HOMBRE Y EL POETA

Por *Delfor ISMAEL*

"El hombre y el poeta
son un solo y único
Instrumento".

LEÓN FELIPE

Conozco a un hombre que lleva
vida de poeta.
Es, por cierto,
un hombre sencillo y calmado,
que se acuesta con la luna
y despierta con el sol.

Es un hombre que tiene
ochenta y dos años de poeta,
porque —seguramente—
cuando nació llorando,
como todos los niños de la tierra,
sintió una vibración distinta en las pupilas
al ser heridas por el matiz fulmíneo de la luz.

Sí: es un hombre bueno
que lleva vida de poeta:
porque son así
—sencillos como él—
sus vestidos,
sus sandalias,
su bastón
y su sombrero
(ése que él se quita y se pone
como le da la gana).

Y porque, en fin,
todo lo que le rodea y lo circunda
lo ilumina suave y sabiamente.

Hace cuarenta años que vive aquí,
 en México,
 y más de veinticinco que habita
 la misma casa blanca
 iluminada por el sol.
 Tras de las mismas ventanas,
 durmiendo en la misma cama
 y rodeado de los mismos muebles
 sobrios y sencillos.

Tiene estatura de Moisés
 y una barba homérica que sueña.
 Tiene una mirada dulce
 y una calva brillante y curvilínea;
 un caminar erecto y firme
 y una recta conducta de por vida.
 Tiene un sentido cósmico y vibrante
 que emerge de su yo
 y lo modela,
 que inflama su verbo
 y lo retrata.

Tiene "un no sé qué"
 Un algo que ha hecho de él
 un LEÓN FELIPE:
 un ser entero que, al ser nombrado,
 se está nombrando al universo.

Porque . . .
 en él está todo:
la sal y la lágrima
 —rodando sencillamente por la hierba—;
el dolor y la angustia
 —fomentados sencillamente por el viento—,
y el humor y la alegría
 —mojando sencillamente su corazón descalzo.

Sí . . . En él está todo.
 No queda duda.
 Tiene todo lo que otros no tenemos:
 esa temura y esa lágrima tan viva,
 esa voluntad de ochenta y dos
 y ese alcance de profeta.

Esa pulcritud
y esa luz
—tan honda y distinta,
tan llameante
y tan rebelde y viva
todavía.

Nadie como él
para manejar el llanto
y dejarlo en las manos gráciles del viento;
para surcar un hálito de luz
—con la forma del rayo y de la piedra—
y caer en la fuente de la verdad
más humana y escondida.

Desde la cruz
sencilla y de madera
(... allá en el Gólgota,
azotada por el viento)
naufragó con todas las lágrimas del mundo
hasta encontrar definitivamente
en el Quijote,
y en Sancho
y Rocinante
—y en "Don Guillermo, El Dramaturgo"—
la compendiada verdad
que rescata al hombre solo,
del misterio.

Y nadie como él,
señores
(políticos, militares,
arzobispos y dictadores)
habría podido guardar
con tanto tino y acierto,
con tanto amor y frutos,
su "viejo y roto violín"*
para extraerle
esas notas tan humanas,
tan veraces y dolientes,

* Referencia al título de su último libro *Oh, este viejo y roto violín*, editado por el Fondo de Cultura Económica, en Edición "Tezontle" de 3,000 ejemplares, 215 p.—20 de enero de 1966—, México, D. F.

tan recriminativas y justas
como las que pronunciara
el mismísimo Moisés
al regresar del Sinaí.

.....
.....
Salud!, POETA,
dueño del llanto
y de la lágrima más pura;
exégeta del viento
y del bíblico mensaje auténtico.
Hacedor de símbolos.
Profeta.
Buscador de la luz
y vencedor del tiempo.
Defensor iconoclasta
de ciervos y hospicianos.
Bíblica materia.
Carne auténtica de La España.
Carne que piensa y sueña.
Carne del mundo:
Minuto de La Vida
hecho raíz universal
y sembrera,
¡salud!

LOS MANUSCRITOS DE TAGORE*

Por Octavio PAZ

Las relaciones entre Tagore y la América Latina han sido múltiples, complejas y apasionadas. Múltiples no sólo porque comprenden a muchas personas sino porque abarcan a varios países, de México a Brasil, Argentina y Chile: todo un Continente. Complejas porque la influencia de Tagore, especialmente en los años de su apogeo, entre 1920 y 1930, no fue únicamente literaria ni se limitó a personalidades aisladas: para muchos fue la primera revelación del mundo oriental, hasta entonces sólo abierto a unos cuantos especialistas; para otros, un signo del despertar histórico de la India; y para todos, el descubrimiento de una obra poética que nos parecía, al mismo tiempo, remota y familiar, nueva y tradicional: un momento más del viejo diálogo entre el yo y el mundo, la palabra y las cosas. Numerosas y complejas, esas relaciones fueron sobre todo apasionadas. Hace poco un ensayista brillante, excéntrico y discutible (estos adjetivos, aplicados a un escritor, no designan defectos sino cualidades) Nirad C. Chaudhuri, destacaba ciertas afinidades o analogías entre Bengala y América Latina. Yo extendería el parecido a otras dos regiones: Goa y Kerala. En las tres la tradición india y la de occidente, lejos de neutralizarse, se interpenetraron y crearon una suerte de "barroco" indoccidental. Pero el hecho de que Tagore fuese bengalí no explica del todo la atracción que despertó su figura entre nosotros. La verdadera explicación reside en el poder magnético de su poesía. Los muchachos leían sus poemas con el mismo fervor con que, un siglo antes, sus abuelos habían leído a los grandes poetas románticos. Un ejemplo bastará para dar una idea del culto que rodeaba a su nombre: hacia 1920 el escritor José Vasconcelos, fundador de la educación moderna en México, decidió publicar en ediciones gratuitas a los clásicos universales y en esa colección incluyó una antología del poeta bengalí, al lado de Platón, Dante, Cervantes, Goethe, el teatro griego, Tolstoi... En esos libros los mexicanos de mi generación descubrimos

* Texto leído por Octavio Paz en un seminario sobre Tagore, en la Universidad de Delhi.

que todos los grandes poetas, aunque se expresen en lenguas distintas y afirman verdades diferentes, hablan en un lenguaje universal.

La paradoja de la poesía consiste en que es universal y, al mismo tiempo, intraducible. La paradoja se disipa apenas se piensa que, si efectivamente la traducción es imposible, no lo es su recreación en otra lengua. El traductor de poesía, decía Valéry, debe producir con medios diferentes efectos análogos a los del original. Esta operación exige que el traductor sea también un poeta. Tagore tuvo la fortuna de encontrarlo en la persona de un gran poeta: Juan Ramón Jiménez. Las traducciones de Jiménez, hechas en colaboración con su esposa Zenobia, convirtieron al poeta bengalí en un poeta español. Su poesía no perdió nada de su extrañeza original y, sin embargo, circula desde entonces como disuelta en la sangre de nuestra tradición. Lo mismo había ocurrido con el primer Fausto de Goethe, traducido por Nerval al francés y otro tanto ocurriría, más tarde, con los poetas chinos que Pound ha trasladado al inglés. No exploraré el tema de las afinidades y diferencias entre el poeta bengalí y el español pero recomiendo a los curiosos un ensayo de la señora Graciela Nemes, publicado en el volumen que dedicó a Tagore en 1961 la Sahitya Akademi. Tampoco me extenderé sobre la influencia de Tagore en los poetas de lengua española. Es visible en la generación anterior a la mía y no es difícil percibirla, por ejemplo, en la obra de juventud de Pablo Neruda.

Tagore influyó en nuestra poesía pero nuestra poesía no influyó en la suya. Ignoraba el español y sus escritos no revelan familiaridad con nuestros autores ni, en general, con la tradición latina. En cambio, en los últimos meses de 1924, estuvo en Buenos Aires y allí conoció a Victoria Ocampo. Fue un encuentro memorable por más de un motivo. Tagore nunca olvidó los meses pasados a orillas del Río de La Plata y uno de sus libros, escrito precisamente en la quinta de campo de Victoria, está dedicado a ella: *Puravi*. La escritora argentina, por su parte, nos ha dejado un vivo testimonio de esa temporada. En ese relato Victoria Ocampo nos cuenta algo sobre los orígenes de la afición de Tagore a la pintura: "... Durante la estancia de Tagore en San Isidro, me asombró el aspecto del cuaderno en que escribía, en bengalí, los poemas de su libro *Puravi*. Se recreaba trazando líneas entre las correcciones y tachones de sus versos. Esas líneas de pronto adquirirían vida y así surgían de ese juego monstruos prehistóricos, pájaros, rostros. Las correcciones de los poemas de Tagore engendraban un mundo de formas que sonreían o gesticulaban ante nosotros de una manera misteriosa y fascinante. Le pedí que me dejase fotografiar algunas de esas páginas.

अना देवकी,

अना देवकी, अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी,

अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, -

अना देवकी, अना देवकी, अना देवकी, -



January, 1936.

15

17

17. Sunday [17-340]

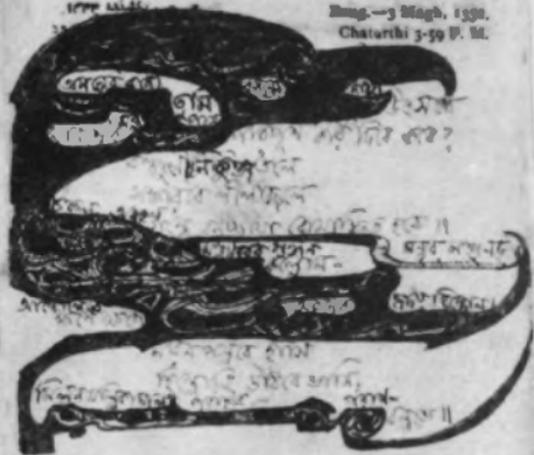
Sambal - 4 Magh (Sund. 1935)

Purim - 10 Magh, 1935

1777 1811

Magh - 3 Magh, 1936

Chaturthi 3-59 P. M.



When sorrow lights its face
let my soul find ^{light} its way.

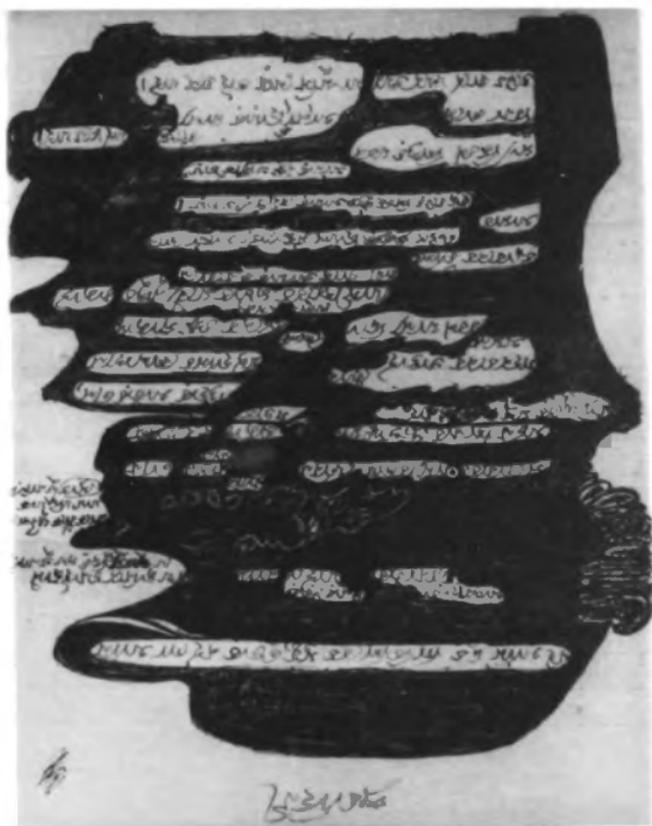
~~Knows~~ Knows how to feast,
~~And~~ how to feast.

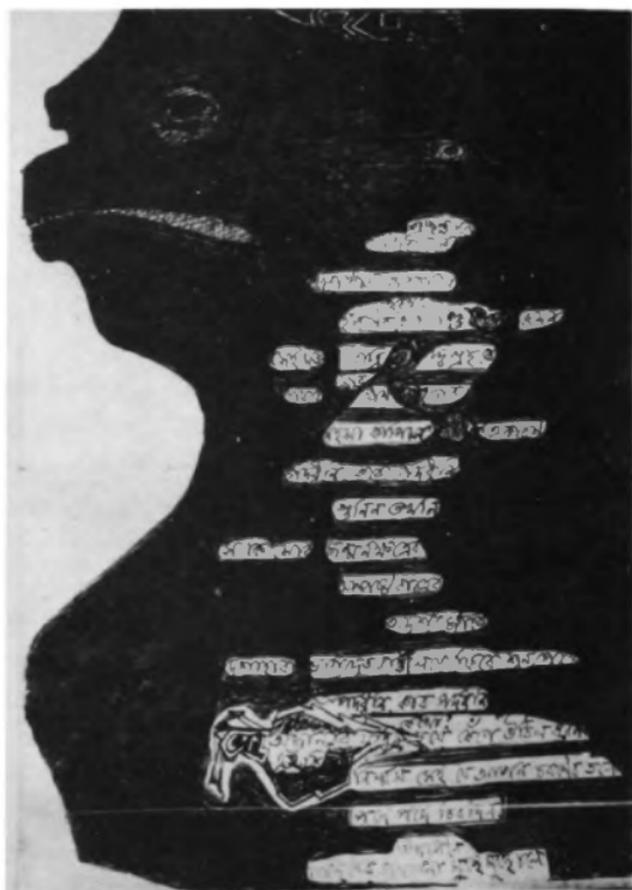
The centre is still and silent in the heart
of an eternal dance of circles. ✓
The judge thinks he is just when he
compares
the oil of ~~the~~ lamp
with the light of his own.

The
slaves of snow is a garden
The hills upon
its outpouring of
streams is home
by all the world.

Let your love see me
even though the faces of men









El accedió de buena gana. Creo que ese cuaderno fue el principio de Tagore el Pintor. El origen de su necesidad de expresar sus sueños con el pincel y la brocha. La seducción de esos grabados era tan grande que lo animé a continuar. Cuando lo volví a ver, seis años después, en Francia, pintaba ya y no sólo hacía garabatos poéticos. Me tocó organizar con la ayuda de un grupo de amigos franceses, una exposición de sus obras que tuvo mucho éxito. . . .”

A medida que pasan los años crece el interés por la pintura de Tagore. En un artículo reciente uno de los pintores indios de mayor talento, J. Swaminathan, afirmaba que la obra plástica del poeta de Bengala es uno de los orígenes de la pintura india contemporánea. Tiene razón. A mí me parece que su pintura es, por lo menos, tan importante como su poesía. Además, es más moderna. Muchos de sus poemas hoy nos parecen “camp” —como gran parte de lo que se escribió y pintó a principios del siglo. No ocurre lo mismo con su obra plástica: “Tagore dice en sus cuadros cosas que no dijo en sus poemas; y lo dice con una violencia, una fantasía y una libertad en verdad impresionantes. El pintor Tagore está más cerca de nosotros que el poeta Tagore. Pero hay un punto de unión entre el pintor y el poeta. Este punto de unión es un verdadero “punto sensible” y confiere actualidad a su obra. Me refiero a esos manuscritos que menciona Victoria Ocampo en su ensayo. Fiel sin saberlo a la idea de Leonardo da Vinci y de los surrealistas, Tagore acepta la colaboración del azar. Al convertir los tachones y otros accidentes de la escritura en experiencias plásticas, transforma la página en un objeto magnético. Las palabras se vuelven signos plásticos, abandonan la esfera de la significación; al mismo tiempo, las manchas, líneas y colores se unen y separan en una suerte de prefiguración del lenguaje. Derrota de la palabra pero triunfo de la poesía. En efecto, lo que dice el poema está más allá del lenguaje; lo que nos muestra el cuadro está más allá de la vista.

El interés de Tagore por las relaciones entre pintura y poesía aparece temprano en su obra. Al leer por primera vez a los poetas japoneses, comenta: “No escriben poemas-canciones sino poemas-pinturas”. Esta observación revela con perspicacia la diferencia entre la tradición poética india y la de China y Japón. Ahora bien, Tagore no cedió a la tentación del ideograma ni a la del poema-pintura. Esto distingue su tentativa de la de Apollinaire. El poeta francés quería dibujar con palabras y de ahí que, a pesar de la hermosura de muchos de sus “calligrammes”, haya fracasado en su intento de unir poesía y pintura. En cambio, Tagore quería *cantar* con las líneas y los colores. Por eso no parte de las palabras y las letras sino de las líneas y las manchas que son, siempre, rítmicas. En un

ensayo de 1930, dice: "... El principio del ritmo, común a todas las artes, transforma la materia inerte en creaciones vivientes. Mi instinto rítmico y mis experimentos plásticos me llevaron a descubrir que, en arte, las líneas y colores no transmiten información: buscan una encarnación rítmica en formas plásticas. Su último propósito no es ilustrar o copiar realidades exteriores o visiones interiores...". Estas palabras, que me hacen pensar en Kandinsky, son una admirable adivinación de lo que es y se propone la pintura moderna. Más adelante, en el mismo ensayo, agrega: "...Y esta fue mi experiencia con los 'accidentes' de mis manuscritos. Las correcciones aisladas se unieron en una relación rítmica dando nacimiento a formas únicas...". El poeta bengalí no cesa de asombrarnos: adivina ahora una de las empresas más osadas del arte moderno: la llamada "poesía concreta". Se trata, como es sabido, de un movimiento que tiene sus centros en Inglaterra, Brasil y Alemania. Esos jóvenes artistas pretenden (y a veces logran) crear con letras, líneas y colores correspondencias verbales y plásticas, en las fronteras entre significación y no significación. Tagore intentó algo semejante. Este aspecto de su obra abre a los nuevos pintores, poetas y músicos un mundo que pocos han explorado. Así pues, esos extraños manuscritos nos revelan un Tagore que es nuestro precursor y nuestro contemporáneo.

PABLO NERUDA, POETA DEL AMOR

Por Marlene GOTTLIEB

EL lector, fijándose en el título de este estudio, quizás se ría de lo inocente que será el autor, que no conoce al Neruda de hoy, al poeta político, al comunista militante. Está seguro de que el autor trata exclusivamente de la poesía del joven Neruda, la poesía que le ha hecho tan famoso en el mundo literario, porque Neruda "ya no es el Poeta del Amor que fue". Aun Silva Castro, uno de los mejores críticos de la obra nerudiana, a veces acepta este concepto de la poesía de Neruda:

En la juventud fue, sin duda, el Poeta del Amor, y algunos poemas de él fueron aprendidos de memoria por los recitadores; más adelante se hizo notar como Poeta del Odio al través de las estancias de *España en el corazón...*; hoy, en fin, podría ser llamado Poeta Político, si juzgamos por la adhesión que muestra a su partido, y por lo tanto, al interés que pone en el avance de la doctrina comunista en el mundo.¹

Si se acepta esta explicación de la evolución de la obra de Neruda, entonces, ¿cómo explicar los *Versos del capitán* (1953), los *Cien sonetos de amor* (1959) y muchas poesías del *Memorial de Isla Negra* (1964)? Este concepto simplifica peligrosamente las complejidades del desarrollo de la obra de Neruda. Aunque es cierto que desde *España en el corazón* Neruda es el Poeta Político, esto no quiere decir que ya no es el Poeta del Amor. Claro que este Poeta del Amor no es el mismo que el de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* o el de *El hondero entusiasta*. Neruda ya ha cambiado su actitud hacia la vida, y es lógico que su concepto del amor haya cambiado también. No obstante, el amor sigue siendo uno de los ejes principales de la sensibilidad nerudiana. En *Memorial de Isla Negra* escribe Neruda:

De tanto amar y andar salen los libros.
Y si no tienen besos o regiones

¹ RAÚL SILVA CASTRO, *Pablo Neruda* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1964), p. 188.

y si no tienen hambre a manos llenas,
 si no tienen mujer en cada gota,
 hambre, deseo, cólera, caminos,
 no sirven para escudo ni campana;
 están sin ojos y no podrán abrirlos,
 tendrán la boca muerta del precepto.²

Así, estudiemos el desarrollo del tema del amor en la poesía de Neruda.

El primer rasgo que se destaca en el amor nerudiano es su carácter "terrestre". Neruda retrata a la amada con imágenes de la naturaleza. En *Veinte poemas* describe el cuerpo de la mujer así:

Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos,
 te pareces al mundo en tu actitud de entrega.
 Mi cuerpo de labriego salvaje te socava
 y hace saltar el hijo del fondo de la tierra.³

En "Pequeña América" de los *Versos del capitán* se lee:

Cuando miro la forma
 de América en el mapa
 amor, a ti te veo:
 las alturas del cobre en tu cabeza,
 tus pechos, trigo y nieve,
 tu cintura delgada,
 veloces ríos que palpitan, dulces
 colinas y praderas
 y en el frío del sur tus pies terminan
 su geografía de oro duplicado.⁴

Estas imágenes son constantes en su poesía amorosa. Neruda pasó la infancia en Temuco. En "Infancia y poesía" habla de su casa que olía a madera, de la lluvia que caía como una melodía monótona y de sus colecciones de pájaros, conchas e insectos. Su sentimiento por la naturaleza penetra en todo lo que escribe. En *Memorial de Isla Negra* explica cómo la naturaleza tiñó su concepto del amor:

² PABLO NERUDA, *Memorial de Isla Negra*: Tomo V (Buenos Aires: Editorial Losada, 1964), p. 9.

³ PABLO NERUDA, *Obras completas* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1962), p. 77.

⁴ *Ibid.*, p. 915.

Las tablas de la casa
 olían a bosque
 a selva pura.
 Desde entonces mi amor
 fue maderero
 y lo que toco se convierte en bosque.
 Se me confunden
 los ojos y las hojas,
 ciertas mujeres con la primavera
 del avellano, el hombre con el árbol,
 amo el mundo del viento y del follaje,
 no distingo entre labios y raíces.⁵

Este carácter terrestre del amor advierte también la influencia de Sabat Ercasty, Rabindranath Tagore y Alfonsina Storni.⁶

El amor nerudiano es apasionado y sensual. Como Rubén Darío, Neruda puede afirmar: "Mi sed de amor no tiene fin".⁷ Aspira a un amor que lo abraza completamente. En *Crepusculario* dice:

Mujer, yo hubiera sido tu hijo, por beberte
 la leche de los senos como de un manantial,
 por mirarte y sentirte a mi lado y tenerte
 en la risa de oro y la voz de cristal.⁸

Su amor es sumamente sexual. El deseo sexual llega a ser casi una obsesión en *El bondero entusiasta*. Alazraki define la obra como "el poema de la sed y el deseo que aún no llegan a saciarse".⁹ En el poema 6 de esta obra exclama Neruda:

Déjame sueltas las manos
 y el corazón, déjame libre!
 Deja que mis dedos corran
 por los caminos de tu cuerpo.

⁵ PABLO NERUDA, *Memorial de Isla Negra*: Tomo I (Buenos Aires: Editorial Losada, 1964), p. 15.

⁶ La influencia de Alfonsina Storni es apuntada por JORGE ELLIOT, *Antología crítica de la nueva poesía chilena* (Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1957), p. 139.

⁷ RUBÉN DARÍO, *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1961), p. 745.

⁸ NERUDA, *Obras, op. cit.*, p. 45.

⁹ JAIME ALAZRAKI, *Poética y poesía de Pablo Neruda* (New York: Las Americas Publishing Company, 1965), p. 109.

La pasión —sangre, fuego, besos—
 se incendia a llamaradas trémulas.
 Ay, tú no sabes lo que es esto!

 Es la carne que grita con sus ardientes lenguas!
 Es el incendio!

 Déjame libre las manos
 y el corazón, déjame libre!
 Yo sólo te deseo, yo sólo te deseo!
 No es amor, es deseo que se agosta y se extingue,
 es precipitación de furias.¹⁰

En el poema 8 de esta misma obra se resalta la repetición de la palabra "sed":

Sed de ti que me acosa en las noches hambrientas.
 Trémula mano roja que hasta tu vida se alza.
 Ebria de sed, loca sed, sed de selva en sequía.
 Sed de metal ardiendo, sed de raíces ávidas.

 Sed de ti, sed de ti, guirnalda atroz y dulce.
 Sed de ti, que en las noches me muerde como un perro.
 Los ojos tienen sed, para qué están tus ojos.
 La boca tiene sed, para qué están tus besos.
 El alma está incendiada de estas brasas que te aman.
 El cuerpo incendio vivo que ha de quemar tu cuerpo.
 De sed. Sed infinita. Sed que busca tu sed.
 Y en ella se aniquila como el agua en el fuego.¹¹

Es a este amor apasionado y sensual a que aspira Neruda para salvarse de la soledad y la angustia que le dominan. En *Crepusculario* (1923) se nos presenta un hombre triste. Neruda acaba de llegar a Santiago de Temuco. Se siente ajeno a toda esta vida de la gran ciudad. En *Memorial de Isla Negra* explica el efecto que tuvo Santiago sobre su estado de ánimo:

Entró el Tren fragoroso
 en Santiago de Chile, capital,
 y ya perdí los árboles,
 bajaban las valijas,

¹⁰ NERUDA, *Obras, op. cit.*, p. 153.

¹¹ *Ibid.*, p. 158.

rostros pálidos, y vi por vez primera
 las manos del cinismo:
 entré en la multitud que ganaba o perdía
 me acosté en una cama que no aprendió a esperarme.
 fatigado dormí como la leña,
 y cuando desperté
 sentí un dolor de lluvia:
 algo me separaba de mi sangre
 y al salir asustado por
 la calle
 supe, porque sangraba,
 que me habían cortado las raíces.¹²

Neruda quiere que el amor le libre de la soledad que le acosa. Como lo expresa Alazraki: "Cuando la soledad y la tristeza ahogaban a nuestro poeta, el amor es el leño que lo salva del naufragio".¹³ En el poema 11 de *El bondero entusiasta* Neruda ruega:

Libértame de mí. Quiero salir de mi alma.
 Yo soy esto que gime, esto que arde, esto que sufre.
 Yo soy esto que ataca, esto que aúlla, esto que canta.

No, no quiero ser esto.
 Ayúdame a romper estas puertas inmensas.¹⁴

Y el amor le salva del abismo. En *Veinte poemas* se descuella la plenitud del amor. Neruda logra realizar su deseo; huye y se refugia en el seno del amor. Pero en seguida viene el derrumbe. Su amor fracasa y sólo le quedan el recuerdo y la nostalgia. En el poema 20 lamenta: "Puedo escribir los versos más tristes esta noche"¹⁵ y en la canción desesperada: "Oh carne, carne mía, mujer que amé y perdí /a ti en esta hora húmeda, evoco y hago canto".¹⁶ Después de tanto amor queda abandonado. Los *Veinte poemas*, en fin, no sólo presentan el amor realizado sino el amor fracasado y la soledad que sigue. Neruda mismo señala este doble aspecto cuando esboza la inspiración de la obra:

Siempre me han preguntado cuál es la
 mujer de los *Veinte poemas*, pregunta
 difícil de contestar. Las dos o tres

¹² NERUDA, *Memorial I*, op. cit., p. 99.

¹³ ALAZRAKI, op. cit., p. 98.

¹⁴ NERUDA, *Obras*, op. cit., p. 154.

¹⁵ *Ibid.*, p. 91.

¹⁶ *Ibid.*, p. 93.

que se entrelazan en esta melancólica
y ardiente poesía corresponden, digamos,
a Marisol y a Marisombra.¹⁷

Así Neruda termina los *Veinte poemas* abandonado en la oscuridad. Hace una tentativa de salir de ella. De aquí el título de su obra subsiguiente: *Tentativa del hombre infinito*. Otra vez cuenta con el amor para salvarse: "ah triste mía la sonrisa se extiende como una mariposa en tu rostro/y por ti mi hermana no viste de negro".¹⁸ Pero otra vez queda desilusionado. Sin embargo, hay que notar que aunque se acerca al amor como su única esperanza, desde el principio prevé el desengaño. Aun en *Crepusculario* al lado del tema amor-salvación, se halla un tema que luego se desarrollará en *Residencia en la tierra*. Neruda se da cuenta de que el amor nunca podrá vencer esta tristeza que le acosa. Por eso rechaza el amor que procura quitarle el dolor y pide, en cambio, que el amor sea también una fuente de dolor:

Amor, llegado que haya a mi fuente lejana,
cuida de no mordirme con tu voz de ilusión;
.....
No me des el olvido.
No me des la ilusión.
Porque todas las hojas que a la tierra han caído
me tiene amarillo de oro el corazón.

Amor —llegado que hayas
a mi fuente lejana,
tuérceme las vertientes,
críspame las entrañas...¹⁹

Neruda se da por vencido. Escribe *Residencia en la tierra*, la obra en que su soledad y su tristeza llegan al apogeo. En "Oda con un lamento" se retrata así:

Hay mucha muerte, muchos acontecimientos funerarios
en mis desamparadas pasiones y desolados besos
.....
Ven a mi alma vestida de blanco, con un ramo
de ensangrentadas rosas y copas de cenizas,

¹⁷ Silva Castro cita las "Memorias" (O Cruzeiro Internacional) de Neruda. SILVA CASTRO, *op. cit.*, p. 53.

¹⁸ NERUDA, *Obras, op. cit.*, p. 103.

¹⁹ *Ibid.*, p. 49.

ven con una manzana y un caballo,
 porque allí hay una sala oscura y un candelabro roto,
 unas sillas torcidas que esperan el invierno,
 y una paloma muerta, con un número.²⁰

Neruda se sumerge en la desesperación total y el único papel que la amada puede hacer es el de compañera en el laberinto de angustia. Es el concepto romántico del hombre que no halla su rincón en el mundo. Ahora, en vez de la soledad del hombre, tenemos la soledad de la pareja humana en el mundo.

En fin, en la primera etapa de la poesía nerudiana (hasta *España en el corazón*) se destaca el amor apasionado y sexual, retratado por medio de las imágenes terrestres. Es un amor que siempre le conduce al dolor y nos deja a un joven completamente desesperado.

No obstante, de este abismo brota un hombre lleno de esperanza. Se hallan las raíces de esta conversión en la guerra civil española.²¹ En 1935 Neruda viaja a Madrid como cónsul de su país. En seguida se forma en su alrededor un grupo de poetas, entre ellos Rafael Alberti, Federico García Lorca, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, y Manolo Altolaguirre. Neruda abre la famosa Casa de las Flores en el barrio de Argüelles, donde se reúnen los literatos. El 18 de julio de 1936 comienza la revuelta franquista. El 19 de agosto de 1936 fusilan a Federico García Lorca en Granada. Neruda se declara del lado de los republicanos. La pérdida de sus más íntimos amigos le despierta de su egocentrismo; se dedica a la lucha contra el dolor del pueblo. En "Explico algunas cosas" retrata su conversión:

Preguntaréis: ¿y dónde están las lilas?
 Y la metafísica cubierta de amapolas?
 Y la lluvia que a menudo golpeaba
 sus palabras llenándolas
 de agujeros y pájaros?

.....
 Preguntaréis por qué su poesía
 no nos habla del sueño, de las hojas,
 de los grandes volcanes de su país natal?
 Venid a ver la sangre por las calles,

²⁰ *Ibid.*, pp. 213-14.

²¹ En este breve estudio no pretendo abarcar el estudio de la conversión de Neruda. El libro de Alazraki, ya citado, me parece el mejor sobre este tema.

venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles!²²

Neruda ha hallado el sentido de la vida en un entrañable amor por el ser humano, por el pueblo. Piensa luchar por mejorar la vida humana. Su pesimismo de joven se convierte en optimismo y esperanza en el porvenir. Esta actitud hacia la vida se refleja en su nuevo concepto del amor. De la oscuridad brota una luz brillante. En el poema "Un día" del libro *Las uvas y el viento*, afirma:

Y nuestro amor hecho de luz oscura
y de sombra radiante
Será como este día vencedor
que entrará como un río
de claridad en medio de la noche.²³

En vez de "Oda con un lamento" ahora tenemos "Oda al día feliz". Neruda ya no tiene que huir de la soledad y de la desesperación; el amor doloroso se convierte en el amor feliz. Ahora Neruda se siente feliz y busca una compañera a compartir su alegría. Su mujer ideal le ayuda a cumplir con sus deberes sociales. El hombre y la mujer no sólo son ligados por lo físico sino también por lo espiritual. Neruda retrata su nuevo ideal así:

Amor mío, a mi vida
llegaste preparada
como amapola y como guerrillera:
de seda el esplendor que yo recorro
con el hambre y la sed
que sólo para ti traje a este mundo,
y detrás de la seda,
la muchacha de hierro
que luchará a mi lado.
Amor, amor, aquí nos encontramos.
Seda y metal, acércate a mi boca.²⁴

En los *Versos del capitán* y los *Cien sonetos de amor* se presenta la plenitud del amor. Neruda todavía tiene su poderoso deseo

²² NERUDA, *Obras, op. cit.*, p. 256.

²³ *Ibid.*, p. 80r.

²⁴ *Ibid.*, p. 92r.

sexual, pero ahora encuentra satisfacción. En los *Versos del capitán* se retrata como una bestia devorando a su víctima. Persisten también las imágenes terrestres. En la "Oda a la jardinera" Neruda hasta declara:

Nuestro amor
es
terrestre:
tu boca es planta de la luz, corola,
mi corazón trabaja en las raíces.²⁵

En "Oda y germinaciones" Neruda justifica esta característica sobresaliente de su poesía amorosa:

Cuando he llegado aquí se detiene mi mano.
Alguien pregunta: —Díme por qué, como las olas
en una misma cosa, tus palabras
sin cesar van y vuelven a su cuerpo?
Ella es sólo la forma que tu amas?
Y respondo: mis manos no se sacian
en ella, mis besos no descansan,
por qué retiraría las palabras
que repiten la huella de su contacto amado,
que se cierran guardando
inútilmente como en la red el agua,
la superficie y la temperatura
de la ola más pura de la vida?
Y amor, tu cuerpo no sólo es la rosa
que en la sombra o la luna se levanta,
o sorprendo o persigo.
No sólo es movimiento o quemadura,
acto de sangre o pétalo del fuego,
sino que para mí tú me has traído
mi territorio, el barro de mi infancia,
las olas de la avena,
la piel redonda de la fruta oscura
que arranque de la selva,
aroma de maderas y manzanas,
color de agua escondida donde caen
frutos secretos y profundas hojas.²⁶

²⁵ *Ibid.*, p. 1,381.

²⁶ *Ibid.*, p. 920.

En esta segunda etapa se estrena una nueva fuente de imágenes: el hogar. La mujer es la "reina del apio y de la artesa:/ pequeña leoparda del hilo y la cebolla".²⁷ Es la "santa de la cocina y la costura".²⁸ ¡Cuán diferente es esta exaltación del amor matrimonial, hogareño, en los *Cien sonetos de amor* del amor de los marineros, el amor transitorio, sin ligas, de "Farewell" (*Crepusculario*)! En "Farewell" Neruda describe su amor ideal:

Amo el amor de los marineros
que besan y se van.

Dejan una promesa.
No vuelven nunca más.

En cada puerto una mujer espera,
los marineros besan y se van.²⁹

En los *Cien sonetos* este amor ha cambiado completamente. Ahora el poeta no huye de las coyundas del amor único. Notemos su actitud hacia el hijo en las dos etapas. El joven Neruda rechaza al hijo porque este hijo le ataría a la mujer:

Desde el fondo de ti, y arrodillado,
un niño triste, como yo, nos mira.

Por esa vida que arderá en sus venas
tendrían que amarrarse nuestras vidas.³⁰

Este temor le hace desdeñar a la mujer. En cambio, el hombre maduro ve al hijo como la culminación del amor ("El hijo" en los *Versos del capitán*). En "La pródiga" expresa un gran deseo por un hijo que continuara sus luchas y sus cantos. Grita a su amada:

Devuélveme a mi hijo!
Lo has olvidado en las puertas
del placer, oh pródiga
enemiga,
has olvidado que viniste a esta cita,
la más profunda, aquella
en que los dos, unidos, seguiremos hablando

²⁷ *Ibid.*, p. 1,669.

²⁸ *Ibid.*, p. 921.

²⁹ *Ibid.*, p. 43.

³⁰ *Ibid.*, p. 42.

por su boca, amor mío,
 ay todo aquello
 que no alcanzamos a decirnos?³¹

Así el amor del hombre maduro ya no es el amor triste y transitorio del joven desesperado. Todavía es un amor apasionado; todavía persiste la sed sexual. Pero ahora se destaca la exaltación del hogar, del amor matrimonial.

En fin, Neruda sigue siendo Poeta del Amor. Aun en sus obras políticas se hallan poesías dedicadas al amor. El amor es uno de los ejes principales de su vida. Aunque Neruda ha cambiado su actitud hacia la vida, y por consiguiente su concepto del amor, todavía es un hombre emocional más que intelectual; todavía es, como dijo Federico García Lorca, un hombre "más cerca de la sangre que de la tinta".³²

BIBLIOGRAFIA

- ALAZRAKI, JAIME. *Poética y poesía de Pablo Neruda*. New York: Las Americas Publishing Company, 1965.
- ALDUNATE, ARTURO (ed). *Pablo Neruda, selección*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1949.
- DARÍO, RUBÉN. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1961.
- ELLIOT, JORGE. *Antología crítica de la nueva poesía chilena*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1957.
- NERUDA, PABLO. *Memorial de Isla Negra*: Tomo I. Buenos Aires: Editorial Losada, 1964.
- . *Memorial de Isla Negra*: Tomo V. Buenos Aires: Editorial Losada, 1964.
- . *Obras completas*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1962.
- SILVA CASTRO, RAÚL. *Pablo Neruda*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1964.

³¹ *Ibid.*, p. 900.

³² ARTURO ALDUNATE (ed.), *Pablo Neruda, selección* (Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1949), p. 361.

EL CINE MEXICANO: UNA ILUSIÓN FRUSTRADA

Por Fausto CASTILLO

LA industria cinematográfica mexicana se produce gracias a una circunstancia que nada tiene que ver con sus creadores; y la crisis prolongada que hoy la marchita y amenaza con extinguirla, es consecuencia directa de la conducta industrial y artística de sus creadores. Viene a ser algo así como un negocio provocado por la suerte y hecho declinar por la ineptitud.

Historia brevisima

DESDE finales del siglo pasado, varios mexicanos tienen la inquietud de salir a las calles con cámaras primitivas a filmar lo que ven. El logro más importante de ese cine "periodístico" es sin duda el del ingeniero Toscano, que llegó inclusive a los campos sangrientos de la Revolución, para dejarnos, en miles y miles de metros de celuloide filmado, uno de los testimonios más importantes que en este aspecto pueda ofrecer la cinematografía de cualquier país. Fue su hija la que años después seleccionó y editó parte de ese material hasta convertirlo en una película admirable, *Memorias de un mexicano*, que es una joya de cinemateca.

Pero esto es aparte. Aquí no había ningún interés de tipo comercial, sino un fervoroso amor a la expresión cinematográfica. Fueron otros mexicanos los que comenzaron a filmar con deseos de exhibir sus obras en los cines y cobrar por ellas. Con un mínimo de rigor crítico, sería casi imposible rescatar alguna de estas copias, envejecidas e inoperantes a los pocos años de su realización. Eran puros intentos, candorosos deseos de hacer un cine que pudiera interesar como el de los Estados Unidos.

La Segunda Guerra Mundial es la circunstancia a que arriba me refería. Toda la gigantesca fábrica de películas que es Hollywood se convierte en instrumento de propaganda para las fuerzas aliadas y más concretamente para los combatientes norteamericanos. Se llegó a tales extremos de exageración, que muchos estudios y

estadísticas demuestran que hasta los mismos ciudadanos de los Estados Unidos llegaron a cansarse de ese cine estrecho, reiterado y falso que convertía en demonios o payasos a los adversarios y en héroe inmaculado hasta el último soldado que llevara el uniforme americano.

Fue una clara oportunidad para México. Los públicos de Latinoamérica pudieron contemplar un cine que les hablaba de cosas que no tenían nada que ver con la guerra. Quede advertido, con vistas a desarrollarlo más adelante, que se trataba de un cine tan falso como el de Hollywood. Poco a poco se fue creando la imagen del héroe "mexicano": un hombre que vivía en pueblos encantadores, donde al parecer no había angustias económicas, donde todo el mundo cantaba corridos o se retaba con huapangos y en los que la vida se centraba en los amores de un hombre particularmente bueno, con una chica particularmente honesta, que trataban de impedir hombres particularmente malos...

Las películas eran deplorables, pero el negocio era magnífico: bastaba el anuncio de que se filmaría una película con tales o cuales actores, para que de Brasil, de Venezuela, de Colombia, llegaran anticipos en dólares que ya constituían por sí mismos, jugosas utilidades que el productor depositaba en su cuenta personal.

La guerra había hecho millonarios a un puñado de productores que nada sabían ni querían saber del arte cinematográfico. Como esto puede parecer exagerado y alguien podría sostener que a pesar de todo existen algunas películas válidas de aquellos años, lo único que puede contestarse es que, vistas hoy, aun cuando conserven algún mérito, no justifican ni el dinero que se gastó en ellas ni su increíble minoría comparadas con el volumen de filmaciones. Son tristes excepciones a la regla de la más pavorosa mediocridad.

Troteras y dazaderas

EL arte cinematográfico de un país, en determinado momento histórico, se explica muy bien con sólo mirar al público que lo hace posible. El de México es particularmente sencillo de explicar, cuando recordamos a las masas que lo veían: eran (siguen siendo, por desgracia), por lo pronto, pobres: por ello, poco ilustrados y por ambas cosas, sumamente fáciles de complacer. Sin la sensibilidad afinada por la cultura para entrar en los matices y complejidades de la gran literatura, a nadie se le ocurría pedirle al cine mexicano, más que historias obvias, canciones bonitas, paisajes exóticos y héroes a la medida de lo imposible. Un vasto público conformista, que sólo aspira a que se le saque por unas horas de su amarga

realidad, va modelando con su aplauso el cine que desea ver. Y nuestros productores, por regla general tan incultos como su público, fueron ampliando el irrisorio ámbito de sus temas: permaneció el charro cantor con sus improbables leyendas de honor y justicia. A él vinieron a unirse las cabareteras rescatadas por el buen amor de un hombre. Las madres piadosas sumidas en el permanente sufrimiento suscitado por las acciones de sus hijos descarriados. Y el sacerdote santurrón, bondadoso y de una pieza, que irremediablemente arreglaría los diminutos problemas. Charros y cabareteras demostraron tener la mayor vitalidad en todo ese enjambre de entelequias. Todavía hoy, una parte considerable de las filmaciones se hacen a base de ellos y repitiendo siempre las mismas historias.

Detalles de la riqueza

DE una manera un poco arbitraria, podrían fijarse en doce los años de la gran prosperidad del cine mexicano: los que van de los últimos de la contienda hasta los cinco o siete primeros de la posguerra. Son los años en que aparecen las grandes figuras, se intentan las producciones más importantes y se dan cuenta los trabajadores de que ellos también merecen siquiera una rebanada del pastel.

Por primera y única vez en la industria, con la posterior excepción de Luis Buñuel, se empieza a hacer cine por gusto: junto a los grandes taquillazos, los *poemas cinematográficos* de Emilio Fernández. Este fue un cine extraño, muy a menudo absurdo, de una lentitud que hoy se antoja insoportable, pero que tuvo el insólito destino de entusiasmar a los grandes críticos de una Europa despedazada que más que pensar prefería aplaudir. Los premios internacionales comenzaron a verse, dentro de la industria, como la cosa más natural del mundo; se llegó a pensar que el de Fernández, depurado y mejorado por otros, podría ser el camino, el estilo del cine mexicano.

Una montaña de la novelística hispanoamericana, Rómulo Gallegos, ve, no sé si sólo sorprendido o también entusiasmado, cómo va nuestro cine convirtiendo en películas sus novelas: *Doña Bárbara*, *Canaima*, *Cantaclaro*.

No sólo él: Oscar Wilde, Víctor Hugo, John Steinbeck, son fuentes literarias que surten a este frenético entusiasmo de los años felices del cine mexicano. Cuando se ven hoy estas películas, la impresión es de asombro: ¿cómo se levantó tanto la puntería para disparar perdigones? La única explicación que se ocurre es la de la euforia: las cosas iban tan bien, se ganaba tanto dinero que se

pretendía intentarlo todo, sin siquiera meditar en las posibilidades estéticas. Algo tan ingenuo como el alumno del primer año en el Conservatorio que por haberse ganado el premio mayor de la lotería deduce que puede dirigir la Sinfónica...

De estos años sale a la fama, para ya no perderla, la figura más extraordinaria del cine mexicano: Mario Moreno, cuyo Cantinflas recorre el mundo. Una imagen histriónica que ha sido objeto de todas las interpretaciones posibles: desde la que lo mira como al "peladito" justiciero y mordaz, hasta la que lo considera un puro símbolo del lumen ensoberbecido y apátrida. Sin ponerse del lado de ningún extremo, aquí bastará insinuar que Cantinflas trabaja para una compañía norteamericana que ha sido, como todas, un competidor implacable del cine nacional.

Estos años, pues, convirtieron en millonarios a los productores y en hombres muy ricos a los artistas. Faltaba un elemento para que todos fueran felices: los obreros...

Un sindicato rígido

LA arrolladora popularidad de Jorge Negrete y de Mario Moreno, instila en los dos la misión de "redimir" a sus compañeros. Creen descubrir en ellos características de conductores de masas; y con un arrojo que los honra se empeñan en la creación de un sindicato que se escurra de la fina red en que los tiene atrapados la Confederación de Trabajadores de México. La idea, pese a lo ambiciosa, es sencilla: formar su agrupación exclusivamente aquellos que hacen las películas. Cuando lo logran, queda formado el Sindicato de la Producción Cinematográfica en el que están, cada quien dentro de su correspondiente sección, Artistas, Argumentistas, Directores, Técnicos y Manuales.

Pero, desde su creación, es un Sindicato que aspira a un "anti-sindicalismo" de descaradas castas sociales. Los que pudieron entrar, adentro quedan; los que no, fuera quedan y para siempre. Quizá un simple dato sea suficiente para comprender hasta qué punto se trataba de hacer algo rígido. Cualquiera puede en México dirigir una película de carácter comercial y que sea exhibida por las cadenas de distribución dentro y fuera de la República. Sólo tiene que cumplir el siguiente requisito: que un productor miembro de la Asociación de Productores, lo contrate para el rodaje de una película que tendrá como mínimo cinco semanas de rodaje. Si se piensa que el grueso de la producción emplea de dos a tres semanas, se verá lo difícil que resulta que a un debutante se le vaya a

confiar una película mucho más cara que la mayoría de las que aquí se filman.

Al Sindicato de la Producción, en sus ramas más especializadas, se le puede cargar parte de la culpa y la responsabilidad de que la industria cinematográfica mexicana no haya sido capaz de aprovechar sus años de riqueza, sentando las bases para un enriquecimiento humano de esa industria. Es hasta cierto punto responsable de la falta de directores, de argumentistas, de técnicos. Pero esto, por cínico que parezca de primera intención, no era más que natural: cuando logran zafarse de la Confederación de Trabajadores de México, con el manifiesto deseo de no ser manejados por líderes que de cine nada saben, la industria es rica y floreciente: nada más humano que la codicia y la egoísta determinación de "esto para nosotros y para nadie más".

Empieza la crisis

PERO la guerra no iba a durar toda la vida. Vencedores los aliados, enriquecidos los Estados Unidos a extremos que parecen fantásticos, comienzan frenéticos los años de la reconstrucción de Europa. Ríos de dólares cruzan el Atlántico para que Francia, Italia y sobre todo el trozo alemán "amigo" puedan ponerse de pie y seguir ese camino que nadie sabe a dónde conduce.

Italia tiene el estupendo valor de mirar cara a cara a su realidad y le da forma a una expresión cinematográfica a la que llaman Neorrealismo. El cine abandona las mentiras tradicionales y empieza a reflejar unas vidas donde la miseria y la brutalidad son los compases más reiterados. Francia vuelve sin esfuerzo a su cine "canalla" de exquisita factura. A México no le preocupan estos renacimientos; después de todo, no es de Europa de donde obtiene dólares nuestro cine. La ofensiva, como siempre, nos vendrá de Hollywood.

Hollywood se quita el uniforme de las películas bélicas casi en cuanto suena el último disparo de la guerra. Las películas que entonces filma son la más pura alegría de vivir; los astros y las estrellas, las realizaciones musicales, vuelven a las pantallas de todo el mundo. Pero, sobre todo, vuelven a las pantallas de los cines de México y de Latinoamérica. Y entonces empieza una batalla triste, desequilibrada, en la que para nuestro cine, cuando no derrota total, sólo puede aspirarse a vivir precariamente. En cuanto transcurren unos años, ya nos obligan a filmar películas en color que son mucho más caras que las de blanco y negro, con el agravante de que aquí no tenemos laboratorios para procesarlas y hay que hacerlo en los Estados Unidos.

Entonces, como en un rompecabezas mágico las piezas van quedando en su sitio y se hace explicable el porqué de su decadencia; su definitiva incapacidad para convertirse en una industria auténtica que pueda llevar a cabo una de sus indeclinables obligaciones: competir.

Yo he querido que esta rápida y desordenada visión del cine mexicano ayude en alguna medida a explicarse el porqué de su decadencia. Es simple cuestión de reparar en lo que llevamos recorrido, para ver cómo todos los momentos de la industria están presididos por la ceguera de quienes en él se hicieron ricos, populares y olvidados. Pero, véamos, quizá no fue ceguera, sino más bien una aguda miopía que sólo permitió ver lo que estaba muy próximo y no distinguir lo que quedaba unos metros más lejos.

Las culpas, para todos

APOYADOS en lo que hemos visto, veremos mejor la miopía que todos compartieron y en cierta medida siguen compartiendo:

El gobierno no vio que el cine podía ser una industria próspera. Cuando comienza a recuperar terreno el cine de Hollywood, se expide la Ley de la Industria Cinematográfica que, sin meternos a analizarla punto por punto, tiene mandatos excelentes como estos: propiciar la filmación de películas importantes que, aparte de cumplir aspiraciones artísticas, ofrezcan una imagen justa del país y de sus habitantes. Dos ejemplos recientes: con participación económica del gobierno se filman *La sombra del caudillo*, según la novela de Martín Luis Guzmán y *La rosa blanca*, de B. Traven. Su exhibición comercial es prohibida... ¿por quién?; oficialmente no se sabe.

Según la ley, el gobierno se comprometía a dar premios en efectivo a los realizadores de películas que se elevaran por encima del mal llamado cine comercial, que en nuestra industria viene a significar, simplemente, cine barato, mal hecho y filmado de prisa. Jamás se ha otorgado tal premio.

Según la ley, todos los cines de la República deberían consagrar al material mexicano, por lo menos veintiséis semanas al año de su tiempo de pantalla. Esto nunca se ha cumplido en el Distrito Federal que, obviamente, es el mercado cinematográfico más importante de la República.

El gobierno adquirió las acciones de los estudios más importantes del país, cuando los costos de producción eran tan elevados que resultaba poco económico filmar en ellos.

A través del Banco Cinematográfico el gobierno ayuda con préstamos a que se filme un número de películas que pueda dar

empleo a los trabajadores del Sindicato de la Producción; pero sólo reciben préstamos los productores asociados, porque con sus acciones en las distribuidoras y todo el material filmado por sus compañías, se convierten en buenos sujetos de crédito.

Ya hemos visto el daño que ocasionó al cine la creación de un sindicato cuya política invariable fue la de puertas cerradas.

Pero son los productores los principales causantes del empobrecimiento increíble de la industria cinematográfica mexicana. Operaron siempre bajo la base de retirar las ganancias. Lo que se ganaba se invertía en negocios ajenos al cine; cuando comenzó a perderse en alguna película, se recurrió a los préstamos. He aquí uno de los casos más grotescos e increíbles. solucionado hace un par de años por el gobierno. El deterioro de los "mercados naturales" de Latinoamérica debido a las inquietudes políticas, a los desplomes de las monedas hispanoamericanas y a la baja calidad del producto mexicano, obligaron a reducir el número de rodajes. Esto trajo por consecuencia que varias unidades técnicas se encontraran con que para ellas ya no habría trabajo. Ni el Sindicato de la Producción ni los Productores habían previsto que tal hecho pudiera ocurrir. Y tuvo que ser el gobierno el que prestara seis millones de pesos para liquidar a esos técnicos. Los productores pagarán a prorrata el préstamo, con un abono que se incluye en el costo de producción de cada película que hagan.

Estos son, mirados de prisa y corriendo, algunos de los resultados a que condujo la gigantesca miopía que padecen los integrantes, desde el gobierno para abajo, de la industria cinematográfica. Creo que se ve, más o menos claro, que nunca se pensó en el futuro, que no se hicieron planes a largo plazo, que se creyó, de la manera más pueril e injustificada, que los mercados conquistados en Latinoamérica lo habían sido para siempre. Y es aquí donde radica, a mi juicio, la falla más grave del cine mexicano.

Cine y realidad

YA desde los primeros párrafos de este artículo vimos que nuestro cine es un cine de mentiras o de evasión. Si se prefiere. Un cine que en los miles de películas que lleva realizadas, sólo en poquísimas ocasiones se ha atrevido a contemplar la realidad.

Una mente politizada, pendiente de la problemática de nuestros pueblos, caería en la tentación de suponer que un cine de mentiras está condenado al fracaso. La dolorosa verdad es que resulta el de mayor éxito. Que sea testigo, una vez más, el de

Hollywood: no registra las tensiones raciales, no refleja la angustia que en el pueblo producen las guerras de agresión, no abandona su actitud mojigata y falsa sobre la vida erótica de sus adolescentes. Y, sin embargo, sigue siendo un magnífico negocio que rinde utilidades gigantescas.

Pero este mismo éxito sitúa a México en la encrucijada de optar por otro cine. El cine de escape de Hollywood no sólo es posible por el simple hecho de fingir una realidad bobalicona que nadie cree, sino en cómo logra esa realidad fingida: una técnica impecable, medios económicos para filmar donde quiera, astros y estrellas que reciben una publicidad estruendosa en todo el mundo. Es el cine por excelencia para "pasar el rato".

A este cine México no le puede competir jamás. A este cine lo único que puede hacerse es oponerle. . . otro cine. ¿Cuál otro?; yo diría que se le puede oponer el "cine de nuestras coincidencias". Me explico.

Nuestra patria comparte con Latinoamérica más angustias que satisfacciones, por la obvia razón de que todos nuestros países, unos más, otros menos, estamos metidos en la jaula del subdesarrollo, vigilada por intereses a los que conviene tal estado de cosas. En este sentido, de México al extremo sur del Continente se habla el mismo lenguaje.

Pero la encrucijada se estrecha: si México se pusiera a hacer un cine de coincidencias, se antojaría que tendría que ofrecer un cine de delaciones sociales. Tendría que incorporar a su temática asuntos tan sugestivos como la injusticia social, el analfabetismo, la reforma agraria, las relaciones de la religión con el Estado, el militarismo y. . . , la libertad para decirlo desde la pantalla de los cines del Continente.

No perdamos el tiempo analizando si este es un cine factible en la siniestra realidad latinoamericana. Desde luego, sería una cinematografía de optimistas que comenzaría a recibir insultos y prohibiciones desde sus primeras películas. Los marbetes de "extremista", "comunista", etcétera, le serían endilgados de inmediato.

Sin embargo, esto es poner las cosas en su punto extremo de exageración. El vivir del hombre, el auténtico, ya sea pobre, rico, vejado o vejador, es siempre dramático; es, como lo sabe todo el mundo, la esencia de un arte cuyo objetivo sea ir a muchos, como es el cine. Contar la vida de los mexicanos, como ellos son, será siempre material dramático y, por lo tanto, cinematográfico. Será la forma de contarla lo que pueda rescatar al cine mexicano y convertirlo, eventualmente, en una industria que no ruborice, como hasta ahora, al mexicano medianamente culto. Para esto, irremisi-

blemente, hacen falta voces nuevas; los que hicieron el cine mexicano, los que lo siguen haciendo, no fueron a él de cara a la realidad, sino de espaldas a ella; no contaron historias humanas, sino anécdotas entre símbolos. Símbolos, por desgracia, aparte de falsos insultantes para el pueblo y el país que los veía (y los ve) gesticular en las pantallas.

Todas estas posibilidades, que podrían reducirse al deseo de realizar un cine sincero, nos llevan a preguntarnos si el estado actual de la libertad del mexicano lo permitirían.

Cuando se habla de la libertad actual del mexicano se tiende, no sé si porque todavía andamos en el estadio de la patriotería, a hablar con la voz de la emoción en vez de hacerlo con la de la inteligencia. Así, o nos dirán que aquí no se puede hacer nada, o darán por un hecho que aquí se puede hacer todo. Yo pienso que sí... y no; es decir, puede nuestro cine decir muchas cosas interesantes, narrar historias vividas por mexicanos verdaderos, que interesen al mercado latinoamericano, que sigue siendo una de las claves de nuestra precaria economía cinematográfica.

Puede, hasta cierto punto. El punto en el que una historia particular, pueda confundirse con una situación nacional. Sería infantil ponerse a negar que con respecto al cine, México ha ido perdiendo libertades que antes tenía. Yo intuyo que estas libertades se fueron perdiendo por un sentimiento de culpa de quienes hacen cine en México. Me da la impresión de que no tenían tranquilidad de conciencia para oponerse a sugerencias (que vienen a ser prohibiciones) propuestas, casi siempre, por autoridades menores:

¿Los artistas y técnicos que formaron un sindicato rígido que quita posibilidades de trabajo a sus compatriotas, pueden estar muy seguros de sí mismos?; ¿los productores, que acarrearón las ganancias de los años buenos a negocios de otro tipo, provocando con esto que a la hora de competir no pudieran hacerlo, tendrían fuerza moral para oponerse a los dictados de una autoridad?

El mismo sentimiento de inseguridad se advierte a veces en las disposiciones cinematográficas del gobierno. Y esto, pienso, lo lleva a intervenir con precipitación y sin el ánimo de resolver problemas, sino más bien de paliarlos.

Según datos recogidos por el ex director del Banco Cinematográfico, licenciado Federico Heuer, la industria cinematográfica mexicana mete al país, anualmente, quinientos millones de pesos y evita la salida en divisas de la misma cantidad, gracias a las exhibiciones del material mexicano.

El mercado exterior tiende a descender, por las razones expuestas en este artículo. La creciente inquietud política de Hispano-

américa, está creando, nos guste o no, un nuevo tipo de hombre; un hombre que va a exigirle al cine algo más que charros de cartón y troteras y danzaderas de guardarropía.

Con ese hombre sólo podrá hacerse un diálogo cinematográfico, más o menos válido, hablándole con el lenguaje de la realidad. Y para esto hacen falta cineastas, productores y funcionarios a los que en vez de aquejar los sentimientos de culpa los ilumine un verdadero respeto por la dignidad humana...

LA FORTUNA DE LOS IBARRA DIÉGUEZ*

Por *Agustín YÁÑEZ*

JACOBO Ibarra era estudiante de ingeniería en la capital de Jalisco, y desde el Liceo se hallaba vinculado con los jóvenes de aspiraciones revolucionarias que habían formado un grupo agresivo, en lucha contra las autoridades y las fuerzas conservadoras. A la llegada de los constitucionalistas, ofreció sus servicios y quedó incorporado en las oficinas del general en jefe. Al apellido Ibarra, único que venía usando, agregó el materno: Diéguez.

—Cómo eres listo, Jacobo —le dijo uno de sus amigos—; no vas a decirnos que de la noche a la mañana te salió lo Diéguez por el fraile que pastorea muchachos rotos en la iglesia de San José; la cosa viene ¿no? por el general del mismo apellido, que acaban de nombrar gobernador y comandante de Jalisco. Si te conozco, trompudo: ¡eres más lanza!

Una mañana el flamante oficinista se quedó como quien ve fantasmas: la novia que hacía cuatro años lo dejó plantado, la ex novia cuyos escándalos estaban frescos y rodaban de boca en boca por la comarca natal de Jacobo, la "marimacho maderista", según en su abominación la denominaban los coterráneos, apareció en la comandancia y, al reconocerlo, dio señales de transitoria turbación; luego avanzó hasta él con intrepidez:

—Usted... ¿eres el "espíritu rudo", el hijo de don Cirilo, el panadero? —le preguntó. Desconcertado ahora por el tono impertinente de la muchacha, Jacobo no contestó. "Espíritu rudo" era uno de los apodos que le daban sus condiscípulos.

—Dispensa o dispense: usted era el que me tuteaba, Jacobo Ibarra; ¡qué curioso! en estos momentos recuerdo la última carta que recibí de... usted, como si acabara de leerla: "Inolvidable María: si piensas por qué no voy al pueblo, debes pensar también que no lo hago por mi promesa de triunfar, y seguro de ti, aunque respetando tu libertad": ¿así era? Tú que tienes buena memoria di: ¿qué tal es la mía —repitió aquel mohín entre pícaro e ingenuo que años atrás cautivó a Jacobo; éste recobró su habitual calma en la que se diluía la vieja ternura y el rencor sucesivo:

* Capítulo de una novela inédita.

—No me acuerdo ya, ¡tanto hace! —contestó.

—Lo veo, no tienes que decírmelo; tampoco te acordarás de las palabras con que te despediste la última noche que nos vimos. . . pero ¡qué zonza! parece que vine a reclamarte, y demasiado sabes que una cosa sí tengo: ser sincera, y todavía ahora, que he conocido la vida con sus desengaños: créeme que se me habían olvidado aquellas niñerías, y de pronto, al verte, me dio gusto recordarlas; —cambiando tono, agregó—: ¿qué haces aquí?

—Trabajo en el Estado Mayor del general Obregón, como gato de oficina —Jacobó puso énfasis en estas últimas palabras. La muchacha pareció no darles atención, se acercó al joven y en voz baja le dijo:

—Mira, Jacobo, vengo en busca de alguien que quiera conseguirme un salvoconducto para mi tío, ¿lo recuerdas? don Dionisio, el cura, que se halla muy enfermo, aquí, en Guadalajara. Yo no lo he visto, ni a mi hermana, ¿sabes? no quieren verme desde aquello; es como si les mentaran al diablo, cuando alguien se atreve a nombrarme delante de ellos; eso basta para que corran furiosamente a las personas y no vuelvan a saludarlas. Yo intenté muchas veces. . . no viene al caso decírtelo; pero ahora que andan llevándose a la penitenciaría a todos los padres, quisiera que dejaran en paz al pobre viejo, tan enfermo como se halla.

—Pero tú eres por lo menos coronela, según sé —respondió fríamente Jacobo—, y es fácil que consigas eso y más con tus amigos.

Desentendiéndose de la intención que tuvieran estas palabras, la muchacha dijo con sencillez:

—Ando buscando eso y sólo encuentro yaquis en todas partes; no hallo a nadie de los antiguos maderistas: Estrada, Natera, Bañuelos, Medina, los que me conocieron en 1911.

—Pues qué: ¿no andabas ahora con la gente de Damián Limón, incorporada a la de Medina?

María se sorprendió:

—¿Quién te contó eso? Al triunfar el maderismo y no poder volver con mi tío, me fui a trabajar a León. No, no saqué de mis andanzas revolucionarias otra ventaja que romper los miedos de una vida rutinaria, en aquel pueblo de gentes insoportables. Rito Becerra, con el que siempre anduve y que me cuidó como un hermano, como un padre, me ofrecía conseguirme un empleo del Gobierno, aquí o en México, y quiso llevarme a que me conociera el señor Madero, como a una de las valientes, decía él, que todo lo dejaron para echarse al campo de la lucha. Preferí ganarme honradamente la vida, trabajando. Quería irme a los Estados Unidos, donde nadie

me conociera, ni los hipócritas me juzgaran mal; yo por mí tenía la conciencia tranquila y estaba contenta de haber andado en el madeirismo, dándoles de comer y curando a los que tomaron las armas; no me resolví a estar lejos de mi tío y de mi hermana Marta, por si alguna vez pudiera servirles de algo, aun contra su consentimiento. Como has de saber, los miserables de tus paisanos les hicieron la vida imposible, dizque a causa mía, ¡hipócritas!; tuvieron que abandonar el pueblo y se fueron a vivir a Arandas. En octubre hará dos años que supe que mi tío Dionisio se hallaba entre la vida y la muerte, aquí, en Guadalajara, casi desamparado; vine corriendo, hice otro intento para pedirle perdón, Marta no dejó que lo viera, diciéndome que mi presencia lo acabaría de matar y que ni ella misma quería saber de mí; él salió más achacoso de aquella gravedad: casi no puede andar ni ver: parece que tuviera cien años y apenas va a cumplir sesenta y cuatro; decidí quedarme aquí, cerca de ellos; entré a trabajar en la Fábrica de Atemajac; pero luego, por verlos diariamente, aunque de lejos, conseguí quehacer en una costurería; procuro que nada les falte, haciéndoles llegar lo que pobremente puedo: centavos, comestibles, ropa, por trasmano, que de mí nada recibirían, a la cara me tirarían las cosas. Vieras qué consuelo siento al seguirlos todas las mañanas, ocultándome, cuando Marta lo conduce a decir misa, y él va despacito, arrastrando los pies: porque si su sufrimiento es por mí, por creerme una perdida, como Dios bien sabe que no lo soy, el sacrificio de esas dos almas no se desperdiciará: en vez de servir para levantarme, pues no estoy caída según piensan, servirá para no dejarme caer nunca y para conseguirme la felicidad: la felicidad de los que yo quiero—calló bruscamente. Pareciendo ajeno a lo que acababa de oír, Jacobo resultó con estas palabras:

—La última vez que nos vimos, yo no sé si por obligarme a callar, o de burla, saliste con que pensabas que iba yo a dejar los estudios; te contesté que yo me casaría en seguida si tú me quisieras; entonces respondiste con la altanería que tanto me gustaba en ti: —“Es verdad: no te quiero, ni nunca te podré querer”; agradecí la franqueza y dije que yo sí quedaría comprometido contigo, como un perro.

—Para qué te acuerdas de boberías.

Cambiando tema otra vez, Jacobo dijo con su característico tono de resolución:

—Ya sabes que a mí nada se me hace difícil; apenas conozco a los jefes; pero no tengas cuidado: arreglaré que no molesten a tu tío; dime su domicilio y yo me encargaré de todo.

Se despidieron sin más palabras.

Aun cuando no habían convenido en verse, de allí a tres días Jacobo dio con ella.

—Está todo arreglado como querías —le dijo—, además hablé con tu tío y con Marta; ¿deseas verlos?

La muchacha se asombró.

—Sí —continuó Jacobo—, me tomé la libertad de pedir tu mano a don Dionisio, como la mejor prueba de que María Ortega es una mujer digna. ¡Bueno! pedí la mano con la reserva de comunicarlo antes a la interesada y de conseguir su consentimiento.

—Jacobo, tú estás loco, tú no sabes. . .

—Yo no quiero saber más que *sí o no* —dijo el muchacho categóricamente, con seriedad rotunda.

—Pues ¡no! No puede ser —prorrumpió ella en tono áspero.

—Sigues siendo la misma muchacha caprichuda: ¡qué bueno!

—Sí, bendito sea Dios —respondió con dejo de ironía.

—De todas maneras, creo que podrás buscar a tu tío y a tu hermana, sin miedo de que vuelvan a humillarte.

Por primera vez Jacobo miró que los ojos de la mujer enérgica se humedecían y que sus manos, temblando, hacían ademán de agradecimiento y despedida; sus labios no articularon palabra; toda ella, sin embargo, hablaba de ternura y, al mismo tiempo, de renuncia a la dicha. El hombre rompió el silencio:

—Me gustaría que conocieras al general Obregón; le he contado de ti, anticipándole la posibilidad de que casada conmigo pudieras acompañarme; hizo burla de los amores del estudiante y ofreció, vista mi formalidad, ser, en dado caso, el padrino.

—No, Jacobo; tú sabes que yo nunca podré pagarte tu gesto; yo haré todo lo que quieras hacer de mí; pero ahora más que nunca veo que tienes derecho a la felicidad, al éxito, y yo no seré un estorbo.

—Dejemos esto; si quieres, yo te acompaño ahora mismo a la casa de tu tío; arréglalo todo, porque lo seguro es que ya no te dejarán salir. Qué: ¿no eras tú la consentida de don Dionisio?

La muchacha fuerte, voluntariosa, no pudo contener el llanto.

—Sí, yo era; por eso lo maté moralmente, fui causa. . .

—¿Lloras en presencia del hijo del panadero, del trompudo, del "espíritu rudo", del "buenoparanada"? ¡qué vergüenza: toda una María Ortega llorando delante de Jacobo Ibarra!

Cuando la muchacha estuvo lista para ir en busca de la reconciliación tan deseada, se sorprendió al sentir que la compañía de Jacobo le comunicaba dominio de sí misma y bienestar, hasta olvidarse de los contratiempos que pudieran sobrevenir en el encuentro

tantas veces temido; una tranquilidad, una seguridad absoluta se apoderó de su ánimo: con Jacobo todo resultaría bien.

Y todo resultó bien, gracias a las habilidades insospechadas de Jacobo, el único que conservó serenidad ante aquella tormenta de corazones. Restablecida la calma, transcurrida la conversación, el anciano cura Martínez preguntó:

—¿Cuándo se casan?

—Cuando usted ordene—respondió Jacobo con firmeza.

—Pues a ver si podemos arreglar las dispensas para la otra semana—dijo el cura. En el rostro de María se posó amarga sombra de martirio. Su ánimo estaba resuelto a rechazar lo que juzgaba generosidad de aquel muchacho al que tanto había despreciado en lo profundo de su resentimiento, cuando era para ella insoportable la vida pueblerina, que le tronchaba los ímpetus de su adolescencia y la extraversion de su carácter alegre.

No fue fácil obtener su consentimiento para lo que llamaba descabellada idea. Jacobo tuvo que tocar el amor propio de la muchacha.

—¿Es que tienes miedo de seguirme en la aventura en que me he metido? ¿Es que crees que tenga miedo de tus recuerdos? A mí nada me importan. ¿O es que desconfías de que yo pueda defenderte de ti misma y de las pasiones, de los peligros que nos van a rodear si me sigues?

Ella no salía de la razón única que alegaba:

—Tú mereces otra cosa mejor.

Jacobo salió de Guadalajara rumbo a Colima y Manzanillo, donde permaneció hasta el 23 de julio.

—Me gusta esta vida—le dijo a María cuando regresó—; estas gentes de mentalidad primitiva, estos jefes impetuosos, estos indios yaquis idólatras, fieros como panteras, tienen mucho que enseñarme. Ahora sí más que nunca, más que cuando te lo juré hace cuatro años, no me cabe ninguna duda de mi triunfo. El general Obregón ha seguido dándome muestras de confianza y aprecio: me llama ingeniero y parece que se halla satisfecho de mi trabajo; sobre la marcha hice unos levantamientos topográficos que sirvieron mucho para realizar el plan del general en defensa de los puentes y túneles, más allá de Tuxpan, que los federales hubieran dinamitado en su retirada de no haberles madrugado la habilidad de mi jefe, como les madrugó en su pretendida evacuación de Colima y en el avance de las tropas que acababan de desembarcar en Manzanillo. Me tocó ir en el tren explorador y creo haber sorprendido a los que me tenían por pazguato, lo que siempre me ha servido, porque la prueba en contra sale mejor. Tú sabes que no me gusta platicar de mí; pero es

que yo he pensado estos días, a cada momento, que contigo mi triunfo sería más rápido: tienes lo que me falta: simpatía, destreza —la muchacha lo interrumpió:

—¿Sigues con tu demencia? Yo soy una pobre mujer afrentada.

—En estos días he aprendido que no existe el pasado: todo es presente y futuro; además, déjame creer que yo soy tu pasado, como es de algún modo cierto.

—Te ruego que no seas terco.

—La terquedad es mi única virtud. Por otra parte, ¿has pensado qué vamos a decirle a tu tío si no nos casamos? Pensará que todo fue una farsa. Yo diría que no está bien eso.

El razonamiento causó gran efecto en la muchacha.

—Por favor, déjame sola, Jacobo; me da vueltas la cabeza.

El 27 de julio, temprano, Jacobo la buscó y le dijo:

—El primer Jefe don Venustiano Carranza comisionó ayer por telégrafo a mi general Obregón para tratar el fin de las hostilidades, mediante la rendición y disolución del antiguo ejército. ¿Ves cómo el sol nos da de cara? ¿Entiendes lo que significa estar con el general escogido sobre otros como Francisco Villa y Pablo González para ser el que tenga el honor de recibir la capitulación del enemigo? Mi general se lo merece. Yo estoy admirado de su genio militar y de su carácter personal. Estoy seguro de que te caerá bien. Por cierto, anoche, al decirnos que saldríamos mañana o pasado rumbo a México, me preguntó si al fin yo iría con o sin mancuerna. Es de mucho humor y el cuentista más divertido, más oportuno que conozco. Hazme al menos el favor de que te presente con él.

No de muy buena gana María le cumplió el gusto. Don Alvaro estaba en uno de sus grandes momentos: efusivo, ingenioso, espléndido, rebosante de satisfacción.

—Me rindo ante usted, señorita —dijo a María—, porque usted tiene derechos de antigüedad en el ejército de la revolución, sobre mí. Usted es veterana de la clase de 1910. Me gustan las valientes: tome mi pistola, como un homenaje.

María se sintió fascinada por aquel hombre.

—No más con verlo —le dijo ella entre otras cosas— me basta para saber que usted llevará la revolución hasta el fin, y que no sucederá lo que sucedió en 1911.

El general, dirigiéndose a Jacobo:

—Buena pareja, ingeniero; por supuesto, estoy en lo dicho: lo apadrino; ¿y por qué no en seguida? Traigan al del Registro Civil.

Cuando poco después de la súbita ceremonia Jacobo aseguraba:

—Con mi palabra debe bastarte para creerme que no fue plan ranchero —María respondió:

—Lo creo. Tú bien sabes que si yo no hubiera querido, nadie ni nada me habría obligado.

—Demasiado lo sé y por eso te quiero.

—¿No te arrepentirás de esta locura?

—Yo nunca me arrepiento de nada: para eso pienso las cosas antes.

—Por eso te quiero —concluyó María.

AL reconocer a Damián Limón en el tipo desvencijado que la muchedumbre arremolinaba de un lado a otro, despertaron viejos episodios que María fue reconstruyendo a fogonazos de recuerdos.

—Curioso pensar que por este hombre que hoy veo después de treinta años, acepté las relaciones con Jacobo en aquel septiembre de 1909 —comenzó a repasar la memoria de la señora.

Jacobo Ibarra, el hijo de Cirilo el panadero, era el más insignificante muchacho del pueblo, *hazmerreir* de sus compañeros: chapparro, chato, cara cuadrada, mal vestido con trajes de desperdicio que le regalaban, torpe de palabras y de movimientos. A María le sorprendió la simplicidad y audacia de su declaración, sin cortejo previo: —“Usted me simpatiza y quisiera que fuéramos novios”. Cómo le chocó verlo cerca, oírlo; cómo era diametralmente opuesto, la negación misma del tipo de hombre que las muchas novelas leídas forjaron en su imaginación; cuánto le repugnaba.

Sin embargo, sentía que Jacobo era, como ella, víctima de menosprecio, y que, también como ella, desdénaba todo lo que le rodeaba: las gentes, el pueblo, la hostilidad mojugata. Damián Limón acababa de asesinar a su padre y a su novia, Micaela Rodríguez, la única amiga comprensiva de María; en lugar de sumarse a las execraciones unánimes, vio en el sacrificio de Micaela y en el acto de Damián una protesta contra la situación asfixiante de la vida en aquel villorrio; Damián se le transformó en héroe, víctima y mártir; quiso entender algo para secundar su protesta, para vengarse del pueblo fariseo e irritarlo: ¿qué medio mejor que hacerse novia del más vulgar estudiante y presumir sus absurdas relaciones, precisamente cuando con asiduidad la cortejaba un muchacho de Teocaltiche muy distinguido, pasante de Medicina, que traía embobado al vecindario? Cuatro días después de su torpe declaración, Jacobo le preguntó a quemarropa: —“¿Qué me resuelve de lo que le dije?”; María respondió secamente: —“Que sí”. Deseaba salir escandalizando al grito de “¡Jacobo es mi novio!”, mientras consigo misma decía: “¡cómo me repugna!” En los tres o cuatro rápidos, vulgares

encuentros a que se redujo el noviazgo, no disimuló el desapego que sentía por "el espíritu rudo", a quien francamente declaraba que nunca podría querer. En secreto lo comparaba con Damián, el impetuoso, el parricida, el matamujeres. Jacobo era incapaz de abofetear a la desdefiosa. Jacobo era un esclavo, un perro sumiso. María quiso pegarle varias veces. El pobre se marchó protestando fidelidad, sin pedir, sin esperar nada en cambio.

El año de 1910 no volvió Jacobo a vacaciones; pero mandó un recado a la "inolvidable María", reiterando su compromiso sin esperanza. María no se acordó más del "enconchado". Damián la cercaba con su fama siniestra: que lo van a fusilar, que lo van a absolver, que se fugó, que vuelve al pueblo. María tuvo seguridad; el asesino regresaría, la buscaría, quizá la mataría; doble presentimiento: ella ocupaba el sitio de Micaela en el corazón de Damián; éste regresaría la noche de difuntos. Lo esperó. No falló la cita. No tembló el ánimo ni la voz de la muchacha en el encuentro nocturno. Procuró disimular la ansiedad que le inspiraba el desafío de Damián al rencor del pueblo. Angustia mezclada con una sensación hasta entonces desconocida: el entusiasmo, el arrebato heroico, cuando a la tarde siguiente Damián, lleno de serenidad, sin armas en la mano, se presentó al pueblo entero que llegaba en procesión al campamento, y aún el pregonado tuvo calma de quitarse con respeto el sombrero y seguir su camino tranquilamente; Francisco Limón, su hermano, desenfundó la pistola y trató de seguirlo; enardecida, María se le interpuso y lo desarmó. . .

En este punto de su olvidada historia la dama respiró a plenos pulmones.

Como sueño terco, que vuelve a pesar de las interrupciones y de los esfuerzos para desecharlo—*terco, a la manera de Jacobo*—, el pretérito pluscuamperfecto persistía con el surtido de imágenes, como anchetero lleno de terquedad. La presencia, la voz de Damián Limón, encontrado tan inesperadamente, después de tanto tiempo, en fachas tan lastimosas, habían descubierto el depósito de sensaciones intactas: los calosfríos de zozobra cuando aceptó María participar en la conspiración maderista, cuando se deslizaba entre sombras para concurrir a las juntas; el timbre sordo de las voces, el aire sofocado en las piezas donde se reunían con el mayor sigilo; cómo le sonaban huecas las risas y conversaciones con que trataba de ocultar el secreto, miedosa porque un gesto, una palabra, la falsedad misma de su despreocupación pudieran denunciarla; el sabor de los alimentos y las lágrimas en las vísperas de la sublevación; el color extraño de las cosas familiares el día que corrió la noticia por el pueblo: Rito Becerra, Pascual Aguilera, Dimas Gómez y otros veci-

nos acaban de levantarse en armas: pronto vendrán a pedir la plaza: diz que los encabeza Damián Limón; ¡qué horas esas de lucha interior! ¡Qué sufrimiento físico el mirar a la cara del buen tío cura, de la buena hermana generosa! ¡No decidirse del todo a dejarlos, a echar en ellos el vilipendio de su escapatoria, la saña implacable del pueblo! ¡Sensación de descoyuntamiento en aquellas noches de insomnio! ¡Y las mil sensaciones auditivas, visuales, táctiles, olfativas, gustativas, del día en que ocuparon el pueblo sus amigos, de los momentos; en que decidió seguirlos, en que arrojó su eterno traje negro y se vistió de colores, y se terció unas carrilleras, y tomó una carabina, y montó, y salió a la noche, por caminos desconocidos, imaginando el golpe que con la noticia recibirían su tío, su hermana, y el escándalo interminable del vecindario, de la comarca, de los ranchos y pueblos a donde llegara con la tropa improvisada de maderistas!

La dama volvió a respirar como si le faltara el aire, volvió a mirar el reloj: eran las tres y once. "Qué rápidos recuerdos o qué tiempo tan lento" —suspiró. Tuvo intención de abandonar el automóvil e ir en busca de su marido. No es que le molestara o le arripintiera su antigua historia; le molestaba la pertinacia involuntaria, caprichosa, con que se imponían las imágenes de aquellos meses hasta el triunfo del maderismo, las caminatas fatigosas, el hambre y la sed sufridas, la defensa contra los instintos de los hombres que la juzgaban mal, el sonido de las balas, recordado ahora con perfección, los lamentos de los heridos, la cara de los muertos en campaña y de los ajusticiados, el tono de los incendios, la fiera humana desbocada por la revolución, el desencanto, en fin, al probar la vida en libertad.

María supo que Damián la buscaba después del triunfo maderista. La realidad brutal que acababa de vivir había desvanecido la caprichosa imagen del héroe asesino. Damián estaba olvidado afectivamente. Rehuyó su encuentro. Y con mayor tenacidad cuando en la nueva sublevación contra Victoriano Huerta, María sintió cerca los obstinados pasos del cada vez más famoso y cruel cabecilla. No es que le temiera; pero la revolución le había enseñado que no debe darse frente sino cuando hay necesidad.

Necesario fue arriesgarse a encontrarlo cuando a la llegada de los revolucionarios a Guadalajara, María trató de prevenir un atentado contra su tío, el cura Martínez. Fue cuando encontró a Jacobo. "No es del todo exacto —monologó ahora en su interior la dama—, que cinco años antes Jacobo sólo me inspirara desprecio; me interesó desde luego la confianza que tenía en sí mismo, la reserva y exactitud con que obraba, sirviéndose precisamente de la insignificancia

que representaba; una noche me conmovió su desinterés al dejarme libre para entrar en relaciones con el joven de Teocaltiche que me pretendía, ofreciendo las perlas de la Virgen; ¡qué comparación entre la seriedad ruda de Jacobo y el amaneramiento de aquel fatuo! Y cuando mi "enconchado" supo que lo prefería, lo vi llorar, se atrevió a besarme la mano, lo arañé fieramente, casi amorosamente, porque me había hecho sentir por primera vez la sensación de amor. Y cuando me mandó aquella carta, en septiembre de 1910, la guardé con deleite, la leí muchas veces, la supe de memoria".

La persecución de Damián continuó encarnizada, cuando el flamante coronel supo que María se había casado con un falso ingeniero metido a revolucionario de última hora. Se desataba en amenazas contra marido y mujer: ¿para qué venía peleando si no era para conseguir a esa ingrata, por las buenas o por las malas? El nombre se quitaría si no la encontraba, le quitaba los humos a cintarazos y bailaba en el cadáver despedazado de su marido. María tuvo temores cuando supo que Jacobo y Damián se habían encontrado en la Convención de Aguascalientes. Afortunadamente no se reconocieron.

Damián Limón dio al fin con María.

El recuerdo hace sonreír a la elegante señora de Ibarra y Diéguez, que reconstruye la escena.

Fue a fines de junio de 1915. Por su comportamiento en las batallas de Celaya, Damián Limón acababa de ser ascendido a brigadier y venía en busca del general Obregón para darle las gracias e informarse de su salud. —"¿Usted?" —exclamó el flamante brigadier al mirar con ojos espantados a la mujer tanto tiempo buscada. —"Sí, mi general, yo soy la mentada María Ortega, digo la señora Ortega de Ibarra; ¿por qué hasta ahora nos vemos? ¿No hemos sido compañeros de lucha y casi de cuartel?" —"¿Pero qué hace aquí?" —"Mi marido y yo asistimos en su enfermedad a mi general Obregón. Permítame usted felicitarlo por su merecido ascenso". —"Qué: ¿lo sabía? ¿Sabía que yo andaba con ustedes?" —"Y sabía —dijo la señora con tranquilo desenfado—, sé que usted nos tiene sentenciados: a mi marido, de muerte; a mí, de raptó y cintarazos". Echó a reír. Brilló siniestra luz en la mirada de Damián. Salió en esos momentos un ayudante del general en jefe, que hizo pasar al brigadier. —"Pase usted, y no deje de reclamarle a mi general el botín de guerra que le pertenece" —dijo la señora en tono burlesco, que Limón sintió como un fuetazo en el rostro. —"A poco no. Ya verán quién es Damián Limón" —masculló con rabia. En efecto, María escuchó voces de altercado. El ayudante de guardia se lo contó: —"El amigo ése, a las primeras de cambio, se quiso

poner altanero y hablarle de tú a mi general como si fueran compañeros de pandilla; estos guerrilleros no quieren entender más que a golpes la diferencia que hay entre un ejército y sus antiguas gavillas, donde no había más ley ni más disciplina que su antojo. ¿Sabe lo que quería? Que usted y el ingeniero le fueran entregados para formarles juicio. Mi general echó a reírse. —“¡A usted es al que voy a formarle consejo de guerra —le dijo todavía en broma— porque ahora comprendo que usted es villista o se cree que anda con los villistas!” Pero el individuo se puso necio. —“¿Sabe que el ingeniero Ibarra y su señora son mis ahijados y los estimo?” —le preguntó mi general todavía sin encolerizarse. —“Pues aunque. Son unos reaccionarios, clericales, y hay que tronarlos”. —“Márchese de aquí si no quiere que lo truene” —gritó mi general, rojo de coraje. Quise yo darle un bofetón al insolente. Desenfundé la pistola. Lo tomé del hombro: —“¿No ve que le hacen daño los corajes a mi general, convaleciente como se halla?” —le dije, empujándolo hasta la puerta, desde donde todavía se quiso comer con los ojos al jefe”. —“¿Con que se echó de enemigo al general Limón porque no le quiso entregar el justo botín que reclamaba? Poca cosa: una mujer que ha venido codiciando, y la vida de un pobre muchacho” —María se adelantó en decir al general Obregón, cuando la llamó. —“¿Enemigo ése? Ni a buscapiés llega”; luego, bromeando: —“Conque clericales. Los voy a mandar confesar para cuando caigan en manos del parricida”. —“Entonces ¿usted sabe la historia de Damián Limón?” —“Con todo y la pasión que siente por usted, a quien persigue desde hace años”.

Opiniones

OPINIONES DE ALGUNOS COLABORADORES DE *CUADERNOS AMERICANOS* AL CELEBRAR LA REVISTA 25 AÑOS DE VIDA

ARGENTINA

De Enrique Anderson Imbert: uno de nuestros males sociales—hablo como argentino, aunque lo que voy a decir vale también para gran parte de nuestra América española—es querer comenzar siempre desde cero. En vez de acumular los esfuerzos civilizadores—que es lo que hacen los países con espinazo—nosotros los cancelamos a golpes y nos quedamos invertidos. Por eso me alegro cuando una revista como *Cuadernos Americanos* llega a su número 150. ¡Veinticinco años de esfuerzo serio, digno, libre, generoso, inteligente, renovador! No el número 0, que es el que gusta a los demoleedores, sino el número 150, que indica un heroísmo en marcha. ¡Felicitaciones al gran don Jesús Silva Herzog!

De Sergio Bagú: Veinticinco años de ininterrumpida labor constituyen la prueba más difícil para una empresa de ideas. Es la periódica e irrenunciable definición frente a esa multitud de procesos integradores y desintegradores que se agitan sin pausa en los cuatro horizontes.

En 1942, cuando *Cuadernos Americanos* lanzó su primer número, el mundo de la cultura latía en función del combate armado en que se decidía el sentido de la historia por un largo período. Aún no estaban definidas las acciones y había motivos para temer lo peor. *Cuadernos Americanos* apareció como expresión de una conciencia latinoamericana. Un intento de indagación de la propia personalidad, de ubicación militante dentro de un universo en convulsa polémica.

La historia de América Latina en ese cuarto de siglo no ha sido fácil, pero ha aumentado considerablemente el conocimiento de la propia problemática y existe en todos nuestros países un excelente potencial humano dispuesto a ponerse al servicio de la renovación continental.

Llegado este año de 1966, lo que el pensamiento latinoamericano debe a *Cuadernos Americanos* es mucho y muy valioso. Su insobornable inspiración continental se ha conciliado admirablemente con la universalidad de sus horizontes, como proclamando que sólo en la integración se desarrolla una

cultura original. Lo único ausente de sus páginas ha sido la actitud sectaria. Ninguna exclusión: ni nacional, ni ideológica.

Así permanece *Cuadernos Americanos* en su primer cuarto de siglo. Sólido como una roca. Elocuente como todo testimonio humano.

De Romualdo Brughetti: Hubo y hay en nuestra América diversas revistas de jerarquía; pienso en la extinguida *Nosotros* y en *Swr*, que acaba de cumplir 35 años de vida, para referirme sólo a mi país. Pero entiendo que *Cuadernos Americanos* es única por los ideales que persigue y por el modo con que está encarada la búsqueda de esos ideales, que son los grandes ideales de una América democrática, unida, digna y humanísima en su acción y en su pensamiento hacia una armónica convivencia universal. Aludo con esto al problema central del hombre de nuestro continente y de los hombres de nuestro tiempo, en un mundo que ha quebrado o intenta quebrar todas las fronteras y las distancias del pasado y busca el más efectivo diálogo. Continuar alumbrando este diálogo es, a mi juicio, la fundamental misión de *Cuadernos Americanos* hoy y en el futuro. Y en lo que atañe a "dimensión imaginaria", yo diría: hay que otorgar mayor importancia a la poesía hoy que la poesía está recuperando su verdadera función y en su carácter de profética ante los nuevos tiempos, en la indagación auténtica de la existencia humana que se identifica a sí misma.

De Dardo Cúneo: El mío es un voto—entero voto—de solidaridad agradecida que, si obligado a juicio, debe remitirse a lo que *Cuadernos Americanos* significa para las generaciones americanas (e incluyo a los norteamericanos que me consta lo leen y lo siguen) de estos años que, separados por la Segunda Guerra Mundial de los calendarios del liberalismo, nos ubican en experiencias de transición con que América Latina apresura su trámite de masas, un trámite que se había anticipado, en este siglo, en la patria de *Cuadernos*.

Recorro los números de la revista y rehago la visión de estos años con sus materiales concurrentes a un examen de conciencia que comienza con la valoración de las culturas labradas por los hombres de la tierra y la piedra y alcanzan a asiluetar al siglo XXI; materiales para tal examen y para la elaboración de diseños de estética y ética que ayudarán a nuestras patrias a cursar este período de transformación.

Y a ningún lector escapa que detrás, o junto, a las costas tipográficas de *Cuadernos* está el latido de las sangres más generosas de entre todas las nuestras: las de don Jesús Silva Herzog, el más pronto a saber qué nos está ocurriendo, el más lúcido para preparar la marcha y ganarse en ella, Capitán seguro, la jerarquía moral del comando. A los 150 números de *Cuadernos* y como respondiendo al redoble de sus tambores constantemente actualizados, agrego yo: mi Capitán, ¡presente!

De Risieri Frondizi: *Cuadernos Americanos* es hoy la conciencia lúcida de nuestra América. Su vida constituye un milagro de perduración en el ir y venir de revistas similares. No se perdió *Cuadernos Americanos* en disquisiciones abstractas ni vivió del comentario del hecho pasajero. Supo descubrir en los distintos acontecimientos el significado permanente y alertó más de una vez sobre el sentido profundo de hechos que pasaban inadvertidos a la mayoría.

También supo alcanzar la justa medida entre lo crítico y lo constructivo. Ni tribuna de afanoso combate ni cátedra de academismo, *Cuadernos Americanos* publicó artículos que conmovieron en su momento a la conciencia rebelde americana, junto a otros que tienen asegurado un valor permanente.

De Roberto F. Giusti: La revista *Nosotros*, que fundamos y durante más de un tercio de siglo dirigimos Alfredo Bianchi y yo, alcanzó a saludar los tres primeros números de *Cuadernos Americanos* un año antes de suspender su publicación en diciembre de 1942, muerto Bianchi. Me satisface moralmente releer el encomio que el cronista que redactaba la sección "Espejo de revistas", Tristán Fernández, hacía de las tres magníficas entregas que sirvieron de firme modelo, con sus cuatro secciones permanentes, a lo largo de veinticinco años, a todos los Cuadernos posteriores. ¡Cuántos nombres distinguidos y aun ilustres ya, en esos primeros números, cuánta riqueza de materia diversa, política, social, literaria, histórica, filosófica! Indudablemente *Cuadernos Americanos*, iniciativa de un grupo de vanguardia de escritores y pensadores mexicanos y españoles, inauguraba un estilo de revista nuevo, por lo menos en el mundo de habla hispana, no he de decir superior a las demás prestigiosas publicaciones literarias de América, pues cada una de las principales, es o ha sido con decoro lo que se propuso; pero sí original y único, el de ser como un libro cuyo propósito consistiría en abarcar en diferentes ensayos la esfera total de la curiosidad e inquietud humanas en el ancho campo del pensamiento no estrictamente científico y técnico.

Muchas cosas se me aparecen significativas cuando paseo los ojos por la vistosa colección y releo los excelentes sumarios y me conforto viendo cómo se mantiene la tradición de los colaboradores iniciales, y cómo—esto conviene destacarlo—es el propio director actual, Jesús Silva Herzog, quien daba la pauta a *Cuadernos Americanos* hace un cuarto de siglo con su primer ensayo, *Lo humano, problema esencial*, en donde examinaba, optimista, con palabra vibrante, el continuo esfuerzo de la humanidad para alcanzar cada vez un más alto y permanente bienestar.

Nosotros, entonces, al considerar la actitud de los fundadores de *Cuadernos Americanos*, quienes decíanse "obligados" a publicarlos para enfrentar los problemas de esa hora crítica, declaraba: "Esta actitud memorable

la recibimos como vivo ejemplo de lo que América puede, debe, aportar a la cultura universal, en esa labor que desde siglos ha emprendido el hombre para levantar la condición humana". El mismo augural y fraterno saludo que les enviaba *Nosotros* hace un cuarto de siglo, lléguele hoy a la gran revista mexicana, de parte del fundador sobreviviente de aquella revista argentina, quien ha tenido la honra de colaborar repetidas veces en *Cuadernos Americanos* y espera seguir teniéndola.

De Jacobo Kogan: De *Cuadernos Americanos* quisiera señalar un aspecto que me parece especialmente digno de destacar, y es que además de ser indiscutiblemente la mejor revista de esta índole en el mundo de habla hispana, e indispensable para quien dondequiera habite desee conocer lo que ocurre en la literatura y el pensamiento en idioma castellano, posee el mérito singular de reunir en secciones armónicamente coordinadas, las fases principales en que se manifiesta el pensamiento, el sentir, la imaginación y las preocupaciones fundamentales de la sociedad contemporánea. Por eso yo siempre he sentido preferencia por enviar mis colaboraciones filosóficas a *Cuadernos Americanos*, más bien que a revistas especializadas en filosofía, donde también publico con frecuencia. Y es porque en el mundo especializado de hoy hasta la filosofía se va encerrando en círculo estrecho, contrariamente a lo universal de su finalidad. En *Cuadernos Americanos*, por el contrario, yo veo mis preocupaciones filosóficas y estéticas expuestas en una sección de la más alta jerarquía intelectual, a la vez que formando parte de un órgano que las pone en relación con las otras expresiones superiores de la sensibilidad e imaginación, de modo que el lector no es solamente un especialista aislado, sino todo ser humano que se interesa por las realizaciones auténticas de la cultura; y esta es la comunicación que creo debe perseguir tanto el filósofo como el artista y el investigador social.

De Mario Marcilese: *Cuadernos Americanos* cumple veinticinco años de esfuerzos por forjar el destino de nuestra cultura latinoamericana, abriendo sus páginas para aceptar el mensaje de los intelectuales del Continente, en procura de la dignidad del hombre, de la hermandad de los pueblos que hablan un mismo idioma, y del entendimiento mutuo de las generaciones que se van sucediendo.

Cuadernos Americanos es un anhelo convertido en realidad.

De Victoria Ocampo: La labor desarrollada por *Cuadernos Americanos* merece admiración y respeto. Como algo sé de las dificultades que representa una tarea semejante, hablo *en connaissance de cause*.

Van de prisa estas líneas con el temor de que lleguen demasiado tarde.

De José Luis Romero: A los veinticinco años de comenzada su apasionada labor de *Cuadernos Americanos*, me pide Ud. una opinión objetiva sobre la labor desarrollada por la revista durante ese tiempo. ¿Qué podría decirle yo, sino que me sobrecoge la magnitud del esfuerzo, la tenacidad con que lo ha mantenido, la clara inteligencia que ha puesto a su servicio, la valentía con que ha defendido siempre las buenas causas? Ud. insiste en que no quiere elogios de compromiso, pero los que hemos hecho o intentado cosas parecidas a la empresa de *Cuadernos Americanos* no podemos ignorar las montañas de dificultades que hubo que superar, y frente a ellas, las observaciones críticas se tornan mezquinas. Seguramente alguna vez he observado algo que no me pareció bien; pero a la hora del balance la desproporción es tal entre lo bueno y lo malo que me avergonzaría de puntualizarlo. Ud. ha hecho, simplemente, la revista que necesitábamos los latinoamericanos. Y está hecha, y lo que es más importante, la sigue haciendo Ud. con el mismo ímpetu juvenil de siempre. Esto reconforta y alegra a sus amigos.

Si yo quisiera satisfacer su deseo de señalar alguna cosa que contribuyera al perfeccionamiento de *Cuadernos Americanos*, no me ocuparía de juzgar lo ya hecho sino de sugerir algo para el futuro. Quizá con el tiempo *Cuadernos Americanos* podría correr el riesgo que es propio de los precursores, esto es, ser superados por sus propios discípulos. A fuerza de tanto batallar, puede Ud. no advertir que ya ha obtenido muchas victorias. Quizá sea la hora de aprovecharlas. Si Ud. ha conseguido avivar la conciencia de los problemas comunes de Latinoamérica, acaso sea oportuno promover la profundización de algunos problemas. Creo que nos faltan *estudios comparativos* que pongan objetivamente de manifiesto la existencia de *problemas comunes con perspectivas y soluciones diferentes* en los distintos países latinoamericanos. Mientras no se haga esto no tendremos un conocimiento válido de nuestra situación y nuestras perspectivas. Creo que esto sería un buen programa para los segundos veinticinco años de *Cuadernos Americanos*. Creo que al término de este plazo Ud. podrá tener derecho a considerarse un anciano, y solicitar a sus amigos licencia para retirarse a meditar en silencio. Antes no, porque la lucha lo necesita tanto como usted necesita la lucha.

De Emilio Sosa López en carta dirigida al director: Ahora que *Cuadernos Americanos* va a cumplir en noviembre sus primeros 25 años—de "historia palpitante", además de vida cumplida—, llevo a usted mi más cálido homenaje por esta obra admirable que usted ha sabido realizar al nivel de esos grandes mexicanos que han hecho de América una patria única, engrandeciendo la propia patria con un fervor que la devuelve como la más entrañable y fraterna del continente.

Este ha sido el resultado de su afán de servir a la libertad del espíritu y a la cultura del hombre. Bueno es entonces que recoja sus frutos en la

intimidad de su corazón ardiente. "No hay nada más silencioso—ha dicho Kafka— que el encuentro con la propia obra". Es a ese centro de su más concentrada meditación que quisieran llegar mis palabras. Porque es posible que usted piense, con desprendimiento y sencillez, que fue obra de todos los que usted reunió en *Cuadernos Americanos*, cuando todos sabemos que sin su desvelo, paciencia y coraje, no hubiese habido la obra que ahora festejamos todos.

Cuadernos Americanos son la luz de nuestra América de habla hispana, el historial de su reflexión, de su busca, de su constante renacer. Sus 25 años son el ciclo de su madurez. En sus números nada se ha ocultado, porque han luchado contra el temor y lo inauténtico. Son, pues, un "tiempo recuperado" para la conciencia del hombre moderno, en la misma escala en que lo es siempre toda preocupación por la belleza, tanto del arte como de la verdad. De ahí que ellos reserven a los que colaboran en sus páginas la seguridad y plenitud de lo que fecunda y permanece.

Recuerdo su "profesión de fe" como Director de la revista, expresada en enero de 1957, al cumplirse quince años de su aparición. Allí usted decía: "Hoy, como ayer y como siempre, tenemos las manos limpias y estamos de pie y en pie de lucha en nuestra pequeña trinchera". Las mismas palabras hoy se reactualizan. Es decir, usted está y estará siempre en el "hoy" de nuestras vidas, porque es condición del espíritu que siempre permanezca aquel que lo sirve.

Así lo siento y lo veo a usted, mi querido maestro. Con este fervor que cava muy adentro, lo saluda su amigo y colaborador.

De Bernardo Verbitsky: Quisiera contestar a la pregunta que usted me formula sobre *Cuadernos Americanos*. Me solicita usted mi opinión sincera y libre sobre la labor desarrollada entre 1942 y 1966, y me propone que no omita ninguna referencia a las fallas que a mi juicio puedan señalarse pues ello—dice usted con conmovedora modestia— sería utilísimo para enmendar errores.

Desde luego creo que la revista es de una elevada calidad, la mayor que registra el continente, y una calidad, diría yo, directamente vinculada a la vida cultural de América. No se trata de un elogio sino de una impresión. El problema sería editar una revista que sirva de conciencia a toda Latinoamérica, una revista que nos comunique e intercomunique. *Cuadernos Americanos* en la medida en que yo puedo apreciarlo, ha trabajado en ese sentido. Para afirmarlo categóricamente o para discutirlo habría que repasar el índice de ese cuarto de siglo. Por eso lo único que me atrevo a señalar es un aspecto marginal, o a enfocar marginalmente un aspecto del problema. Y es este:

¿Con qué grupos literarios de cada país mantiene vinculación *Cuadernos Americanos*? Los nombres que veo figurar con más frecuencia en re-

vistas del continente no son siempre los más representativos—me refiero a la Argentina—de la literatura de nuestro país, aunque tampoco faltan. No quiero hacer de esto una cuestión personal. Yo mismo he enviado una única vez una colaboración a *Cuadernos Americanos* y ella ha sido publicada. En cambio ninguno de mis quince libros ha sido siquiera mencionado—a lo que yo sé—en sus páginas. Aclaro inmediatamente que tampoco yo envié ninguna de mis novelas a la revista para su comentario, a pesar de que la primera, *Es difícil empezar a vivir*, mereció una carta muy elogiosa de Alfonso Reyes, cuando don Alfonso aún escribía directamente y no utilizaba sus conocidos formularios de acuse de recibo. Estoy seguro de que muchos escritores valiosos de la Argentina no han sido registrados en *Cuadernos Americanos* (me refiero a los que han aparecido en los últimos 25 años), pero no lo atribuyo a ustedes sino a los corresponsales a que han recurrido. Este es el problema, que me imagino pudo repetirse en relación a los demás países de América. Si el corresponsal no es sectario, tiene gusto certero y criterio amplio, dará a conocer objetivamente lo mejor de su país. Si el corresponsal es más leal a la revista, capilla o grupo al cual pertenece, que a la literatura de su país, o es simplemente incapaz de juzgarla sea por la ineptitud o parcialidad, toda la buena voluntad de ustedes será malograda. He querido contestar a su amable y fino requerimiento planteando de buena fe un problema de tipo general, que puede echar a perder las mejores intenciones y los mejores planes para dar a una revista de esta parte del mundo un auténtico carácter continental. En cuanto a las excelencias de *Cuadernos Americanos* son de todos conocidas y nada le agregaría mi propio elogio.

B O L I V I A

De Raúl Botelho Gosálvez: La celebración del cuarto de siglo de existencia de la gran revista mexicana *Cuadernos Americanos*, asume en nuestros días la categoría de un acontecimiento continental, al que se unen fraternalmente los intelectuales de Bolivia.

Cuadernos Americanos no sólo representa el extraordinario y desinteresado esfuerzo de un hombre: el licenciado don Jesús Silva Herzog, que venciendo dificultades de todo género mantuvo el alto nivel de la revista sino que también supo cumplir con su puntual entrega. Por otra parte, muy pocas revistas de cultura americana han sabido servir tan bien como ella a los mejores intereses de los países de este hemisferio, manteniendo una línea de constante vigilancia y orientación, para evitar que el pragmatismo calibánico corrompa nuestras energías espirituales y aproveche, hasta la saciedad, nuestros recursos materiales, ofreciéndonos la contrapartida de la humillación y la pobreza.

Trinchera de la libertad de pensamiento, hace honor al pueblo donde se edita y al director que la conduce. En América es una de las más respetables tribunas del pensamiento continental, desde donde es posible debatir y plantear todos los problemas que nos son comunes, para alertar a la conciencia de las élites conductoras, a fin de rectificar las distorsiones y abrir nuevas ventanas de contemplación de nuestros asuntos, de modo que sea posible mantener una unidad de estilo y de acción de los pueblos de aquende el Río Grande.

Cuando mañana, obtenida ya la unidad integral de América Latina, se haga el balance intelectual, para resaltar a quienes se esforzaron por alcanzarla, no dudo que *Cuadernos Americanos* tendrá una posición predominante que la hará acreedora, como lo es ahora, a la gratitud de los pueblos.

C O L O M B I A

De Germán Arciniegas: Veinticinco años de *Cuadernos Americanos* marcan una de las hazañas que honran a nuestra América. El lector puede hacer siempre una reserva semejante a la que hacen los editores de revistas cuando dicen: Cada autor es responsable por lo que dice, y la dirección no está forzosamente de acuerdo con sus ideas. Para el lector esta amplitud es muy benéfica, porque debe esperar siempre tener la oportunidad de confrontar sus propias ideas con las ajenas, y *Cuadernos* en este sentido es de lo mejor, de lo mejor que hemos tenido, así haya provocado más el diálogo que la controversia, y enseñándonos que por el campo fecundo de las contradicciones ha venido formándose una conciencia, un estilo, una personalidad de nuestra América.

De otra parte, en sus páginas hay un tesoro almacenado de artículos que son esenciales, como material de consulta, para los estudiosos de nuestros problemas. En más de una universidad de América o de Europa he visto enfiladas en las bibliotecas las colecciones de *Cuadernos Americanos* —por su mexicano juego de colores se distinguen a distancia—, que los libreros muestran con orgullo como un tesoro del cual hacen uso constante los clientes de esas dependencias.

Debo a *Cuadernos Americanos*, a lo largo de un cuarto de siglo, algunas de las mejores horas de mi vida, que he recreado con sus lecturas, y a usted personalmente el que hubiera sido mi padrino cuando aquella aventura de la primera edición de cierto libro mío —*Entre la libertad y el miedo*—, publicado por *Cuadernos* en una época de riesgos evidentes. Estas cosas, mi querido don Jesús, nunca se olvidan.

De Antonio García: De *Cuadernos Americanos* puede decirse que ha sido el foro libre del nuevo pensamiento latinoamericano. En él han parti-

cipado quienes—desde diversas perspectivas—de alguna manera representan las nuevas líneas culturales del hemisferio: la tendencia del nacionalismo latinoamericano; la tendencia de la emancipación ideológica, en procura de una *propia perspectiva* del mundo y de un propio camino *dentro* del mundo; la tendencia hacia un *humanismo militante*, capaz de luchar por la defensa de los valores humanos, más allá de cualquier marco de nación, de clase, de raza, o de partido; la tendencia a definir las líneas estratégicas de lo que constituye el proceso histórico de cambio en América Latina: la revolución nacionalista popular.

Desde luego, esta función misional y orientadora de *Cuadernos Americanos*, no podría desprenderse, maestro Silva Herzog, de lo que Ud. mismo representa: una conciencia lúcida, frente a los problemas de la Revolución Mexicana y frente a la historia y al destino de América Latina. En su interpretación de la historia de México, hemos aprendido una nueva manera de enfocar y de caracterizar la historia latinoamericana, en un intento de penetrarla críticamente y de no someterla a los esquemas de las ideologías alienadas.

En definitiva, es esto lo que más importa de *Cuadernos Americanos*: su *sentido* y la fidelidad a *este sentido*.

Dentro de este marco de pensamiento, echaría de menos la constitución de un Consejo de Redactores en el que pudiese participar gente que está *viviendo*, en diversos países, la *experiencia latinoamericana*. Esta nueva forma organizativa, no haría sino reforzar lo que forma parte de la naturaleza misma de *Cuadernos Americanos*: su sentido de foro en el que se debaten los grandes problemas y se trazan líneas de orientación.

C O S T A R I C A

De Alfredo Cardona Peña: Durante veinticinco años de trabajo ininterrumpido, *Cuadernos Americanos* ha sido la residencia del pensamiento continental, tanto en el campo de la creación literaria, como en el de la investigación científica, sociológica, económica, política e histórica. Una de sus secciones—la titulada "Aventura del Pensamiento"—parece definir, con su quijotismo de buena cepa, la naturaleza de esta obra que don Jesús Silva Herzog, el ilustre maestro y editor, se propuso originar y mantener con incomparable tenacidad y nobleza en un mundo zarandeado por la incertidumbre, el peligro bélico y los intereses hostiles a una auténtica integración de nuestros pueblos.

Cuadernos Americanos no sólo ha ofrecido un amplio y riguroso servicio informativo, un editorialismo de hondas ideas y una promoción de libros que honran por igual a autores y a lectores, sino que, en el aspecto de las relaciones de la cultura y de los hombres que la representan, ha sabido

reunir, festejar, ofrecer cumplimiento a todas aquellas personas de relieve que aquí y allá, en una u otra forma, han realizado obra significativa. *Cuadernos Americanos*, por tanto, ha sido una genuina *Casa de la Cultura independiente*.

¿Cómo encontrar errores o deficiencias a realización tan generosa, tan pulcra en su "vestido" tipográfico, tan valiosa para el dato humanístico del futuro? Se ha dicho que lo copioso de sus páginas, y lo extenso de la mayor parte de sus colaboraciones, impone al lector—que siempre clama por la falta de tiempo—un trabajo de examen reñido con la distribución de sus horas "económicas". En nuestros días, los editores ruegan siempre a quienes les escriben, menos número de páginas, más síntesis, no tan amplio espacio para la reflexión. Es decir: menos palabras y más ideas. El cuento, el artículo, la crítica, deben ser cortos. Pero hay un campo del pensamiento que es al escritor lo que la pampa al caballo del gaucho: territorio abierto y difícil que hay que cruzar sin medir el tiempo. Me refiero al ensayo con sus distintas especialidades. El ensayo es la "novela corta" de la realidad contemporánea, y el más útil de los oficios literarios, y como su lectura va dirigida al técnico en alguna de las disciplinas académicas, el tiempo invertido en ella no debe ni puede estar regido por el apresuramiento. En *Cuadernos Americanos*, el ensayo a gran espacio, el análisis valiente de las teorías, y la denuncia basada en testimonios incontrovertibles, han encontrado un formidable divulgador, de tal manera que los investigadores—de hoy y de mañana—tendrán siempre que acudir a los ya voluminosos índices de esta empresa que prestigia al quehacer superior del continente.

De León Pacheco: *Cuadernos Americanos*, la revista más definida de Latinoamérica, cumple en este mes sus veinticinco años de existencia. Magníficas bodas de plata del pensamiento americano, tan pobre en expresiones vitales. La obra que ha realizado esta revista, en medio de sus luchas a brazo descubierto, es enorme en sus proyecciones políticas, sociales, económicas, artísticas, científicas. Al recorrer los 148 tomos de su colección se palpa todo lo que ha significado la evolución de nuestros pueblos y también lo que ha significado la evolución del pensamiento universal durante la etapa más azarosa de la historia total del mundo.

Y hay algo más. *Cuadernos Americanos*, en su trayectoria magistral, ha seguido una línea invariable en cuanto a la defensa de los valores permanentes del hombre. No sólo en lo político. También en lo social. También en lo cultural. Su sentido ecuménico de la conciencia humana resalta en los numerosos artículos, escritos por profesionales del pensamiento y de la dignidad del hombre, que se refieren a todas las disciplinas de los conocimientos actuales.

El valor permanente de *Cuadernos Americanos* lo tenemos a la vista. No hay problema que inquiete al hombre de nuestros días que no tenga una

expresión en sus páginas. No hay protesta contra la injusticia humana que no tenga cabida en sus secciones tan bien definidas. No hay ensueño artístico que no esté presente en sus selecciones. No hay descubrimiento científico que no viva en sus comentarios sencillos y claros. Es una revista que nació bajo el calor de lo universal, sin descuidar, sin embargo, los desvelos cotidianos del hombre, y permanece en su brecha invariable, arando con tesón y ahínco ayer y hoy. Y también seguirá así mañana y siempre.

Si la labor de *Cuadernos Americanos* ha de tener sus consecuencias, en un futuro muy cercano de nuestra desventurada América de habla latina —y por lo que se vislumbra desde ya, también de habla inglesa—, en su entraña generosa está el germen de estas consecuencias. El pensamiento, cuando tiene la dicha de encontrar órganos de difusión como el que ha sostenido, contra viento y marea, el maestro incansable que es el Dr. don Jesús Silva Herzog, tiene sobrado derecho de sentirse en beligerancia perenne.

Escribo este sencillo homenaje desde mi rincón de París. Al hacerlo aquí recuerdo, en medio de una bruma de nostalgias, la obra inmensa que significó para Francia *Les cahiers de la Quinzaine*, de Charles Peguy, que tanto contribuyeron a modelar el alma de esta nación en los momentos decisivos de su historia antes de la Primera Guerra Mundial. Y veo también, sobre mi mesa de trabajo, *Esprit*, la gran revista fundada por Emmanuel Mounier, que tanto ha hecho por la formación de la Francia de nuestros días. Así, *Cuadernos Americanos* para el México postrevolucionario. Esta revista es para la gran nación latinoamericana, tan valiente en sus definiciones, un baluarte, en que palpita su mensaje de que "por mi raza hablará el espíritu". Don Jesús Silva Herzog y *Cuadernos Americanos*, han sido, y siguen siendo, guías del espíritu revolucionario americano, que tanta falta le está haciendo actualmente a nuestros pueblos, cuyos destinos se están destruyendo por medio de una propaganda malsana e inocua.

¡Ojalá en 1992 los mexicanos, y con ellos todos los latinoamericanos, puedan celebrar las bodas de oro de *Cuadernos Americanos* con el mismo entusiasmo con que ahora nosotros celebramos sus bodas de plata!

C U B A

De Roberto Fernández Retamar: Al cumplir *Cuadernos Americanos* veinticinco años de vida, hecho ya infrecuente en nuestros países, lo que debo expresarle sobre todo es gratitud; y no sólo gratitud personal: más de una generación (y ciertamente la mía) se ha formado leyendo sus páginas, como leyendo los libros que editara el Fondo de Cultura Económica bajo la orientación de Arnaldo Orfila Reynal. Hoy que el Fondo ha sido privado de la gestión de este maestro, *Cuadernos Americanos*, dirigida admirablemente por don Jesús Silva Herzog durante un cuarto de siglo, queda como

una de las escasas hazañas de cultura no sólo de México, sino del continente, que nos permiten sentirnos orgullosos. Sus páginas han recogido, con sentido polémico creador, las preocupaciones profundas de la América Latina, sin cobardía ni cerrazón dogmática. Ha sabido cumplir el programa que se trazara en sus comienzos, y ha sido digna de llamarse *la revista del Nuevo Mundo*, nombre que en vano le disputarán órganos de nuestros enemigos de siempre. Para mí, no es de ninguna manera el menor de los méritos de *Cuadernos Americanos* el haber sabido transmitir el aliento mejor de la Revolución Mexicana a la Revolución Cubana, testimoniando así la continuidad y fidelidad de nuestra cultura.

De Juan Marinello: La aparición del número 150 de *Cuadernos Americanos* es, sin exageración, un hecho de relieve continental. Los que hemos venido leyendo la gran revista a lo largo de 25 años lo sabemos bien. *Cuadernos* ha realizado la tarea casi milagrosa de mantener por todo este tiempo la calidad y la novedad —testimonio y presagio—, fundamentos de toda obra de cultura verdadera.

Ha sido tan pleno el aporte de *Cuadernos* que quien historie nuestro tiempo no podrá prescindir de su información y consulta. En sus páginas se dieron cita permanente el rigor científico y la aventura libérrima. En cada campo se escogieron las mejores hazañas de la indagación y la creación.

La América Latina ha contado en todo tiempo con revistas primordiales a las que hay que acudir tanto como a los libros mejores. Al decir que *Cuadernos Americanos* mantiene con el más alto rango la difícil tradición, afirmamos la verdad. Por ello merece el más hondo homenaje su animador incansable don Jesús Silva Herzog. Un calificativo muy abusado en nuestros días parece nacido para este hombre, logrado caso de heroísmo intelectual, el de Benemérito de la Cultura Americana. ¿Por qué no lo proclaman, al saludar este número 150, los que hemos recibido de *Cuadernos* enseñanza, placer y estímulo?

De Fernando Ortiz, en telegrama de La Habana fechado en octubre 11: Permitame que aproveche las pocas luces que conservo en mi ochentanía caduca que me tiene casi ciego para enviarle mis parabienes por el aniversario de la publicación de *Cuadernos Americanos*, con mi gratitud por haberme brindado en varias ocasiones el honor de colaborar en su trascendental obra de cultura. Con razón, *Cuadernos Americanos* es la revista del Nuevo Mundo.

De José Antonio Portuondo: Sin tiempo para realizar un repaso, siempre agradable y fructuoso, de mi colección de *Cuadernos*, pero no habiendo dejado de seguir, número a número, su extraordinaria labor, no puedo sino realizar su apología en estas casi milagrosas "bodas de plata" de

Cuadernos. Porque parece cosa de milagro que una revista como *Cuadernos Americanos* haya podido sobrevivir un cuarto de siglo manteniendo siempre enhiesta su actitud liberal y hasta revolucionaria. Su colección es ya una fuente indispensable para cuantos quieran conocer las inquietudes capitales de Nuestra América y del mundo. Hasta en su formato resulta *Cuadernos* ejemplar.

No puedo menos de evocar con simpatía a los hombres que estuvieron junto a Ud. en la fundación y mantenimiento de la Revista. El grupo de sus redactores y el más amplio aún de sus colaboradores constituye, sin duda, la nómina completa del pensamiento liberal de Nuestra América.

De Loló de la Torriente: Los escritores de todo el mundo, pero especialmente los que residen en el continente latinoamericano, han de ver con beneplácito la vida ascendente y fecunda de *Cuadernos Americanos* que arriba a los veinticinco años de labor tenaz, persuasiva e inteligente, por estrechar los lazos fraternales entre los pueblos dando a conocer sus valores científicos, artísticos y culturales. En sus páginas se han profundizado temáticas y discutido tendencias sin sujeción a dogmas ni requerimientos ocultos y esta libertad de expresión, que ha robustecido el idioma forjado para el máximo entendimiento humano, ha sido sin duda lo que ha dado a *Cuadernos* su vitalidad como vehículo de la más alta comprensión entre los hombres de muy diferentes latitudes, razas y lenguas.

Para los que hemos hecho un hábito de la lectura de *Cuadernos*, para los que su espera regular ha constituido una inquietud y una satisfacción, este aniversario representa una fiesta del espíritu, la constatación de un empeño noblemente sostenido que culmina en el auge de una trayectoria que cumpliéndose aporta fuerza y luz a las amplias esferas del saber.

C H I L E

De Fernando Alegría: *Cuadernos Americanos* es una revista que ha sido para el lector fiel una volante universidad: sin timbres ni diplomas ni académicos paraninfos, sino la universidad luminosa, reflexiva, atormentada, profunda, de la vida intelectual hispanoamericana.

De Ricardo Donoso: En un cuarto de siglo, *Cuadernos Americanos* ha realizado una labor extraordinaria, en un heroico esfuerzo para unir a los pueblos americanos con vínculos de solidaridad espiritual y política. Cada vez que la América se ha visto agredida o amenazada, no han faltado las voces valientes para denunciar ante la faz del mundo los móviles turbios y ruines que las movían, y ya a mediados del pasado siglo, en la turbulenta New York, dio a los moldes Vicuña Mackenna las páginas de *La voz del*

América para escarnecer, ante la opinión ilustrada del continente, los sombríos propósitos que animaban a España en la costa del Pacífico.

Desde Londres, desde París o desde Madrid resonaron las vibrantes palabras de un Santiago Pérez Triana, en las columnas de *Hispania*, de un Francisco García Calderón, en las páginas de la *Revista de América*, o de un Gómez Carrillo, en las de *Cosmópolis*, en un persistente esfuerzo por auscultar los problemas sociales y económicos que sacudían a la América hispánica a principios del siglo y hacerlos llegar al seno de esos centros intelectuales y económicos del mundo moderno.

Pero a *Cuadernos Americanos* le ha correspondido presenciar los cambios políticos y sociales más profundos que se han desarrollado en el curso del siglo, las consecuencias de la guerra mundial, la división del mundo en dos super potencias políticas e ideológicas, el advenimiento del Africa y del Oriente a la mesa de las naciones soberanas, y a la América sumida en dictaduras bochornosas o sacudida por las transformaciones más hondas.

La voz de *Cuadernos Americanos* ha resonado en todos los rincones de América, fortaleciendo a los débiles y animando a los valerosos, denunciando la voracidad del capitalismo avasallador y poniendo en la picota a los caudillejos alzados con el poder en todas las latitudes, como meros instrumentos de los grandes consorcios ultrapoderosos, sin perder su arraigada fe en las fuerzas espirituales y en la eficacia de las normas jurídicas.

Para realizar tan titánica tarea, en estos tiempos en que el periodismo se ha convertido en una mera empresa industrial al servicio de los grandes consorcios económicos, se ha necesitado la presencia de un hombre de la alta calidad intelectual y moral de don Jesús Silva Herzog, paradigma continental de coraje cívico, de altura espiritual y de cultura. Su heroico ejemplo quedará esculpido, con caracteres indelebles, en el corazón y en la inteligencia de América.

E C U A D O R

De Jorge Carrera Andrade: La luz guiadora más alta nos viene de México, país-crisol donde todo parece proclamar la presencia del espíritu de nuestra raza. La luz irradia con abundancia de la revista *Cuadernos Americanos*. Todo nuestro continente se purifica en esa luz, y el hombre de América, al participar en esa ablución espiritual, entra en la vía de la salvación.

La revista *Cuadernos Americanos*, encendida como un fanal sobre los acantilados de la ignorancia y las rocas del prejuicio, ha impedido en horas dramáticas el naufragio de la nave de la cultura hispanoamericana. El fanal ha segado los haces de niebla y ha trazado un camino radiante en la sombra.

Al final del camino, aparece como una promesa América, más libre y fraterna, dotada de autonomía espiritual y vigorizada por un nuevo humanismo.

Desde su fundación, hace un cuarto de siglo, en medio de la humareda que llegaba de Europa asolada por la Segunda Guerra Mundial, la revista *Cuadernos Americanos* supo congregarse en torno de su fanal a los escritores más representativos de los países de habla española, sin discriminación alguna, y presentó un resumen del pensamiento de nuestro continente.

El orientador de *Cuadernos Americanos*, el distribuidor de su luz civilizadora, el maestro Jesús Silva Herzog, merece el aplauso y el reconocimiento de las nuevas generaciones. Analista implacable de los problemas económicos de nuestros pueblos, lúcido consejero de los métodos que deberían aplicarse para preservar la personalidad de América y construir un futuro más humano, Silva Herzog debe contarse entre los conductores más ilustres de las juventudes americanas. La revista de su dirección representa una de las más trascendentales victorias logradas en nuestro Continente contra la ignorancia.

Que siga el maestro esforzado y tenaz, secundado por sus nobles colaboradores, en su tarea diaria de alumbrar la luz del faro continental, y que toda América se vista de fiesta para celebrar los veinticinco años cenitales de una revista que constituye la voz y la conciencia de América.

De Benjamín Carrión: La América Latina, tan desafortunadamente dividida, frente a los pueblos sajones, tan unidos, realizó el milagro largo tiempo esperado: tener una voz unificada, integradora, la voz que quería Bolívar, que anhelaba Martí. Esa voz es la voz de *Cuadernos Americanos*, voz auténtica de toda América Latina, como jamás un continente entero la tuvo en el curso de la historia.

Ese milagro lo realizó un hombre: Jesús Silva Herzog. Para lograrlo, tuvo primero que edificar una vida, como pocas veces se ha construido en lo que va de siglo y en cualquier país: vertical, austera, con dación total de esfuerzo y de sabiduría a la gran causa: ofrecer a Latinoamérica un vehículo para que exprese, para que diga su verdad, sus propósitos, y haga, con el concurso de todos los hombres de todos los países, los planes para su futuro.

El gran Romain Rolland, en la década de los veinte, intentó esta hazaña para Europa, el continente herido y desangrado después de la Primera Guerra Mundial, cuando él, gran pacifista, se puso, según su frase inmortal *au dessus de la mêlée*. Apenas pudo mantenerse algunos años, y desde allí se escuchaban las más grandes voces universales: fue la revista *Eur. pe*, desde donde se hacía *guerre a la guerre*, como lo predicaba el Grupo "Clarte", del cual formaba parte ese otro gran espíritu, Henri Barbusse.

Eso, la revista continental, que sea la voz auténtica de veinte países, desde México, lo ha conseguido Jesús Silva Herzog, el gran patriarca de la

inteligencia, la virtud y la bondad de toda la América Latina. Eso es *Cuadernos Americanos*, que cumple hoy sus veinticinco años rectilíneos, guías, difusores de la luz y de la paz.

Hazaña, gran hazaña del esfuerzo, la tenacidad y el triunfo del espíritu. Allí, en esos volúmenes que llevan en su portada el movable símbolo del mar, se halla todo el pensamiento sano, esperanzado y constructivo de todos los hombres de los veinte países latinos de América. Allí la iniciativa, el planteamiento y, sobre todo, la rebeldía indomable y tranquila de doscientos millones de gentes que hablan español y portugués.

ESPAÑA EN ESPAÑA

De Alvaro Fernández Suárez: Se me pide una opinión libre y verdadera sobre la obra de *Cuadernos Americanos* desde 1942, y yo ofrezco nada más que una opinión honrada. Libre, también, pero no de toda afectividad, primero, porque, aunque en pequeña parte y modestamente, algo he colaborado yo mismo en esa obra; pero, además, en mi caso personal—aunque no excepcional, creo—, por muchas razones, la revista me sirvió de tabla insustituible donde dejar estampadas algunas ideas, puestas ahí, en la leve objetividad de la letra impresa, ideas que, de otro modo, se hubieran quedado en el eterno limbo del silencio. Por supuesto, no estoy seguro de que tal silencio—o lo que fuera o no fuera—significase, para nadie—digamos, con tonta arrogancia, para el mundo—ninguna ausencia y mucho menos una pérdida. Pero para mí, el no haber tenido el medio de expresión adecuado era importante, como puede ser, para todo viviente, el no poder estirar los miembros, el no ejercitar los músculos o las alas, el tropezar con paredes que le impiden a uno ensanchar su vida, por insignificante, gratuita y superflua que sea más allá de uno mismo. Por lo demás—y al decir esto ya enjuicio a la revista—*Cuadernos Americanos* dio hospitalidad a algún original mío con el que la Dirección—sospecho—no debía estar muy de acuerdo y cuya publicación le produciría daños, acaso materiales y, desde luego, morales, a causa de la "inoportunidad" de los juicios contenidos en mi texto, aun cuando fuesen, según entiendo, correctos y veraces. Aprovecho para expresar aquí mi agradecimiento. Es una deuda.

Después de esto, desembarazado de prefacios, estoy en mejores condiciones para decir lo que pienso de *Cuadernos Americanos*. En primer lugar, a la primera mirada, veo un organismo robusto, sano—aludo a la salud "material"—, un cuerpo de estatura no común—el volumen, el formato—, al servicio de posiciones de cultura, de moldes morales, de modos de entender al hombre y el mundo que tuvieron su peculiar iluminación en el siglo XVIII y se desarrollaron en una línea que sigue teniendo validez para muchos de nosotros. ¿Y qué significan, en su esencial esencia—si se

nos permite—, las ideas, las emociones y actitudes que son la "materia" de esa línea? Significan la expansión de la vida, el crecimiento del hombre (esto es la razón, esto es la libertad de pensamiento) y, por lo mismo, ante todo, el crecimiento de la conciencia. Significan, pues, en cuanto ensanchamiento y enriquecimiento de la vida, en cuanto conciencia, espíritu, el bien mismo, al menos tal como yo entiendo y siento el bien. Y el mal. Esto, de cara y para la humanidad (pido perdón por tal exceso de elocuencia). Pero la revista nació, está, vive, en una esfera cultural, incluso en una esfera nacional, y ambas, por cierto, la necesitan mucho. Y así *Cuadernos Americanos* (algo dice, ya, este gentilicio) se preocupa, no más, pero sí más de cerca, por la humanidad de la América Latina, por la de México, y no olvida al pueblo español ni a España. Tales consagraciones cercanas y perentorias me parecen un sano, si bien amplio "encastamiento", y buen sentido de la realidad, sentido substancial de lo que importa y debe hacerse, y ha librado a esta publicación—gran cosa—de todo "snobismo" y de la inautenticidad que lo sigue o lo precede (no sé si es una cosa u otra).

¿Resultados? ¿Qué ha hecho *Cuadernos Americanos* entre 1942 y 1966? Es difícil responder a la pregunta. Ni siquiera un análisis cuidadoso de todos los números nos daría la respuesta. ¿Cómo medir la obra de una revista cuyos efectos, incluso, pueden manifestarse en un tiempo remoto y de forma imprevisible? Por lo demás, no podemos hacer el análisis—acaso útil—en pocas palabras. Pero hay un modo, un método de reducción a la nada, que permite apreciar, sensiblemente, quiero decir, intuitivamente, el peso y el volumen de una empresa cultural de este tipo (aparte los ejemplares de la tirada y otros elementos cifrables de medida). Claro que esto, sin embargo, no mide la trascendencia, por así decirlo, los efectos lejanos (acaso los más importantes), el valor en otro momento, en el futuro, pongamos, de la obra; pero sí lo que se siente respecto a ella, lo que se cree, ahora, nosotros mismos... Pues bien: consiste en imaginar que—Dios no lo quiera—ha desaparecido la revista, representarnos el espacio sin el objeto. Me parece que, después del pequeño experimento, muchas personas compartirán conmigo la sensación de que *Cuadernos Americanos* desempeña un gran papel en nuestra esfera de habla hispánica y, sin duda posible, ha contribuido seriamente y cuantiosamente, a su elevación cultural y a la formación, en muchos aspectos, de sus minorías.

¿Pero no hay reproches que hacerle? Pues sí, claro está. Ya por su índole misma, de revista de ideas, tiene en contra el ser eso, revista de ideas. Algo así como el crimen de haber nacido que dijo Calderón. Me explicaré. *Cuadernos Americanos* dedica al ensayo, incluso el de actualidad política, muchas páginas. Está bien. Debe hacerlo y hasta por egoísmo de oficio no diría yo nada en contra. Pero el manejo de ideas, con mayor motivo cuando se trata de reflexiones sobre la actualidad, comporta muchos riesgos: a menudo, cuando se analiza lo que se ha escrito, sobre todo pasado

el tiempo, se advierte la imprecisión, el error, gangas imprevistas y casi siempre indeseables que arrastra, en su fluir más bien confuso casi siempre, el discurso conceptual, y la traición de las palabras, como si hubiera pisado uno una mancha de aceite y saliese despedido quien sabe a dónde... En mi labor de artesano yo quisiera tratar con una materia dura, limpia, brillante y exacta, como el metal pulido, y no con esas larvas inciertas y traidoras que son las palabras. El ideal sería que una revista de ensayo, en todos sus trabajos, presentase un ascético rigor, una esforzada intransigencia para atenerse a la verdad, a la realidad también, que los datos fuesen siempre correctos y bien contrastados... y que, sin embargo, en cada frase palpitar la emoción, apresada y ardiendo dentro del frío cristal del dato exacto y de la razón. *Cuadernos Americanos* se ha acercado a este ideal en algunos de sus números, pero claro está que no en todos, ciertamente, y ninguna revista lo ha logrado, por lo demás. Pero, sin duda, prestará un mejor y más duradero servicio en la medida en que lo logre (depende de nosotros, de los colaboradores). Depende, en suma, de que el campo dé buena cosecha. La pura información—cultural en sentido amplio, científica como ejemplo específico—es un recurso en esta tendencia a eludir los peligros de la futilidad que quizá no lo parezca en determinado momento.

Pero estas objeciones, de no estar dictadas por el afecto y el deseo de superación, incluso propia, serían una grosera impertinencia, considerado lo que cuesta hacer, en este mundo, una cosa buena. Y *Cuadernos Americanos* es nada menos que una cosa buena cuyo logro debe haber costado mucho trabajo, muchas penas, la carga de la obra misma y la carga de quienes, a veces con ingratitud, se encaraman sobre el carro para hacerlo más pesado y ponen obstáculos y piedras gordas quizá sólo por el placer de matar la vida, de hacer fracasar a quien lucha y suda y sufre con voluntad de crear, con deseo de bien... En fin, ¿a qué hablar?

Lo que debe prevalecer, en esta circunstancia, festival, es el contento porque *Cuadernos Americanos* existe. Conforta el contemplar esta labor de largos años, este fluir tenaz en el tiempo, con la límpida obstinación de un manantial constante.

ESPAÑA EN MÉXICO

De Luis Abad Carretero: *Es vox populi*, por boca de un librero de viejo y de nuevo, que *Cuadernos Americanos* es la revista más leída de México.

Yo creo que eso es debido a que los mejores escritores de Hispanoamérica colaboran en ella en forma libre, y asimismo a que en ella aparece de manera predominante la interpretación política del continente, junto a trabajos de tipo social, histórico, filosófico, literario, poético, etc., etcétera.

Esta mezcla, que a veces produce la impresión de un conjunto confuso, revela precisamente la realidad americana.

No obstante entendemos que una revista no es solamente expresión de realidad, sino también creadora y encauzadora de realidad.

Por eso creemos podríase de vez en cuando, una vez al año, por ejemplo, dar a *Cuadernos Americanos* un perfil simétrico, abarcando un problema actual, y no sólo sobre cuestión política.

De Max Aub: Referente a los 150 números y 25 años de *Cuadernos Americanos*, es muy sencillo contestarle: han hecho lo que nadie ha hecho.

En cierto modo, es una auténtica Secretaría de Estado más, con la enorme ventaja de que se centra en una sola persona, secretario, subsecretarios, oficial mayor, tesorero, etc., y no hemos tenido embajadores de ese porte.

No enmiende; al contrario: hágalos mensuales . . .

De Agustí Bartra en carta al director: Me anuncia en su carta del 30 de agosto que en los primeros días del próximo noviembre *Cuadernos Americanos* cumplirá 150 números de juventud y habrá vivido veinticinco años, los mismos que llevo de vida mexicana, y me pide mi opinión sobre la labor desarrollada por *Cuadernos*. ¿Qué le diré que no le hayan dicho y que no sepa usted, mi querido don Jesús? Lo primero que destacaría yo de *Cuadernos Americanos* es la coherencia y fidelidad a unos postulados que no se han desmentido en un solo número. En el río de la revista han desembocado para ensanchar el caudal muchas aguas tributarias, pero ninguna corriente turbia ha entrado nunca en su cauce. Siempre me he sentido identificado con lo que yo considero la nota constante, profunda y necesaria que con muchas variantes ha dominado en la revista desde su primer número, y cuya definición es, para mí, la siguiente: la conciencia militante de un humanismo dinámico basado en lo social y en los valores del espíritu en función creadora. *Cuadernos Americanos*, don Jesús, es su pasión y su lucidez, su rigor ético y su sensibilidad. En lo histórico ha tendido siempre a que *Cuadernos* reflejara el drama del hombre de nuestro tiempo. Este Sísifo que un día logrará que la roca que está empujando desde la oscuridad de los tiempos quede inmovilizada en la cumbre radiante. Por lo que respecta a la ciencia, ha preferido usted siempre el instrumento empuñado por una conciencia. En "Dimensión Imaginaria" de *Cuadernos*, la literatura tiene espacio y hospitalidad, con un espíritu ecuménico, en el sentido original etimológico de "la tierra habitada". El artista sabe, en carne y espíritu, que el amor del hombre está concentrado en el futuro, y no ignora que su arte es una esperanza y una incitación. Ni la salvación ni el futuro del mundo descansan en los hombros de la literatura o del arte. Pero en los sistemas bestiales de la fuerza es lo primero que se eli-

mina, porque el creador no puede estar vacío de la esperanza humana, ni de la palabra que da testimonio, ni de la alegría trágica de lo temporal. El artista que tiene parte de su conciencia en su corazón acusa los golpes bajos de la historia: hoy no puede taparse los oídos y no escuchar la caída del cuerpo de un niño en Vietnam. Hace treinta años, Thomas Mann, en una; conmovedoras palabras que leyó ante los micrófonos, y tituladas: *Estoy con el pueblo español*, preguntaba: "¿Debe el artista—él, que por naturaleza y destino ocupa siempre las posiciones más avanzadas del hombre— ser el único que evite tomar una decisión?" Y contestaba afirmando que el artista que elude el problema humano cuando se presenta políticamente, es un alma perdida y no produce nada que sea utilizable en la vida. *Cuadernos Americanos* es para mí —y no dudo que para muchos— una avanzada de lo que está espiritualmente vivo y quiere prevalecer por encima del dolor inútil y de la estupidez orgullosa de la fuerza deshumanizada.

De Juan Comas: Estoy en contacto con *Cuadernos Americanos* desde su inicio en 1942. Es una de las colecciones más valiosas de mi biblioteca. Ha sido para mí un honor colaborar en algunas ocasiones, modestamente, en tal revista. La ingente labor que de manera tesonera, y venciendo dificultades de todo tipo, ha venido realizando don Jesús Silva Herzog durante un cuarto de siglo se ha visto recompensada por el justificadísimo prestigio que *Cuadernos Americanos* tiene en el ámbito internacional y más concretamente en América Latina. Todos somos deudores a nuestro querido director y amigo por ese fabuloso cúmulo de valiosos materiales reunidos en los 150 volúmenes y que de tanta utilidad son para la historia del pensamiento americano.

De Francisco Giner de los Ríos en carta al director: Por azares de los viajes últimos no he conocido su carta de 30 de agosto hasta estos primeros días de octubre. Ello le explicará mi silencio y mi involuntaria falta de atención a su amable y afectuoso requerimiento.

Temo que las líneas que usted solicitaba en su carta para expresar opinión sobre los veinticinco años de *Cuadernos Americanos* no lleguen ya a tiempo para la impresión del realmente glorioso número 150 que se propone entregar en noviembre. Y de verdad lo siente este su antiguo (desde el número 3) aunque esporádico colaborador de la revista.

De todas maneras no quiero dejar de enviarle, con el hondo afecto de siempre, mi felicitación más efusiva por este aniversario sin precedente en los anales de las revistas mexicanas.

A juzgar por la alegría y entusiasmos nuestros ante la obra realizada, ¡qué gran satisfacción y qué legítimo orgullo, debe sentir usted, querido don Jesús! Con mi adhesión invariable por *Cuadernos Americanos*, reciba —dentro de la buena tradición que supo darle a la revista— un triple abrazo

de este mexicano, hispanoamericano y republicano español que es su amigo y servidor.

De Luis Rius: Cumplo gustoso el deseo expresado por usted en su carta de fecha 30 de agosto último, y me dispongo a darle mi sucinta opinión sobre la labor desarrollada por *Cuadernos Americanos* desde 1942 hasta 1966.

La misma carta me da ya pie para hacerlo. En ella me pide usted mi opinión "sincera y libre" sobre dicha labor, "sin escatimar las fallas que a su (mi) juicio haya tenido en sus largos años de vida, pues ello me (le) será utilísimo para enmendar errores inevitables de toda obra humana por modesta que ella sea". Y son esa libertad y sinceridad que usted reclama, virtudes humanas e intelectuales que cabalmente a usted, como a muy pocos más, le pertenecen, y que —como legítima herencia de padre a hijo— supo infundir a *Cuadernos* desde su origen, de tal manera que ahora, al cumplir 25 años de publicarse, todos los números editados forman un extraordinario mural del pensamiento y de la fantasía americanos y españoles de América —pensamiento y fantasía libres y sinceros—, de admirable fuerza y expresividad, como ninguna otra revista de nuestro tiempo puede exhibirlo.

A mí, entre las muchas otras virtudes que tendría que destacar en *Cuadernos*, me interesa, por no decir que me emociona, subrayar precisamente la que quedaba aludida implícitamente en el párrafo anterior: haber sido, seguir siendo *Cuadernos Americanos* el continente del pensamiento y de la fantasía de los hombres libres de América en estrecha hermandad —más todavía: unidad— con el pensamiento y la fantasía de los hombres libres de España transterrados en América.

Esto me emociona especialmente porque veo en ello algo más que un acto de generosa solidaridad, larga solidaridad, con un pueblo, referido a una determinada contingencia histórica. Veo la señal, el signo de una futura comunidad de los hombres de nuestra lengua incomparablemente más fuerte que la que hasta ahora se haya podido nunca dar, y que será siempre más poderosa, como en progresión geométrica, que las diversidades que cada uno de los pueblos que la formen sigan desarrollando entre sí. Al hojear ahora la colección entera de *Cuadernos Americanos*, pienso en Unamuno cuando imaginaba y deseaba hasta un idioma "sobrecastellano" para que esa comunidad de espíritu de todos los hombres hispanoablantes libres y sinceros tuviera un medio perfecto de expresión.

Como he ojeado, tal como le decía, la colección entera de la revista, la veo a una distancia que no me permite acercarme lo suficiente a sus pormenores para advertir en ella algunos defectos o fallas. Y si antes en Unamuno, pienso ahora en Ortega (yo que no soy un erudito me encuentro hoy, no sé por qué, lleno de citas; perdóneme usted), porque me ocurre frente al edificio monumental de *Cuadernos* —creo que afortunadamente

para mí— lo que no les ocurre a quienes se empeñan inútilmente en quitarle grandeza a lo que o a quien de suyo la tiene, y mucha; o, como dice Ortega, quienes "viven condenados a no ver sino lo que hay de pequeño en lo grande". Y la comparación que se le ocurría no puede ser mejor: "ver bien una piedra es mantenerla a tan corta distancia de nuestros ojos que percibamos los poros de su materia. Pero ver bien una catedral no es mirarla a la misma distancia que una piedra. Para ver bien una catedral hemos de renunciar a ver los poros de sus sillares y alejarnos de ella debidamente".

ESPAÑA EN OTROS PAÍSES

De José Francisco Cirre: Creo con toda sinceridad que *Cuadernos Americanos* es no sólo la mejor revista de su género en lengua española sino una de las más extraordinarias publicadas en cualquier idioma. Todos cuantos se interesen, objetivamente, por la marcha del mundo, la evolución de las ideas y los valores literarios y espirituales, han contraído con México y con Ud. especialmente una deuda difícil de saldar. Esto resulta aún más patente en el caso de los hispanoamericanos y españoles.

Evidentemente no hay obra humana sin defectos. Tal vez a *Cuadernos* pudieran señalarse algunos. A veces ciertos ensayos—principalmente de contenido e intención polémicos— a los que podría restar eficacia el apasionamiento de los autores. Algunas críticas un poco demasiado ligeras. Pero esto es de todo punto inevitable. Y además, en honor a la verdad, poco frecuente. Por otra parte, las faltas señaladas quedan compensadas más que de sobra con la tónica general de *Cuadernos* y sus incontables aciertos.

Dejando aparte las cuestiones de contenido y refiriéndonos a la presentación de la Revista, mi parecer es que también ocupa el primer lugar en este aspecto. La calidad del papel, el acabado de las láminas, el tipo de letra, la limpieza de la impresión y, sobre todo y ante todo, el escasísimo número de erratas, le prestan calidad única.

En cuanto a colaboradores se me antoja imposible conseguir un elenco de mayor distinción y más representativo. Y no quiero que vea Ud. en mis palabras la menor sombra de adulación, pero para llevar esta obra adelante, como se ha llevado, hace falta nada menos que toda la capacidad, honradez, entusiasmo e inteligencia de su director. De otra manera, y con otro hombre al frente, me temo mucho que *Cuadernos Americanos* no hubiese llegado a ser lo que es y representar lo que representa.

De Juan Cuatrecasas: Mas el principal triunfo, en mi concepto, reside en la elevación intelectual y espiritual de su publicación, en la conjunción de distintas temáticas aparentemente separadas pero coincidentes en un

profundo contenido humanista y en un sentido direccional hacia el progreso, hacia un indefinible futuro más justo y más libre. *Cuadernos Americanos* constituyen una original producción editorial abierta a todos los espíritus libres e inquietos, y a la que considero un honor colaborar.

Creo que se puede alimentar la ilusión de que *Cuadernos Americanos* constituirá una semilla fecunda para la conciencia intelectual y política de nuestros azarosos tiempos. Que su labor no es efímera ni puramente documental. En esta época de determinismo, de supertecnicismo y de hiperespecialización, no es por azar que *Cuadernos Americanos* haya arraigado muy hondo en el panorama intelectual interamericano, y quizás mundial. Representa un verdadero oasis, una tierra de promisión donde yo vería grabadas con letras de oro unas bellas palabras de mi maestro Augusto Pi Suñer: "pero siempre, tras el rígido estudio experimental, sube, incoercible, el pensamiento, más allá, mucho más allá..."

De Manuel Durán: La revista fue un éxito desde el principio y lo sigue siendo hoy. ¿Por qué? En parte gracias a las circunstancias. Privados en buena parte del contacto con Europa, nos era necesario reconstruir en tierras americanas una base cultural, un punto de partida. A ello nos invitaba *Cuadernos Americanos*. Y en esta tarea seguimos trabajando. Una visión americana del mundo que no sea, en modo alguno, provinciana; un contacto continuo entre los escritores de diversos países del continente, y con frecuencia la oportunidad de escuchar las voces que llegan de Europa y de otras partes del mundo. Pero hay más: la revista estuvo bien planeada. No fue nunca una revista meramente literaria, ni meramente de actualidad política y sociológica, ni se dedicó meramente a la investigación del pasado. Iba dirigida a todos los lectores cultos, y para cada grupo tenía algo valioso que ofrecer. Revista políticamente valiente, comprometida, pero también ecuaníme, serena. El formato, sólido, macizo, ha ayudado a que los números viejos se conserven. Algunos se reían, decían que aquellos números en forma de libro eran "ladrillos". Y con ellos se ha edificado algo duradero. Algo que nos pertenece a nosotros—sus lectores, sus colaboradores—pero que, sobre todo, pertenece a todo el mundo de habla española. Hagamos, entre todos, que estos "ladrillos" duren tanto como nuestra cultura, a la que han sabido aportar brillo y solidez.

De Juan D. García Bacca: Excúseme, amigo don Jesús, la pedantería de distinguir entre verdad y falsedad, por una parte, y por otra entre acierto y error. Me van a servir para condensar en una frase el juicio que me pide acerca de *Cuadernos Americanos*, con ocasión de sus veinticinco primeros años.

Durante esos 25 años *Cuadernos Americanos* ha sufrido de la inevitable condición humana de afirmar a veces, con la mejor buena voluntad, false-

dades, creyéndolas verdades. No tengo yo mismo mi conciencia tranquila en este punto, a lo largo de mis colaboraciones en *Cuadernos*. Pero sí creo poder afirmar que en estos 25 años *Cuadernos Americanos* no ha cometido error alguno, es decir: desviación de su meta y fin; y cada día que pasa resalta más, por comparación con tantos desertores y errados, la inflexibilidad clara de su meta: *libertad de pensamiento*, como *condición fundamental* para la *creación*, en todas las partes del mundo, y, en especial, en *América*, latina, hispana, autóctona o como se la quiera llamar.

En este punto de *libertad de pensamiento*, *Cuadernos Americanos* comenzó bien acompañado de tantos y tantos: individuos, instituciones y publicaciones; lo recuerdo con placer, y añoranza, allá por los años del '42 al '47, de mi estancia continua en México. Ahora, a los veinticinco años—no me atrevo a decir desde cuántos atrás—, *Cuadernos* va encontrándose cada día más solo en esta lucha, y en el buen ejemplo de defensa de la libertad de pensamiento; y por la riqueza de ideas y valentía de la crítica de errores—de deserciones—, da a toda la América "nuestra" la prueba concreta y fehaciente de que la libertad de pensamiento es condición y campo abonado para creación de todo orden, frente a repetidores, escolásticos, dogmatiqueros, acólitos y entregados.

El que está y anda solo es el más expuesto a ser asesinado, más que más si su soledad es un ejemplo y un remordimiento. No sabría a qué dios encomendar el cumplimiento de mis deseos de que *Cuadernos* celebre vivo otros 25 años. En vez de encomendarlo a un dios, tomemos nosotros los hombres, unos cuantos, cada vez menos, la tarea de mantener vivo a *Cuadernos Americanos*. Es de los pocos respiraderos que *aún* nos quedan, y le quedan a ese México, tan admirable y admirado por tantos y tantos, y tan *mirado* por todos.

Tal es mi respuesta, amigo don Jesús, al amable, y para mí honroso, requerimiento de su última carta.

De R. Olivar-Bertrand: Me pide usted mi opinión sobre la labor desarrollada por *Cuadernos Americanos*, de 1942 a 1966. En calidad y cantidad, no vacilo en afirmar que ha sido estupenda. En sus páginas han tenido cabida la literatura, la historia, la filosofía y, desde luego, el reflejo en una conciencia generosamente liberal (y es redundancia) de la política mundial, con preponderancia lógica del mundo americano. Permítame que eche de menos una sección: Arte, artes plásticas, en las que México, precisamente, tiene dos y tres nombres fenomenales en lo que va de siglo.

Pero vaya en párrafo aparte la única observación que se me ocurre con propósito de enriquecer la revista. Me refiero a la parte bibliográfica. Creo que podría mejorarse en amplitud, y no escribo en calidad porque han publicado ustedes excelentes comentarios de conjunto como, por ejemplo, en el número de enero-febrero 1963.

De José de Onís: *Cuadernos Americanos* en México y *El Repertorio Americano* en San José de Costa Rica han sabido fundir con gran éxito los distintos elementos de orden intelectual. Su mérito está en presentar artículos originales y especializados que pueden ser leídos por un público inteligente pero no necesariamente profesional. Creo que su mayor limitación ha sido insistir que los distintos artículos sean inéditos en cualquier lengua. Esto elimina artículos de primer orden escritos por escritores famosos que pueden haber sido publicados, anteriormente en otras lenguas, pero que son completamente desconocidos en español. Yo recomendaría que en *Cuadernos* se publicaran artículos vigentes que encajan en la situación del momento y que le son desconocidos al público de habla española. Recomendaría también que los artículos que se presentan, se publiquen durante un término de tiempo relativamente corto, pues por alguna extraña razón, el mismo artículo que puede tener interés para el público en 1966 ha perdido su vigencia en 1967. Esto, claro, es mantener el pulso de los tiempos, tan difícil de conseguir. Espero que no tome esta crítica a mal. Ud. sabe que soy un gran admirador de *Cuadernos*. Estos son detalles de poca importancia. En todo lo fundamental, la revista ha sido de gran éxito.

De Marcelino C. Peñuelas: Me pregunta qué pienso sobre la revista. Los 25 años de publicación ininterrumpida lo dicen todo. Ha sido durante todo este tiempo, y espero lo siga siendo, la mejor publicación de su género en español. Ha mantenido un elevado nivel de dignidad, de integridad intelectual en la exposición y defensa de altos ideales humanos. Por su extensión, a través de los años, han salido algunos números mejores que otros. Ciertos artículos excelentes han ido acompañados de otros menos buenos. Lo cual es inevitable. Escuchará usted alguna vez quejas de lectores que quisieran más páginas en sus secciones favoritas: los sociólogos y políticos, los narradores y poetas, los críticos y profesores quisieran cada uno más material de su especialidad. Usted no debe hacer caso. Siga por el mismo camino y continúe imprimiendo a *Cuadernos Americanos* la vigorosa personalidad que ha alcanzado.

De Juan Rocamora: La próxima aparición del 150 ejemplar de *Cuadernos*, motiva estas líneas que quisiera tuvieran la elocuencia que merece todo cuanto pueda expresarse en alabanza de tan fecunda obra. Ello es inseparable del respeto y la admiración por la persona que ha levantado esta tribuna de principios, de fervor humanístico y de infatigable lucha por la dignidad humana. Don Jesús—déjeme llamarlo así, a la vieja usanza—, es Ud. para los españoles del exilio en esta América tan dilatada, un verdadero faro de esperanzas, una mano fraternal siempre tendida, un comprensivo amigo, en quien descansar la fatiga de la jornada.

Estos *Cuadernos* entrañables que desde tantos años iluminan de cultura el continente, pueden enorgullecer a México por ser su cuna; distinguen a quienes hemos tenido el honor de ser admitidos entre sus colaboradores y definen ante el mundo una página de libertad, abierta a todas las corrientes esclarecedoras del espíritu, defensora de las causas nobles, indiferente ante la calumnia. Tribuna excepcional donde concurren en rara y armónica coincidencia, el fuego y el entusiasmo de la lucha viva, con la ponderación del análisis y el equilibrio de la seriedad científica.

Si el moderno pensamiento cultural de América necesitara una definición, creo que quien podría dársela de manera más fiel y cumplida sería *Cuadernos Americanos*. Cuando tantos vientos adversos cruzan el castigado continente, renovando viejas irracionalidades dictatoriales, la permanencia testimonial de *Cuadernos* en la palestra es motivo de gloria para México y de esperanza para todos los que trabajamos para un futuro digno y libre.

De Manuel Tuñón de Lara: Me pide usted, querido amigo y maestro, una opinión sobre la labor desarrollada por *Cuadernos Americanos* de 1942 a 1966 y debo confesarle que es difícil despojarse de toda pasión para emitir semejante juicio. En el quehacer constante, y con frecuencia penoso, de este cuarto de siglo, en el desgranarse de los años, los meses y los días, entre luchas y zozobras, no pocos dolores y lágrimas, y alguna contada alegría, los españoles empeñados en no renunciar a la libertad hemos tenido amigos y ¡ay! enemigos, hemos encontrado corazones generosos y semblantes hoscos... ¿Cómo ocultar nuestra simpatía y nuestro agradecimiento hacia quienes siempre nos tendieron sus brazos de hermanos, hacia quienes nos invitaron desinteresadamente a compartir sus labores, a caminar juntos por las sendas ásperas, pero abiertas a los más anchos horizontes, de nuestro tiempo?

Y este es el caso de *Cuadernos Americanos* y—que su natural modestia me dispense—de usted mismo, querido maestro. *Cuadernos Americanos* ha sido para los hombres de la "España peregrina"—estación de tránsito o "sala de espera" como diría Max Aub, para llegar a la *España de todos* que ya se anuncia—hogar fraterno, tribuna abierta, lugar de coloquio y apertura para el trabajo creador.

Dicho esto, que consideraba como insoslayable exigencia moral, voy a estorzarle por formular un juicio lo más breve y lo más objetivo posible.

Cinco lustros de presencia activa de *Cuadernos Americanos* atestiguan ya de una proyección en profundidad y extensión en el pensamiento y las letras de todo el mundo de lengua castellana. Si en sus páginas se han estampado creaciones estéticas de primer orden, manifestaciones de los más diversos ramos del saber, tengo para mí que uno de sus más altos valores es haber sabido mostrar las conexiones entre unos y otras, haber posibilitado el estudio de los hechos, el conocimiento de la realidad y las vivencias

estéticas, no en compartimentos estancos (que llevan a la barbarie "especialista", de ahí a la "tecnocrática" y de ésta adonde ustedes saben), sino en sus relaciones mutuas e interconexiones. Por eso *Cuadernos Americanos* ha hecho obra de cultura, en la más auténtica acepción del término; y me atrevería a decir de alta cultura, si esta expresión no viniese acompañada de un relente de "culto a las élites", al que la revista y su obra son completamente ajenas. Pero sí; recabemos la denominación de alta cultura para el tono de *Cuadernos Americanos*, para los trabajos de reflexión, de investigación de ciencias humanas y de creación artística a que nos tiene acostumbrados.

Sólo quisiera, tal vez porque me ataña más de cerca, recordar las aportaciones hechas en la rúbrica "Presencia del Pasado", sin que ello implique menoscabo alguno de las restantes, sino tan sólo postura afectiva.

Creo importante subrayar ese nivel de creación —y a eso llamo alta cultura— de *Cuadernos Americanos* porque, lejos de hacerse con criterio minoritario, constituye el soporte de una verdadera extensión y democratización de la cultura. Decía Antonio Machado que "la cultura debe ser para todos, debe llegar a todos; pero antes de propagarla, será preciso hacerla. No pretendamos que el vaso rebose antes de llenarse". Pues, bien; eso es lo que ha hecho *Cuadernos Americanos*: llenar el vaso hasta los bordes para luego derramar su contenido generosamente, o mejor dicho, sencillamente, con la conciencia de cumplir un deber elemental.

Al obrar así, como al tomar posición por las justas causas del hombre en cada una de las coyunturas históricas de estos veinticinco años, *Cuadernos Americanos* ha sentado plaza de *quijotismo*; no asustarse del término: quijotismo significa simplemente correr un riesgo para defender un valor, ya sea éste de justicia, de verdad, de belleza, de solidaridad...

¿Que alguna vez hubo defectos o insuficiencias? "Quien esté limpio de pecado que tire la primera piedra". Cúmplenos, eso sí, entre todos, aportar iniciativas y esfuerzos para mejorar la obra. Creo que el espíritu está ya dado y sigue en marcha. Será más que bueno, por ejemplo, extender el diálogo sobre los temas-clave del mundo y de América en nuestro tiempo, con aquella convicción de que la verdad hay que buscarla entre todos y de que la tolerancia es prenda segura de progreso. Y en este intercambio de ideas buscar las rutas y las prácticas concretas del nuevo humanismo, el que ha de liberar al hombre de toda dominación social, política o colonial, pero también de todas las alineaciones que ponen trabas al desarrollo de su personalidad.

Y ya descendiendo, o si se quiere, ajustándome a sugerencias precisas, estimo que el desarrollo de la experiencia de números monográficos (o que la mitad de ellos, por ejemplo, constituyan un tema monográfico) pudiera ser muy provechoso. Al menos, la experiencia que tenemos de publicaciones análogas en Europa nos incita a seguir ese camino.

Luego, cada día podrá suponer una mejora, una aportación. Pienso, por ejemplo, en una mayor sistematización y amplitud de recensiones e informaciones bibliográficas, tan útiles para los estudiosos.

En fin... ¿qué decir más? Nada, como no sea hacer votos porque *Cuadernos Americanos* siga siendo el abanderado de tantas buenas causas.

Continuarán en el número de enero-febrero de 1967

Í N D I C E S

DE

CUADERNOS
AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1 9 6 6

Año XXV

Vols. CXLIV al CXLIX

Nos. 1 al 6

INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

	<i>Núm.</i>	<i>Pág.</i>
MANUEL MALDONADO-DENIS. Don Pedro Albizu Campos (1891-1965), o el sacrificio del valor y el valor del sacrificio . . .	I	7
JUAN CUATRECASAS. La "Generalitat" de Cataluña en el exilio . . .	I	39
ANDREW FRANK. La inestabilidad urbana en América Latina . . .	I	55
EDMUNDO FLORES. La alianza para la reacción	II	7
SERGIO BAGÚ y EPIFANIO PALERMO. Condiciones de vida y salud de los trabajadores migrantes y sus familias en América Latina	II	15
F. B. SHICK. Vietnam y la imagen de los Estados Unidos de América	II	35
LUIS QUINTANILLA. China y el Mundo	II	63
M. SEARA VÁZQUEZ. La política exterior de Estados Unidos. Comentarios críticos	III	7
VICTORIA OCAMPO. Uno de los grandes de nuestro tiempo. Jawaharlal Nehru	III	35
LEOPOLDO PENICHE VALLADO. Miseria y analfabetismo	III	47
ADOLFO MIJANGOS. La Constitución guatemalteca de 1965	III	55
SOL ARGUEDAS. ¿Dónde está el Che Guevara?	III	67
ROBERT G. MEAD, JR. Literatura y política: imágenes iberoamericanas de los Estados Unidos	IV	7
BENITO REY ROMAY. ¿Es México un país industrializado?	IV	21
FEDRO GUILLÉN. Las relaciones de México con Centro América	IV	36
JULIO ÁLVAREZ DEL VAYO. La modalidad rumana del socialismo	IV	44
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA. La universidad contemporánea: crisis y cambio social	V	7
ALVARO CUSTODIO. La conciencia política de nuestro tiempo	V	21
BENITO REY ROMAY. ¿Es México un país industrializado? II.	V	36
MARÍA TERESA BOSQUES. Un mundo llamado Madagascar	V	51
LEWIS HANKE. Brasil: el gigante inseguro	VI	7
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR. Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba	VI	36
ALONSO AGUILAR MONTEVERDE. La Revolución Mexicana 50 años después	VI	55

Notas

	Núm.	Pág.
Primera conferencia de solidaridad de los pueblos de Asia, Africa y América Latina, por LUIS CÓRDOVA	I	74
Inquietud sin tregua, de Jesús Silva Herzog. <i>Cuadernos Americanos</i> . 1965, por JULLÁN IZQUIERDO ORTEGA	III	90

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

MANUEL VILLEGAS LÓPEZ. La juventud y el espíritu de la catástrofe	I	81
ENRIQUE BARBOZA. Del idealismo al realismo	I	92
ALVARO DE FARÍA. El marxismo y su emergencia necesaria	I	124
JUAN CUATRECASAS. Psicología y poesía	II	83
JACOBO KOGAN. Racionalidad y valor en la ética de Kant	II	101
MIGUEL BUENO. En torno al método filosófico	II	112
JUAN D. GARCÍA BACCA. Una vez más acerca de libertad e historia	III	99
JOSÉ LUIS ABELLÁN. Juan D. García Bacca: Prolegómenos a una "crítica de la razón económica"	III	106
RUY MAURO MARINI. La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil	III	133
ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Los naufragos de la ballena	IV	61
LEÓN PACHECO. Albert Camus y la filosofía del absurdo	IV	84
FRANCES BENGE. Bergson y Prado	IV	116
MANUEL TUÑÓN DE LARA. <i>La teoría del Estado</i> , de Hermann Heller, y otras teorías contemporáneas	V	65
GUILLERMO DÍAZ DOIN. Nacionalidad y ciudadanía	V	87
EMILIO SOSA LÓPEZ. Los ideales literarios modernos	V	99
JOSÉ GAOS. Meditación de la Universidad	VI	79
ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ. La praxis creadora	VI	114

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

MIGUEL LEÓN-PORTILLA. Nezahualpilli, poeta de Tezcoco	I	141
EDUARDO NOGUERA. Representaciones sedentes en el arte prehispánico	I	151

	<i>Núm. Pág.</i>
SAMUEL MARTÍ. Notable instrumental prehispánico	I 155
RICARDO DONOSO. En el centenario de la muerte de Bello	I 166
PEDRO BOSCH-GIMPERA. El poblamiento de América	II 131
PABLO LÓPEZ VALDÉS. La rueda en Mesoamérica	II 137
LUIS E. VALCÁRCEL. La arqueología en el Perú	II 145
JUAN COMAS. Razas, mestizaje y clases sociales en la obra de A. Molina Enríquez: 1909	II 153
JUAN LÓPEZ-MORILLA. Una crisis de la conciencia española: krausismo y religión	II 161
F. COSSÍO DEL POMAR. La cultura chavín	III 159
JAIME DÍAZ ROZZOTTO. José Carlos Mariátegui y las posibilidades del desarrollo no capitalista de la comunidad indígena peruana	III 173
EDUARDO NOGUERA. La metalurgia en Mesoamérica	IV 127
SAMUEL MARTÍ. Diquiyú, centro ceremonial olmeca	IV 133
SILVIO ZAVALA. Bartolomé de Las Casas ante la esclavitud de los indios	IV 142
SANTIAGO SEBASTIÁN. Un aspecto inédito de la influencia las-casiana en México	IV 157
RICARDO GALLARDO. La obra de Las Casas vista por un jurista	IV 161
VICENTE GIRBAU LEÓN. Entre la guerra civil y la guerra mundial	IV 172
PEDRO ROJAS PONCE. Un informe sobre las ruinas del Pajatén	V 119
IRIS M. ZAVALA. Forner y Blanco. Dos vertientes del siglo XVIII	V 128
DIDIER T. JAÉN. El concepto de "democracia" en Esteban Echeverría	V 139
R. OLIVAR BERTRAND. La expedición de México vista por norteamericanos de hace un siglo	V 148
DARDO CÚNEO. Nota sobre José Carlos Mariátegui	V 163
LAURETTE SÉJOURNÉ. El templo prehispánico	VI 129
JOSÉ MIRANDA. La propiedad de la tierra y la cohesión social de los pueblos indígenas mexicanos	VI 168
JESÚS SILVA HERZOG. Francisco Zarco, el gran periodista de la Reforma	VI 182

Nota

Antología del pensamiento social y político de América Latina. Selección y notas de Abelardo Villegas, introducción de Leopoldo Zea, Unión Panamericana. Washington, 1964. 600 pp., por IRIS M. ZAVALA	III 206
--	---------

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Ensayos

	<i>Núm.</i>	<i>Pág.</i>
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Dos poemas	I	189
RUBÉN BONIFAZ NUÑO. Siete de espadas (Fragmentos)	I	196
LUIS RIUS. La nueva poesía de León Felipe	I	199
AGUSTÍ BARTRA. El tren de cristal	I	212
GIUSEPPE VALENTINI. Poemas	II	183
HUGO RODRÍGUEZ-ALCALÁ. Poemas	II	188
FRANCISCO DE LA MAZA. Sor Juana y Don Carlos. Explicación de dos sonetos hasta ahora confusos	II	190
MORDECAI S. RUBIN. Ecos de Valéry en Gorostiza (Muerte sin fin)	II	205
J. RUBIA BARCIA. Unamuno, el hombre y sus máscaras	II	218
DEMETRIO AGUILERA-MALTA. Primer viaje de Pizarro a Sud- américa	II	238
JORGE CARRERA ANDRADE. El reino efímero	III	211
RENÉ MARQUÉS. Nacionalismo vs. universalismo	III	215
MARIO ESPINOSA. Cuatro imágenes del eros en María Carolina Geel	III	231
ROLAND GRASS. José López-Portillo y Rojas y la revolución agraria en México	III	240
JASMIN REUTER. La arquitectura barroca en Europa y en México	III	247
CLAUDE DUMAS. <i>El siglo de las luces</i> , de Alejo Carpentier, nove- la filosófica	IV	187
IVAN A. SCHULMAN. Reflexiones en torno a la definición del Modernismo	IV	211
MAX AUB. La virgen de los desamparados	IV	241
MIGUEL ANGEL ZAMBRANO. Mensaje	V	171
NORMAN LITZ. El dualismo en Darío y Unamuno	V	186
ROBERTO F. GIUSTI. Romain Rolland rabelesiano. En el cen- nario de su nacimiento	V	205
F. DÍAZ FIGUEROA. Whitman, el gran hermano	V	214
MANUEL DURÁN. La generación del '36 vista desde el exilio	V	222
JESÚS MEDINA ROMERO. El culto de los héroes	V	234
ANDRÉS IDUARTE. Las benditas serenatas	V	239
JUAN REJANO. Anversos	VI	201
DELFOR ISMAEL. El hombre y el poeta	VI	203
OCTAVIO PAZ. Los manuscritos de Tagore	VI	207
MARLENE GOTTLIEB. Pablo Neruda, poeta del amor	VI	211
FAUSTO CASTILLO. El cine mexicano: una ilusión frustrada	VI	222
AGUSTÍN YÁÑEZ. La fortuna de los Ibarra Diéguez	VI	232

Nota

	<i>Núm.</i>	<i>Pág.</i>
Una historia de la literatura española, por CARLOS RIPOLL . . .	IV	246

LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros, revistas y otras publicaciones . . .	I	265
— . Libros, revistas y otras publicaciones	II	263
— . Libros, revistas y otras publicaciones	III	267
— . Libros y revistas	IV	255
— . Libros, revistas y otras publicaciones	V	253

OPINIONES

De diferentes colaboradores de varios países: España, Italia, Estados Unidos y América Latina, con motivo de los 25 años de vida de la revista	VI	245
Índice General del año de 1965	I	
Índice General del año de 1966	VI	

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

(Abrev.: N.T.: *Nuestro Tiempo*.—A. del P.: *Aventura del Pensamiento*.—P. del P.: *Presencia del Pasado*.—D. I.: *Dimensión Imaginaria*.—L. y R.: *Libros y Revistas*.—O.: *Opiniones*.)

	Núm.	Pág.
ABELLÁN, José Luis.—Juan D. García Bacca: prolegómenos a una "crítica de la razón económica". (A. del P.)	III	106
AGUILAR MONTEVERDE, Alonso.—La Revolución Mexicana 50 años después. (N. T.)	VI	55
AGUILERA-MALTA, Demetrio.—Primer viaje de Pizarro a Sudamérica. (D. I.)	II	238
ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio.—La modalidad rumana del socialismo. (N. T.)	IV	44
ARGUEDAS, Sol.—¿Dónde está el Che Guevara? (N. T.)	III	67
AUB, Max.—La virgen de los desamparados. (D. I.)	IV	241
BAGÚ, Sergio.—Condiciones de vida y salud de los trabajadores migrantes y sus familias en América Latina. (N. T.)	II	15
BARBOZA, Enrique.—Del idealismo al realismo. (A. del P.)	I	92
BARTRA, Agustí.—El tren de cristal. (D. I.)	I	212
BENGE, Frances.—Bergson y Prado. (A. del P.)	IV	116
BONIFAZ NUÑO, Rubén. — Siete de espadas. (Fragmentos). (D. I.)	I	196
BOSCH-GIMPERA, Pedro.—El poblamiento de América. (P. del P.)	II	131
BOSQUES, María Teresa.—Un mundo llamado Madagascar. (N. T.)	V	51
BUENO, Miguel.—En torno al método filosófico. (A. del P.)	II	112
CARDOZA Y ARAGÓN, Luis.—Dos poemas. (D. I.)	I	189
CARRERA ANDRADE, Jorge.—El reino efímero. (D. I.)	III	211
CASTILLO, Fausto.—El cine mexicano: una ilusión frustrada. (D. I.)	VI	222
COMAS, Juan.—Razas, mestizaje y clases sociales en la obra de A. Molina Enríquez: 1909. (P. del P.)	II	153
CÓRDOVA, Luis.—Primera conferencia de solidaridad de los pueblos de Asia, Africa y América Latina. (N. T.)	I	74
COSSÍO DEL POMAR, F.—La cultura chavín. (P. del P.)	III	159

	Núm.	Pág.
CUATRECASAS, Juan.—La "Generalitat" de Cataluña en el exilio. (N. T.)	I	39
—, Psicología y Poesía. (A. del P.)	II	83
CÚNEO, Dardo.—Nota sobre José Carlos Mariátegui. (P. del P.)	V	163
CUSTODIO, Alvaro.—La conciencia política de nuestro tiempo. (N. T.)	V	21
DELFOR, Ismael.—El hombre y el poeta. (D. I.)	VI	203
DÍAZ DOIN, Guillermo.—Nacionalidad y ciudadanía. (A. del P.)	V	87
DÍAZ FIGUEROA, F.—Whitman, el gran hermano. (D. I.) . . .	V	214
DÍAZ ROZZOTTO, Jaime.—José Carlos Mariátegui y las posibilida- des del desarrollo no capitalista de la comunidad indíge- na peruana. (P. del P.)	III	173
DONOSO, Ricardo.—En el centenario de la muerte de Bello. (P. del P.)	I	166
DUMAS, Claude.— <i>El siglo de las luces</i> , de Alejo Carpentier, no- vela filosófica (D. I.)	IV	187
DURÁN, Manuel.—La generación del '36 vista desde el exilio. (D. I.)	V	222
ESPINOSA, Mario.—Cuatro imágenes del eros en María Carolina Geel. (D. I.)	III	231
FARÍA, Alvaro de.—El marxismo y su emergencia necesaria. (A. del P.)	I	124
FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto.—Hacia una intelectualidad re- volucionaria en Cuba. (N. T.)	VI	36
FERNÁNDEZ SUÁREZ, Alvaro.—Los naufragos de la ballena. (A. del P.)	IV	61
FLORES, Edmundo.—La alianza para la reacción. (N. T.) . . .	II	7
FRANK, Andrew.—La inestabilidad urbana en América Latina. (N. T.)	I	55
GALLARDO, Ricardo.—La obra de Las Casas vista por un ju- rista. (P. del P.)	IV	161
GAOS, José.—Meditación de la Universidad. (A. del P.)	VI	79
GARCÍA BACCA, Juan D.—Una vez más acerca de libertad e histo- ria. (A. del P.)	III	99
GIRBAU LEÓN, Vicente.—Entre la guerra civil y la guerra mun- dial. (P. del P.)	IV	172
GIUSTI, Roberto F.—Romain Rolland rabelesiano. En el centena- rio de su nacimiento. (D. I.)	V	205
GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo.—La universidad contemporánea: crisis y cambio social. (N. T.)	V	7
GOTTLIEB, Marlene.—Pablo Neruda, poeta del amor. (D. I.) .	VI	211

	Núm.	Pág.
GRASS, Roland.—José López-Portillo y Rojas y la revolución agraria en México. (D. I.)	III	240
GUILLÉN, Fedro.—Las relaciones de México con Centro Amé-rica. (N. T.)	IV	36
HANKE, Lewis.—Brasil: el gigante inseguro. (N. T.)	VI	7
IDUARTE, Andrés.—Las benditas serenatas. (D. I.)	V	239
IZQUIERDO ORTEGA, Julián.—Inquietud sin tregua, de Jesús Sil-va Herzog. <i>Cuadernos Americanos</i> . 1965. (N. T.)	III	90
JAÉN, Didier T.—El concepto de "democracia" en Esteban Eche-verría. (P. del P.)	V	139
KOGAN, Jacobo.—Racionalidad y valor en la ética de Kant. (P. del P.)	II	101
LEÓN-PORTILLA, Miguel.—Nezahualpilli, poeta de Tezcoco. (A. del P.)	I	141
LITZ, Norman.—El dualismo en Darío y Unamuno. (D. I.)	V	186
LÓPEZ MORILLA, Juan.—Una crisis de la conciencia española: krausismo y religión. (P. del P.)	II	161
LÓPEZ VALDÉS, Pablo.—La rueda en Mesoamérica. (P. del P.)	II	137
MALDONADO-DENIS, Manuel.—Don Pedro Albizu Campos (1891-1965) o el sacrificio del valor y el valor del sacrificio. (N. T.)	I	7
MARINI, Ruy Mauro.—La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil. (A. del P.)	III	133
MARQUÉS, René.—Nacionalismo vs. universalismo. (D. I.)	III	215
MARTÍ, Samuel.—Notable instrumental prehispánico. (P. del P.)	I	155
——. Diquiyú, centro ceremonial olmeca. (P. del P.)	IV	133
MAZA, Francisco de la.—Sor Juana y don Carlos. Explicación de dos sonetos hasta ahora confusos. (D. I.)	II	190
MEAD JR., Robert G.—Literatura y política: imágenes iberoame-ricanas de los Estados Unidos. (N. T.)	IV	7
MEDINA ROMERO, Jesús.—El culto de los héroes. (D. I.)	V	234
MIJANGOS, Adolfo.—La constitución guatemalteca de 1965. (N. T.)	III	55
MIRANDA, José.—La propiedad de la tierra y la cohesión social de los pueblos indígenas mexicanos. (P. del P.)	VI	168
NOGUERA, Eduardo.—Representaciones sedentes en el arte prehis-pánico. (P. del P.)	I	151
——. La metalurgia en Mesoamérica. (P. del P.)	IV	127
OCAMPO, Victoria.—Uno de los grandes de nuestro tiempo: Ja-waharlal Nehru. (N. T.)	III	35
OLIVAR BERTRAND, R.—La expedición de México vista por norte-americanos de hace un siglo. (P. del P.)	V	148

	Núm.	Pág.
OPINIONES.—De diferentes colaboradores de varios países: España, Italia, Estados Unidos y América Latina, con motivo de los 25 años de vida de la revista. (O.)	VI	245
PACHECO, León.—Albert Camus y la filosofía del absurdo. (A. del P.)	IV	84
PALERMO, Epifanio.—Condiciones de vida y salud de los trabajadores migrantes y sus familias en América Latina. (N. T.) .	II	15
PAZ, Octavio.—Los manuscritos de Tagore. (D. I.)	VI	207
PENICHE VALLADO, Leopoldo.—Misericordia y analfabetismo. (N. T.)	III	47
QUINTANILLA, Luis.—China y el mundo. (N. T.)	II	63
REJANO, Juan.—Anversos. (D. I.)	VI	201
REUTER, Jasmin.—La arquitectura barroca en Europa y en México. (D. I.)	III	247
ROMAY, Benito Rey.—¿Es México un país industrializado? (N. T.)	IV	21
—¿Es México un país industrializado? II. (N. T.)	V	36
RIPOLL, Carlos.—Una historia de la literatura española. (D. I.)	IV	246
RIUS, Luis.—La nueva poesía de León Felipe. (D. I.)	I	199
RODRÍGUEZ-ALCALÁ, Hugo.—Poemas. (D. I.)	II	188
ROJAS PONCE, Pedro.—Un informe sobre las ruinas del Pajatén. (P. del P.)	V	119
RUBIA BARCIA, J.—Unamuno, el hombre y sus máscaras. (D. I.)	II	218
RUBIN, Mordecai S.—Ecos de Valéry en Gorostiza. (Muerte sin fin). (D. I.)	II	205
SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo.—La praxis creadora. (A. del P.) .	VI	114
SCHIK, F. B.—Vietnam y la imagen de los Estados Unidos de América. (N. T.)	II	35
SCHULMAN, Ivan A.—Reflexiones en torno a la definición del Modernismo. (D. I.)	IV	211
SEARA VÁZQUEZ, M.—La política exterior de Estados Unidos. Comentarios críticos. (N. T.)	III	7
SEBASTIÁN, Santiago.—Un aspecto inédito de la influencia lascaiana en Méjico. (P. del P.)	IV	157
SÉJOURNÉ, Laurette.—El templo prehispánico. (P. del P.) . .	VI	129
SELVA, Mauricio de la.—Libros, revistas y otras publicaciones (L. y R.)	I	265
—Libros, revistas y otras publicaciones. (L. y R.)	II	263
—Libros, revistas y otras publicaciones. (L. y R.)	III	267
—Libros y revistas. (L. y R.)	IV	255
—Libros, revistas y otras publicaciones. (L. y R.)	V	253
SILVA HERZOG, Jesús.—Francisco Zarco, el gran periodista de la Reforma. (P. del P.)	VI	182
SOSA LÓPEZ, Emilio.—Los ideales literarios modernos. (A. del P.)	V	99

	Núm.	Pág.
TUÑÓN DE LARA, Manuel.— <i>La teoría del Estado</i> , de Hermann Heller y otras teorías contemporáneas. (A. del P.)	V	65
VALCÁRCEL, Luis E.— <i>La arqueología en el Perú</i> . (P. del P.)	II	145
VALENTINI, Giuseppe.— <i>Poemas</i> . (D. I.)	II	183
VILLEGAS LÓPEZ, Manuel.— <i>La juventud y el espíritu de la ca- tástrofe</i> . (A. del P.)	I	81
YÁÑEZ, Agustín.— <i>La fortuna de los Ibarra Diéguez</i> . (D. I.)	VI	232
ZAMBRANO, Miguel Angel.— <i>Mensaje</i> . (D. I.)	V	171
ZAVALA, Silvio.— <i>Bartolomé de Las Casas ante la esclavitud de los indios</i> . (P. del P.)	IV	142
ZAVALA, Iris M.— <i>Antología del pensamiento social y político de América Latina. Selección y notas de Abelardo Villegas, in- troducción de Leopoldo Zea, Unión Panamericana, Washing- ton, 1964, 600 pp.</i> , (P. del P.)	III	206
—.—. Forner y Blanco. <i>Dos vertientes del siglo XVIII</i> . (P. del P.)	V	128

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTA REVISTA EL DIA 19 DE
NOVIEMBRE DE 1966 EN LOS
TALLERES DE EDITORIAL
CVLTVRA, T. G., S. A. DE
AV. REP. DE GUATEMALA
NUM. 96, DE LA CIUDAD DE
MEXICO, D. F., SIENDO SU
TIRO DE 1,900 EJEMPLARES.

Nº 1780

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

ASOMANTE

Revista Trimestral Literaria editada por la
ASOCIACION DE GRADUADAS DE LA UNIVERSIDAD
DE PUERTO RICO

APARTADO 1142

SAN JUAN, P. R.

Directora: NILITA VIENTOS GASTON
Subdirectora: MONELISA L. PEREZ MARCHAND
Administradora: ORITIA OLIVERAS DE CARRERAS
Subadministradora: MARIA TERESA C. DIAZ GARCIA

S U M A R I O

(Número 1, 1966)

* OSCAR MANDEL; La leyenda de Don Juan. * CONCHA ZARDOYA; La piedra, el viento y el ciervo. Tres símbolos parabólicos de León Felipe. * LUIS RAFAEL SANCHEZ; Que sabe a paraíso. * LAURA GALLEGU; La red. * ANGELA B. DELLEPIANE; Sábado y el ensayo hispanoamericano. * JOSE LUIS CANO; Carta de España. * DAMIAN CARLOS BAYON; Carta de París. * GIUSEPPE BELLINI; Carta de Italia. * LOS LIBROS; IRIS M. ZAVALA, EMILIA DE ZULETA, ANTONIO OTERO SECO, ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA, JOSE EMILIO GONZÁLEZ, ALFREDO MATILLA RIVAS, SALVADOR BUENO. * GUIA DEL LECTOR. * COLABORADORES.

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$4.00
Otros Países	4.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO

Secretario-Tesorero: SAÚL SIBIRSKY

Dirección: 1617 C. L., University of Pittsburgh, Pittsburgh 13,
Pennsylvania, U. S. A.

Suscripción anual:

U. S. A. y Europa, 6 dólares; América Latina, 2 dólares.

•

Han aparecido 60 números

(Véase *Índice*, publicado por la Unión Panamericana)

Solicite colección completa o números atrasados

*Una revista especializada en las letras de
Iberoamérica, que responde al lema:*

¡A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA!

REVISTA SUR

dirigida por VICTORIA OCAMPO

1931 — 1966

LA REVISTA SUR CUMPLE XXXV AÑOS

Nº 298-299: enero.abril 1966

Número Especial Aniversario

S U M A R I O

Jorge Luis Borges: Sobre los clásicos. **Victoria Ocampo:** Comienzos de una autobiografía. **María Rosa Oliver:** Años de placida inquietud. **Eduardo Mallea:** Infima parte. **Roger Cadillo:** Soles inscritos. **Silvina Ocampo:** Monólogo. **Eduardo González LaParra:** ¿Es posible una historia del arte? **Adolfo Bluy Casáres:** La cara de la verdad. **Guillermo de Torre:** Neorrealismo. **Alberto Girri:** A un lector de Keats; a lo que el mirar con atención revela. **Francisco Ayala:** La noche de San Silvestre. **Fryda S. de Mantovani:** América y el espectador. **Ernesto Sábató:** Reflexiones sobre la obra del arte. **Alberto Salas:** La ventana y otros lugares. **Juan José Hernández:** Fin del amor. **Enrique Anderson Imbert:** Originalidad y expresión en Hispanoamérica. **Manuel Peyrou:** La doradilla. **Federico Garbea:** Poemas.

Documentos

Impresiones de España. (Dos cartas inéditas de **Carlos Pellegrini**).
Crónicas-Notas Bibliográficas-Artes Plásticas-Los Trabajos y los días

Suscripción anual	\$ 6.00
Números simples	1.50
Números especiales	2.00

REDACCION Y ADMINISTRACION

Viamonte 494, 8º piso

Buenos Aires

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:
Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.
Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE
Columbia University
612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA EL CASO DE MEXICO

por
FERNANDO CARMONA

UN LIBRO SENSACIONAL

De venta en las principales librerías

Precios:

México	\$25.00
Extranjero	2.30 Dls.

Distribuye
"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado 975
México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

CUADERNOS DE RUEDO IBERICO

Número 4

Sumario del número 4

Jordi Blanc: *Clase obrera, sociedad industrial y evolución social española.*

Maurice Godelier: *Teoría marginalista y teoría del valor de los precios: algunas hipótesis.*

Asturias: Ramón Bulnes. *Asturias frente a su reconversión industrial.*

Miguel Cervera: *Actitudes políticas de obreros asturianos.*

Macrino Suárez: *La situación agraria en Asturias.*

Libertad de crítica: Antonio Linares. *¿Cultura o condicionamiento?*

Manuel Sáizar: *La mentalidad española y la democracia.*

Juan Villa: *El movimiento obrero en España.*

Una página de Alfonso Rodríguez Castelao. *Municipalismo rural.*

Ges: *Viñetas.*

Notas: Luis Ramírez: *Enseñanza religiosa;* Joan Misser: *Un artículo de exportación: el proyecto de estatuto para los protestantes;* Enrique García: *La modificación del artículo 222 y un gol imparables;* Xavier Valls: *¿Desaparecerá la Universidad española?;* Rafael Lozano: *"The brig" y "Scorpio rising", dos parábolas sobre la violencia;* M. García: *El "factor R", los monopolios eléctricos y otras cosas;* M. García: *El capital americano en Europa;* Nicolás Sánchez-Albornoz: *Por una historia rural: agitación campesina y coyuntura.*

Tribuna libre: Ignacio Fernández de Castro. *Frente popular*

EDITIONS RUEDO IBERICO

5 rue Aubriot

París 4

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Dls.
RENDICION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea	20.00	2.00
EUROPA-AMERICA, por Mariano Picón Salas	20.00	2.00
LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez ..	20.00	2.00
ESTUDIOS SOBRE LITERATURA HISPANOAMERICANA, GLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro Gossález (en tela)	20.00	2.00
SIGNO, por Honorato Ignacio Magallón	10.00	1.00
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Blados	25.00	2.50
LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	20.00	2.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña ...	20.00	2.00
NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Alvaraz Acosta	20.00	2.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvaraz Acosta	25.00	2.50
EL OTRO OLVIDO, por Dora Isella Russell	8.00	0.80
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rolo ...	10.00	1.00
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Pa Paredes ...	20.00	2.00
ACTO POETICO, por Germán Pardo García	20.00	2.00
NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento milenio Versión castellana de León Felipe	20.00	2.00
CHINA A LA VISTA, por Fernando Benítez	20.00	2.00
U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García ...	20.00	2.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por Felipe Casulo del Pomar	20.00	2.00
OTRO MUNDO, por Luis Suárez	20.00	2.00
EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	8.00	0.80
POESIA RESISTE, por Lucila Feláquez	20.00	2.00
AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	20.00	2.00
RAZON DE SER, por Juan Larrea	25.00	2.50
CEMENTERIO DE PAJAROS, por Griselda Alvaraz	18.00	1.80
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria ...	12.00	1.20
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	40.00	4.00
ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García ...	20.00	2.00
ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Magdaleno	10.00	1.00
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce ...	20.00	2.00
PACTO CON LOS ASTROS, galaxia y otros poemas, por Luis Sánchez Pontón	20.00	2.00
LA EXPOSICION. Divertimento en tres actos, por Rodolfo Usigli	20.00	2.00
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por Frederic H. Young	20.00	2.00
HISPANOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA, por varias autoras	20.00	2.00
TRAYECTORIA IDEOLOGICA DE LA REVOLUCION MEXI- CANA, por Jesús Silva Herzog	12.00	1.20
LA REFORMA AGRARIA EN MEXICO, por Emilio Romero Espinoza	12.00	1.20
EL PUEBLO Y SU TIERRA. MITO Y REALIDAD DE LA REFORMA AGRARIA, por Modesto T. de la Peña	60.00	6.00
EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA. El caso de México, por Fernando Carmona	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por Mauricio de la Serna ...	15.00	1.50
GUATEMALA. PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLU- CION, por Pedro Guillén	8.00	0.80
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por Gérard Pierre-Charles	25.00	2.50
INQUETUD SIN TRÉGUA, ensayos y artículos recogidos 1937-1965, por Jesús Silva Herzog	40.00	4.00
FI. PANAMERICANISMO. De la Doctrina Monroe a la Doc- trina Johnson, por Alonso Aguilar Monteverde	10.00	1.00
WARZO DE LABRITCO, por Yves Tiquet	12.00	1.20
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por Lucila Leal de Arango	25.00	2.50

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)

MEXICO	100.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	6.00
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	11.00
PRECIO DEL EJEMPLAR	
MEXICO	20.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	1.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	2.15

Ejemplares atrasados, precio convencional

NUESTRO TIEMPO

- Lewis Hanke* Brasil: el gigante inseguro.
Roberto Fernández Retamar Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba.
Alonso Aguilar Monteverde La Revolución Mexicana 50 años después.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- José Gaos* Meditación de la Universidad.
Adolfo Sánchez Vázquez La praxis creadora.

PRESENCIA DEL PASADO

- Laurette Séjourné* El templo prehispánico.
José Miranda La propiedad de la tierra y la cohesión social de los pueblos indígenas mexicanos.
Jesús Silva Herzog Francisco Zarco, el gran periodista de la Reforma.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

- Juan Rejano* Anversos.
Delfor Ismael El hombre y el poeta.
Octavio Paz Los manuscritos de Tagore.
Marlene Gottlieb Pablo Neruda, poeta del amor.
Fausto Castillo El cine mexicano: una ilusión frustrada.
Agustín Yáñez La fortuna de los Ibarra Diéguez.

OPINIONES

De diferentes colaboradores de varios países: España, Italia, Estados Unidos y América Latina, con motivo de los 25 años de vida de la revista.

INDICE GENERAL DEL AÑO DE 1966